

Sergey Baksheev

AL FILO DEL DINERO

AL FILO DEL DINERO

Sergey Baksheev

Traductor: Oscar Zambrano Olivo

Presentación

La vida cuotidiana de Yury Grisov se rompe repentinamente. El se entera de una enfermedad incurable, de una agresión casi mortal a su hija y pierde el trabajo, casi simultáneamente. Para salvar a su hija se necesita una operación costosísima. Grisov quien es un especialista informático, además talentoso, se convierte en el misterioso Doctor. Su meta: producir una gran cantidad de dinero para su familia y castigar a sus enemigos. Él inventa unos billetes falsos para los cajeros automáticos, organiza la operación riesgosa con ellos y se enfrenta a delincuentes peligrosos. Además, la investigación policial, de la cual está encargado su hermanastro, el capitán Gromov, prácticamente la dirige él también.

Pero, donde hay dinero grande, siempre hay problemas grandes. El Doctor podrá manejarlos?

Prólogo

Yo tengo una sola meta: conseguir dinero. Pero todo el mundo anda en eso, se dirán ustedes, riéndose de mí. Eso es verdad, pero yo tengo una circunstancia particular. Necesito mucho dinero, y no tengo tiempo para ganarlo honradamente. Ya calculé la suma necesaria. Son más de cien millones de rublos. Pero el trabajo mejor remunerado, correspondiente a mis calificaciones, me va a acercar a esa suma a paso de tortuga. Y no puedo esperar. La razón es sencilla: en cualquier momento puedo decaer y morirme.

Pues sí, coño, yo estoy marcado para morir antes que usted. Y esta horrible realidad no puede corregirse. Ni usted, ni yo, ni ninguna otra persona en el planeta está en capacidad de ayudarme.

Pero está bien. En cuanto me resigné a lo inevitable, me di cuenta de lo fuerte que soy ahora. Si, ustedes escucharon bien. No tengo nada que perder, no temo a nada, lo peor que podía suceder en mi vida, ya sucedió. Por eso puedo arriesgar, arriesgar bastante. Puedo poner mi vida en el tapete de apuestas, para recoger el gran premio.

Pero no piensen que yo soy un asesino o un delincuente desalmado. No, yo trabajo sin armas. Yo tengo un plan limpio para obtener dinero. La gente que no sabe, lo consideran fantástico o loco, pero el plan funciona.

¿La demostración? El maletín pesado que tengo en mis manos. Está lleno de billetes de banco, los cuales, yo… ¿Como decirlo con más exactitud? ¿Los robé? No exactamente. ¿Los conseguí? Eso está más cerca de la verdad, pero de todos modos no refleja la esencia de mi actividad. ¿Los merecí? ¡Por supuesto! Yo tengo cuarenta años y, al menos, veinticinco de ellos estudié, trabajé, desarrollé mi cerebro, para qué en el momento crítico, él me mostrara el camino correcto. El maletín con el dinero es la recompensa por esos largos años de días grises.

Grises… Esa palabra sin rostro me ha perseguido toda la vida. Resulta que mi nombre es Yury Grisov y, por supuesto, mis compañeros de colegio me llamaban Gris. Gris… ni chicha, ni limonada, ni blanco, ni negro, en otras palabras, mediocre.

Bueno, ya demostré, ante todo a mi mismo, que ellos se equivocaban. Ahora tengo en mis manos una gran suma de dinero. Ahora no soy gris, ahora soy “El Doctor”. Bajo este apodo soy conocido por mis cómplices y clientes. La policía ya lo escuchó, pero hasta ahora no saben quién se esconde tras él. Ya casi llegué a mi cometido. Cierto, la palabrita “casi”, es como un nudo corredizo en mi garganta.

Resulta que, la suma que tengo en mis manos es grande, pero no es suficiente. Todavía no he llevado mi plan hasta el final y

necesito arriesgarme más. Nuestro jueguito del gato y el ratón va a continuar. Yo estoy seguro que seguiré engañando a la policía, pero en este momento no se donde está el segundo forro de mi chaqueta “El Farito”, por el cual me están rastreando.

En cualquier momento esto puede ser una catástrofe.

¿Quieren conocer los detalles? Espero que ustedes no sean de la policía. A propósito, cuando allá lean estas notas, lo más seguro es que yo ya no esté aquí. ¿Qué? ¿Ustedes creen que su vida va por una alfombra desenrollada y siempre será así? Ustedes creen saber que sucederá mañana, la semana que viene y creen que pueden planificar sus vacaciones para dentro de seis meses. Ingenuos. Así vivía yo, hasta que un día la fatalidad me mete una zancadilla y… Bang! ¡Al suelo!

Doloroso. Tan doloroso que ya uno no quiere vivir. Pero yo no puedo abandonar los míos a su suerte. Después del golpe del destino yo estaba en otra realidad y tuve que cambiar completamente para ponerme de pie de nuevo.

1

Cuando llegué al hospital una barrera me obstaculizaba el camino. Dejé el auto en cualquier sitio y corrí directo a la recepción, sin importarme los charcos. A mi espalda quedaba esa calle de mayo, la cual, aunque no había entrado la primavera, ya olía a lilas. Tras el umbral me esperaba ese mundo cuidadoso de la asepsia, con sus luces blancas y su insistente olor a desinfectante y detergente que lo que hace es fortalecer la ansiedad. Quizás por eso, a mi siempre se me echa a perder el estado de ánimo cuando visito un hospital, sin hablar ya de esta circunstancia particular. Rompí dos juegos de cubre-zapatos de plástico, que no querían abrirse, antes de ponerme un par en mis zapatos mojados.

Un ser humano en bata blanca (no pude determinar ni sexo, ni edad) me condujo hasta la puerta de una oficina en el segundo piso.

Allí me recibió la mirada cansada de un georgiano calvo de edad madura. Era un médico quien estaba sentado en su escritorio y estaba vestido de uniforme quirúrgico con mangas cortas y un corte triangular en el pecho que dejaba ver una franela blanca y sobre cuyo cuello se veía una buena cantidad de pelos negros. Esos bucles ridículos, parecidos a alambres, se veían completamente inapropiados en una institución de salud.

Mientras yo recuperaba mi aliento, el médico me estudiaba a través de sus lentes de montura de metal. Al fin, el denso cepillo de su bigote, que llegaba hasta la comisura de sus labios, se movió y el dueño de la oficina se presentó:

- David Guelashvili, cirujano. – Con un gesto de la mano propuso sentarme y, entonces, me preguntó: - Usted es el padre?

- Grisov, Yury Andreevich, - me apuré a responder e, incluso, quise sacar la cédula, pero me contuve. La incertidumbre me atormentaba. – Que le pasa a Yulia?

- Nosotros la salvamos, pero su condición permanece difícil. – El
cirujano calló y cruzó, frente a él, sus fuertes manos peludas, donde se le veía el dibujo de sus venas.

- Pero no se calle! – Salté de la silla. – Que significa "difícil"?

El médico se tomó su tiempo. Escogió unas hojas de papel, las puso sobre la mesa, se quitó los lentes y masajeó sus ojos cansados.

- ¿Qué edad tiene su hija? – Preguntó, sin levantar la vista.

- Dieciocho.

- Un amor no correspondido?

- Que quiere decir con eso?

Exhaló fuertemente y se acomodó los anteojos sobre la nariz. Como dudando un poco, él explicó:

- Su hija bebió ácido acético. Como resultado, afectó el tracto gastro-intestinal y tuvo una deficiencia renal aguda…. Es una forma de suicidio extremadamente dañino.

La horrible palabra cortó como un cuchillo en carne viva. Yo sacudí la cabeza:

- No. Yulia no pudo hacer eso. Eso es imposible. Mi hija disfrutaba de la vida, estaba haciendo planes, en estos días iba a tener un gran éxito. ¡Para ella…, apenas todo comenzaba! ¿De dónde sacó usted esa conclusión? –

Guelashvili tomó una toalla de papel de una caja, se secó la frente y murmuró:

- Gajes del oficio.

- Eso a usted no le imp… - Me contuve. No recordaba si yo le había mencionado la profesión de mi hija.

- Si importa, por desgracia más frecuentemente de lo que uno

quisiera. Yo, como cirujano, observo constantemente como se rompe una vida tranquila. La persona no ve, no oye que hay un abismo ahí cerca: un paso lateral y ya está volando. O se salva, o se destroza en el fondo… - Guelashvili miró la toalla de papel arrugada en su mano, como si ella simbolizara en lo que se transforma una vida serena después de una acción imprudente.

- No. El suicidio está excluido, - mi voz sonó indignada. – Ni siquiera podríamos pensar eso de nuestra hija. Ella, ella… Usted no la conoce.

- Entonces, alguien puso ácido en su bebida.

- Quien? ¿Por qué?

- Yo soy médico, no un policía. A la paciente la trajeron del club nocturno "Hongkong" en una ambulancia. Afortunadamente a tiempo. Nosotros pudimos hacer bastante pero el daño interno es bastante serio. –

- Donde está Yulia? Quiero verla. – Salté de mi asiento.

- Ahorita no se puede, - con un gesto me detuvo el cirujano. – La muchacha está en terapia intensiva. Y sin conocimiento.

Lentamente me senté de nuevo.

"Terapia intensiva. Sin conocimiento". No es posible que se esté hablando de mi hija con estas palabras tan feas. ¿Cuál suicidio?, vayan p´al carajo! Apenas ayer…

"Ayer", como si fuera hoy, nuestra familia era feliz. Se había cumplido un sueño de muchos años. Nos habíamos mudado de un estrecho apartamento en un quinto piso a un nuevo y cómodo townhouse. Una casita como en las revistas. La fachada de ladrillos rojos, como si la hubieran traído así desde la vieja Inglaterra. En el frente una grama bien cortada y estacionamiento para dos carros. Dos pisos decorados y un ático suplementario. Y esta maravilla a solo quince minutos de Moscú por la carretera de Novorizhsk. ¡Vive y se feliz!

Anoche, apenas hace unas horas, Katya, mi esposa embarazada, quien caminaba entre los corotos sin arreglar, en la nueva casa, con una sonrisa radiante hacía planes:

- Aquí estará el cuarto del bebé, al lado del nuestro. La habitación de Yulia estará lejos para que no moleste al niño. Ay, falta comprar muchas cosas y el ático no está listo. Menos mal que ya pusieron la cocina y con el diván en la sala podemos invitar amigos. Katya puso sus manos en el vientre redondo y me miró: - Yury, tendremos el dinero para enfrentar esto?

- Claro, ya calculé todo, - me apuré a tranquilizarla y la abracé, con cuidado, por la espalda.

Puse mis manos sobre las suyas, mi mejilla se cubrió con sus abundantes rizos castaños, miré el corte triangular de la bata a la

altura de su pecho y me sentí tan bien. El embarazo tardío y no planeado generó ternura en nuestra relación y le dio un nuevo sentido a nuestra vida cotidiana. Apareció el deseo de cambiar todo. Literalmente, rejuvenecimos.

El futuro bebé creó una motivación tan fuerte que, en seis meses, resolví el problema de la nueva casa y, además, insistí en un automóvil más seguro para Katya. Tuve que sacar otro crédito para comprar un "Volvo" nuevo.

Entonces sentí el conocido y embriagador olor de mi mujer, toqué con los labios su cuello y le susurré:

- Eres tan…

- No, no. Eso no, - y se separó de mi abrazo. – Sabes que eso de los gastos me preocupa.

- No hay razones para preocuparse. La hipoteca es a veinte años, con una tasa de interés moderada. Ahorita pago un tercio de mi salario a esa hipoteca y con el tiempo, mi sueldo subirá. Estamos bien.

- Veinte años, - suspiró Katya. – Tendremos sesenta años cuando liberemos la hipoteca. Y todavía queda el crédito del carro.

- No pienses en las dificultades, piensa en el bebé.

- Durante mucho tiempo no podré trabajar, y el pequeño necesitará muchas cosas.

- Tendremos todo, yo proveeré. Ahora… - Con disimulado orgullo, moví el brazo, como mostrando la nueva casa. – Hoy tenemos fiesta. ¿Celebramos? –

- Disculpa, pero yo no preparé nada.

- No importa. Con vino y queso bastará.

- Yo no puedo beber vino. – Con disimulado orgullo, y suavemente, Katya pasó la mano por su vientre.

Cada vez que yo veía ese gesto, sentía algo en el corazón. Ella caminó hacia la sala. Verla por detrás todavía era agradable, su cintura no había cambiado. Se sentó en el diván.

- Estoy cansada. Celebraremos pasado mañana, cuando vengan tu hermano y Natasha. Ella va a ayudarme con eso. La fiesta la tiene hoy Yulia.

- A propósito, ¿dónde está ella? Salió muy elegantemente vestida. Ya es tarde. – Me preocupé por mi hija de dieciocho años.

- ¿Qué te pasa, se te olvido? Yulia va a salir en la portada de "Elite Style" – Katya se sonrió. Evidentemente se enorgullecía de su hija, tan parecida a ella cuando era joven.

- Uno se puede golpear en este desorden. – Aparté una caja con el pie, abriendo camino hacia el diván.

Sinceramente hablando, yo no aprobaba esa aspiración terca de mi hija de convertirse en modelo. Yulia es bonita, es fotogénica, eso no se lo vas a quitar, pero de muchachas así, hay un montón y el éxito

llega a unas pocas. ¿Además, que es eso de comerciar con la belleza propia? La belleza es efímera. Hoy está ahí y mañana se marchita. O el standard de belleza cambia. Eso no tiene futuro.

Fíjense, yo terminé la facultad de Matemática Computacional de la UEM[1]. Yo quería ser un científico, pero la vida me empujó a una profesión más demandada. Trabajo en programación para la actividad bancaria. Y me vale verga como me veo, lo importante es que la cabeza trabaje. Katya también estudió en la misma facultad. Después de que terminó la universidad no le interesó la programación seria, pero se convirtió en una profesional calificada en contabilidad. Yulia también es buena en Matemáticas, pero malgastó el tiempo y el dinero en la actuación, el baile y la cosmetología, la creación de su imagen, pues. La persistencia le trajo resultados, ya la notaron. ¿Pero que será de ella dentro de cinco, siete años? La nueva generación de bellezas, inevitablemente, desplazará las modelos marchitadas.

No aguanté y expresé mi descontento:

- Que?, ¿Van a fotografiarla en la madrugada?

- La sesión de fotografía para la revista es pasado mañana. Hoy, Yulia fue con las amigas al club. Tú no hagas pucheros. Es un asunto de jóvenes y hay razones para alegrarse. Tendrá tiempo para dormir bien y conservar el cutis fresco. –

- Clubes nocturnos, estilistas, fotógrafos… Mejor hubiera sido que entrara a la universidad como nosotros. –

- No gruñas. – Katya me haló por la mano y yo me senté a su lado. Se recostó de mi hombro y suspiró. – Quien sabe que es lo mejor y que es lo peor? En la vida hay tantas posibilidades diferentes. Nosotros vamos por una escalera hacia arriba… -

- Y ella quiere saltarse todos los escalones. – Con duda moví la cabeza.

- ¿Y, si de repente ella tiene éxito?

Oh, esta fe femenina en los milagros. En el fondo de su alma todas ellas son Cenicienta. Yo callé, para no discutir.

Katya me miró a los ojos y me sonrió, como avergonzada:

- Me voy a dormir, no aguanto los pies.

- Si, ve, por supuesto. Yo voy a…

Yo moví la mano como mostrándole que continuaría arreglando los corotos. Ella no aguantó para darme más instrucciones:

- Las cajas con la ropa las subes al segundo piso. Las de la vajilla la pones en la cocina. Pero no te pongas a arreglar nada, me lo vas a enredar. Mañana, yo misma lo hago.

Quien iba a discutir, así sería más fácil. Katya salió. Moví las cajas, sin cansarme de alegrarme por lo grande de la nueva casa. Hasta habría una habitación aparte para un tercer hijo. Lástima que nos tardamos con el segundo. Antes de acostarme bebí vino y me

dormí con una sensación cálida en el pecho: Que bueno era todo.

Pero en la madrugada me despertó la desagradable vibración del celular. Le había quitado el sonido. En la pantalla apareció un número desconocido. El corazón se me apretó del mal presentimiento. Para responder la llamada salí del dormitorio. Llamaban de un hospital e informaban que habían recibido una muchacha de nombre Yulia Grisov y solicitaban, urgentemente, un familiar cercano.

Se me doblaron las piernas. Por varios minutos estuve aturdido. Un vacío denso, como barro, me bloqueaba las ideas. Convencido de que la conversación no había sido un sueño y, en mi mano, el pedazo de papel de envoltura, donde yo había escrito la dirección del hospital, me vestí y salí, tratando de no despertar a mi esposa.

Y he aquí que estoy sentado en la oficina del cirujano, el cual me acababa de explicar las horribles consecuencias de lo sucedido. Mi fuero interno no quiere creer que nos haya caído tamaña desgracia. ¿Por qué nosotros? Todo lo malo le sucede a los demás, en alguna parte lejos, en la televisión, en las noticias, en Internet. Mi familia está protegida contra la infelicidad. ¿Por qué a nosotros?

- Yo debo verla, ¡DEBO! – le informo al médico, mirándolo a los ojos con esperanza. – De repente no es Yulia. De repente ustedes están equivocados.

- Ok. Vamos, - aunque duda, el cirujano asiente.

En la sección de terapia intensiva, en una cama especial con barandas, yace una joven muchacha, con goteo intravenoso y tubos en la boca. Yo me acerco completamente, la considero largamente pero mi corazón ya se estremece. No hay ninguna duda, es Yulia, mi única hija. Externamente ella no ha cambiado, es tan linda como siempre, solo que tiene una palidez mortal. Pero internamente, por las palabras del médico…

Imaginarme las horribles consecuencias de haber tragado ácido me estremece. Aparto la vista de ella, retrocedo un paso y, con voz enronquecida, le pregunto a Guelashvili:

- ¿Qué puedo hacer por ella?

- Done sangre. Siempre se necesita.

2

Mi viejo “Peugeot”, abandonado en el medio de los charcos, se encaprichó y no arrancó enseguida. Cuando el motor reaccionó, encendí la calefacción y, cansado, cerré los ojos. No me sentía bien. Me desconecté durante la donación de sangre y, hasta ahora, la cabeza me daba vueltas de una manera desagradable.

El tormento del dolor anímico se complementó con una nueva preocupación: ¿Como recibiría Katya la noticia sobre su hija? Los médicos le habían advertido que un embarazo tardío era particularmente peligroso y debía evitar emociones. Y como no emocionarse en esta situación. ¿Con que la tranquilizo? Poco a poco llegué a la conclusión que mejor me callaba por ahora y esperar que Yulia volviera en sí.

Aunque lo dudé un poco, decidí no volver a casa e irme directo al trabajo. Eran casi las siete de la mañana, pero no llamé a Katya para no preocuparla.

En el “Jupiterbank” yo ocupo la posición de director de la sección de seguridad informática. Mi tarea consiste en mantener la funcionalidad de los cajeros automáticos, de los terminales de pago, de los receptores de las tarjetas plásticas y de los trasmisores de transferencias electrónicas. Los empleados clave de la sección son dos, yo y el ambicioso ingeniero principal Oleg Golikov. Nosotros ocupamos la misma oficina donde hay una media docena de computadores, que nunca se apagan y con sus respectivos grandes monitores.

Oleg es un cínico mercantilista pero muy buen especialista. Y aunque hay una diferencia de edad (doce años) nos tratamos amigablemente.

- Epa, hola! ¿Y eso? ¿Tú tan temprano por aquí? – se sorprendió Golikov, mirando a su pensativo jefe por encima de una taza de té frío.

A mi no me gusta ir en traje y corbata. En invierno, prefiero los sweaters tejidos, y en verano, chaquetas sencillas y jeans. Oleg, al contrario, siempre anda encorbatado. El asocia la apariencia exterior con el éxito. Por eso tiene un coupé “Jaguar”, se compra trajes italianos prestigiosos y complementa con accesorios de marca. Es verdad que hay pocos que no saben que su carro no es nuevo, qué en vez de relojes suizos, él se compra copias chinas y vive en las afueras, con sus padres, en un apartamento pequeño.

- Yo no vengo de casa, estuve por ahí anoche, me encontré a alguien… ¿Y tú? – Golikov continuó su curiosidad.

Mentalmente me vi con los ojos del colega presumido. El cuello de la camisa Polo muy gastado, sudor en las axilas, pantalones arrugados, con mal semblante. El típico perdedor para un joven como él. Todavía ayer, avergonzado, hubiera arreglado mi ropa y limpiado mis zapatos, pero después de la visita al hospital, la propia apariencia disminuyó, en la escala de prioridades, a nivel de granos de arena. A mi me molestaba otra cosa: ¿qué le iba a decir a Katya?

No quería continuar la conversación con mi molestoso colega, entonces me decidí, por fin, llamar a mi esposa. Le di la espalda a Oleg.

- Katya, buenos días, - traté de hablar alegremente al saludar a mi esposa. – No te extrañe que saliera sin despedirme. No quise despertarte. Resulta que hay algunos problemas en el trabajo y me llamaron temprano. Yulia? No te preocupes por ella. Me llamó para avisarme que se iba a quedar en la casa de una amiga… Aquella, la de siempre… Era tarde para ir a la casa y su amiga vive cerca del club. –

- Una amiga que se llama Arsenio? – Oleg intervino sarcástico. Yo estuve anoche en un club… Había unas carajitas…, tentadoras y seductoras. –

- Ok. Katya, ahorita no tengo tiempo. Te llamo más tarde. – Corté la llamada no fuera que descubriera algo falso en mi voz.

Con una mirada indiferente observé el ritual acostumbrado. Golikov colocó el portafolio de cuero sobre la mesa, se quitó la chaqueta y la colocó, con cuidado, en el respaldar de la silla. De un paquete de lavandería sacó una camisa limpia. Se quito la del día anterior y se cambió. El nudo de la corbata lo dejó flojo y subió los puños de sus mangas, justo lo suficiente, para que se viera el reloj “de marca”. Por la crucecita de caballería en la esfera y en el portafolio, el conocedor podía determinar que ambos accesorios pertenecían a la casa suiza y costosa “Vacheron Constantin”.

- Pasó algo? Por el teléfono hablaste de problemas, - preguntó Oleg, sacando del portafolio un paquete de manzanas verdes.

Habiendo decidido dejar de fumar, las compraba todas las mañanas. Cambió los cigarrillos por manzanas según un consejo de una revista de moda. – “Vitamina en vez de nicotina”, - bromeaba. El ritual ya tenía un año de cumplirse, pero la ración diaria de manzanas había disminuido bastante.

- Eso fue para mi esposa, - sacudí la mano para no explicar más.

- No puedo creer lo que dices. Eres un mentiroso, Yury Andreevich. ¿No te habrás conseguido una modelo de piernas largas como nuestro presidente Radkevich? Su esposa se la pasa en el extranjero, pero aquí, él no pierde el tiempo. ¿Viste la hembra que tiene? Agarra ahí –

Oleg me lanzó una manzana. El lanzamiento era parte del

ritual, pero hoy estaba atontado y no atajé la manzana. Esta me pegó en el pecho, se cayó y rodó por el piso.

- No la he visto, ni quiero verla, - mascullé, y levanté la manzana.

- Pero esa carajita yo no la rechazaría. En cualquier momento se la quito al presidente. – Un mordisco hizo crujir la jugosa fruta, masticó y se sonrió, soñadoramente. – Quizás me levante algo mejor. –

Yo no quise seguir esa conversación vacía y traté de concentrarme en el trabajo. Fue inútil. Pronto me convencí que hoy no podía mejorar ese programa complicado. El dolor anímico no me permitía concentrarme. Me molestaba todo: el zumbido característico de los computadores, el ruido del aire acondicionado, el chirrido de las sillas y hasta la manzana mordida que caía en mi campo de visión.

Yo me dediqué a una tarea rutinaria, las que normalmente hacía Golikov. Comprobación de canales de comunicación, análisis de cifras del momento, búsqueda de operaciones dudosas. Traté de ocupar el cerebro en algo para apartar las ideas autodestructivas sobre la tragedia familiar. Poco a poco los problemas técnicos llevaron lo otro a un segundo plano. De repente una discrepancia cayó en mis ojos.

En voz alta comenté lo que vi en el monitor:

- Un error. A los terminales llegó una cantidad y en la cuenta hay una suma menor. –

- Donde? – preguntó Golikov, arrastrando su sillón hacia mí. – Ah, ¿eso? No es ningún error, ahorita lo arreglo. Muévete. –

- Que estás haciendo? – Fruncí el ceño cuando vi como Oleg hacía cambios en la tabla de las transacciones bancarias.

- Mi trabajo. Meto el coeficiente corrector secreto, de acuerdo a las instrucciones del presidente. Así. Ahora las sumas en las cuentas coinciden y no hay que hacer ninguna comprobación. –

- Algo de ese coeficiente como que no entendí. –

Golikov se sonrió.

- Yury Andreevich, no seas ingenuo. Para que crees tú que Radkevich puso esos dudosos terminales de “Jupiter pago” si nosotros ya tenemos cajeros automáticos.

- Expansión del negocio. –

- Claro. Pero, ¿cuál negocio? – Los ojos de Oleg brillaron con malicia y bajó la voz: - Por los terminales hay una comisión no contabilizada. El presidente me baja el porcentaje apropiado y yo ajusto la contabilidad para que todo salga bonito. –

- Y por qué a mí no me dijeron nada? –

- Porque tú eres muy recto y yo soy flexible. – Golikov sonrió condescendiente e hinchó su pecho. – Para que te metiste en eso?, esta no es tu zona. –

Me agarré la cabeza con ambas manos y, recordando a mi hija, le dije:

- Déjame tranquilo. –

- Tuviste una pelea ayer? – Oleg dijo, compasivo. – Sal. Relájate. Tómate un café fuerte. Te puedo dar una aspirina. –

- No quiero nada! – grité y, entonces agarré la manzana mordida y la lancé al bote de basura.

Después de ver el lanzamiento, la papelera volcada y la fruta por el suelo, Golikov comentó: - Tú eres un basquetbolista malo. –

Movió la cabeza y fue a corregir las consecuencias del lanzamiento errado. Yo me quedé solo con mis malos pensamientos sintiéndome peor que nunca. La vida y el trabajo me mostraron, de un trancazo, su lado desagradable. Largo rato estuve sin tocar el teclado y el monitor se apagó. El espejo negro del monitor me mostró mi rostro endurecido y los contornos oscuros de la oficina, como si el mundo y yo hubiéramos caído en la penumbra. Ya fue insoportable mirar esa pantalla negra.

Golpeé algunas clavijas y en la ventanita que apareció en el monitor puse mi clave y abrí las tablas de movimientos por cuentas. Había que hacer algo para que esas ideas opresivas no me afectaran más. Mi memoria visual recordaba los números perfectamente. Al fin y al cabo, yo soy matemático y no un poeta. El flujo de números que correspondían a cantidades de dinero, me metió en un embudo mental obligándome a compararlas y analizarlas. A la hora yo había encontrado toda una serie de operaciones dudosas.

- Otros errores. Algo no está bien, - mascullé y copié las sumas de dinero y los números de cuenta en un archivo separado.

- Que pasó ahora? – Golikov expresó su desagrado y se acercó hacia mí, dudoso.

Imprimí la hoja y le expliqué:

- Mira. En las relaciones diarias están las transferencias, pero en el resultado final del mes, no. –

Oleg empujó su silla con rueditas y se acercó a mí. Su mirada era punzante e irónica. Hizo sonar sus dedos cerca de mis oídos, como si me hubiera quedado dormido, para despertarme.

- Epa, idealista, despiértate! Piensa: ¿con que estamos trabajando? ¿Débitos-créditos? Esos se manejan fácilmente. Nosotros no somos el Banco Central en quien todo el mundo confía. Radkevich escogió otro nicho para el negocio.

- Tomar el dinero y hacernos los locos? –

- Hasta ahí no hemos llegado. Nuestro banco presta servicios de un tipo particular. –

- Cuales? –

- En dos palabras: el dinero ilegal hay que lavarlo, los

funcionarios corruptos tienen que cobrar los sobornos y ponerlos en cuentas off shore. ¿Hay una necesidad? Habrá una sugerencia. –

- Cobrar y esconder. –

- Por fin se comprendió. –

Me sentí insultado:

- Hace meses trabajo en programas con obstáculos para ladronzuelos, y ahora esto… -

- Pero que te pasa? – Oleg empezó a disgustarse. – No eres el mismo de antes. –

- Algo sucedió. –

- Que? –

Yo no quería hablar de mi hija. Para una persona ajena era solo una información curiosa, pero para mí era un dolor constante.

- Esto sucedió! – Golpeé, con la palma de la mano, la página impresa.

Con aspecto sombrío, Golikov me miró fijamente, como si me viera por primera vez. Desafiante, le respondí su pregunta silenciosa:

- Que? ¿No te gusto? –

- Olvídalo. –

Oleg tomó de debajo de mi mano la hoja de papel con los números de cuenta, volvió a su mesa y, concentrado, mordió su manzana. Inclusive su espalda expresaba desdén. Tiró el pedazo de manzana como si fuera una colilla de cigarrillo y salió de la oficina.

“Va a chismear”, - pensé, indiferente.

Pasados veinte minutos, yo me reí de mi perspicacidad: me llamaron desde donde Radkevich.

El camino a la oficina del director no tomaba mucho tiempo. Solo subir un piso.

- Ah, eres tú, Yury. Entra. – El propietario del banco me saludo particularmente amistoso.

Radkevich no me propuso sentarme, él mismo salió de detrás de su mesa para recibirme. Él es un poco mayor que yo. Yo sabía que su primera fortuna la había hecho traficando alcohol clandestino. Ese negocio riesgoso templó su carácter, le dio seguridad, pero le destrozó sus nervios. Estos últimos años Boris Mikhailovich Radkevich se había concentrado en el negocio bancario, menos ganancioso, pero respetable y cómodo. Ahora él podía apartar mucho tiempo para su pasión principal: los caballos de raza. Decían que él tiene unas caballerizas en alguna parte fuera de la ciudad. La expresión de la cara del banquero cambiaba levemente, dependiendo de las situaciones. Estaba acostumbrado a dar órdenes a sus subordinados y expresar un respeto reservado a los más fuertes de su mundo.

Viendo al presidente, me convencí una vez más, de a quién quiere parecerse Golikov. Trajes, zapatos, reloj, automóvil de marca.

Solo que los de Radkevich si eran de verdad, y se actualizaban más frecuentemente.

En las paredes de la amplia oficina había colgadas, fotografías de caballos. Fotografías de estilo, en blanco y negro, impresas en tela.

- Bellos animales. – Radkevich se detuvo al lado de uno de los cuadros. – A los caballos los aman y los valoran, les crean condiciones tales, que lo pueden envidiar muchos animales de dos patas. –

Radkevich se sonrió de su chiste sardónico, pasó su mirada a mi persona y se ensombreció.

- Pero todo semental, inclusive el más costoso y espléndido, tiene su dueño. Y este decide cual va a montarse y cual va a tirar de una carreta. –

- Yo no supe que responder. El presidente hizo una pausa y entonces señaló al siguiente cuadro:

- Mira que trío tan expresivo. Animales mágicos. Se siente la potencia, la velocidad, parecen que fueran una unidad. Y mira esta pequeña cosa al lado del ojo. Es una gríngola. Es una cosa muy útil, el caballo solo ve hacia adelante y no se distrae hacia los lados. Si uno necesita doblar, el jinete le indica la dirección con un golpe de fuete. ¿Tú comprendes a que me refiero?

Yo ya había entendido, sin embargo, respondí:

- A mí me gustan más los caballos de fuerza bajo el capot. –

La mirada de Radkevich se congeló.

- Tú eres un buen especialista, Yury. Te valoro y te creo buenas condiciones. ¿No es así? –

Me sentí obligado a asentir. Fue él quien había autorizado mis créditos para la nueva casa y el auto. Y no era ofensivo con el salario.

Radkevich sonrió y me dio unas palmadas en el hombro.

- Te voy a dar un consejo. Dedícate a lo tuyo y no mires para los lados. Radkevich sacó de su bolsillo la página que yo había impreso con las tablas de las cantidades dudosas y, expresivamente, la rompió en pedacitos. – Nos estamos entendiendo? –

Otra vez asentí.

- Una cosa más. – Radkevich decidió regañarme. – Ponte una camisa limpia en la mañana. Eso mejora tu ánimo y el de los que te rodean.

Que fácil es dar consejos. Si esta receta funcionara me cambiaría la camisa cada hora.

3

Temprano en la noche llegué a mi casa y me sentía como un escolar culpable de haber sido reprobado en un examen y sin decirle a

los padres. Me movía torpemente, evitaba la mirada directa de mi esposa y simulaba estar cansado. Después del desorden que había el día anterior en la casa, la sala y la cocina resplandecían del arreglo hecho. Katya trabajó excelentemente con las cajas y la envidié: tenía algo a que dedicarse.

- Por fin llegaste. ¿Por qué tardaste tanto? – me encontró en la cocina y estaba preocupada. Se secó las manos, apartó un mechón de cabellos de su frente y le bajó el volumen al televisor con el control remoto. – Y Yulia está críptica. La he llamado varias veces y ella me envía mensajes. –

- Que escribe? – pregunté y mi voz falsa me asustó.

Pero Katya no me oyó. Con una mano tomó el teléfono de la mesa y los dedos de la otra se movieron, negligentemente, hacia la estufa.

- Yo ya cené. Tú, sírvete lo que quieras. –

Ella marcó el número de teléfono de nuestra hija, se tensó por la espera y en su frente lisa apareció una arruga de preocupación. Inesperadamente, junto con los timbres de respuesta en su teléfono, ella oyó los repiques en el bolsillo de mis pantalones. Su ceja derecha se movió hacia arriba y su mirada interrogante se clavó en mi rostro avergonzado.

¡Mira que idiota! Como se me pudo olvidar quitarle el sonido. Ya no podía hacer nada, bajé la cabeza y puse el celular blanco en la mesa, el cual le habíamos regalado a Yulia hacía poco en su cumpleaños.

Hubo que confesar:

- Yulia no puede hablar. Fui yo quien te escribía. –

Después del trabajo fui de nuevo al hospital. Mi hija había recuperado la conciencia, estaba atiborrada de analgésicos y sus encantadores ojos, los cuales amaban los fotógrafos, habían envejecido diez años. Y lo peor era que en vez de una excitante languidez en ellos lo que había era una oscura desesperación.

- Quien te hizo eso? – Con un nudo en la garganta le pregunté.

Ella no podía hablar ni mover la cabeza. Impotente, lo único que pudo hacer fue batir los párpados: no sé. Y lloró. Le apreté la mano y tampoco pude aguantar las lágrimas. No sabía como consolarla, el temblor de mi voz y mi aspecto desolado solo la descompondrían.

- Aguanta. – le dije, pero enseguida le agradecí a la enfermera que me estaba sacando de la recámara.

Cuando vio el teléfono de la hija en mis manos, Katya, lentamente, se sentó. Su mirada concentrada me atravesó de tal manera que yo me sentí como una persona desconocida.

- ¿Qué pasa? – preguntó ella.

Dolorosamente, escogí las palabras:

- Todo está en orden. Casi. Lo peor ya pasó. Yulia está en el hospital, pero no te preocupes. –

- Que sucedió? –

Me costó mucho trabajo contarle todo y que Katya no se desmayara. Y después me costó más trabajo mantenerla en la casa y tranquilizarla.

- Ahorita no es el momento, no nos van a dejar entrar. Yulia está durmiendo. Esperemos hasta mañana. – Insistí. Katya lloraba en mi hombro.

Al día siguiente fuimos juntos al hospital. Katya se dirigió hacia nuestra hija enseguida. A mí me detuvo en el pasillo un preocupado David Guelashvili

- El cirujano habló en voz baja, pero sin admitir objeciones.

- Déjela que vaya sola. Usted y yo tenemos que hablar. –

- Yo la tranquilicé como pude. Tiene siete meses de embarazo y lloró toda la noche. ¿Puede ser que alguien la acompañe? – Traté de desprenderme.

- Por eso no se preocupe, tenemos personal experimentado. – El médico llamó a una enfermera, le dio instrucciones y a mí me condujo a su oficina. Puso un vaso con agua frente a mí, se sentó al otro lado del escritorio y cruzó las manos. – Le tengo dos noticias. –

- Una mala y una buena? Primero, la buena, - Me animé a decir, presintiendo algo negativo. – Una mala, usted sabe, después de lo de ayer… -

- Su hija está estabilizada y no está en peligro de muerte. Pero para el completo restablecimiento del organismo se necesitan donantes de tejido y operaciones muy costosas. Si quiere un consejo, eso es mejor hacerlo en Alemania. Aquí hay buenos cirujanos, no se crea, pero el aspecto jurídico con los donantes de órganos está un poco enredado y quizás haya que esperar mucho tiempo. –

- Entiendo, entiendo… ¿Y de cuánto dinero estamos hablando? –

- Yo voy a preparar los documentos médicos necesarios y los enviaré a la clínica alemana. Veremos que responden. –

- De todos modos. Usted debe tener las cifras. –

- Desgraciadamente, está lastimado todo el tracto gastrointestinal. Se necesitará más de una operación. Creo que la suma debe estar entre los ciento cincuenta y doscientos mil euros. – El cirujano calló. – En nuestro hospital existe una fundación benéfica. El fondo está limitado y hay muchos que están esperando por trasplantes. Yo, en su lugar, me apuraría. –

Comprensivo, yo asentí:

- Si, claro. Yo trabajo en un banco, pediré otro crédito. No

veinte, sino treinta años trabajaré para el dueño. -

Guelashvili apretó los labios y me miró por encima de sus lentes, como si yo hubiera dicho una tontería.

- Hay otra cosa, - dijo.

- Una mala noticia? – Recordé el comienzo de la conversación y traté de bromear: - Si un cometa choca contra la tierra… -

Yo me corté ante la mirada no divertida de Guelashvili.

- Usted donó sangre ayer. Nosotros la examinamos y … - El médico abrió una carpeta para consultar el resultado del análisis, como si el diagnóstico pudiera cambiar. – A usted se le encontró el virus VIH. –

Se hizo una pausa larga. Yo no comprendí, inmediatamente, que se trataba de mí. Hasta ahora solo habíamos hablado de la situación de mi hija. Esta desgracia puede repercutir en mi esposa embarazada, pero yo… Yo soy un tipo, yo puedo aguantar. Canas y angustias mentales no molestarán. Lo único importante es que Yulia se recupere y el embarazo de Katya llegue a buen término. ¿De que estamos hablando? ¿Escuché mal?

- Usted dijo: VIH? –

- Virus de Inmunodeficiencia Humana, - claro y pausado, dijo el médico.

- Yo tengo ese VIH? –

- El virus fue captado en su sangre. Por supuesto, haremos un examen de comprobación, pero yo estaba obligado a advertirle desde ya. –

- No, no es posible. Yo no soy un drogadicto… Yo soy un padre de familia. – Mis ideas se revolvieron. Yo vine por un problema, ahora me desconciertan con otro, completamente diferente. – No entiendo, no entiendo nada. –

- Beba agua. –

Obedientemente vacié el vaso y miré al doctor. Yo no había escuchado mal, esto no era un sueño ni un chiste. Ante mí estaba el mismo médico, en la mesa el resultado del análisis donde estaba mi apellido. Ahí estaba escrito que yo estaba mortalmente enfermo. ¿Cuáles veinte, treinta años? Todos los planes se fueron pa´l carajo. No llego ni al año que viene. ¿Y cómo voy a vivir yo ahora? Me encogí, me sentía como un monstruo, a quien todos evitan.

El médico se inclinó hacia mí desde su lado de la mesa, me miró a los ojos y me dijo, suavemente:

- No entre en pánico, concéntrese en su respiración. Inhalar-exhalar, inhalar-exhalar. Y cuente: uno-dos, uno-dos… -

Poco a poco se me fue aclarando la mente. Pregunté:

- VIH, eso es SIDA? –

- No, no… - Guelashvili se recostó del espaldar de su asiento. Lo

más desagradable ya lo había comunicado. A él volvió la convicción profesional. - El VIH es una infección crónica que se desarrolla lentamente. Por regla general, bajo tratamiento, se puede controlar por años. Todo depende del modo de vida y el seguimiento riguroso de los medicamentos. En ese período la persona infectada se siente bien, se ve saludable y, frecuentemente, ni siquiera adivinas su problema. ¿A propósito, cuando se hizo el examen de sangre la última vez? –

- No recuerdo. Hace tiempo. –

- El virus no aparece enseguida. A los tres meses, a veces hasta los seis meses después del contagio. –

- Y ¿cómo? ¿Como pude contagiarme? –

- El VIH pasa de persona a persona. Ante todo, por el tracto genital durante los contactos sexuales no protegidos. O a través de la sangre: aplicación de drogas intravenosas con una aguja infectada, inyecciones, transfusiones de sangre… -

- Espere. ¿Y mi sangre? ¿La transfirieron a mi hija? – Yo salté para correr adonde Yulia.

- No, como se le ocurre. Para eso existen las pruebas. Siéntese y tranquilícese. Ahora usted debe analizarse y recordar como pudo haberse contagiado. Y, por supuesto, cambiar de raíz su comportamiento, para no ser una fuente de propagación de la infección. -

- Katya. Mi esposa. – Reaccioné.

- Ella está embarazada. A todas las embarazadas se le hace prueba de VIH. Esperemos que no…, claro, hay un período escondido. Yo me encargo de hacerle las pruebas. –

- Pero coño! ¿Por qué yo? ¿Que hice? – Puse las dos manos en mi cabeza. – Sin tiempo para nada. ¿Cuánto me queda? –

- Usted no está enfermo todavía, solo tiene el virus en la sangre. –

- Pero el SIDA no se cura. –

- No entre en pánico. Usted no tiene SIDA. –

- No comprendo. Usted me estaba hablando del VIH. –

- Entienda una cosa sencilla. – El doctor se puso pedagogo. – A usted se le detectó un virus, el cual, su organismo todavía controla. El SIDA es el estado final del desarrollo de la infección VIH. Él no aparece rápido. Eso depende de muchos factores. Le voy a dar un folleto. Ahí está explicado de manera muy sencilla. –

Tomé el folleto y leí el título: “Con el VIH se puede vivir”, pero ahí enseguida, lo doblé y lo guardé. A pesar del título tranquilizante, me asustó.

- Por ahora no me haré el análisis de sangre de comprobación y no le diga a Katya, por favor. -

- Por ley, esa información es estrictamente confidencial. No tengo derecho de comunicarle a nadie su status de VIH infectado: ni a su esposa, ni a sus familiares, ni a amigos, ni a colegas. Usted es quien tiene que actuar en ese sentido. –

Recordé las palabras de Guelashvili en el primer encuentro: un paso a un lado y te caes. Yo sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies. Yazgo en el abismo.

- Bueno… - De repente tenía al cirujano a mi lado. Me sacudió por los hombros e hizo detener el mareo que yo sentía. – Tómese este par de tabletas. –

- Que, ¿ya comenzamos? –

- Tómeselas tranquilo. – El médico lleno un vaso con agua y me dio las dos píldoras. – Este schock es normal. Usted todavía se está forzando. Tome un par de días libres en el trabajo. –

- Pero entonces, todos sabrán que me pasa algo. –

- Ok. Continúe a trabajar. Viva como si no pasara nada. Si siente sensación de pánico, respire como le dije. –

- Es todo? –

- Por ahora sí. Eso funciona. –

El médico se puso a hablar caminando por el corredor: de la batería de exámenes, de los análisis complementarios, de la escogencia de medicinas, mientras yo contaba las inhalaciones y exhalaciones: uno-dos, uno-dos… Algo no me permitía pasar de dos. Hasta mis queridos números me abandonaban.

4

La enfermera trajo a una decaída Katya a la oficina. Yo me apuré a abrazar a mi mujer que sollozaba, solo para que ella no notara el miedo en mis ojos. Pero Katya estaba extremadamente deprimida y solo pensaba en la hija. Con esperanza ella miraba al médico y este la tranquilizaba prometiéndole hacer todo lo posible. Guelashvili mencionó algo sobre la curación en Alemania y le dijo que ya había discutido los detalles conmigo. Con mi mejor rostro, yo asentí hacia Katya, mostrando con la mirada, que todo estaría en orden. Ella creyó, no en mis gestos infantiles, sino en su intuición maternal.

Yo llevé a Katya al auto y me puse al volante. Cuando íbamos al hospital, de antemano yo sabía que ella no podía conducir, pero yo no podía suponer que yo mismo estaba cerca de un schock.

- Pero que fue? ¿Por qué? – De vez en cuando Katya se decía a sí misma. – Como vamos a vivir ahora? –

Esas mismas preguntas me atormentaban, pero si mi esposa pensaba exclusivamente en su hija, yo me las dirigía a mí mismo.

- La van a curar, conseguiré el dinero, – murmuré, pero me di

cuenta que poco convincentes sonaron mis palabras.

- Yo daría todo, con tal de que Yulia… - Katya se cortó y se puso a llorar.

A mí también se me salían las lágrimas, pero pude contenerme. Inhalar-exhalar. Uno-dos.

Dejé a mi esposa en casa y me fui al trabajo. Entrando al banco, me sentí encogido. Me pareció que todos me miraban de manera distinta y que, a propósito, se apartaban como de un leproso. ¿Será posible que ya tenga escrito en el rostro que estoy mortalmente enfermo?

- Grisov, te ves mal, - Oleg Golikov confirmó la sospecha. – Ayer llegaste primero que todos, hoy estás retrasado. ¿Alguna vez miras el reloj?

Sin esperar respuesta, ironizó:

- La gente feliz no mira el reloj. ¡Ataja! -

Oleg me lanzó la manzana cotidiana, pero yo, oprimido por esos pensamientos horrorosos, no reaccioné en absoluto. La manzana golpeó el teclado, hizo iluminarse el monitor y rodó por el suelo. Y cada golpe haría aparecer, a los dos días, una marca fea en la superficie del bello fruto, lo cual sería el comienzo del daño en la fruta. Eso trajo asociaciones horribles a mi mente y yo ya me veía con daños en mi organismo.

- Un asunto malo, - Golikov comentó sombríamente y clavó su mirada en el monitor. Viendo que yo continuaba postrado, involuntariamente murmuró: - Si, tenemos un problema. –

Yo no me movía, y entonces Golikov subió la voz:

- ¿Me estás escuchando, Yury Andreevich? –

- Que pasa? – reaccioné.

- Hay que chequear la interfase de los cajeros automáticos, temprano hubo una falla incomprensible, - respondió Oleg y volteándose no quiso explicar más.

Yo entré en la red interna del banco, leí los correos, vi los códigos de errores y traté de concentrarme en el trabajo. Sin embargo, mi mente estaba completamente llena de preguntas desagradables. ¿Cuándo me contagié? Y, ¿de quién? ¿Cuánto tiempo me quedaba de vida? Y de repente me entró una esperanza: ¿y si otro examen daba negativo? Dios mío, que esté sano. Me pondría a rezar, aunque nunca lo he hecho.

Si ese estado de ánimo se ponía insoportable, me concentraba en la respiración. Este método me ayudaba a apartar la inquietud. A quitarme mis propios terrores, meterme en el trabajo. Mis dedos comenzaron a recorrer el teclado, conseguía cliquear en los comandos. Pero la frágil tranquilidad enseguida se rompía por la preocupación por la hija. Su curación va a ser larga, y se va a necesitar mucho

dinero, el cual solo puedo conseguir yo. Y, si de repente, mi enfermedad se desarrolla rápidamente y me tumba el SIDA. ¿Qué pasará con Yulia, con Katya y con nuestro hijo no nacido todavía?

Inesperadamente alguien me tocó el hombro. Yo volteé y vi el rostro estupefacto de Oleg. Tocó con su dedo mi monitor en los sobrecitos rojos intermitentes de las comunicaciones urgentes.

- ¿Qué te pasa Grisov? ¿Tú no lees los correos internos? El flujo de quejas colapsó el servicio de atención al cliente. Se bloquearon todos nuestros cajeros automáticos. ¡Todos! –

- Justamente me estoy dando cuenta de eso. – Vi el programa abierto y me sorprendió. Yo había cambiado algunas instrucciones en el programa, las había corregido, pero no recordaba, exactamente, que era.

- Mira, ¡lee! Nuestros colectores no pueden recoger los recibos, las tarjetas de acceso no funcionan. –

- Las tarjetas de acceso, - repetí como un eco y abrí la gaveta del escritorio para buscar la tarjeta plástica especial con la cual se puede recoger y testear todos los sistemas de los cajeros automáticos.

- Déjame ver. – Golikov me separó del monitor y comenzó a cliquear el teclado. Aquí está el error. Tú sobrecargaste el programa y ahí empezaron los fallos. ¿Qué cambios le hiciste? -

- Yo? Creo que ninguno. –

Yo, inútil, le daba vueltas en mis manos a la tarjeta plástica.

- ¿Crees? ¡Mira! De tú computadora salió el cambio. –

- No me acuerdo. – Dije sinceramente.

- Pero lo sabes. – Oleg sacudió la cabeza en desaprobación.

En mi mesa repicaba el teléfono de servicio. El indicador mostraba el número “1” lo que quería decir que llamaba el propio dueño del banco. Sentí náuseas. Ya tenía varias horas poniéndole atención a mi organismo en busca de alguna reacción hipocondríaca y mi organismo respondió a la espera provocadora. De mi estómago venía el vómito y salí corriendo al baño.

Golikov me acompañó con la mirada asombrada y, cuidadosamente, levantó el auricular.

- ¿Que pasa Grisov? ¿Qué mierda están haciendo? – Nuestro presidente Radkevich no escatimaba las groserías.

- No es Grisov, es Golikov. –

- Donde está tu jefe? ¿Porque no me responde el teléfono? ¿Qué pasa ahí? Los cajeros automáticos no están funcionando. -

- Boris Mikhailovich, la falla fue por culpa de Grisov, -

- ¡Eso no fue una falla, lo hicieron a propósito! Tengo pérdidas y ustedes no hacen un coño. –

- No es mi culpa, por mi trabajo respondo yo. Pero Yury Andreevich…

- Que estás queriendo decir? Habla claro. –

-Él sobrecargó el programa de control de los cajeros. Después de eso empezaron las fallas. –

- Por qué? ¿Fue un error? –

Golikov comprendió que ahí le surgió una oportunidad. No es pecado utilizar el error de su superior, si eso lo hace ocupar su sitio. Él habló rápidamente, bajando la voz y mirando, atentamente, la puerta:

- Boris Mikhailovich, temo por Grisov. No está bien de la azotea. Literalmente. Ayer llegó pálido, medio ido, y hoy está igual. Le pregunté cuales cambios había hecho en el programa y él lo no recuerda. Realmente no lo recuerda, los ojos vacíos. Tengo la impresión de que a Grisov le empieza a patinar el coco. Véalo usted mismo. Él podría hacer algo. –

- Ya lo hizo. ¿Puedes arreglar eso? –

- Puedo tratar. –

- Trata. Habla con otros empleados y le dices a Grisov que venga a hablar conmigo, inmediatamente.

Cuando volví del baño, en un estado horrible, encontré al colega en mi puesto de trabajo. Oleg, sin separarse del monitor, me informó:

- Radkevich te llama. Que vayas ya. –

- Justamente, yo también quería hablar con él, - murmuré yo, sumergido en mis problemas.

Tan pronto entré en la oficina del presidente, Radkevich me lanzó una mirada irritada y frunció el ceño con disgusto a la vista del pálido y desvencijado empleado.

- ¿En qué estás pensando, Grisov? -

- Quería hablar con usted. Necesito un préstamo. –

- Préstamo? –

- Doscientos mil euros. Mi hija… Aunque sean ciento cincuenta. –

- Que? – Radkevich saltó de su asiento. – Respóndeme una pregunta: ¿tú actualizaste hoy el programa de control de los cajeros automáticos? –

- Mire… - Yo me enredé.

- Que hay que mirar? A mí me dijeron que por tu culpa perdí plata. Y eres tan insolente que vienes a pedirme dinero. No, ¡no es una simple insolencia, es una burla! –

- Disculpe, a mí hoy… -

- A mí no importa que te pasó hoy! Ayer hablamos, aparentemente estuviste de acuerdo y entonces, hoy me saboteas. –

- No. –

- Eso no te lo acepto! –

- Trataré… -

Con desprecio, Radkevich me miró a la cara.

- Estás drogado? –

- Dos pastillitas nada más, tranquilizantes. – Respondí, pero me arrepentí de haberlo hecho.

- Pastillitas, o sea… - El banquero sacudió la cabeza y movió la mano como espantando algo. – No me toques más la computadora. Estás libre. Completamente libre. Estás despedido a partir de hoy, Grisov. –

- Pero como… - Ante mis ojos apareció mi hija enferma, y ante los de Radkevich la suma en el gráfico de las pérdidas.

- Vete! – Gritó.

Yo abandoné la oficina como en un sueño. ¿Será que mi enfermedad se ve en mi rostro? Apenas hoy me entero y ya es una pesadilla. ¿Y ahora que va a pasar?

En mi sitio de trabajo me recibió un cortés y disminuido Golikov.

- Mira viejo, me llamaron para decirme que no te permitiera acercarte a los computadores. Debes recoger tus cosas y… - La mirada de Oleg, elocuentemente, se dirigió hacia la puerta. – Disculpa, es orden de Radkevich.

Y solo en ese momento comprendí lo irreversible. Me están despidiendo. No voy a recibir ningún préstamo, y los préstamos viejos no voy a poder pagarlos. Nos quitan la casa, el carro, y todo eso, legalmente. Mi hija no tendrá la curación necesaria, mi esposa me odiará y seré un pobre y enfermo.

Una empleada de la oficina de personal trajo unos papeles para que yo los firmara.

- Yo tengo derecho a una compensación, - le recordé.

- Este no es el caso. – La mujer se sonrió levemente y recogió los documentos.

- Por qué no? En el caso de despido me deben… -

Pero la amable mujer ya había abandonado la oficina. Golikov había bloqueado el acceso a todos los computadores, excepto el suyo, y se enfrascó en su trabajo, como si yo no estuviera ahí. Me sentí impotente: soy un sobrante, están botándome. Y en ese momento sentí una gran indignación. ¡Ah, ¿sí?! No tengo nada que perder y pronto muero. Por eso puedo hacer lo que quiera. Por ejemplo, romperle la jeta al presidente.

Escribí en una hoja de papel el salario de tres meses, subí corriendo el piso y entré como una tromba a la oficina de Radkevich.

- Hicimos un convenio donde yo tengo una compensación de tres meses de sueldo. – Le puse la hoja de papel en el escritorio y me acerqué al director.

Éste respondió suavemente con una sonrisa torcida y sin

esconder la burla:

- Métete ese convenio por el trasero. –

Le lancé el puñetazo por encima del escritorio, pero Radkevich, ágilmente, se cubrió con la lámpara de mesa. El golpe llegó a la pantalla de mesa y el vidrio se rompió, hiriéndome la mano. Cuando vi la sangre en mis nudillos me tranquilicé. Mi propia sangre me recordó el virus incurable que me consumía desde adentro.

- Vete pa´l carajo, ¡engendro! – gritó el banquero. – Me voy a encargar de que no te contraten en ningún banco. ¡Haz de cuenta de que tienes una etiqueta negra encima! –

La mención de una etiqueta me golpeó. El VIH es una etiqueta negra con la cual la sociedad estigmatiza a los desgraciados.

Comencé a retirarme. En el camino cayó en mi mirada la fotografía del trío de caballos la cual utilizó el dueño de la oficina para mostrar las gríngolas útiles para dirigir al caballo. Arranqué el cuadro de la pared y estuve a punto de estrellarlo contra el piso, pero en el último momento me di cuenta de que los caballitos me caían bien. Entonces salí con el bello poster en las manos.

A mi oficina no volví, me fui de una vez hacia la puerta. En la entrada del banco me detuvo el vigilante. El debía comprobar que el funcionario despedido no se llevaba algo valioso y confidencial. En mis manos solo estaba el poster.

- No puedes llevártelo, - negó con la cabeza el vigilante.

- Si claro, yo me salí de la yunta y tú, golpeado con el fuete, recibes tu ración particular de avena. – Le tiré el poster y salí del edificio.

El vigilante, confundido, olvidó pedirme el pase de entrada.

5

“Las desgracias no vienen solas”, recordé el infeliz dicho. Se sobreentendía que las desgracias vienen por pares, aunque en mi caso particular, la cuenta continúa. La tragedia con mi hija, mi propia enfermedad, la preocupación y ahora esto: el viejo “Peugeot” no quiere prender. Claro, esto es una tontería en comparación con lo demás, ¿pero es que acaso necesito más contratiempos?

Oye Dios, siquiera en las cosas pequeñitas, ¡ten piedad! Pero es obvio que el todopoderoso no me escuchaba.

Le di al arranque hasta que la batería se descargó completamente dejé el carro y me fui al metro. La caminata monótona se correspondía bien con el procedimiento del médico: Inhalar-exhalar, uno-dos, inhalar-exhalar… Solo así pude tranquilizar mis nervios destrozados. No estaba apurado, caminé varias estaciones, de

vez en cuando me sentaba y descansaba y llegué tarde a casa.

En la entrada de nuestro townhouse, al lado del "Volvo" de mi esposa estaba estacionado un "Ford" policial. "Llegó Sasha [2] , pensé.

Mi hermanastro, Alexander Gromov, era capitán de la policía y prefería utilizar el automóvil de servicio. Mi mamá se casó primero con el profesor de Física, Grisov. De ahí nací yo. Después se casó con el oficial de policía Gromov. De ahí nació Sasha. Nuestros padres eran tan diferentes que Sasha y yo no nos parecíamos en nada. Yo era el mayor y a mí siempre me tuvieron como un alumno aplicado y tranquilo. Mi mamá se enorgullecía de mis éxitos en la escuela y siempre me ponía de ejemplo para mi hermano. Sasha era tres años menor y no mostraba mucho entusiasmo por la escuela, pero se destacaba por la seguridad en si mismo.

- Por fin apareciste! ¿Dónde estabas metido? Ni siquiera respondías el teléfono. – Desde el pórtico me regañó mi hermano. – Estábamos preocupados.

Alexander, su esposa Natasha y Katya se sentaron alrededor de la mesa en la cocina. Las mujeres se veían pálidas y deprimidas. Gromov, como siempre, estaba bullicioso y gesticulando demás. Él llenaba cualquier espacio, sobre todo si estaba bebiendo. Habíamos planificado celebrar nuestra nueva casa, pero la vida nos echó a perder los planes. El encuentro resultó triste.

- El carro se me accidentó, - me justifiqué.

- Siéntate, - Gromov golpeó la mesa a su lado y llenó dos copas de vodka. Se tocó el pecho con el puño y dijo: - Tengo un peso en el alma, hermano. Me imagino como estarás tú. Bebe, te hará bien. –

Él vació la copa de un golpe, con el rabo del ojo vio como Natasha acercaba su copa a los labios y, llevando un poco de choucrute a su boca, señaló con un dedo húmedo hacia la embarazada Katya:

- A ti, ni se te ocurra. –

Lentamente, vacié mi copa, pero no sentí ni sabor, ni bienestar. Me apretaba el pecho, como si me pusieran tornillos. No quería comer, ni beber.

- Te enteraste de algo? – le pregunté a mi hermano, cuando ya había tragado y alargó el brazo hacia la botella.

- Estamos trabajando en eso. Encuestas, interrogatorios..., todo como se debe. –

- Y entonces? – me empezaban a fastidiar esos pretextos.

- Por ahora sin suerte, como siempre en esas taguaras. Aunque el club "Hongkong" es pretencioso y caro, no tienen cámaras en el interior, para no molestar a los visitantes. Solo tienen una en la entrada. La vigilancia no controla lo que toman ni lo que huelen. Si se ponen exigentes, la gente se les va. –

- Revisaron el bar? –

- Alcohol puyado no hay, porque muchos se hubieran envenenado. Allá todo es simple y de más grados. – Gromov bebió y arrugó la cara, más por el disgusto que por el vodka.

- Cuéntame, - le exigí.

Sasha se inclinó hacia mí, para tratar de hablar en voz baja, pero su susurro fue más bien teatral y lo escuchó todo el mundo en la cocina.

- Encontramos una botellita de ácido acético bajo el sillón donde estaba Yulia. No tenía huellas digitales. Si hubiera sido ella misma…, habría tenido las de ella.

- Pero no pudo haber sido ella, - me disgusté. – Quien llevó el ácido? –

- Justamente, cualquiera puede comprar eso en un supermercado. Y en el club todos andan por todos lados. ¿Tú has estado en lugares así? –

- Hace un montón de años que no. –

- Eso es una penumbra, la música a todo volumen, la gente empujándose de un lado a otro, muchos drogados. Tú preguntas, y nadie vio nada, nadie sabe nada. ¿Como cayó Yulia allá? –

- Sabes… - Me callé.

Katya se puso a llorar y Natasha se apuró a llevársela. Gromov hizo una mueca y un gesto incomprensible con las manos: como diciendo, los nervios femeninos no son lo mío. Miró la botella de vodka vacía, la puso en el suelo y sacó una nueva de la nevera. Cuando se sentó de nuevo, golpeó con el pie la botella vacía y esta, con ruido, rodó por el piso. Nosotros no intentamos recogerla…, ¡que ruede lo que le dé la gana!

- ¿Y qué dice Yulia? – preguntó Gromov mientras abría la botella.

- No puede hablar. Tiene un tubo en la garganta. – respondí, apenas aguantando el disgusto.

- Que vaina, - Gromov asintió tranquilamente. Bebió, apretó el puño y lo movió, amenazando al espacio: - Encontraremos al bastardo y lo pondremos preso! Lo importante es que tú aguantes y Katya no haga tonterías. Bueno, tú sabes. –

Después de la siguiente copa, el tenedor recorrió el plato con el resto de la cena y, levantando la voz, el capitán de policía decidió cambiar el pesado tema. Puso una mano en mi hombro, a lo hermano:

- El "Peugeot" está jodiendo otra vez? Cambia esa carcacha. Cómprate uno bueno. –

Me sonreí y comencé el listado:

- Le compré un carro nuevo y seguro a Katya. A crédito. Ella lo necesita. Tenemos veinte años para pagar esta casa. Todavía hay que

arreglarla, arriba no tiene divisiones, el niño pronto nacerá y serán más gastos. - Después de eso me sentí molesto, y quité la mano ajena de mi hombro. – No se trata de eso! Yulia está mal, hay que operarla en el exterior. Eso es mucha plata y tú me hablas de un carro nuevo. –

- Que vaina, - Gromov utilizó su expresión preferida. – Pero tú tienes un trabajo excelente y media vida por delante. Tú eres el jefe de tu sección. ¡Jefe! Y yo apenas soy capitán. A esta edad. Si yo fuera el jefe de sección… -

- Si, gran cosa, soy jefe. –

Quise decirle que me habían botado del trabajo, pero a último momento, me contuve. Mi hermano le contaría a su esposa y esta a Katya. Esto sería un golpe complementario para la embarazada y ella ya tenía los nervios de punta.

- Y tú sabes como se obtienen los ascensos en la policía? – Sasha ya estaba medio borracho. – Tienes que tener un padrino, o destacarte en un asunto. Como resolver algo grande, agarrar un malandro y que la prensa te hable de eso. –

- Bueno, ¡agárralo! – le espeté, teniendo en cuenta el intento de asesinato de mi hija.

- Estoy trabajando en eso, - Gromov asintió. – En nuestro cuadrante aparecieron unos delincuentes que están robando cajeros automáticos. Te imaginas como hacen: apagan las cámaras. ¿Como? No se sabe. Maltratos visibles, no hay. Los alambres están completos. La cámara no ha sido tapada. Si resuelvo ese asunto, puedo pasar a la dirección “C”. “C”, de ciberdelincuencia. Allá se gana más. –

- Yo te estoy hablando de Yulia, - me disgusté de verdad.

- Ahí hay un problema. Tampoco hay cintas de video. ¿Como se puede trabajar sin eso? –

- Con el cerebro, con los puños, con la fuerza. – Ya yo estaba arrecho, no solo con la policía, sino contra todo el mundo.

- A propósito de fuerza. Una vez se llevaron todo el cajero, otra, lo abrieron a mandarriazos. –

- Otra vez estás hablando de los ladrones. Para que abrirlos, es suficiente… - Metí la mano en mi bolsillo, toqué la tarjeta de acceso a los sistemas, la cual no me quitaron y se me salió: - Retrasados. –

- No, - Sasha no estuvo de acuerdo. – Cada vez piensan en algo nuevo. Para agarrar a esos tipos hay que actuar rápido, en caliente. A propósito, tú eres el especialista en esos cajeros automáticos, esas cosas electrónicas. Dime, como pueden… -

El repique del celular cortó la habladera de Gromov. Se puso el aparato al oído y, a medida que escuchaba, sus hombros se expandían, sus ojos se abrían irradiando emoción. Desde niño yo conocía ese brillo: hacia adelante, tumbando todo, sin pensar.

- Voy para allá! – exclamó hacia la bocina, saltando del lugar.

- Que pasó? – me preocupé.

- Quemaron un cajero automático, y apagaron la cámara otra vez. –

Con paso inseguro, Gromov se dirigió a la salida, tomó la chaqueta y sacó las llaves del carro. Traté de detenerlo:

- No puedes manejar, estás borracho. –

- Quien me va a parar? Yo estoy de servicio. –

- Estás loco. –

- Hay que perseguirlos en caliente, si no se van, - estaba inquieto el capitán de la policía.

- Mírate en un espejo. –

Lo empujé hacia el espejo de la puerta. De la respiración etílica se cubrió de vapor la superficie del espejo.

- Natasha me va a llevar. – dijo, con más sentido común.

- Vamos, te llevaré yo, - le propuse, ya que solo me había tomado una copa de vodka.

Yo no quería quedarme solo con Katya. Quizás se daría cuenta de mi ánimo abatido y empezaría a preguntarme y yo tendría que mentir y escabullirme. Mejor volver cuando ella estuviera durmiendo.

- Ok. ¡Vamos! – Sasha me palmoteó el hombro. – Como tú eres el técnico, verás las benditas cámaras y sabrás. Tú eres el experto. Las mujeres… Natasha se irá en taxi.

6

Durante los primeros minutos de manejo del “Ford” policial, sentí cierta rigidez en mi cuerpo. Me molestaban el radar, colocado sobre el panel de instrumentos, el radio portátil a mi derecha, el monitor extra en el centro y un montón de botones incomprensibles en la dirección.

Gromov, impaciente e inquieto en el puesto del pasajero, hacía comentarios:

- ¿Qué te pasa, acaso crees que llevas a tu esposa embarazada? Prende las luces del techo y dale gasolina. –

- Donde está? –

- Aquí! Y la sirena no está demás. –

El capitán pisó unos botones, sobre el techo del carro se prendieron unas luces roji-amarillas intermitentes y empezó a sonar la sirena. La música lumínica de la policía golpeaba los nervios, divertía el amor propio y ayudaba a ir a más velocidad ya que los otros carros se apartaban rápido. Sasha indicaba el camino e insistía en ignorar los semáforos. Yo sentía una rara sensación y por primera vez en mi vida, abiertamente, infringía la ley. Iba al volante como embriagado, subía

la velocidad, me comía la luz roja, pero no sentía ningún reproche de conciencia. Al contrario, las adversidades que me abrumaban desde hacía dos días, pasaron a un segundo plano y yo me sentía un poquitico mejor.

Después que pasó el cosquilleo de los nervios por la carrera (lo digo por mí, mi hermano como si nada), llegamos a una calle ancha vacía, donde se construía una gran urbanización. El cajero automático que trataron de robar estaba en el vestíbulo de una agencia bancaria cerrada. Encontrar el lugar del crimen no fue dificultoso, ya ahí había una buena cantidad de carros de bomberos y policías.

Gromov saltó del carro apenas me detuve y, a grandes pasoso, se dirigió hacia el banco, haciéndole señas a un teniente que sobresalía.

- Petujov, reporta. –

El flaco teniente se acercó al capitán y empezó a hablar atropelladamente:

- Camarada capitán, durante el transcurso de las acciones operativas que … -

- ¡Resume, Petujov! –

- Los ladrones apagaron la cámara, inyectaron gas en el cajero, se escondieron tras la puerta y le pegaron candela. – El teniente señaló un cilindro vacío en el techo del banco.

- Se disparó hasta allá? –

- Lo hubiera visto! –

Me dio curiosidad y me acerqué. El lugar, con los vidrios rotos, olía quemado y el cajero se veía bastante dañado. Los pedazos de billetes quemados nadaban en un charco espumoso.

- Se llevaron el dinero, - Gromov sacudió la cabeza y, en voz alta, preguntó a Petujov. – Hay testigos? –

- Los vecinos vieron una furgoneta blanca alejándose, - puntualizó el teniente.

- En cual dirección? –

- Aquí hay un solo camino, - el teniente mostró con la mano. – Hacia el otro lado es calle ciega, por la construcción.

- Ya avisaron a los nuestros? –

- Ya hay varias patrullas en el caso. –

- Patrullas, - torció el gesto el capitán. – Te apuesto a que no encuentran nada. Voy a tratar de resolver aquí. –

Después de la carrera nerviosa sentí deseos de orinar y me dirigí hacia los arbustos. El seto recién plantado separaba una casa nueva del territorio de la construcción. Los arbustos estaban más abajo de la cintura y yo decidí ir más hacia la oscuridad, para que no me vieran desde el camino. Pasando por la entrada en el arbusto, con asombro vi un billete de mil pegado en las ramas. Lo tomé y vi que

estaba quemado y olía a humo.

¿Como llegó aquí? ¿Lo lanzó la explosión? Dudoso, ya que hasta el banco hay cincuenta metros y no hay viento.

Busqué con la vista, y vi, no muy lejos en la tierra, otro billete de esos. Caminé un poco más y me petrifiqué. Bajo los arbustos estaba escondida una silueta oscura. Mi corazón me palpitó fuertemente y me quedé sin respiración. A tres pasos de mí yacía un tipo. No era un borracho, ni estaba muerto. Eso lo comprendí de inmediato porque la persona que yacía tensa, me miraba con atención y con simpatía. Hicimos contacto visual. Ambos callamos.

Este es uno de los ladrones, pensé con temor. No pudo escaparse antes de que llegara la policía y decidió esconderse aquí. ¿Qué hago?

- Yury, que estás haciendo por allá? – Gromov me llamó.

No me moví, pensando que el ladrón podría estar armado. Un brusco movimiento y ese me puede tomar de rehén. Estaba atrapado, no me atrevía a moverme: adelante estaba la construcción, detrás, la entrada entre los arbustos. El delincuente no me permitiría retroceder ya que podía exponerse.

El inquieto Gromov adivinó para que ya había ido a los arbustos y a él también le dieron ganas, entonces gritó:

- Te voy a acompañar. –

El ladrón se movió. ¿Irá a sacar el arma? Mis piernas casi se doblan, no me podía mover. Ahorita monta el percutor…

Pero, en lugar del sonido mecánico, escuché un suave susurro:

- Yury Andreevich. Está lista. –

Un frío me recorrió la espalda. El orden de las palabras y la entonación eran perfectamente conocidas por mí. La alarma se cambió por recuerdos. Diez años atrás yo enseñaba programación en la Casa de la Juventud para la creación científico-técnica. Los alumnos que terminaban la tarea primero se dirigían a mí con la expresión "está lista". Ellos se movían en su asiento y empezaban a explicar su éxito.

- Yury Andreevich. Está lista, – repitió el ladrón.

Me incliné para verle mejor los ojos al personaje acurrucado y lo recordé. Tras los arbustos se escondía uno de mis mejores alumnos. No recuerdo su apellido, pero la confianza en si mismo y su mirada atrevida se me grabaron en la memoria. El muchacho agarraba la teoría en vuelo, proponía soluciones originales, pero tenía problemas con la asistencia a clases.

Los pasos de mi hermano estaban cerca, ya estaba sobre la grama, acercándose a los arbustos. Ahora puedo no preocuparme por un ataque del ladrón, la policía está a dos pasos. Yo dudé. Una palabra mía y en mi ayuda, vendrían, además de mi hermano, los policías armados que están en el banco. El delincuente no podrá escaparse.

Será curioso saber hasta donde llegó el talentoso muchacho. Ahora no me parece peligroso, sino indefenso.

Una palabra mía… Ahí están sus ojos suplicantes.

Apretujé los billetes quemados en la mano y los metí en mi bolsillo. Inesperadamente, para mí, salí de los arbustos y obstaculicé el camino a mi hermano.

- Yo puedo revisar como apagan las cámaras. -

- Ve a verlas, yo ya voy. –

- No entres ahí, hay sucio de perros, - detuve a mi hermano, y restregué, contra la grama, la suela de mis zapatos.

- En todas partes hay mierda. Bueno, vámonos a la división. – Gromov miró por encima de los arbustos, dudó un poco y agarró el celular. – Los ladrones pudieron escaparse por la construcción. Buscaremos a los perros olfateadores.

- Es una pérdida de tiempo. Mira la tierra está húmeda y ninguna huella.

- Es verdad. Tú eres inteligente, y los ladrones son retrasados mentales.

Gromov escupió y caminó rápido hacia el banco, lo alcancé. Me molestó la observación de mi hermano sobre las cualidades mentales de mi antiguo alumno.

- Por qué retrasados mentales? No cualquiera puede bloquear esas cámaras, - le pregunté.

- Exageraron con el gas, inyectaron más de lo necesario. Todos los billetes están quemados, tratan de utilizarlos y ahí los agarramos. No me extrañaría que hubieran salido heridos también y se dirijan a un primeros auxilios. –

En las manos del capitán sonó el celular. Era Petujov. Yo puse atención para oír al teniente:

- Encontramos la furgoneta blanca. Es una camioneta de servicio mecánico en las carreteras. En ella están dos hermanos gemelos de apellido Noskov, uno gordo y el otro flaco. –

- Petujov, estás escuchando lo que estás diciendo? Los morochos tienen que parecerse. -

- Pero estos son morochos y diferentes. –

- Los registraste? –

- No tienen dinero y, equipos gasíferos, tampoco. Solo parecen un par de pendejos. –

- Que dicen de que los vieron? –

- Pasaban por aquí y oyeron la explosión, se detuvieron un momento, pero entonces, decidieron irse. Vieron a un tipo en sudadera con capucha que iba corriendo. –

- Hacia dónde? ¿Hacia la construcción? –

- No, en sentido opuesto. Al llegar a las casas dobló a la

derecha. –

- Había que empezar por ahí. ¿Descripción? –

- Contextura media, jeans oscuros, morral en la espalda. –

- Ya es algo. Escribe el reporte, yo organizaré la investigación. Después vas a revisar las enfermerías, el ladrón pudo haber salido herido por la explosión. ¿Me comprendiste? Estamos en contacto. –

Yo observé, con asombro y orgullo oculto como, después de las órdenes de Gromov, los policías salieron corriendo en dirección opuesta a donde se escondía mi exalumno, el ladrón. O sea, lo salvé. Yo continuaba a infringir la ley, la cual yo siempre había seguido. La persecución era inútil, yo había engañado a la policía y le di al delincuente la posibilidad de escaparse. ¡E hice todo eso sin pensar!

7

Profundas reflexiones sobre los complicados golpes del destino me mantuvieron despierto mucho tiempo en la noche. El joven vago consiguió escabullirse de una decena de policías con el dinero robado y por mi cabeza, respetuosa de la ley, pasa un infortunio tras otro. ¿Por qué el mundo es tan injusto? Yo no infringí la ley y él pasa a través de ella. Y, mi hermano, el servidor del orden público, dispuesto a manejar borracho por un beneficio personal. Para él no es tanto atrapar a los delincuentes como ascender en la policía. Cada quien piensa en si mismo, y no le importan ni la sociedad ni las leyes.

Me dormí al amanecer y cuando desperté, decidí que yo no estaba obligado a vivir por las reglas comunes. Mi vida pende de un hilo. Yo estoy condenado a muerte, inclusive sin salir de casa. ¿Cuánto dinero me queda? No estoy seguro de que llegue hasta el año que viene, entonces para que andar con cuidado y poco a poco. Los sueños normales: el año que viene me aumentan el sueldo y dentro de tres me ascienden a un cargo mejor, lo que traen son lágrimas de rabia y no una alegría oculta. ¿Para que planificar un futuro lejano si en cualquier momento puede caer la cortina negra? Bang! Ahora me ven, ahora no me ven. Terrible. Por eso, ahora, yo puedo arriesgarme, lo peor ya me sucedió.

Reconociendo mi triste situación, llegué a la conclusión de que yo debo actuar de otra manera.

Lo primero que hice fue hurgar entre las cajas de la mudanza recién desempacadas para buscar los CD computacionales. Todos esos disquitos tenían sus etiquetas con su nombre que ya había olvidado para que servía. Mientras desayunaba, yo iba colocando cada disco en el laptop para comprobar el contenido.

Katya se atareaba, alrededor de la estufa, con paquetes y

envases. De repente todo quedó en silencio, sus brazos cayeron y mirando hacia el frente, desconcertada, dijo:

- Ella no puede comer nada, nada. Yulia… - Impotente, Katya cayó en la silla y se puso a llorar.

Miré la bolsa con los productos que se iban a llevar al hospital y sugerí:

- Quizás pueda beber jugo por el tubito. –

- No, ni siquiera jugo, - con aflicción, Katya lloró, agarrándose y sacudiendo la cabeza.

- Tranquila, piensa en el bebé. –

- Para ti es fácil dar consejos. –

- Yo también me preocupo. –

- ¡Si, ya veo! No te separas de la computadora, - inesperadamente, ella estaba iracunda. – Que te distrae? Y al trabajo vas a llegar tarde. -

- Voy contigo al hospital. –

- Puedo ir sola. Mejor vete al trabajo. Ayer llegaste tarde, hoy también. Te pueden botar. –

Bajé la vista, me tomé el té y salí de ahí, rápido. El reconocimiento honesto de mi despido ya me estaba alcanzando. En algún momento se lo diré, pero no hoy. Primero tengo que intentar realizar mi nueva idea. Coloqué el laptop en el maletín, también los CD y llamé al taxi.

En vez de al trabajo, fui al lugar donde el día anterior habían robado el cajero automático. Me acerqué al "McDonald´s" cercano. Ahí podría conectarme a internet y estar horas sentado, si quería. En uno de los discos encontré lo que estaba buscando, la base de datos de mis exalumnos de la Casa de la Juventud. Además del apellido, en el disco estaban sus direcciones electrónicas, teléfonos, fotografías y la lista de sus tareas hechas. En particular, la misma base de datos era un ejemplo de un trabajo exitoso hecho por los alumnos.

En una de las fotografías vi los mismos ojos negros del día anterior y enseguida lo reconocí: Fedor Volkov. Entonces tenía quince años, ahora tiene veinticinco y, en la mirada, la misma ambición juvenil y la auto convicción vulnerable.

Coloqué sobre la mesa el billete, medio quemado, de mil rublos que había hallado en los arbustos, lo fotografié y envié la imagen a la dirección electrónica de Volkov. Claro que el muchacho podía no haber utilizado ese correo hacía tiempo, pero el encuentro con el exprofesor lo haría recordar.

Y efectivamente, la respuesta llegó rápido.

"Gracias. Me salvó"

"Tenemos que vernos. Te espero", respondí yo.

"Donde está usted?"

“Adivina”.

Esto era una prueba para la perspicacia general y el nivel de comprensión computacional. En la fotografía del billete caía un borde de la bandeja del “McDonald’s” y por la dirección IP se podía saber en cual zona estaba.

No pasó una hora para que, a la mesa donde yo estaba, se sentara Fedor Volkov. Uno a otro nos estudiamos con atención. Fedor estaba cauteloso, su visión periférica trabajaba más de lo usual y sus manos las mantenía en los bolsillos de la chaqueta contra viento.

- Un poco ruidoso aquí, ah? – observó.

Le advertí:

- Con el rabo del oído escuché que la policía busca a un tipo en chaqueta gris contra viento. –

Volkov se quitó la chaqueta y se sentó sobre ella. Se quedó en franela. En su muñeca derecha tenía un tatuaje colorido.

“Quien se puya para divertirse, tiene VIH”, pensé con tristeza. No me sorprendería que se fume su hierba y sea indiscriminado con las chicas. Si alguien preguntara: ¿quién de los dos tiene el virus?, todos apuntarían al chamo. Pero, desgraciadamente, una vida familiar juiciosa no es garantía contra una insidiosa enfermedad.

La mirada desconfiada de mi exalumno se suavizó un poco.

-Yo estoy muy agradecido con usted, Yury Andreevich. -

- Llámame Doctor. –

- Ah, ¿tenemos un plan? Entonces yo soy Zorro. –

- Pero tu apellido hace pensar otra cosa [3]. –

- Usted tampoco se parece a un doctor. –

Ambos sonreímos. Era mi primera sonrisa desde el momento de la llamada nocturna desde el hospital.

-Bueno, Zorro, cuéntame ¿Qué hiciste después de la escuela? – le pregunté.

-Usted, por casualidad, ¿no trabaja para la policía? El tipo de uniforme lo llamaba por su nombre. –

- Es mi hermano. El es policía. –

- Hermano? – Zorro se levantó. – Yo, como que me voy.

- Siéntate! – Lo detuve. – Entiende esto: a él yo no lo voy a ayudar. Ahora, yo solo trabajo para mí mismo. –

Zorro digirió rápidamente lo escuchado, se relajó y me tendió la mano:

- Colegas. – Después del apretón de mano, volteó su cabeza hacia el mostrador: - Ya que estamos aquí, voy a comer algo. –

Me acerqué a él y le advertí:

- Pero que no se te ocurra pagar con los billetes quemados. – los ojos de Zorro mostraron sorpresa. Le expliqué: - Todos los puntos comerciales están alertados. –

Zorro volvió a la mesa con un café y una hamburguesa. Comió un poco y comenzó a relatar:

- Yo ingresé en la universidad tecnológica en la especialidad de seguridad informática. Hice dos cursos, pero después me aburrí. Para que perder tiempo si el diploma lo puedes comprar. –

- Y lo compraste? –

- La impresión es perfecta, no puedes diferenciarlo de uno verdadero. Pero trabajar… - Zorro hizo una mueca. – Eso, de estar en una oficina desde la mañana hasta la tarde en una oficina, no es para mí. –

- Y ahora destripas cajeros automáticos? –

- Esa es la última diversión que tengo. –

- Y es provechosa? –

- Depende. Ayer agarré cuatro kilogramos. La explosión fue ruidosa y mientras recogía el dinero, los Apóstoles se pintaron. La policía llegó rápido y tuve que esconderme ahí cerca. –

- Los Apóstoles? – Recordé la conversación de Gromov por teléfono: - ¿Los gemelos Noskov en la furgoneta blanca, el flaco y el gordo? -

- Pedro y Pablo. En la escuela se burlaban de ellos, y a mí se me ocurrió ponerles los Apóstoles. Desde aquel tiempo somos amigos y me respetan. Ayer ellos arrastraron a la policía tras ellos. –

- Fue pensado así? –

- No, fue casualidad, pero afortunado. –

- Tú eres sortario. – Yo bajé la voz para que no nos escucharan: - Pero cuatro kilos de billetes quemados no te ayudarán. Caerás cuando los saques. –

- Los cambio de nuevo en cajeros. Y gracias otra vez. –

- No resulta. El cajero automático no acepta un billete dañado, el tamaño ya no coincide. –

En los ojos de Zorro apareció la sospecha de nuevo:

- ¿Doctor, para que me llamó? ¿No será para hacerme un tratamiento psicológico? –

- Para advertirte. Y proponerte algo. –

- Espero que no sea confesarme. –

- Los Apóstoles realmente trabajan en mecánica? –

- Trabajan en toda vaina. Son buenos en todo. –

- Mi carro no prende. –

- Su especialidad, - aseguró Zorro. – Donde está? –

Me gustó su disposición para actuar inmediatamente. Le indiqué la dirección del “Jupiterbank”, donde se había quedado el “Peugeot” y le entregué las llaves.

Zorro se rio:

- Las llaves no son necesarias. Déjeme llamarlos para que vayan

allá enseguida. Los llamó, les explicó todo y me preguntó: - Le traen el auto para acá? –

- No sería malo, - asentí. – Estás seguro de su experticia? –

- Son los Apóstoles, - dijo Zorro, con ironía. – Cuéntelo como nuestro agradecimiento, por lo de ayer. -

- Gracias, pero no era de eso de lo que yo quería hablar. – Miré hacia los lados como un conspirador y le hice la pregunta importante: - Como haces para bloquear las cámaras de video? –

- Que pasó? ¿La policía todavía no lo descubre? –

- Todavía están tratando de adivinar. –

Zorro se envaneció:

- Ese es un aparato que yo idee, yo lo llamo "blockout". Lo pongo a un metro de la cámara o del cable y desaparecen las imágenes. –

Recordé que Volkov, todavía jovencito, reparaba, fácilmente, cualquier computadora o juego electrónico. A él venían, incluso profesores, hasta que el muchacho empezó a cobrar por las reparaciones. Podía hacer maravillas.

Me interesó como trabajaba el aparato:

- Obstruyes la señal de video? –

- Ese es el nivel primitivo. Intercepto la señal y puedo poner ahí lo que yo quiera, hasta pornografía. –

- Me imagino la reacción de los vigilantes. Podrías hacerte famoso. –

- Por ahora déjeme bloquear las imágenes, como un tonto inútil. –

- Eso es inteligente, - asentí yo y reflexioné.

Zorro es inteligente, calculador, arrogante, pero actúa torpemente. Demasiado ruido para un resultado mínimo. Para el delito elegante le faltan conocimientos especiales acerca del funcionamiento de los cajeros automáticos. Y yo soy el especialista en ese asunto.

- Zorro, quiero comprobar tu "blockout" en vivo. –

Volkov, de la sospecha, frunció el ceño:

- ¿Que pasa Doctor? ¿Qué tiene en mente? -

- Una conexión real a un cajero automático concreto. –

- Ja! ¿Y después qué? –

- Tú me ayudas a restablecer la realidad. Yo me llevo lo mío. –

- Del cajero? – Zorro se rio. – Y como piensa usted abrirlo? –

- Ese no es problema. Pero esta vez, en lugar de bloquear la imagen, hay que poner una fotografía. –

- Doctor, estoy confundido. Me huele a servir de carnada. –

- Tu parte es bloquear la cámara. Del resto me encargo yo. –

Zorro se reclinó en su silla, de nuevo miró a su exprofesor considerando si debía confiar en él.

- Y cuando tiene la intención de hacer eso? – le preguntó.

- Tenemos tiempo mientras los Apóstoles me arreglan el carro. –

- Ahorita? – se extrañó Zorro.

- Desde hace un tiempito me estoy apurando para vivir, - me sinceré.

- El cobarde inventó los frenos, ¿es así? – Zorro guiñó un ojo. – Nunca hubiera pensado que usted… -

- Quiere decir que estás de acuerdo? –

Volkov levantó las cejas y empezó a razonar:

-El blockout lo tengo en el carro, pero se debe encontrar el cajero apropiado, donde se pueda montar sin problemas. –

- Ya te resuelvo eso. –

En el laptop abrí, en la página del "Jupiterbank", la ventana de las direcciones de los cajeros automáticos. Tuve que exprimirme la memoria para recordar la sucesión de la carga de efectivo en ellos: ¿cuáles son los cajeros automáticos que llenan hoy?

Yo escogí uno de ellos y volteé el laptop hacia Volkov:

- Mira este. Allá podemos llegar en quince minutos. -

- Usted cree eso? – dudó Volkov.

- Créeme, allá hay dinero para agarrar. –

Zorro me miró a los ojos, vio mi resolución y aprobó con la cabeza:

- Voy a tomar un café para llevar, en el camino resolvemos los detalles.

El carro de Zorro era un "Subaru" con volante a la derecha, con los guardafangos arrugados y las puertas raspadas. Con escepticismo ponderé el feo aspecto del auto:

- ¿Y para que tienes tus amigos mecánicos? –

- La dirección y el motor están bien, también sus cuatro cauchos y la aceleración, pero la carrocería… - Zorro se cortó un poco, - Pero no me preocupo si tengo que irme rápido. Tome asiento. –

El cajero automático que yo había escogido estaba a la entrada de una mueblería. Adentro, prácticamente, no había clientes. Cuando iba pasando, Zorro pegó a la pared una cajita roja, parecida a las que tienen el botón de alarma de incendio, y entró a la tienda. Decidí no abrir el cajero enseguida y lo alcancé en el interior.

- Me dijiste que el aparato no se veía, - le susurré inquieto.

- Para esconder algo mejor lo pones a la vista. – Con cara de aburrido, Zorro iba mirando los sillones.

Tuve que estar de acuerdo con él. Sin embargo, el color rojo de la cajita, simbolizaba para mí el infierno que tenía que atravesar. Detrás de él hay otra vida, extrema y riesgosa.

- ¿Ya está funcionando el blockout? – me puse nervioso.

- Le tiemblan las rodillas? Podemos volver al carro. –

- No…, pero… Hay dos cámaras: una en el techo y otra directamente en el cajero que graba la cara del que está ahí. Quiero estar seguro… -

- En lugar de a usted, Doctor, están viendo otra cara. Como usted lo pidió. –

Recordé la foto que había escogido en internet y me tranquilicé. Al fin y al cabo, no tenía nada que perder. La enfermedad me liberó de muchos convencionalismos. Ahora puedo hacer lo que considere necesario, vivir duro, sin esperar la vejez. ¡Vamos!

Volví al cajero automático y puse la tarjeta de acceso, la cual tomé por casualidad de la oficina y puse la clave. En la pantalla apareció el menú. Perfecto, no han bloqueado la tarjeta. Escogí la operación: Carga de efectivo. Sonó el gancho de apertura…, yo hale la pesada puerta y el cajero se abrió. Adentro había pacas de billetes de mil y cinco mil.

Por lo menos había millón y medio de rublos y procedí a sacarlos.

8

La mayoría de los empleados subordinados prefieren no caer bajo la mirada del jefe, pero Oleg Golikov era de la opinión contraria. Él estaba convencido de que para recibir un ascenso debía ser visto por las instancias superiores. Todavía mejor, debía ser útil al jefe no solo en el trabajo, sino en la vida diaria, ¡jalar mecate pues! Una vez, Oleg había ayudado, calculadoramente, al chofer de Radkevich, a configurar el nuevo teléfono inteligente, a conectarse á internet, y enseñarlo a utilizar las nuevas aplicaciones. El chofer le contó eso al jefe. Y resultó: cada vez que aparecía un problema técnico, llamaban a Golikov. Las novedades tecnológicas se vuelven ayudantes irremplazables cuando hay una persona que las domina.

Una semana atrás Oleg había sido testigo de una conversación curiosa. Él había configurado la conexión entre todos los aparatos electrónicos de Radkevich y esa vez, a la oficina del banquero entró una muchacha elegante con apariencia de modelo.

- Estoy que ardo, me sacaron de la portada, - ella dijo, con indignación. – Van a poner a otra muchacha. Me lo habían prometido y en el último momento me sacaron. ¡Cabrones! –

- Oksana, no te preocupes por esas tonterías, - Radkevich se adelantó para abrazar a la muchacha.

Ella despreció el abrazo:

- Para ti es una tontería, pero para mí, es la cima de mi carrera. Calcula tú, yo le conté a todas mis amigas y alguna perra me… -

- Discretamente, Golikov salió de la oficina, pero a través de la puerta semiabierta oyó la esencia de la pelea. A Oksana Broshina, quien trabajaba como modelo, le prometieron ponerla en la portada de “Elite Style”, la revista de moda, pero a último momento, la cambiaron por otra chica. Oksana trató de utilizar las conexiones de Radkevich para resolver la situación. El banquero llamó a alguien, averiguó, pidió, pero en definitiva le propuso a la chica otra revista. La amante se ofendió y salió, disparada como un cohete de la oficina.

Boris Mikhailovich apareció en la puerta de la oficina, le hizo una seña a Oleg y le dijo:- Hacia dónde fue? Muéstrale la salida. –

Golikov alcanzó a Oksana, la acompañó a la calle y, casi a la fuerza, la sentó en un café cercano. Se sentía inflado con la compañía de esa belleza en un lugar público. Él no ahorró en cumplidos, mostró comprensión y estuvo de acuerdo en que, la advenediza que destruyó el sueño de Oksana era una alpargatuda en comparación con ella.

Oleg comprendió enseguida que le había caído una oportunidad que no debía desperdiciar. Se ganaría unos puntos con el jefe, si demostraba que podía resolver cuestiones delicadas como esa. Y Oksana estaba tan buena, que él trataría de servirle a cambio de un agradecimiento futuro. Oleg le juró que iba a pensar en algo para ayudarla si ella, después, le mostraba alguna gentileza. Con estas palabras, él la miró, lánguidamente, y le apretó la rodilla bajo la mesa. Oksana no le apartó la mano. Y así, quedaron. Un inspirado Golikov le aseguró a Radkevich que él resolvería el problema. El banquero se sorprendió y, vagamente, dijo: “Bueno, si lo haces…”

Y Golikov lo pensó.

Ahora estaba sentado en la oficina del presidente, sintiéndose vencedor. Un problema bancario sirvió de pretexto formal: alguien había vaciado un cajero automático. Pero la noticia importante él la diría al final de la conversación, ya que las últimas palabras son las que se recuerdan mejor. Ellas son las que dejan la mejor impresión del encuentro.

- Boris Mikhailovich, sucedió un incidente desagradable, - Golikov empezó, suavemente.

- Que pasó? –

- De uno de nuestros cajeros desapareció un dinero. Como casualmente, abrieron el que se llenó hoy de efectivo. –

- Los muérganos los siguieron. ¿Cuánto se llevaron? –

- Ahí viene lo extraño. En el cajero faltan 393300 rublos. – Golikov puso le hoja de papel con la cuenta sobre la mesa. – El resto del dinero no fue tocado, y eso es cerca de un millón. –

Radkevich, dudoso, agarró el papel con las cifras.

- No hay errores aquí? ¿Como se pueden llevar esa suma? Los billetes más pequeños son de quinientos rublos. –

- Es correcto. El ladrón dejó un vuelto. –

- Como? – Radkevich tiró el papel. – Me quieres decir que un tarado abrió el cajero, tomó menos de la mitad de lo que había y además ¿dejo vuelto? –

- No es tan tarado el tipo, - negó con la cabeza Golikov. – Además no hay señales de violencia. Y lo más extraño… -

- Que más? –

- Nosotros revisamos la cinta de video. No hay daño en los cables, ni en la cámara, pero en vez de la imagen corriente, durante lo sucedido era la foto de un caballo lo que salía. –

- Como que de un caballo? – Ya el banquero estaba al borde.

- Mire. –

Radkevich tomó la fotografía. En su mano tenía una fotografía en blanco y negro, parecida a las que tenía en las paredes de su oficina. En ella había un potro encabritado, sin brida y sin silla, lanzado a la libertad.

Radkevich adoraba los bellos caballos, en la vida real y en las fotografías, pero esta vez arrugó el rostro, como si viera algo indecente. Él recordó la última conversación con Yury Grisov. Cuando salió, arrancó uno de los cuadros y tiró en la mesa una hoja de papel donde había escrito el monto de su compensación. Boris Mikhailovich buscó en sus papeles la exigencia del empleado despedido. La suma en las dos hojas de papel coincidían.

El banquero apartó la explosión de ira y, hasta con respeto, dijo entre dientes:

- Se salió con la suya. Buen punto. – Arrugó los papeles y los lanzó a la papelera. – Como abrieron el cajero? –

- Lo más probable, con una tarjeta de acceso. La falsificaron o la robaron. Hay que investigar a los empleados que pueden tener esa tarjeta… -

- Todavía no te diste cuenta, quien lo hizo? ¡Tu antiguo jefe! –

- Grisov? – Una chispa de venganza brilló en los ojos de Golikov. – Llamemos a la policía. –

- Para que sospechen de ti también? –

- A usted, yo nunca… -

- Eso es poco. Tú tienes que estar adelante en el trabajo. Bloquear las tarjetas de acceso, preparar nuevas, cambiar los códigos y claves, lo que se necesita pues, para que no vuelva a suceder. –

- Sonó el celular, que estaba en el escritorio del banquero. Radkevich y Golikov vieron la fotografía de Oksana en la pantalla. Radkevich no quería responder, pero lo hizo, haciéndole señas a

Golikov para que saliera y dijo:

- Te dije, gatita, que yo mismo llamaría… -

- La advenediza no apareció y me llamaron! – alegre, lo cortó Oksana Broshina. – voy a salir en la portada de “Elite Style”! ¡Gracias, gracias, gracias!

A Radkevich le cambió el humor:

- Pero claro, yo por ti, siempre… -

- Eres un amor. ¡Te beso, te abrazo y todo lo que quieras! –

- Paso esta noche por allá. – El banquero prometió, seductor.

- Pero no hoy, gatico. Hoy no puedo, me voy a preparar, mañana son las tomas. –

- Entonces… -

- Después, después, yo te llamo. ¡Un beso! –

Radkevich apagó el celular y, curioso, miró a Golikov, quien se había quedado en la puerta, arriesgándose, porque ya sabía la noticia que comunicaba Oksana. Esa era la impresión conclusiva con la cual Golikov contaba. Él no había tenido tiempo de comunicar, él mismo, la agradable noticia. Ahora, su mirada era expresiva: “Yo lo prometí, modestamente cumplí”.

- Espérate. – Radkevich llamó a Oleg con el dedo índice y, bajando la voz, le preguntó: - Lo conseguiste. ¿Como? Yo escuché que la otra chica había desaparecido. –

- Lo importante es el resultado, ¿no? – arrogante, miró al jefe a los ojos.

Se miraron uno a otro, como si quisieran leerse los pensamientos. Entonces Radkevich levantó la bocina del teléfono de servicio y llamó a la oficina de personal:

- Cambien el aviso de búsqueda de un director del departamento de seguridad informática por uno de ingeniero especialista. Ya el director lo tenemos, es Oleg Golikov. Preparen la orden para su nombramiento y me la traen para firmarla.

Radkevich miró, interrogadoramente, al subordinado: - Es justo? – Este asintió en silencio y se retiró.

Cuando volvió a su puesto de trabajo, Oleg, inspirado por su victoria, marcó el teléfono de Oksana Broshina.

- Hola, bella. ¿Mi parte la cumplí, cuando nos vemos? –

- Que apuradito. – juguetona, respondió la modelo.

- Tú tampoco querías esperar al próximo número de la revista. –

- Ok. Nos vemos después de que yo me vea en la portada. –

Mi corazón se me salía del pecho. No debía correr, levantaría sospechas. Pero me apuré para llegar al carro de Zorro, colocado, inteligentemente, un poco lejos del cajero automático. Vaciar el cajero no resultó tan difícil. Lo importante era dominar los nervios, lo demás era asunto de técnica. Técnica moderna, en el sentido literal de la palabra. El "blockout" y la tarjeta de acceso con los códigos hicieron su trabajo.

Zorro y yo llegamos al "Subaru", simultáneamente, desde lados diferentes. Fedor se sentó frente al volante y puso la cajita roja en sus rodillas. Yo me senté al lado.

- Hay algo que no entiendo Doctor, ¿hoy es su día de actividad benéfica? – Fedor me juzgaba, moviendo los ojos. – Pudo haber tomado más!

- Yo agarré lo que me pertenece. –

- Ahí quedó un millón! –

- Vámonos de aquí. –

Zorro soltó una palabrota, aceleró y condujo callado algunos minutos. Después, de mala manera, preguntó:

- Ahora, ¿para dónde? –

- Detente, ya nos alejamos suficiente. – Yo conté la mitad del dinero y se la extendí a Zorro. – Esta es tu parte. –

- Gracias, benefactor. – Zorro puso el dinero en su bolsillo y guardó el blockout en la guantera. – Y el caballo en la foto? ¿Es su firma? ¿O es un amuleto? –

- Es un regalo para un conocedor de caballos. Espero que le haya gustado. –

- No se rajó usted? –

- No te decepcionaré. –

- Entonces vamos al próximo cajero, mientras no hayan bloqueado la tarjeta de acceso, - propuso Zorro.

- Por ahora es suficiente. –

- Y yo pensé que ahora éramos compañeros y decidiríamos en conjunto. –

- Estás pensando en la dirección correcta. ¿Estás preparado para gastar el dinero ganado en una sociedad? –

- Que sociedad del carajo? –

- Para comenzar, hay que alquilar un sótano con dos salidas. Comprar una máquina tipográfica para imprimir tarjetas de presentación y otras tarjetas. La lista te la envío ahorita por el correo. –

Un archivo que había preparado en la mañana en "McDonald´s" se lo envié desde mi teléfono. Zorro lo abrió en su teléfono inteligente, comenzó a leer y sin esconder su escepticismo:

- Computadora, impresora láser, papel, tintas… Usted se volvió

loco Doctor. ¿Usted quiere gastar lo obtenido en imprimir tarjetas? –

- Y por qué no? – Hice una pausa y expliqué: - Si son tarjetas especiales referidas a símbolos de dinero. –

Zorro se apartó:

- Imprimir falsificaciones y metérselas a las viejitas en los mercados? En todos los negocios revisan los billetes. –

- Tienes razón. En los billetes actuales hay cerca de veinte marcas de protección. – Yo se lo demostré, volteando y doblando un billete de cinco mil rublos. – Lo más complicado es el papel especial. Cualquiera se da cuenta al tacto: es denso, crujiente, los dedos sienten el relieve. Ese papel lo hacen con algodón puro. Y hay marcas de agua, microimpresiones, banda magnética, tinta especial, que cambia de color con cambios de ángulos de visión. –

- No necesito esas lecciones, se sobreentiende que no haces un carajo con tratar de falsificarlos. –

- Hacerlos exactamente no se puede, - estuve de acuerdo.

- A eso me refiero. Sacamos uno o dos papeles y nos agarran. –

- No me escuchaste bien. Las marcas de protección son muchas, pero el cajero automático solo comprueba cuatro o cinco de ellas y los terminales de pago, menos. Y yo, por cierto, se cuáles. –

- Está bien, pero cinco marcas de protección no son pocas, de todas maneras. Y con nuestra imprenta, - Zorro frunció el ceño y mostró la lista de objetos en la pantalla de su teléfono. – sacamos un cuadrito bonito? –

- Otra vez no escuchaste. –

- Transmítalo, pues. –

- Tú tienes billetes verdaderos parcialmente quemados. Con marcas de protección que podemos utilizar. – Yo hablaba pausadamente para darle a mi interlocutor la posibilidad de comprender mi idea. – De cada uno se pueden hacer diez. Para el cajero automático basta una parte de la banda magnética. ¿Entiendes? –

- De un billete se pueden hacer cuantos? – Zorro comenzaba a agarrar la idea.

- Papel especial y tinta especial no se necesitan. Vamos a utilizar fragmentos de los billetes verdaderos. –

- La idea es interesante. Estoy listo para intentarlo. Solo que la ganancia de hoy no es suficiente para la compra del aparataje. –

- Hay que añadir unos rublos. Vamos. –

Le mostré el camino y le pedí que se detuviera frente a una agencia grande del “Sberbank”.

- Este es el lugar? – Los ojos de Zorro estudiaron la situación. – Hay mucha gente, no se puede bloquear la cámara. Mejor nos vamos. –

- Vamos a comprobarlo. Espérate aquí. – Salí del carro.

- Y el blockout? – preocupado, gritó Zorro, pero yo no le puse atención y me dirigí al banco.

Yo estaba seguro de que, el próximo cuarto de hora, Fedor Volkov estaría sentado como sobre alfileres y pensando: "En que me metí? ¿No sería mejor irme?" Seguramente se le vendrían ideas como que, yo me arrepentí, que me sentiría intocable y que yo lo traicionaría. Cuando salí del banco vi el destartalado "Subaru" en el mismo sitio, entonces me sentí agradecido a Fedor. Los nervios del tipo son fuertes, se puede trabajar con él.

Zorro, incrédulo, miró mi rostro de hielo. Entré al carro y le extendí una paca de billetes:

- La cantidad que falta.

- Que? – Se le salían los ojos.

- Tengo una cuenta ahí. Saqué mi plata. –

- Pudo habérmelo dicho. – gruñó mi compañero. Zorro abrió la puerta y recogió el blockout que estaba delante de la rueda. – Ya lo iba a aplastar, por si acaso. –

Su cuidado y precaución también me gustaron. Esas son cualidades necesarias para mis planes. Entonces fui a lo concreto, como si lo hubiera pensado bien y decidido hace tiempo:

- Empezamos un negocio juntos. ¿Las ganancias?: cincuenta-cincuenta. Nuestro capital inicial se forma del dinero en efectivo y la propiedad intelectual. Yo pongo este dinero y tú, los billetes quemados. Yo, mis conocimientos sobre la parte técnica de los cajeros y los billetes. Tú, tu blockout. Y lo más importante. Nuestro negocio es secreto, por lo tanto, ningún contrato y nada de habladeras. - De acuerdo? –

- Un pacto de caballeros? Ok. –

Nos dimos las manos. Le entregué el dinero. El sopesó el paquete y preguntó:

- Cuando empezamos? –

- Ya lo escuchaste, estoy apurado por vivir. Busca el sótano y compra los aparatos. Empieza ahora mismo. –

- Yo pensé que hoy celebraríamos nuestro acuerdo. –

Lo miré de tal manera, que él levantó las manos en señal de sumisión, pero desconcertado por mi impaciencia.

- Yury Andreevich, que estaba haciendo usted hasta ahora? –

- Nadaba con la corriente, hasta que caí en el torbellino de agua. Ahora decidí montarme en la lancha rápida para ir adonde me de la gana. –

- Chévere. –

- Y, no se te olvide, Fedor, a partir de ahora, yo soy el Doctor y tú, Zorro. –

No pudo responder enseguida porque repicó su teléfono. Escuchó, asintió y pegándose el celular en el pecho, se dirigió a mí:

- Arreglaron su "Peugeot" y lo llevaron a McDonald´s. Quiere agradecer, personalmente, a los Apóstoles? –

- No es conveniente que me vean. Dales las gracias y que se vayan. –

- El agradecimiento, de parte de quien? –

- Del Doctor. –

Ya me estaba acostumbrando al apodo.

10

Tomé el tenedor, mi mano quedó suspendida un momento sobre el cuenco con la ensalada. Normalmente, Katya y yo comemos la ensalada del plato común, pero decidí no hacerlo más. Claro que yo leí el folleto sobre el vivir con VIH, donde afirman que el virus no se transmite por la comida, pero eso es en teoría. Se trata de la persona más cercana a mí, la mujer amada, la que lleva a mi hijo en su vientre. Ya nos habían dicho cual era el sexo del bebé y yo me culpaba solo por una cosa, que no habíamos pensado en aumentar la familia los diez años anteriores. Si yo contagio a Katya, no lo quiera dios, entonces al future bebé lo espera la misma suerte. No, lo que sea, pero no eso.

Yo acerqué la ensalada a mi plato. Si ella me preguntaba sobre eso, le diría que me había resfriado y que no quería contagiarla. Pero Katya no estaba pendiente de esos escrúpulos. Ella terminó de comer rapidamente y siguió, atareada, golpeando la tableta con las puntas de los dedos, buscando algo en internet.

- Es poco, - dijo, apartó la tableta y llevó los platos sucios al fregadero.

Empezó a correr el agua y a oírse el roce de la esponja dura sobre los platos. Yo le eché un vistazo a la pantalla de la tableta y vi ahí la calculadora.

- Que estás calculando? – Sentí curiosidad.

Katya respondió de buen ánimo. Se sentía que estaba, particularmente, interesada en eso.

- En la cuenta tenemos ahorrado para la remodelación del ático. –

- Por ahora no remodelaremos, - corté, apartando la vista. Ella todavía no sabe que la cuenta está vacía. Si le digo en que estoy planificando gastar el dinero, entrará en pánico.

- Yulia debe ir a tratarse a Alemania. En la cuenta no hay dinero suficiente, pero si vendemos el "Volvo"... Yo vi los datos del

carro, está nuevo, tiene pocos kilómetros, podríamos ganar… -

- De que estás hablando? El auto está en garantía, el banco se quedaría con todo el dinero. –

Hizo una mueca de desconcierto, después me propuso:

- Y si engañamos al banco? –

Katya cerró la llave del agua y volvió a la mesa. Tenía puesto un mono deportivo que ya era muy viejo. Podría comprarse ropa especial para embarazadas. Me daba vergüenza que ella economizara en ropa por nuestras deudas. Tomé su mano.

- No podemos engañar al banco. Tenemos que tener su aprobación para vender el carro. –

- Y la casa? –

- Más aún. En la declaración de propiedad hay unos gravámenes incluídos. Nosotros soñamos con esta casa. –

- Trata de llegar a un acuerdo con el banco. –

- Yo no puedo estar pidiendo eternamente. –

Katya me miró como si yo me negara a la curación de nuestra hija. Se disgustó:

- Hay que hacer algo. No me encuentro, me retuerzo pensando como salvar a Yulia y tú… -

- Yo también me estoy rompiendo la cabeza. –

- Pide un adelanto de tu sueldo. O un crédito con un período de gracia. Katya cambió la ira por la dulzura, me abrazó desde atrás, pegando su mejilla a mi frente. – Tú trabajas en el banco hace mucho tiempo, ahí te aprecian, explícales la situación, te comprenderán. –

- Otro préstamo, – Me sonrojé sin saber que decir, - no me van a dar. Yo acordé con el banco un período de veinte años. –

- Pero se trata de nuestra hija. Yo puedo ir contigo, les suplicaré. ¿El Radkevich ese, no es un ser humano? –

Me salí del abrazo femenino y casi dije, como esta personita buenecita me botó del trabajo sin ningún beneficio. En el último momento me contuve, bajé la cabeza y prometí:

- Conseguiré el dinero, vas a ver. –

- Cuando? Yulia no puede esperar. –

- Actuaré rápido. –

Mi rostro no reflejaba optimismo y Katya no esperó para reprocharme:

- ¡Si, lo vas a conseguir! Por ahora solo gastas. Hoy reparaste el “Peugeot”. –

- Me lo hicieron unos amigos, de gratis. – respondí, desafiante.

- Para cobrarte después. –

De repente realicé que, a partir de hoy, tengo un círculo de amigos completamente nuevo, en nada parecidos a los colegas anteriores. En esencia me metí en una aventura riesgosa con

personajes que no conozco. No tienen nombre ni apellido, solo apodos: Zorro, Apóstoles. Y ahora no hay ningún Yury Andreevich Grisov, sino un abstracto Doctor.

Para apartar las ideas desagradables, me levanté de la mesa y prendí la tetera:

- Bebamos té. ¿Dónde está mi taza? –

- Agarra cualquiera. –

Yo siempre agarraba la primera que veía, pero ahora decidí insistir:

- Los Gromov me trajeron una para Navidad, ¿recuerdas? Me la trajeron de Egipto. –

- En alguna parte está. Después la busco. –

- La quiero ahorita. –

Mi esposa me miró como reprochándome: que quisquilloso.

- Yo creo que está en la caja de regalo todavía. –

La busqué, la encontré y bebí té ahí. Ahora voy a hacer así siempre. Esta es mi taza, no se puede confundir y, además, es muy grande para Katya. Me tranquilizó esa idea.

Antes de acostarme miré, con aprehensión, la sala de baño de nuestra habitación. Teníamos en común el inodoro, la ducha, el lavamanos y, al menos, teníamos toallas diferentes. Estiré mi mano hacia los cepillos dentales. Tres cepillos parecidos en un vaso, solo se distinguían por algún colorcito. ¡Eso era peligroso! El mío era azul oscuro, el de ella, azul claro, pero no me podía confiar. Las encías sangran a veces, y podría suceder lo irreparable.

Me eché agua fría en la cara. Debía poner otro vaso para mi cepillo, pero entonces no podría evitar las preguntas. ¡Cuanto había cambiado mi vida, ese virus maldito se metía hasta en los detalles!

Me cepillé los dientes y rompí el cepillo. Mañana voy a comprar uno nuevo, pero completamente diferente a los que quedan.

Yo tomé el laptop con la intención de acostarme tarde, de tal manera que Katya estuviera dormida. Pero no dormía, todavía preocupada. Ella puso su cabeza en mi hombro y me pegó su hinchado y tibio vientre. Yo la abracé y, entre los dos, latía el corazoncito del futuro bebé.

- Yury, seguro vas a conseguir el dinero? – me preguntó con mucha seriedad.

- Claro, - le dije, tratando de que mi voz sonara segura.

- No podemos perder tiempo. –

- Lo haré lo más rápido posible. –

- Para las operaciones de Yulia se necesita mucho dinero. –

- No te preocupes, para la casa, yo hallé el necesario. –

Agradecida, me besó en la mejilla.

- Si quieres…, si te hace falta… - Katya se volteó, dobló sus

piernas y pegó sus nalgas de mi cuerpo. – Pero ten cuidado. –

Yo me separé. Sentí terror, pensé en las pesadillas que me recorrían internamente. Virus invisibles y perjudiciales recorren mi organismo y no estoy en condiciones de luchar contra ellos. Soy una bolsa caminante llena de virus. El peligro más inmediato para mi esposa y mi hijo. Que me joda yo, ya viví suficiente, pero el bebé que está por nacer no debe sufrir.

No, desde hoy, nada de sexo. Lo mejor sería dormir separado o, por lo menos, con diferentes cobijas. Pero tendría que decir que estoy infectado. ¿Con cuales palabras? ¿Como explicarle a Katya? ¿Qué va a pensar ella? ¿Como decirle eso en su condición? Sus nervios ya están en el límite por lo de la hija y si le hablo de la fea enfermedad…

Nooo! Eso la destrozaría. Mejor esperar. Hay que resolver un problema, al menos. Debo conseguir el dinero para la operación de Yulia. Y yo haré lo que sea para la curación de mi hija.

- Mejor durmamos. – le dije e, instintivamente, me separé de ella.

11

Yo me acerqué a la dirección indicada y, sin salir del carro, observé los alrededores. Dicen que demasiada precaución te lleva a la paranoia, pero esta es la menor de las amenazas que se ciernen sobre mí. Cuando ya tenía todo el entorno controlado saqué mis conclusiones.

En la planta baja del anexo al conjunto de edificios de apartamentos había un supermercado pequeño. A estas residencias se podía acceder desde todos lados. Un poco más allá en la calle había una parada de autobús y la entrada a una estación del metro, adonde se dirigían los habitantes de los edificios cercanos. El típico y enorme conjunto residencial estaba dividido, en la mitad, por una carretera ancha. Un lugar de mucha gente, que se apura hacia alguna parte y, donde nadie le pone atención a nadie. Para un pequeño laboratorio es una buena escogencia. Solo tengo que convencer a Zorro que no estacione el “Subaru” destartalado cerca del abasto y, que cada vez, lo estacione en un nuevo lugar, para que nadie se acostumbre a verlo.

Como fue acordado por teléfono, encontré a Zorro, dentro del supermercado, en la estantería de vinos. Él miraba las botellas sin demasiado interés. Me paré a su lado como un parroquiano casual.

- Hola, Doctor, - me susurró Zorro, sin mirarme. – Nuestra oficina está bajo nuestros pies, la entrada está detrás del abasto. –

- ¿Trajiste el aparataje, no se te olvidó nada? – le pregunté, secamente.

Zorro, esperando un cumplido, tomó mis palabras como un reproche. Torció el gesto:

- Tengo dos días moviéndome de un lado a otro, primero busqué el lugar, luego, los aparatos. Tuve que comprar muebles, ahí no había ninguno.

- Baja primero. No cierres la puerta, - le ordené y pasé a otro lugar del abasto.

Zorro salió. En la cestica eché café instantáneo, galletas de avena y azúcar y me dirigí a la caja. En mi alma cosquilleaba un sentimiento de renovación agradable: toda la vida yo había sido un simple tornillo en una gran estructura, como una cajera que saca facturas. Ahora soy el dueño. El ciudadano utilitario Grisov se convirtió en el inflexible Doctor, cuya grisitud quedó en el pasado, y en el futuro, como dice el dicho: sin mirar atrás. Además, con el cambio de nombre hay un cambio de perspectiva, estoy convencido de eso.

Sin embargo, la alegría se me vino abajo, apenas miré la “oficina” en el sótano.

- Y donde está la salida de emergencia? Ya te lo dije, nosotros no vamos a jugar jueguitos. –

- Esto es lo mejor que encontré. Usted me dio dos días para buscarlo. Trate de hacerlo usted, - Zorro se disgustó.

Parece que estoy forzando la barra. El muchacho trabajó bien, pero alabarlo es temprano todavía y no vale la pena pelear por pequeñeces.

- Ok. Ya pensaremos en algo. Ahora, - le eché una mirada a las cajas con las cosas: - Tenemos mucho trabajo hoy. –

A las tres horas ya habíamos acomodado los estantes y mesas, los aparatos, los materiales y líquidos químicos en el orden necesario. Zorro se secó el sudor de la frente y, con gusto, se sentó en el cómodo sillón. Me lavé las manos y recordé:

- Olvidaste comprar el dispensador de agua, papel higiénico y servilletas. –

- Eso no estaba en la lista. Lo que… -

- Hace falta algo para la producción de las tarjetas, - corté el disgusto del socio. – Vamos a estar aquí algún tiempo. Corre al supermercado y trae una tetera, yo voy a trabajar. –

- O sea, usted va a trabajar y yo, a hacer diligencias. -

Me di cuenta de que el muchacho es muy susceptible, mejor lo alabo un poco.

- Tu aporte a la empresa es grande: el lugar, los aparatos…, es importante eso. –

Tomé uno de los billetes de cinco mil quemados y lo empecé a picar con las tijeras. Viendo que Zorro no salía, levanté la vista y traté

de hablar suavemente:

- Nos merecemos un café. Para eso necesitamos una tetera y tazas. –

Zorro se mordió los labios y salió. Cuando me quedé solo, saqué las tabletas y me las tomé con agua del chorro.

El día anterior yo había visitado el centro local de SIDA. Allá me incluyeron en la lista para recibir, gratuitamente, el genérico indio. De esas tabletas tenía que tomarme doce al día. De una voz monótona, el aburrido médico infectólogo, me advirtió sobre los efectos colaterales de las pastillas: nauseas, mareos, baja de la hemoglobina, fiebre. Prometí someterme a esa terapia.

Me sentí aterrado por la degradante cola de infelices, como yo, que se someterían a otra curación por el método de ensayo y error. Una vez más me convencí de que hay médicos de dios, pero de que también hay médicos, que ni lo quiera dios. Yo volví adonde Guelashvili y le supliqué que me ayudara. Afortunadamente David Shotaevich lo hizo. Me explicó, que existen compuestos efectivos que están en una sola tableta que se toma por día, en vez de doce, pero que son caros.

Otra vez el dinero, ¡maldito dinero! ¿Las siete plagas? Una sola respuesta, la tengo. Ahora tengo en mis bolsillos tres cajas de medicinas, que no voy a dejar que vea mi esposa. Las repugnantes pastillas me recordaban la enfermedad incurable y me obligaban a atender a mi propio organismo en busca de síntomas mortales y que me echaban a perder mi estado de ánimo.

- Algo no está bien? – preguntó Zorro, quien acababa de llegar, viendo mi gesto agrio.

- Todo está bien. – Me incliné hacia los instrumentos y le pedí que pusiera a calentar la tetera.

Para el inquieto Zorro, el tiempo en el sótano pasaba muy lentamente. Bebimos café, la tetera se enfrió y él se aburrió, viéndome trabajar. No tenía tiempo de explicarle, yo estaba entusiasmado con la creación de nueva tecnología y, poco a poco, me acercaba a mi meta. Varios instrumentos estaban conectados a la computadora y, de las botellas abiertas, salía olor a substancias químicas. Periódicamente se imprimía una lista de cuadritos. Yo los estudiaba, los corregía, los pegaba, les añadía solventes, les pasaba un rodillo caliente y volvía a imprimir.

- Pronto estará listo? – preguntó Zorro, pateando una caja vacía en el suelo.

- Bota la basura, - le sugerí. – Y no la empieces a tirar por todos lados.

Zorro masculló algo, pero empezó a recoger las envolturas rotas. Cuando él volvió, yo tenía, agarrado con unas pinzas, un

pedacito de papel, parecido a un billete, y ponderaba el resultado.

- Vaya! ¿Por fin? – Zorro tomó el billete y comenzó a observarlo. Su rostro mostró dudas. – Doctor, usted se equivocó. Hay un error de imprenta. Y leyó en voz alta: - Cinco mil bublos. –

- Así lo quería yo, - le aseguré y, estirando mi cuello y los hombres, me recosté del espaldar del sillón. – Recuerda que no somos unos falsificadores, sino impresores de dinero de juguete: bublos. –

- Y que hacemos con estos envoltorios de caramelos? A kilómetros se ve que son falsos. –

- El celular está a tu nombre? –

- No soy idiota. –

- Entonces ve al cajero automático y haz un depósito. Pero no aquí arriba, agarra el metro y ve a uno alejado. –

- Y usted cree que el cajero no me va a rebotar? – Zorro dudó.

Las largas horas de trabajo en el sótano me tenían cansado y no tenía ganas de explicar detalles técnicos. Yo salté, nervioso, tocándome la cabeza con la punta del dedo.

- El cajero automático no tiene cerebro, yo sí. Aquí está la materia gris con sus circunvoluciones que se prepararon para esto durante veinte años. Si, ahí tienes una barajita. ¡Así fue pensada! Yo no te estoy engañando a ti, sino al cajero automático. Ese aparato de hierro blindado no tiene cerebro, sino lucecitas que comprueban algunas marcas. ¡Y esas marcas necesarias yo las puse ahí!

Descansé y me senté. Después de una pausa, Zorro, tímidamente, preguntó:

- Voy? –

- Si, - cansado, asentí, apenado por la erupción.

Cuando me quedé solo, yo me hundí en dudas. ¿Yo controlé todo? ¿Está bien lo que hice, cualitativamente? Si, yo conozco todas las sutilezas de la programación bancaria. Conozco bien las marcas de seguridad que comprueban los cajeros automáticos. Yo hice un papel que tiene todos los elementos de un verdadero billete de banco y el lector del cajero debe tomarlo como dinero normal. Pero un asunto es la teoría y otro, la práctica. Este es mi primer experimento. ¿Como resultará?

El socio tardó mucho. Fue una espera insufrible. Cuando, por fin, la puerta se abrió y Zorro entró, yo no levanté la cabeza. No quise adivinar que había pasado por la expresión de su cara y el corazón lo tenía envuelto en dudas. Esperé las palabras. ¿Venía un regaño o una alabanza? ¿Victoria o derrota? ¿Yo invertí correctamente los últimos ahorros de la familia o los gasté en una loca aventura? Yo soy un cretino o…

- Doctor, ¡usted es un genio! – Zorro voló hasta mí y me palmoteó el hombro. Se sentía el aliento alcohólico. – La máquina

estúpida se tragó el papel, como una golosina, y ¡pum!, me lo anotó a mi cuenta, cinco mil rublos y no bublos. –

Fedor sacó el celular para mostrar la confirmación de la operación. Quité su mano de mi hombro, me levanté y me estiré cuanto pude. Mi ánimo subió un poco. Él me llamó genio. Otro apodo en mi vida gris. Reconozco que es agradable. Pero nadie debe enterarse de eso. Yo soy el genio gris del mundo subterráneo. Recorrí con la vista el incómodo sótano con un piso que no se había lavado hacía tiempo, con paredes gastadas y tenues lámparas colgadas del techo. Ahora este era mi laboratorio. Esta era mi oportunidad de proveer a mi familia antes de que yo los abandonara para siempre. Y el lapso para que llegue el final era desconocido para mí. Es posible que tenga las semanas contadas. Por eso tengo que apurarme.

- ¿Bebiste alcohol? – Sacudí a mi joven socio.

- Claro, tenía que celebrar. Pasé por la licorería y agarré un tequila. –

Zorro puso sobre la mesa la botella ya abierta y, sin querer, movió el monitor y la impresora. Ese descuido con la nueva tecnología me molestó.

- Llévate la botella de aquí, – lo regañé. – En el laboratorio no se beberá alcohol. –

- Yo quería felicitarlo. Es una cosa...¡fantástica! Hasta el final yo no lo creía. –

- Nuestro trabajo apenas comienza. – Yo abrí la gaveta donde estaba el paquete de los nuevos billetes impresos. – Aquí hay cien billetes de cinco mil bublos. Quinientos mil. Hay que distribuirlos. –

- A la cuenta del teléfono? –

Yo asentí con la cabeza:

- Nosotros no trabajamos para cientos de compañías. – Y agregué: - Pero tú no vas a poder solo, necesitamos ayudantes. –

- Y usted? –

- Yo soy el productor, tú eres el distribuidor. –

- El discurso está claro. Yo puedo involucrar a unos morochos. –

- Los Apóstoles? – yo sabía de quienes estaba hablando.

- Con ellos no lo he hecho todavía. Si hemos robado alguno que otro cajero. –

- Nunca han caído? –

- No en los cajeros. Los han tratado de involucrar con robos en los talleres, pero han logrado zafarse. –

- Pan rallado. ¿Cual es su apariencia? –

Zorro me mostró su fotografía en el teléfono:

- Pablo es el gordo, Pedro es el alto. –

Observé los hermanos gemelos y traté de grabarlos en mi memoria. Después de eso, borré la foto y limpié la “galería”.

- Que hizo? – se disgustó Fedor, viendo la ligereza con que trataron su celular.

- Y a mí no se te ocurra fotografiarme. Nosotros no estamos jugando. – Le regresé el teléfono. – De mí que no se sepa nada. Solo el nombre de Doctor. –

- Como diga, - se tranquilizó Zorro. – Que haremos con los bublos? –

- Haremos lo siguiente: que los Apóstoles tomen préstamos de quinientos mil. –

- Préstamos? –

- Comunes, a cualquier tasa de interés, pero con derecho a cancelarlos en cualquier momento. Y se pagarán en los terminales de "Jupiter pago" con nuestros bublos. –

- Pero se pueden pagar en cualquier terminal. –

- Yo sé. Pero en esos la comisión es cero %. Ya te diste cuenta? –

- Para atraer clientes. –

- Para atraer un montón. Utilizan los terminales para pagar. Imagínate lo que hacen los operadores. Ellos reciben efectivo y lo cambian por entradas contables por un buen porcentaje.

- O sea, el dueño de los terminales es un ladrón y nosotros lo castigamos. –

- Yo no quiero que los honestos empresarios sufran. –

- Y esos existen? –

- Mmh… - No supe que responder.

- Relájese Doctor, ya capté. Primero cargamos al "Jupiter" – Zorro agarró la paca de bublos y sonrió. – Quien hubiera pensado que estos papeles… -

- Yo pensé, y pensé. –

- Excelente! ¿Me fui, entonces? –

Metió los bublos y el tequila en un paquete, captó mi mirada desaprobatoria y dijo:

- Es para los Apóstoles, ya que aquí no se puede. –

12

Los hermanos morochos, Pedro y Pablo Noskov preferían pasar el tiempo libre en su garaje, donde podían trabajar, pero también descansar. Desde pequeños les gustó estar relacionados con la mecánica y, después de que terminaron la escuela, trabajaron siete años en grandes talleres automovilísticos. Se convirtieron en unos excelentes maestros, pero no se destacaron por la disciplina. Podían, simplemente, faltar al trabajo y, a veces, después de una fiesta con tragos, hasta se olvidaban de él por días. Los despidieron de varios

talleres, entonces se dedicaban a la reparación por su cuenta, hasta que encontraban un nuevo trabajo.

Una vez, su amigo de la infancia, Fedor Volkov, después de una reparación del motor del "Subaru", les sugirió una idea que los sacó de su rutina:

- Apóstoles, que hacen ustedes trabajando para otro tipo? Monten su propio taller. Las herramientas ya ustedes las tienen, son buenas, - Volkov alabó sus instrumentos, la mayoría de ellos robada en los talleres donde habían trabajado, - y ustedes son buenos también. –

- Y quien va a venir a nuestro taller? Hay un montón de talleres por aquí, - dijo el gordito Pablo, quien siempre mostraba más precaución.

- Si no vienen, vayan ustedes a ellos. Se accidentó alguien en la carretera o en la avenida, ahí están ustedes. Un taller en ruedas será su atractivo. –

- Verga. ¡Qué buena idea! – Se emocionó el larguirucho Pedro, quien estaba listo para lanzarse a cualquier aventura. – En esos talleres donde te pagan, esos cabrones te fastidian, pero en la calle nadie te va a molestar. Imagínate Pablo. –

El arriesgado Pedro, como siempre, convenció al dudoso Pablo y los Apóstoles adquirieron una furgoneta de segunda mano, sobre la cual, pintaron el letrero grande: "No problem 24" y el número de teléfono abajo. Se sobreentendía que ellos estaban dispuestos a servir a los automovilistas las 24 horas del día.

Es verdad que el negocio sobre ruedas no resultó lo grandioso que esperaban. Las horas pasaban esperando la llamada y, cuando sucedía, era para auxiliar a algún pendejo tacaño en la carretera que se le olvidó abastecerse de combustible y que quería pagar solo por la gasolina servida.

- Relájense, - los animaba Zorro, quien sentía la responsabilidad por enviar a sus amigos a esos caminos pelados.

Viendo que, desde el punto de vista del dinero, no les iba muy bien a los Apóstoles, y que tiempo libre tenían de sobra, una vez, con unos traguitos encima, les propuso vaciar cajeros automáticos. La verdad sea dicha, él pensó la manera. Pedro estuvo de acuerdo de inmediato, a Pablo hubo que demostrarle las posibilidades del milagroso aparatico que bloqueaba las cámaras de video. Los dos amigos siempre convencían al tercero después de una botellita.

El primer intento resultó afortunado: Fedor tapó la cámara, Pedro rompió la cerradura del cajero, y Pablo los fastidiaba en el "Subaru" ligando los billetes con falsificaciones. El dinero fácil los mareaba. En esos momentos, el teléfono en la furgoneta estaba apagado y el letrero "No problem" se convirtió en la divisa de los

hermanos.

Después de que se separó del Doctor, Zorro se dirigió al garaje conocido. Llamó por el videófono. La puerta, de goznes engrasados, se abrió sin ruido.

Un bostezante Pedro recibió a Volkov sin mucho entusiasmo:

- Que hay? –

- Algo interesante, hay que darle. – Zorro mostró la botella de tequila.

Los ojos del larguirucho se iluminaron:

- Pasa. –

El garaje tenía compartimientos individuales, los cuales eran iguales
por fuera, pero por dentro, demostraban el carácter, los gustos y la manera de vivir del inquilino. En el compartimiento de los Apóstoles, en todo su perímetro, había sólidos estantes, pequeños armarios y ganchos, en los cuales, en aparente desorden, estaban las herramientas, los repuestos y líquidos automovilísticos. Del techo estaban colgadas dos filas de lámparas que se podían encender en orden ajedrecístico. Pero inclusive, con todas las luces prendidas, un extraño perdería medio día buscando una llave, mientras los Apóstoles la tomarían hasta sin ver.

En el centro del garaje se encontraba una fosa para la revisión de los carros por debajo. Y en ella había una escalera que iba a alguna parte más abajo. Por ahí se metieron los amigos.

Los escalones llevaron a Zorro a un subterráneo bien conocido. Él recordaba una angosta recámara para dormir, con su poltrona, una mesa vieja, una neverita que traqueteaba, un viejo televisor y resistencias eléctricas para calentar. En lugar de ventana había una rendija con ventilador que se ponía a funcionar a toda la potencia, si los hermanos se ponían a fumar. El ancho de la habitación era el mismo que el del garaje y por la longitud se veía que terminaba en la misma pared de atrás.

Zorro puso la botella de tequila sobre la mesa, Pedro puso las copas y Pablo buscó en la nevera algún pasapalo. Encontró un queso duro que picó sobre la mesa.

- Hay algo nuevo, chicos, - comenzó Zorro.

- La vez pasada casi nos agarran, - masculló Pablo. – Si hay que explotar algo otra vez, no cuenten conmigo. –

- No habrá ninguna explosión, - Zorro se apuró en tranquilizar. – El asunto es tranquilo y seguro. –

- Masquemos primero, - Pedro se tiró en la poltrona.

Los amigos brindaron y bebieron. Zorro picó un pedazo de queso, lo probó y no le gustó.

- Les mostraré. – Sacó la paca de bublos y la puso sobre la

mesa.

Los Apóstoles miraron las caricaturas de dinero real y fruncieron el ceño.

- Que es esta cagada? –

- Y donde están los que agarraste del cajero? –

- Son estos. – Zorro puso la mano sobre los bublos.

- Pero eso no sirve, - Pedro torció la cara.

- Ni que lo digas. Con los rublos quemados hicimos estos bublos. –

- Otra vez! – Pablo insistió.

- Tú con quién? – Pedro había oído bien. – Le hablaste a alguien de nosotros dos? –

- Me salvó de la policía, cuando ustedes se fueron. –

- Quien es? –

- El Doctor. –

- Cual doctor? –

- No ladilles. Es un tipo inteligente e inventó una cosa muy buena. Vamos a echarnos otro palito y explico.

Bebieron, Pedro se limpió los labios con el dorso de la mano, fumó y dijo:

- Explica, pues. –

- Estos bublos son particulares. Aparentemente, son billetes de juguete. Pero si los metes en un cajero automático la máquina los toma como un billete de verdad. –

- No jodas. –

- Verdad! Yo mismo lo comprobé. Mira. – Zorro mostró en el teléfono la correspondencia con la numeración de los billetes.

- Vaya, vaya. – Pedro miró los bublos con respeto.

- Aquí hay las marcas de protección de los verdaderos billetes. Ahí está todo el truco que descubrió el Doctor. –

- Que Doctor? –

- Un viejo conocido mío. –

- Y cual es su especialidad? –

- Y a ti que te importa? Arregla el cerebro. Mira el resultado. –

- Y que se hace con ellos? – Pablo todavía dudaba, mirando los bublos.

- Ustedes los convierten en billetes verdaderos. En los centros comerciales dan micro créditos. Ustedes toman uno por quinientos mil, reciben los billetes… -

- Ajá. Con esos intereses exorbitantes. Y después vienen estos tipos, como los llaman… - Pablo sonaba sus dedos.

- Recolectores. – Apuntó pedro.

- Eso. Te recuerdan la deuda y te clavan. –

- Mira p´acá tú. Y no entres en pánico, - empezó a enojarse

Zorro. – El Doctor pensó en todo. Ustedes toman los préstamos y los pagan en los terminales de pago con estos bublos. Llegaste, metiste, el dinero lo ponen en la cuenta, los prestamistas están satisfechos y nosotros tenemos los billetes de verdad. –

Pablo se quedó pensando, el retorcimiento de los labios mostraba dudas todavía:

- Si todo el mundo está feliz, ¿quién es el pendejo entonces? -

- El dueño de los terminales está jodido. Yo les diría cuales son los terminales apropiados. Un papelito en terminales diferentes y nadie nos encuentra. Dinero fácil, chicos. ¿Se anotan? –

- Si va, - asintió Pedro y sirvió tequila en las copas. – Dale mientras no se evapore. –

- Quinientos mil entre tres, es… - Pablo se puso a calcular, pero vio que Zorro negaba con la cabeza y, tragando el tequila, corrigió: - Entre cuatro, con el Doctor. Ciento veinticinco mil. ¡Chévere! –

Zorro colocó la copa y levantando la mano extendida:

- No, la repartición es diferente. –

- Por qué? –

- Porque esto es un negocio, donde cada uno hará lo que le corresponda y tendrá su parte. Para imprimir estos papeles hubo que meterse en un aparataje, alquilar un sótano, conocer cómo preparar los bublos, saber cómo funcionan los cajeros automáticos, saber programación y otras cosas más.

- Un negocio? – Pablo pescó la palabra importante: - ¿Como que, esta es la primera vez y vendrán más veces? –

- Si señor. –

- Buenísimo! –

- Ok. muchachos, ustedes responden por su parte. Las reglas son sencillas: trabajar sobrios y observar criterios de seguridad elementales. En los terminales de pago no hay cámaras de video, pero no sobreexpongan su cara. Cámbiense la chaqueta, usen diferentes gorras. Pónganle imaginación para no hacer lo mismo siempre. Repartamos los bublos y, desde mañana, ¡p´alante!

13

Yo esperé en el sitio pre acordado. Zorro no aparecía, el tiempo pasaba y comencé a ponerme nervioso.

¿Llamar? De repente los agarraron con los billetes falsos, entonces tendrán mi número de teléfono y todo será peor. Yo estaba obligado a prever lo desagradable. Desde que el destino me cortó las piernas, yo todavía estaba disminuido, pero ya veía el mundo con otros ojos y vivía bajo otras reglas: con impudicia en el alma y oscuro

proceder.

¡Por fin llegó Zorro!

A diferencia de mí, él no había cambiado, siempre desorganizado. Se sentó en mi carro como si no hubiera pasado nada y hasta con intenciones de bromear.

- Hola, Doc. ¿Por casualidad viene para una entrevista de trabajo? –

Zorro señaló hacia un enorme edificio financiero cerca del cual había previsto el encuentro. Mis ojos continuaron escaneando el lugar y no le puse atención al socio.

- Por qué te retrasaste? Hay que llegar a tiempo, yo no hice una cita contigo. –

- Colas en el camino, - se quejó Volkov.

- Tienes que calcular el tiempo y salir más temprano. Yo llegué a tiempo. –

- Está bien Doctor, le pasa a todo el mundo. –

- No, no está bien. – Agarré a Zorro por el cuello de la camisa, lo atraje hacia mí y le dije: - Y si te hubiera agarrado la policía y te hubieran obligado a trabajar para ellos? –

- Que le pasa? Suélteme. –

- Un poco más y yo me hubiera ido, boto el teléfono, corto los contactos y destruyo los aparatos. –

- No pensé que lo iba a tomar de esa manera. –

- Pensar, hay que hacerlo siempre. La cabeza no es una garganta para beber alcohol. –

Lo quemé con la mirada y aflojé los dedos. Zorro se arregló la franela y trató de justificarse:

- No estoy acostumbrado a trabajar por el reloj. –

- Hay que acostumbrarse, no es un jueguito lo que tenemos. –

- Trataré, pero puede suceder cualquier cosa. –

- De acuerdo. Tenemos que definir unas señales de aviso. Si le pasa algo a alguno hay que enviar un aviso, pero no un texto simple, algo cifrado.

- Está bien. ¿Escribir qué? –

Yo reflexioné.

- Por ejemplo: pon en mi número treinta rublos. Algo de ese tipo, que parezca spam. Yo sabré que te retrasas treinta minutos. –

- Buena idea. –

- Pero es mejor llegar a tiempo. ¿Me comprendiste? – Yo me obligué a tranquilizarme. Los nervios, como el vodka, molestan a la claridad mental.

– Como estuvo la “venta”? –

- Sin problemas. Los bublos nos los aceptaron tranquilamente. Los terminales se los tragaron como corderitos. No hubo ni un fallo. –

- Donde están los recibos? –

- Aquí. – Zorro sacó el dinero de su bolsa y me lo extendió: - Aquí están sus cien, yo tomé los míos.

Tomé la paca, conté y miré duro a mi socio:

- Cien y cien son doscientos. Pero había quinientos bublos. –

- Ehh… gastos generales. Los micropréstamos sin garantía tienen unos intereses más pesados. Y también sancionan por pronto pago. ¡Te revientan! Los Apóstoles no tuvieron tiempo ni de respirar para obtener trescientos y pico. A cada uno le di cincuenta, cien para nosotros y lo que quedó es para el dispensador de agua. –

Muy bien que haya pensado en el dispensador, pero el principio de distribución no me gustó.

- En lo sucesivo les vas a pagar diez por ciento de lo obtenido. –

- A cada uno? –

- A mí no me interesa cuantas personas intervienen. Este trabajo cuesta diez por ciento. ¿Entendido? –

Me di cuenta de que a Zorro no le gustó mi tono agresivo. Después de una pausa él dijo:

- Nosotros quedamos en cincuenta-cincuenta, las otras condiciones deberíamos discutirlas. –

Yo siempre he tenido la opinión de qué entre socios, de igual participación, hay uno que dirige y otro que es dirigido.

- Ya lo discutimos, - lo corté. – Alguna objeción? –

Zorro encogió los hombros, desaprobó con un gesto, pero en voz alta no dijo nada.

- Entonces está decidido, - insistí e hice una mueca ponderando la paca que me correspondió: - A esta velocidad nos tardamos en recuperar los gastos. –

- Se pueden aumentar las solicitudes de préstamo. La historia crediticia de los Apóstoles es buena ahora, les van a dar más. Hasta, a lo mejor, les bajan intereses. –

- Historia crediticia… –

Tuve mis dudas, ya que, decenas de préstamos a una sola cédula de identidad, es muy arriesgado. Alguien puede notar la coincidencia de la aparición de los bublos en los terminales y la cancelación de los préstamos y sacar conclusiones desagradables para nosotros. Espero que no estemos cerca de eso.

- Ok. Toma otro millón. El esquema es igual, que se apuren. – Le pasé una nueva paca de bublos nuevos a Zorro y le mostré la puerta con el gesto: - Nos vemos dentro de tres días. –

Después de que él se fue, yo me quedé un rato todavía. Yo le había dicho, a propósito, de encontrarnos, al final del día laborable, aquí cerca de este enorme edificio financiero. Aquí estaba la compañía de auditorías donde trabajaba la empleada con la cual yo quedé en

vernos. El día anterior yo había tenido una conversación dura con Guelashvili. Un nuevo análisis de sangre había confirmado la existencia del virus VIH en mi organismo. Ahora se había descartado cualquier error y la esperanza de una salida feliz se había desvanecido. El médico comenzó su interrogatorio. Escogiendo palabras corteses, él indagó si me habían operado, si me habían transfundido sangre, si no habría recibido el virus en sexo no protegido. Y mi responsabilidad era de comunicar sobre todos los involucrados sospechosos. Es posible que esa persona no sepa todavía que necesita ayuda médica. También existen los casos de infección intencional y, entonces, esto trae como consecuencia, responsabilidad penal.

Escuchar lo siguiente fue insoportable. La pareja sexual era una persona; Guelashvili no mencionó la palabra "mujer", dando a entender que no había que apenarse. Él es médico y yo soy paciente, los secretos solo entorpecen la curación. Y yo reconocí que el último año yo había tenido, además de mi esposa, una pareja sexual: ¡una mujer! Pero antes de decir su nombre yo debía hablar con ella primero.

El otoño pasado esa compañía había hecho una auditoría a "Jupiterbank". Yo preparé material informativo para ellos. Radkevich estaba interesado en un resultado positivo y nos había pedido que fuéramos amables y cautelosos con los auditores. Nos aconsejó tratarlos de manera informal y "acercarnos". El banquero separó una partida para regalos e invitaciones a restaurants. Había que familiarizarse. Entonces yo conocí a la auditora Tatiana Klimova.

Ella resultó una soltera exitosa, de treinta años, y cuidadosa de su aspecto exterior. Su cabello rubio siempre estaba peinado en grandes bucles y sus vestidos remarcaban su talle y caderas. Su manicura y maquillaje, impecables. Durante dos semanas estuve relacionándome con ella por el trabajo y, sin querer, lanzando miradas a su escote y rodillas. A veces vi cierto interés en su mirada, pero en sus ojos verdes no había ningún reproche. Me daba una impresión positiva la atención que me prestaba la bella mujer y, poco a poco, intercambiábamos sonrisas y un par de veces almorzamos juntos en el cafetín.

El mismo Radkevich organizó la cena de cierre con los auditores en un restaurant elegante que había en un buen hotel. Tatiana y yo bromeamos, bailamos y la buena onda nos llevó, de manera natural, después de la cena, a una de las habitaciones. El jueguito sexual, que nos trajo satisfacción física y moral, continuó hasta después que terminó la auditoría. Estuvimos viéndonos más de un mes. Sinceramente hablando yo me sentía hasta orgulloso de eso. Que carajo, ¡todavía no estoy viejo y tengo éxito con las mujeres!

Después, cuando supe del embarazo de mi esposa, llegué a una reflexión dolorosa. Decidí que mi familia es más importante que una pasión carnal. Los valores familiares no se limitan a la cama, son más amplios, profundos, cálidos y bellos. Como decirlo, la familia es mi mundo, mi gente más cercana, los cuales sería terrible perder. Cada vez que me encontraba con mi amante no excluía la posibilidad de que fuera el último encuentro. Y así, rompí las relaciones con Tatiana.

Y ahí llegó la factura. Ahora yo me maldecía por la relación casual. Que idiota fui cuando me vanagloriaba de que tenía una hermosa amante. Y la horrible consecuencia que trajo. Lástima que no se puede reescribir el destino.

Tatiana Klimova salió de su trabajo en el centro financiero cerca de las siete. Reconocí su "Lexus" y me acerqué a mi ex amante por detrás, tocándole el hombro.

- Tú? – se asombró. El choque inicial desapareció, sus ojos se hicieron más cálidos y enderezó los hombros, por lo cual la distancia entre nosotros se acortó: - Hola, Yury. –

Estudié sus facciones de nuevo. Como antes, Tatiana se veía impecable, pero ahora, bajo el bello envoltorio, yo veía algo repulsivo y destructor. Ella estaba contenta por el encuentro, se le veía en los ojos y en la sonrisa dispuesta. ¿Sería posible que ella pensara en volver a las relaciones?

Le hablé secamente, a propósito:

- Disculpa, necesitaba encontrarme contigo. –

- Necesitabas? – después de una pausa, preguntó. Sus labios se cerraron, sus ojos se apagaron y ella comprendió mi estado de ánimo.

- Tuvimos relaciones… -

- No empieces de nuevo, Yury. Ya hace tiempo me explicaste. –

- La primera vez, allá en el hotel, no nos cuidamos, - dije.

- Ah, lo recordaste. No te preocupes, no estoy embarazada. –

- Pero yo…, yo tengo… -

Mi reacción nerviosa la divirtió. Ella sonrió:

- Que? ¿Te caíste? –

- Justamente. ¡Me caí! – Con una mirada fúrica me comía a Tatiana, esperando su confesión. – Lo admites? –

- Que? –

- Tu perfidia. –

- Ya me cansé de tu espectáculo. – Klimova abrió la puerta del automóvil.

- No, ¡espera! – la tomé del brazo. – No quieres decirlo, entonces te lo diré yo. Te gusta viajar al extranjero y, por allá, perdiste la cabeza con algún turco o español y no tuviste suerte. ¿Fue así? –

- Suéltame. Me va a salir un morado. –

- Un morado? Te estás burlando de mí. Tú me contagiaste. –

- Grisov. Ya no me gustas. Vete. – Tatiana trató de empujarme.

- Quiero saber si lo hiciste a propósito. –

- Que hice? Yo no te entiendo. ¡Suéltame! –

Yo aflojé la mano, pero no la solté. Necesitaba verle los ojos para saber si mentía o no. Entonces se lo espeté directamente:

- No te hagas la loca. Tú me contagiaste con SIDA. –

- ¿Que?! –

- Me encontraron el virus VIH. No fue mi esposa, o sea fuiste tú. No he tenido sexo con más nadie. ¡Nadie! ¡Fuiste tú la que me contagió!

Tatiana se quedó estupefacta. Ahora me di cuenta de que ella no estaba disimulando. Estaba en shock.

- No sabías? – La sacudí por los hombros. – Cuando fuiste al médico? –

- Solo al dentista, - Klimova apenas susurró.

Viendo que ella estaba mal, la ayudé a sentarse en el carro. Recordando mi propia situación, traté de ayudarla:

- Respira profundo: inhala-exhala, inhala-exhala. Y cuenta: uno-dos, uno-dos. Concéntrate en la respiración. –

Me hizo caso. Cuando ya se sintió mejor, me preguntó esperanzada:

- Estabas bromeando, ¿verdad? Dime que sí, Yury. –

Bajé la vista:

- Dos exámenes de sangre…, positivos. El médico me dijo que la culpa la tiene el sexo sin protección. –

- Pero yo… -

Tatiana estaba absolutamente desconcertada. Yo comprendí que ella era inocente. La rabia que yo tenía cuando llegué a este encuentro se transformó en compasión.

- Como te sientes? No ahora, en general. –

- Y como debería sentirme? –

- Debilidad, malestar… -

- En primavera me dio gripe. Me golpeó duro. Nunca antes… - Se mordió los labios a punto de llorar. –

- Tatiana, no tiene que ser eso. El VIH no es una sentencia. –

- Tú crees? –

- Aquí tienes la tarjeta de mi médico. Ve allá, hazte el examen, él te dirá. –

Ella asintió débilmente y tomó la tarjeta con la información de David Guelashvili.

14

Apenas el "Ford" de la policía se estacionó al frente del townhouse de los Grisov, Natasha Gromov bajó del auto y mostrándole la maleta al esposo, le dijo:

- No olvides los paquetes. –

La puerta de la casa la abrió Katya Grisov. Poniendo cuidado, Natasha abrazó a su amiga embarazada, la separó, pero manteniéndola agarrada por los hombros, le lanzó una mirada interrogativa y le lanzó:

- ¿Como estás, querida?, ¿Yulia mejora?, ¿El bebé no molesta? Los siete meses son particularmente riesgosos. Tienes que cuidarte. No se te ocurra cargar maletas, pon a tu marido a eso. Los víveres necesarios te los traigo yo. Todo se encarece constantemente, pero yo utilizo mis talones de descuento. Gromov, pon los paquetes en la cocina. –

Natasha trabajaba de intendente en un hipermercado y estaba enterada de los precios del día de cualquier cosa y, entonces, compartía esa información útil con las amigas. Todo el tiempo estaba llamando a Katya para informarle sobre cupones y rebajas. Adoraba llevarla por las salas del mercado, llenando el carrito con "solo lo más necesario por el mejor precio". Hoy, ella misma, le trajo productos a la pobre embarazadita, la cual estaba en una profunda depresión. Y se sentía orgullosa de su participación en la ayuda desinteresada.

Gromov puso los paquetes en la nevera. Natasha se dedicó a organizarlos, mientras le explicaba a Katya:

- Yogurts en rebaja: dos por el precio de uno. Si ves el precio te vas a caer p´atrás. Al queso le vi la etiqueta, para asegurarme que no tuviera aceite de palma. Agarré también pechuga de pollo, en todas partes esta carísima, pero nosotros la tenemos a precio viejo. Las frutas y las verduras las escogí yo misma, que estuvieran sanitas. Y esto… - Natasha le dirigió una mirada severa a su marido: - Que pusiste tú aquí? Viniste a casa de tu hermano. Sacúdete Gromov, vas a cenar en tu casa. –

- Ese es Yury quien golpea? – el capitán de la policía señaló con el dedo hacia el techo, de donde venían los martillazos.

- Está en el ático, - respondió Katya.

Cuando su marido salió, Natasha continuó la distribución de los productos:

- En este paquete todo está casi gratis, vencidos. Lo sacan para que no haya multas, pero hay mucho todavía. Mira: requesón, paté, arenque. ¿Y, que se hace con ellos? Vencidos de un día. –

- Estás segura? –

- Guardamos comida! –

- Como si no hubiera tenido que guardar. –

- Si no la quieres para ti, dásela a tu marido. Así hago yo, a ellos cualquier cosa. –

- No sé. –

- Escucha amiga, lo que puede suceder a los maridos. Si se pone malo del estómago, - Natasha hizo un gesto con el puño. – Entonces le das una tableta y lo consientes, él se sentirá agradecido. Los tipos adoran que uno se preocupe por ellos. Si el mío tiene treinta y seis con nueve décimas, entonces es una catástrofe, se acuesta y exige que yo esté a su alrededor. –

Alexander me encontró en el ático que todavía no estaba listo para ser utilizado. Yo estaba poniéndole planchas al techo inclinado.

- Hola carpintero. Ya es tarde y estás haciendo ruido, - gruñó Gromov. – La mitad de las llamadas a la policía son para quejarse de esto. –

- Los vecinos todavía no se han mudado, y los niños de aquí… - Yo dejé el destornillador, me quité los guantes, me sequé la frente con ellos y le di la mano a Sasha: - Ya te enteraste quien fue el maldito que fregó a Yulia? –

- Estamos trabajando en eso, - Sasha respondió, avergonzado. – No hay cintas de video, hacemos interrogatorios, pero… -

Gromov tocó la plancha atornillada, miró el amplio espacio entre esta y el techo y recomendó, como experto:

- El aislante térmico no le vendría mal. –

- Por ahora lo voy a dejar así, en invierno lo compro, - lo descarté con la mano. Yo no quería delatar mis verdaderos planes y mentí: - Economizaré. –

- Si, la casa de uno con las manos de uno. No solo eres inteligente, sino que eres bueno con el trabajo manual, - con cierta envidia y respeto, me alabó Gromov. Él continuó observando mi trabajo, lo que empezó a ponerme nervioso. – Y por qué utilizas esas planchas tan cortas? –

- Las largas son difíciles de traer para acá. – Yo traté de tapar, con mi espalda, el nicho vacío y propuse: - Bajamos? –

- Las mujeres no nos van a dejar hablar, y yo tengo un problema. – El rostro de Sasha tuvo una expresión de preocupación.

Respiró y, como disculpándose, me miró: - Hermano, estoy en un callejón sin salida. –

Yo conocía bien esa mirada suplicante, me senté en una plancha, cansado y encorvado. Siendo el hermano mayor, yo estaba acostumbrado a que mi hermano me pidiera resolver problemas y a darle consejos en momentos difíciles.

- Suelta pues. –

- El problema es él que ya te dije: las videocámaras en los cajeros automáticos. Me prometiste que lo ibas a pensar: ¿por qué desaparece la grabación en el momento del robo? Eso no es casual. ¿Que podrían estar utilizando los ladrones? –

- Ah, ¡eso! Es evidente, - yo manoteé el aire, arrogantemente. –

- Y entonces? – mi hermano me clavó la mirada.

- Imagínatelo tú mismo: la cámara está bien y el canal de comunicación no está dañado. La conclusión es inmediata: los ladrones tienen un cómplice en la oficina central del banco. –

- Un cómplice en el banco? –

- Claro. Uno del departamento de computación o de seguridad. El cómplice cierra el canal de comunicación mientras los ladrones vacían el cajero. –

- Hay que investigar esa línea, - se entusiasmó el capitán de la policía.

- Que, ¿entonces siguen robando los cajeros? – pregunté cauteloso. ¿Será que Zorro y los Apóstoles siguen trabajando a mis espaldas?

- Ya no utilizan la violencia, pero apareció otra forma. – Gromov se sentó a mi lado, sacó un billete y me lo extendió: - Mira. –

Por supuesto, yo, desde lejos, reconocí mis bublos. Tratando de verme tranquilo, tomé el billete extraño y lo vi a la luz.

- Que es esto? ¿Un billete falso? –

- Léelo con atención. –

- Cinco mil… bublos. –

- Exacto! Ese billete lo metieron en el terminal de pago. A la vista es un juguete, pero el terminal lo tomó como dinero verdadero. –

- Vaya, vaya. ¿Será una casualidad? –

- No, ya tenemos nueve billeticos de esos. –

“Solo nueve”, me asombra, ya que yo puse en circulación trescientos. Pero a la vez me tranquiliza. Como yo suponía, el dueño de los terminales, el ciudadano Radkevich, no quiere descubrirse, ya que él hace cobros ilegales.

- Y lo más talentoso de esto es, - continuó la conversación Gromov, quitándome la evidencia, - que ni siquiera es dinero falsificado, por el cual te pueden dar hasta quince años. –

- Por qué? – me mostré interesado.

- Por ley. Por la fabricación no se te puede perseguir, a la vista no es dinero, sino un souvenir. Por la comercialización tampoco. En un tribunal se entiende comercialización cuando una persona da a otra persona. ¡No a un terminal! –

Me gustó lo que escuché. Para mayor seguridad quise aclarar:

- Si cambia de manos te meten preso, pero si es un cajero automático que lo acepta, no te pueden castigar. ¿Es así? –

- Bueno, te pueden clavar el máximo por estafa, pero se pueden conseguir condenas condicionales y sales. –

- Cualquier adolescente imprime unas tarjetas y es un travieso, - me sonreí por la versión apropiada para mí. – Te metes en internet y el muchacho se está jactando. –

Pero mi hermano dijo:

- No, ese tipo no parece un adolescente. –

- Cual tipo? –

- Tenemos una fisonomía sospechosa. Me acaban de dar una foto. –

Gromov abrió una carpeta y me mostró una foto borrosa, en la cual, yo reconocí a uno de los Apóstoles, aunque simulé tranquilidad. Él estaba de perfil frente al terminal de pago, la cabeza un poco ladeada hacia la cámara, el rostro, sin mostrar viveza y la gordura característica no dejaba lugar a dudas acerca de quien se trataba: Pablo Noskov.

¡Vaya! Apenas la primera semana y ya tienen a uno.

- Y por qué tú crees que ese está implicado? – me salió en voz baja y sintiendo frío en la espalda.

- Mira aquí, en la mano se le ve un billetico de esos. – Gromov me acercó una amplificación de un pedacito de la foto, donde se veía el billete y se podía distinguir la palabra “bublo”.

- Y como le tomaron la foto? ¿Lo siguieron? –

- En los terminales no hay cámaras, pero en los centros comerciales hay video vigilancia. Mi ayudante, Petujov, es meticuloso. Revisó la cinta y ¡resultó! –

- Verdad que es meticuloso, - estuve de acuerdo y entonces hice la pregunta importante. – Van a buscar a este tipo? El rostro no está muy claro.

- Es un asunto técnico. La digitalizan y le agregan nitidez. Comparamos con nuestras bases de datos y si se parece a alguno, lo agarramos. –

Yo recordé, por lo que me dijo Volkov, que los Noskov fueron sospechosos en un robo de repuestos en un taller mecánico. Simplemente los despidieron, pero sus expedientes, seguramente, quedaron en la base de datos. La policía encontrará a Pablo Noskov, después a su hermano, después a Volkov y después me tocará a mí.

¿Qué hacer?

Yo me agarré de una idea salvadora.

- Imagínate que agarran al malandrito y entonces qué? ¿Presentan esta fotografía? –

- Ahí veremos. Buscamos, interrogamos. –

- Si no es tonto va a negar todo. –

- Si le encontramos bublos se va a quebrar. –

- No es seguro. Inclusive, si lo reconoce: ¿Qué sucederá? Están los artículos sobre estafas con mínimo daño, tú mismo dijiste. La superioridad no le va a parar a eso. Y tú no vas a ir al departamento “C” –

- Nueve billetes, son cuarenta y cinco mil. Él compensa el daño y sale en dos días. ¡Mierda! – se disgustó mi hermano.

- Vale la pena? – desarrollé mi idea.

Gromov abrió la boca, pero pensó un poco mejor, se peinó la calva incipiente, y dijo:

- No lo vamos a agarrar enseguida, vamos a esperar. El dinero fácil le va revolver la cabeza al ladrón, va a expandir el negocio y buscará ayudantes. Ahí lo agarramos. –

Yo le pegué con el pie a una plancha, para liberar la rabia. Mi plan A no funcionó. Iban a seguir a los Apóstoles, tenía que pensar en el plan B.

- Para subir en la escala, necesitas descubrir un caso grande. ¿No es así? – Tiré mi primer anzuelo.

- Y? –

- Y un caso grande es aquel, del cual hablan y escriben. El tamaño del daño es un diez. –

- De acuerdo. –

- Entonces, dale. No pierdas tiempo, - le dije con convicción y le palmoteé el hombro.

- Que quieres decir? –

- Para que esperar a hacer el seguimiento? Supongamos que tú lo agarras con las manos en la masa y frente a las cámaras de televisión. ¿Te imaginas el efecto? –

- Claro, - Gromov estuvo de acuerdo.

- El canal “Life News” se dedica a reportajes criminales desde el lugar de los acontecimientos. –

- Tú crees que lo pasarían? –

- Solo imagínatelo, hermano, un asunto bullicioso, y tú en la pantalla. Vas a ser muy conocido. De otra manera, inclusive si el tipo cae, todo el mérito se lo van a llevar tus superiores. Tú mismo lo dijiste, así sucede. –

- Exactamente. Y otra vez me dejan de lado. Tengo que pensar algo. –

- Mira esta idea. Búscate el tipo de la foto e involucra a la televisión. Ya es tiempo de ponerte unas barras más de ascenso. –

- La televisión… - susurró el capitán, pensativamente.

Sus mejillas se sonrojaron y su mentón se levantó. Me convencí de que la semilla de la tentación había caído a tiempo en terreno bueno. Solo quedaba una cosita para completar el plan:

- Como te va con Natasha? –

- Normal, ¿por qué? –

- Normal, - lo imité con burla. – Cuando tu esposa te vea en la pantalla será extraordinario! Las mujeres se extasían con los tipos famosos. –

- Es verdad. –

- Y no se te olvide hablarle antes sobre ese programa, solo que en secreto. Y se duro con el ladrón, que ella vea que su esposo es un macho arrecho. –

- Macho, - repitió el hermano. Y en su rostro apareció la sonrisa idiota del macho.

15

Con rabia le di a los botones del celular, de nuevo escuché la contestadora y menté la madre. Ya tenía dos horas tratando de comunicarme con Zorro. ¿Dónde se habría metido? Yo debía advertirle que no se acercara donde los Apóstoles. Estos estaban a punto de ser agarrados. ¿Y si este vago está con ellos ahorita?

Los hermanos Noskov. ¿Qué se yo de ellos? Buenos mecánicos pero muy desorganizados. Viven con su mamá en Vyjino pero se la pasan en el garaje que está suficientemente equipado. Zorro se consigue con ellos ahí. ¿Pero donde es exactamente ese ahí?

Yo puse el mapa electrónico en modo “satélite” y lo amplié. Esos garajes viejos estaban en la ruta circular. Para allá me dirigí.

Por fin llegué a la fila de los talleres mecánicos. Mi viejo “Peugeot” me ayudó a hacerme pasar por amante de los autos. Un par de preguntas sobre los tipos de “No problem” y me mostraron una caja con un videófono.

Tapé la cámara con un dedo, pisé el botón de llamada y pronto escuché una voz de borracho:

- No llames más. Hoy no trabajamos. ¡No jodas! –

- Noskov! – grité. – Su mamá no logra comunicarse con ustedes. Se le rompió una llave en la cocina y ya inundó varios apartamentos. ¡Corran, si no les va a salir caro! –

Adentro se oyó ruido. Algo se cayó. Alguien dijo una palabrota. Yo me aparté y la puerta se abrió violentamente y, a todo motor, salió una furgoneta blanca. El carro dobló rápido en el estrecho corredor y

se dirigió a la salida. En la cabina estaban los dos hermanos con los ojos hinchados. Iban gesticulando, probablemente recordaban a su mamá.

Yo entré al taller. Adentro estaba vacío, pero de la fosa salía luz y música. Bajé. Los pequeños escalones me llevaron a una habitación de concreto donde había un denso olor a cigarrillo y licor. Unas manchas grasosas en la mesa, un pote humeante lleno de colillas de cigarrillos y botellas vacías en el piso confirmaron que mi olfato está en buenas condiciones. Apagué las colillas con cerveza, corté la música y me dirigí al diván. Zorro, borracho, dormía tranquilamente ahí.

- Párate! – sacudí al socio y traté de sentarlo.

Levantó las cejas, me reconoció y sonrió alegre:

- Usted está aquí. ¡Sirve otro palo! –

- Ahorita, - hosco, le prometí. Me dirigí a la nevera y tomé dos gaveras de hielo. – Lo que te recomendó el doctor. ¡Despierta! –

Le separé el cuello de la franela, que estaba agarrada de los jeans y le eché en el pecho el contenido de la primera gavera. El saltó y trató de sacar el hielo, pero yo salté, lo puse boca abajo y me senté sobre él.

- Doc, suélteme, - suplicó Zorro, temblando bajo mi persona.

- Vamos a continuar el tratamiento, - dije yo, solemnemente, pero sin emoción.

Tomé una bolsa vacía del piso, eché el contenido de la segunda gavera y se la puse en la cabeza a Zorro.

- Agghh! – se quejó.

Pero yo no solté al socio hasta que la mitad del hielo no se hubiera derretido.

- El tratamiento está terminado. –

Zorro se sentó. El hielo sobre la barriga ya se había derretido y se quitó la franela.

- ¿Qué coño pasa, Doc? –

- Se te aclaró la mente? ¿La pensadora trabaja? –

- Yo siempre estoy bien! –

- Entonces escucha. A los Apóstoles los vieron en la venta. –

- Y donde están ellos? – Zorro buscó con la mirada.

- Se trata del hermano gordo. Una cámara tomó su fotografía. En la mano de Pablo se ve, claramente, nuestro billetico. –

- Cual cámara? –

- Es lo que yo debería preguntarte. ¿Por qué no utilizaron el blockout?

- En los terminales no hay cámaras, - argumentó Zorro.

- Pero en los cajeros automáticos, a los lados, si hay. Y en los centros comerciales, las cámaras de vigilancia están en todas partes.

¿A qué coño fueron los Apóstoles allá? –

- Nosotros utilizamos los terminales solitarios que usted mismo nos dijo. Yo no tengo la culpa que esos estén en los centros de comerciales. –

- Y el blockout es para qué? ¿Por qué no lo conectaron? –

- El blockout es uno solo, y los Apóstoles son dos. –

- Por lo menos a uno y no te emborraches! – lo regañé.

- Solo un rato nos reunimos. –

- Ya tú estabas dormido, - le recordé.

- Y descansar no se puede. Los muchachos corren como desesperados, y yo también. Mire, ya sacamos todo. – Zorro señaló hacia la cesta con el dinero, consideró esto un argumento convincente y miró la botella: - Bueno decidimos celebrar un poco. –

- Ok. Vámonos. Ahora hay que pensar en que hacer. –

- Bueno, Pablo está marcado, - despreocupado, Zorro encogió los hombros. – Todavía tienen que conseguirlo. –

- Lo encontrarán, no lo dudes. –

- Por qué? –

- Además de las cámaras están los policías que quieren hacerse notar. Y los Noskov ya están en su base de datos. Es suficiente con poner la foto ahí y listo. –

- Bestia. Lo había olvidado. – Zorro se estiró hacia el teléfono. – Le diré a los Apóstoles que se vayan y se escondan por un tiempo. –

- Eso no resuelve el problema, solo lo retrasa. Vamos a actuar de otra manera. –

- Ya usted pensó en algo. Dígalo de una vez. –

Lo miré a los ojos y le guiñé uno:

- Ponemos los hermanos a propósito para que la policía los agarre. –

Zorro se tensó. En su rostro apareció la indignación. Se levantó del diván y el grado de su desaprobación creció proporcionalmente a su creciente estatura. Los sentimientos que se reflejaban en su cara se podían describir como la fuerza de un terremoto: cinco grados, seis grados, siete grados…

- Ellos son mis compinches. Nos conocemos desde niños, toda la escuela y después. Ha habido tantas cosas, yo no los traicionaré.

- Créeme, es la mejor salida. –

- Entregar a los Apóstoles? ¡Por nada en el mundo! –

- Piensa un poco: ¿que son para ti? ¿compinches o amigos? Los compinches existen para entregarlos. –

- Amigos! No tengo otros, Doc. – Ahora en el rostro de Fedor dominaba la rabia.

- Y los amigos no se entregan? –

- Por supuesto que no. –

Callé, la respuesta me gustó. Por un lado, Zorro parece indiferente, pero en él hay un resorte correcto.

- Entonces haremos esto, - decidí y le conté el plan que tenía.

Zorro escuchó con atención y se mesó la barbilla:

- En palabras suena bien, pero en la práctica, ¿cómo resultará?

16

Esos huecos inútiles bajo el techo inclinado de las casas modernas habían desaparecido casi completamente. Ahora se tenían áticos funcionales. En el segundo piso de nuestro townhouse, las paredes se levantaban apenas a un metro del piso. A partir de ahí iba un techo inclinado sostenido por vigas. Para ahorrarnos dinero, decidimos que no se le hiciera nada, que yo mismo lo arreglaría. Y hoy estaba convencido de que esa había sido una decisión muy buena.

Yo pegué el último pedazo de plancha de madera a la pared vertical en el rincón. La plancha tapaba un nicho triangular vacío entre el piso y el techo. Ahí había dispuesto mi escondite. Por fuera, era la simple pared, pero si sacabas los tornillos, podías esconder una maleta grande o varias bolsas con dinero. No bromeo, ese era mi plan. En última instancia, cubría el sitio con un estante de “Ikea” y nadie se daría cuenta.

Ustedes pensarán que yo me volví loco. No, no era un ataque de paranoia, sino una previsión de un condenado, que cayó en un camino sin retorno. Mientras tenga fuerzas yo debo reunir suficiente dinero para que Katya pueda pagar los préstamos y pueda aprovisionarse junto con la hija y el futuro niño, al menos hasta que esté grande. Guardar el dinero en el banco generará preguntas indeseables. Aquí estará seguro y siempre a mano. Por ahora, Katya no tiene que saber del escondite. Le informaré cuando yo ya caiga en la terrible enfermedad.

Abajo se escuchó la puerta abriéndose. Katya regresó. Pero por el ruido de pasos me di cuenta de que ella no estaba sola.

Cuando bajé, yo vi a nuestra hija Yulia. Katya la sostenía por la mano y la llevaba como si la enseñara a caminar otra vez. Mirar a Yulia fue, dolorosamente, intolerable. Más difícil fue esconder las emociones del rostro. Una semana atrás nuestra hija era una belleza, brillante en la pasarela, ahora estaba encorvada, con el cuello vendado y cada paso que daba, producía dolor en su rostro pálido.

Cuando me vio, mi esposa me dijo:

- Ayúdame. Yo pensé que estabas en el trabajo. –

- Tomé el día libre. El ático hay que arreglarlo. –

- Si, dale. ¿Qué es esto? – Ella tropezó con la caja de “Ikea”.

- Ah, compré una estantería. –

- Es una pendejada. Quítala de aquí. –

Quité la caja y me apuré a ayudarla, pero Katya me detuvo:

- No, mejor ve al carro y saca unas cosas que compré camino del hospital. –

Traje los paquetes y los puse en la cocina. Katya estaba ayudando a nuestra hija a acostarse en el sofá de la sala. Yo no sabía que decir, con dolor en el corazón miré a Yulia y le hice una pregunta tonta:

- Te dieron de alta? –

- No la molestes, ella no puede hablar, - Katya me cortó y, pegando las instrucciones del doctor en la puerta de la nevera, explicó:

- Nos permitieron traer a Yulia para la casa. Tiene que tomarse las medicinas en este horario. Y la alimentación, solo intravenosa o en forma de puré. –

- Intravenosa? – pregunté cauteloso.

- Una vez al día va a venir una enfermera, ya acordé con ellos. –

Viendo que Katya se fue a trabajar a la cocina y, sintiéndome inútil, quise ayudar en algo:

- ¿Puede ser que lleve a Yulia a su cuarto? –

- Déjala que descanse un poco. Pronto tiene que tomarse la medicina.

“Que dicen los médicos?” – quise preguntar, pero sería torpe, tomando en cuenta el estado de mi hija y su presencia. Yo quería también hablar con Yulia acerca de esa noche en el club, cuando sucedió el hecho. ¿Pero como podría ella responder? ¿Con los ojos? Los recuerdos la van a afectar y ella necesita tranquilidad.

Me di cuenta de que me estaba mirando. La expresión de sufrimiento que tenía cuando entró, había cambiado por una de culpabilización. Ella me miraba como si quisiera reprocharme algo. Desconcertado me llevé la mano al pecho: ¿qué pasa?

Yulia señaló con la mano hacia la mesa. Ahí estaba la tableta. Yo se la alcancé con una sonrisa:

- ¿Quieres entrar a internet? Claro. Las amigas. –

Ella tomó el aparato, pero continuó a mirame con reproche. Yo me separé sin saber que hacer, tropecé con la caja, maldije en voz baja y decidí: voy a poner los estantes.

En ese momento sonó mi celular. Miré la pantalla, llegaba un mensaje. De Yulia! Pero claro, ella no puede hablar y, por eso, envía un SMS. Así podemos comunicarnos.

- ¿Quieres hablar? Muy bueno. –

Puse una silla frente a mi hija y leí su mensaje. “Las enfermeras hablaron de ti en el hospital”.

- De mí? –

Yulia pasó los dedos por la tableta. “Escuché que tú estabas contagiado con una enfermedad fea”.

Me desanimé completamente. ¿Y entonces? ¿Qué pasó con el secreto médico?

“Una enfermedad que se transmite por el sexo”, escribió mi hija.

Bueno, descubierto. Y yo, ingenuo, quería decírselo a la familia después del nacimiento del niño. No resultó. Un nuevo golpe para Katya. Yo callé, sin saber que hacer.

Yulia no se amilanó. Los mensajes venían uno tras otro:

“Es verdad? ¿Tienes una enfermedad venérea?”

“Y mi mamá dónde queda?”

“Callas, quiere decir que es verdad. La cambiaste por prostitutas infectadas”

“Como pudiste hacerlo?”

¿Diablos, como explicarlo? Yo traté de escoger las palabras apropiadas:

- No es como tú lo dices… Entiende… -

Katya se acercó, en una mano tenía una cucharilla y, en la otra, la botellita con el medicamento. Contó las gotas y acercó la cucharilla a la boca de Yulia.

- Hora de la medicina. –

Viendo amargura y reproche en los ojos de Yulia, mi esposa, desconcertada, se volvió hacia mí:

- ¿Que les pasa? –

Su vista cayó en la tableta, notó el escrito y se inclinó para leerlo:

- ¿Que? ¿Una enfermedad venérea? – sus grandes ojos negros me miraron con terror.

Yo abrí la boca, pero no me decidí a decir la verdad.

- Es un chiste? Dime que no es verdad, - en sus ojos hubo una luz de esperanza.

Bajé la vista. La cucharilla en su mano temblorosa dejó caer parte de la medicina al piso.

- Responde! ¿Por qué callas? –

- Katya, - me acerqué a ella, pensando que iba a desmayarse.

- No me toques! – Ella me rechazó y apoyó su mano sobre la mesa. Su pecho se levantaba con la respiración pesada. – Grisov, eso es vil. ¿No podías vivir sin prostitutas? Una barrigona no te gusta. Yo paso trabajo, alimento a nuestro hijo, y tú, andas con prostitutas. ¿Tú comprendes el riesgo en que nos pones, a mí y al bebé? –

- Katya… - Yo me tragaba todas las palabras, sin saber que decir. Pensaba solo una cosa: decir la verdad, significa que la amo.

Mi esposa se sentó en el sofá al lado de mi hija, puso sus manos

sobre su vientre, como si defendiera al pequeño. Su instinto maternal buscaba claridad:

- Cuando sucedió eso? Me hicieron exámenes al comienzo del embarazo, pero desde entonces… ¿Por qué callaste? –

Las dos personas que más amo me miraban con desprecio. ¿Qué les podía decir? ¿Que yo no andaba con prostitutas? ¿Que se equivocaban por lo de la enfermedad venérea? Pero la verdad era mucho peor.

Repicó el teléfono de Katya. Sin ganas le dio a la tecla en la bocina. La fuerte y alegre voz de Natasha Gromov la escuchamos todos.

- Hola, Katya. ¿Como estás? – Pero Natasha no esperaba la respuesta, tenía una noticia: - Mi Sasha va a salir mañana en televisión. ¿Te imaginas? Él va a agarrar a un delincuente en vivo. Es una operación especial, secreta. ¡Estoy en shock! Véanla sin falta. Él me dirá la hora exacta y yo los llamo otra vez. Estás en casa, ¿no? –

- Si. –

- Bueno, chau. Después hablamos, todavía tengo que decirles a otros. –

Katya cerró la comunicación y murmuró:

- Todos tienen una familia normal, pero nosotros… Eres un perro. -

Yo ya estaba volviendo en mí, y traté de arreglar la situación:

- Katya, he hecho mal, pero puedo explicarlo. –

- Vete, - dijo ella, con dificultad, y miró la medicina derramada: - Tengo que darle la medicina a Yulia. –

Yo tomé la cucharilla vacía, ella trató de limpiarla, pero sus manos temblaban. Quise ayudarla.

- Pero vete de una vez! ¡Desaparece! No te quiero ver. –

Yo tomé la caja con la estantería y me dirigí a la escalera. A mi espalda golpearon las palabras de la sentencia.

- Vete de la casa. Y no vuelvas hasta que te cures. –

Mi pecho lo apretó una dolorosa tristeza y tan mal, nunca me había sentido. Me senté en los escalones y obligué a mi organismo a respirar: uno-dos, inhalar-exhalar, uno-dos, inhalar-exhalar. La oscuridad en mi vida se puso más densa. Solo me tranquilizaba el hecho, de que me habían dado una oportunidad para volver. Era utópica, hasta que yo me curara.

Llegamos al llegadero. Después de diecinueve años de matrimonio me botaron de la casa. Tuve que mudarme al laboratorio. Una consolación pequeña es el hecho de que, ahora, es seguro que no contagio a mi esposa. Tratando de apartar el conflicto familiar hacia la periferia de la conciencia, me hundí en el trabajo. Además, me sobraba el trabajo.

Me sequé el sudor y saqué el destornillador, en el paquetico de tornillos quedaban muchos sin utilizar. Revisé el fondo del ropero y comprobé que la parte inferior se movía. Justo lo que se quiere, una patada y ella vuela. Cansado del trabajo hecho, pegué el armario a la pared del sótano.

En la puerta sonó la cerradura. El otro juego de llaves de nuestro laboratorio secreto lo tiene Zorro. Fue él quien entró, y esta vez llegó sin retraso. Ya yo tenía dos horas que había entrado al sótano y mis ojos ya estaban acostumbrados a la poca luz. Mi socio no quería caminar en la semioscuridad y buscó el interruptor. Cuando me vio quedó estático y en desconcierto.

Por supuesto, él ya había notado el armario y el televisor. En su rostro apareció una sonrisa de burla.

- Epa, Doc. ¿No y que teníamos que economizar y comprar lo estrictamente necesario? –

- El armario lo necesitamos, - respondí, sin una sombra de sonrisa.

- Si es para el dinero, mejor es una caja fuerte. –

Zorro se acercó al armario, lo abrió y vio el colchón inflable que yo utilizaba.

Yo me adelanté a su pregunta:

- El colchón lo compré con mi dinero. Tengo problemas con mi esposa.

- Ah, está durmiendo aquí por las noches. Como un vigilante nocturno. ¿No va a exigir un sueldo? –

- Tengo más tiempo para trabajar. –

- Seguramente imprimió una tonelada de bublos. – Zorro caminó hacia las bolsas con las cosas de construcción. – Nuestros tesoros están aquí? –

Me miró con picardía y, teatralmente, como un mago en el escenario, abrió una bolsa y metió su mano. Sacó un ladrillo roto.

Tuve que explicarle:

- Yo estaba en otra cosa. También es necesario. –

- Y como se puede meter un ladrillo en un cajero automático? – Zorro continuó burlándose.

- Esas bolsas hay que botarlas. Discretamente. –

- Echele pichón, ya que usted vive aquí. – Todo respeto desapareció del rostro de mi socio. Tocó una bolsa con el dedo: - Y de

donde viene esta vaina? –

¿Y ese tono? ¿Por qué tengo que responder? Se me quitó el deseo de explicar los detalles y respondí con rudeza:

- Cambié los planes. –

- Rompió la pared para que cupiera el armario, - razonó Zorro. – Quería comodidad. Yo entiendo, claro: los ladrillos es fitness; el televisor, ocio cultural y el colchón, entretenimiento. Como hobby, usted decidió dedicarse al diseño. –

- Ya está bueno de criticar. Vamos a trabajar. –

- Justamente, estoy trabajando. Usted no se imagina el trabajo que me costó convencer a Pablo. –

- Quien cometió el error tiene que enmendarlo. ¿Dónde está él, ahora?

- El Apóstol sigue su plan. Ahorita debe estar en el centro comercial.

Prendí el televisor y busqué el programa. Zorro se sentó en el sillón y puso sus pies sobre la mesa.

- Usted cree seriamente que… -

- No solamente creo, sino que planifico. Con esto, la fantasía supera la realidad. –

En la pantalla brilló la presentación de la crónica criminal. La presentadora, una chica impudente, con ademanes de espía, y la cual trataba de mostrar su propia importancia, hablaba misteriosamente en el micrófono desde el asiento trasero de un automóvil que rodaba:

“Con ustedes Darina Minasyan. Este es un reportaje desde el automóvil policial. Nosotros asistiremos a la conclusión de una operación complicada. La policía está detrás de un peligroso falsificador de dinero. En tales asuntos es importante atrapar al delincuente en el momento del hecho. Para comentarnos aquí tenemos al capitán Gromov”.

La cámara se movió y yo reconocí a mi hermano. Estaba sentado en la parte trasera y tenia listo el radio portátil. Yo me imaginaba como, en este momento, su esposa Natasha comunicaba a sus amigas y se ufanaba: prende el televisor, ¡mi Sasha está en la televisión! Y todas: ¡no puede ser!

Hay que ser justos, mi hermano se veía concentrado, decidido y seguro de sí. Aunque sin fanfarronadas. Él explicaba, hablando al micrófono:

“Hace una semana recibimos información de transacciones con dinero falso en nuestra zona. En tiempo record y bajo mi supervisión, se llevó a cabo un gran trabajo de búsqueda, con el resultado de que caímos en las huellas del presunto delincuente”.

“Presunto?” – preguntó la presentadora.

“De acuerdo a la ley, en este momento es un sospechoso, pero

cuando lo agarremos con el cuerpo del delito y lo presentemos al tribunal, su status cambiará”.

Ese discurso oficial no se lo había escuchado a Sasha, lo estaba haciendo bien.

“Por qué usted decidió involucrar a la televisión?” – preguntó Darina.

- Porque se lo sugirió el Doctor, - se rio Zorro.

Gromov no me mencionó, y tampoco mencionó el posible ascenso, pero dijo la versión para sus jefes:

“Es una necesidad imperiosa. Los delincuentes tienen mucho dinero y contratan abogados inescrupulosos, los cuales, utilizando todo tipo de estratagemas, destruyen casos. Por eso necesitamos demostraciones sólidas, las cuales no es posible ignorar”.

“En eso estoy de acuerdo con usted, callar la televisión no es posible. Ahí está nuestra fuerza. – la presentadora se auto alabó. – Cuales billetes utilizan más frecuentemente? –

“Los de cinco mil. Nosotros incautamos una serie completa de falsificaciones particulares, bublos”.

“Explique con detalle”.

“Los falsificadores, conscientemente, cambian la primera letra en la palabra “rublo”, esperando esquivar los artículos legales sobre falsificación de moneda”.

Sonó el radio portátil. Gromov movió las cejas para dar la impresión de importancia, escuchó el mensaje y lo repitió para la teleaudiencia:

- El sospechoso entró en el centro comercial y se dirige hacia los cajeros automáticos. Rápido, yo debo dirigir la captura. –

Las cámaras de televisión se mueven rápido y pronto se detienen cerca del centro comercial. Gromov corría hacia adelante.

La ágil chica corrió tras él, continuando el reportaje:

“De común acuerdo con la policía nosotros colocamos gente nuestra con cámaras escondidas. Ahorita verán los acontecimientos en pleno desarrollo. Solo en Live News”.

En la pantalla apareció una imagen inestable. Evidentemente, la cámara estaba colocada en una persona caminando. Pero lo que se veía era suficientemente claro, una sala de un centro comercial, clientes con paquetes y que no sospechaban nada. De repente, en el objetivo está Pablo Noskov. El policía llegó a él en diez pasos.

- Y si agreden a Pablo? – se preocupó Zorro.

- Por ahora todo va como fue planeado, - afirmé yo, aunque también estaba un poquito inquieto.

- ¿Si nosotros estamos nerviosos, como estará él? Con tal de que se domine. –

En la imagen, él se acerca al terminal de pago y saca de un

bolsillo una paca de billetes. La distancia entre la cámara del policía y Pablo ya es la mitad. Noskov alisa un billete con la intención de meterlo en la entrada receptora de la máquina. Y en ese momento la imagen se mueve violentamente, el policía se lanza hacia el Apóstol y lo ayudan otros policías. La paca cae, a él lo tiran al piso y lo esposan. Los billetes ruedan por el piso.

Ahí entra la cámara principal y fija la imagen. Darina Minasyan ya estaba ahí. Dice el nombre del canal y el suyo propio, apresuradamente. Enseguida, en la pantalla, aparece un emocionado Gromov con la disimulada sonrisa del vencedor. Le tomó el gusto, no solo, a dirigir a los policías, sino a los de la televisión también.

“Muestren los billetes. Ustedes vieron que ellos pertenecen a este ciudadano. Él es un falsificador”.

“Diez billetes”, - contó la reportera.

“Tómenle un close up. Son falsificaciones, debe estar escrito cinco mil bublos”.

“No, todos los billetes son de quinientos. – Darina levantó uno de los billetes, lo mostró a la cámara y leyó, en voz alta: -Quinientos rublos”.

“Que pasa? Ese es mi dinero. Es de verdad”, - entró en el diálogo el Apóstol.

Los policías lo registraron y dijeron a Gromov:

“Está limpio. No tiene más billetes”.

“Cinco mil rublos, ¿es una gran suma? ¿A quién amenaza el detenido?”, empezó a preguntar la reportera.

“Suélteme. ¿Los voy a demandar!” – se quejó Pablo. Claro que podía declarar sus derechos a los policías.

“Debían estar ahí, se disgustó Gromov, y decidió: - Vamos a su casa! Y registramos”.

Zorro, divertido:

- Come yuca! Allá tampoco vas a hallar un coño. –

“Quédense con nosotros. Esperen el próximo contacto desde el apartamento del sospechoso”, - dijo a la teleaudiencia Darina Minasyan. Y cortaron con una cuña comercial.

- Doc, usted es grande! – me alabó Zorro. – Ni siquiera se dieron cuenta de nuestros nuevos quinienticos. –

Estaba claro que eso era un riesgo, pero yo lo tomé a conciencia. Yo necesitaba, no solo, una victoria sobre la policía, sino un triunfo completo. Mi vida ahora es un caminar por el filo de una navaja, más exactamente, al filo del dinero. El dinero, como las navajas, son hechos para ser útiles, pero pueden matar. Yo debo acostumbrarme al riesgo diario. Yo debo demostrar a mis cómplices que mis planes son impecables, soy importante.

Pasaron dos horas y de nuevo vimos en la pantalla a la viva

reportera. Darina era de aquellos periodistas que puede mostrar una noticia sensacional en cualquier situación.

“Continuamos el reportaje acerca de la operación policial contra los falsificadores. Acaba de terminarse la búsqueda en el apartamento del sospechoso. Puedo dar fe y testimoniar que nada criminal se halló en el apartamento. ¿Qué comenta el capitán de la policía, Gromov?”

Ella le puso el micrófono bajo la nariz a mi hermano. Él hizo una mueca, como si le doliera un diente:

“Apaguen la cámara. Quíteme el micrófono. ¿Qué hacen aquí estos extraños?”

“Usted debería presentarle excusas al detenido. Y él todavía está esposado”.

“Quítenle las esposas”.

La imagen saltaba de uno al otro y se sentía que la policía quería cortar la transmisión. Pero el operador sabía lo que tenía que hacer y mantenía los grandes planos, mientras la reportera no cejaba en desenmascarar la arbitrariedad de la policía.

Vimos como le quitaban las esposas a Pablo. Él mostró una indignación justificada:

“Epa, capitán, no se le olvida algo?”

Escondiendo la cara, Gromov le entregó el paquete de los billetes confiscados.

“No me los cambió?” – incisivo el Apóstol.

“Vete al carajo!” – estas palabras no se escucharon, pero la expresión de la cara de mi hermano no dejaba dudas.

“Muy bueno, aquí me desordenaron todo, echaron a perder mis planes. Deberían llevarme otra vez allá”, - insolente, exigió Pablo.

“Ya te las arreglarás”, - masculló Gromov, tratando de desaparecer.

El operador siguió tomando la espalda derrotada que se alejaba y la ida de los coches policiales.

Darina continuó el reportaje y ahora, con una solidaridad evidente con el afectado:

“Cualquiera de nosotros puede ser una víctima de un abuso policial, eso se lo mostramos hoy. Declarar una persona culpable solo lo puede hacer un tribunal, hasta que no se haga, hay que mostrar respeto hacia el ciudadano y no acusarlo de algo que no cometió. ¿Como se siente, Pablo?” – ella se dirigió al Apóstol.

“Gracias. Ustedes me salvaron. Si no hubiera estado la televisión, me hubieran sembrado billetes falsos y construido un caso. Preguntaron por unos bublos y yo no tengo idea de que se trata. Este es todo mi dinero. Yo quería pagar un préstamo porque mañana ya me clavan intereses de mora”.

“Nosotros lo llevaremos al centro comercial donde la policía lo detuvo ilegalmente. Esperamos que, si no es el capitán Gromov, los jefes de él se disculparán oficialmente ante usted”.

- ¡Doctor, lo hicimos! ¡Lo hicimos! - Zorro saltaba de alegría.

Yo también estaba orgulloso, pero controlé mis emociones:

-Todavía no es una victoria. Ve allá y después vuelves aquí, - le ordené.

Zorro asintió y se fue al centro comercial.

18

Si hay un ganador, entonces hay un perdedor. Mientras yo disfrutaba de mi éxito merecido, mi hermano recibía un regaño de sus jefes. Él estaba parado firme ante un coronel con cara de pocos amigos, mientras, en su bolsillo, vibraba sin sonido su teléfono. Sasha presumía que era su esposa quien llamaba. Y estaba seguro que las palabras de ella serían más despiadadas que las del coronel iracundo.

- Capitán Gromov, ¿qué clase de espectáculo fue ese que hiciste? ¡Solo a un cretino se le puede ocurrir una cosa así! – le dijo el coronel.

- Tenía la información y yo creí… -

- Te sobran inocentes, eso es la mitad de la falta. ¿Para qué coños invitaste a la televisión? Quedaste como un idiota y nos hiciste quedar mal a todos aquí. –

- Antes habíamos determinado que el sospechoso tenía falsificaciones. - Esos papeles que tú me mostraste? No son falsificaciones, son juguetes infantiles. –

- Quizás nos apresuramos. –

- Ningún nosotros, ¡tú te apresuraste! ¡Reconoce que, hasta la nariz, te metiste ahí sin pensar! – el coronel, grosero, cortó al subordinado.

- Si continuamos la observación… -

- Que? ¿De ese? No te aproximes más a ese tipo. ¡Es una orden! –

- ¡Si, mi coronel! –

- Y recuerda, Gromov, recuerda bien que tú hiciste todo eso por iniciativa propia. Yo me enteré de tu estúpida operación por la televisión, ¿está claro? –

- Si, camarada coronel. –

- Ahora yo tengo que tapar tu trasero y tratar de explicar por

que hiciste eso. ¡Y que invitar a la televisión! ¿Qué pasó con tu cerebro? ¿Si de arriba te hubieran visto? Ahh, se mostrarían muy amables. ¿Y a quién hubiera llamado el general? Me hubieran reventado. –

- Lo siento. –

- Por tipos como tú… - El coronel exhaló fuertemente, movió la cabeza y se secó la cara con una servilleta. – Voy a tratar de remendar los daños. ¿Sabes el número de teléfono de la reportera? –

- Lo tengo anotado. – Gromov sacó el celular y vio la llamada perdida de la esposa.

- Márcalo desde mi celular. Primero hablo yo, y después tú pides disculpas. ¿Como se llama ella? -

Los televidentes fueron testigos del cierre del reportaje de Darina Minasyan. Cuando ella supo quien la llamaba, le dio la señal al operador y pidió repetir el nombre. Pusieron la llamada al aire y Darina le pasó la bocina a Pablo Noskov. Este, con los ojos bien abiertos, escuchó las disculpas del coronel y después las del capitán de la policía.

El asunto sucedió en el mismo lugar, donde tres horas antes habían tirado a Pablo al piso y le habían puesto esposas. El Apóstol estaba erguido y se veía hasta elegante y me pareció que tenía un halo sobre su cabeza. Pero eran cosas del pícaro operador.

“El coronel de la policía se disculpó ante el honrado ciudadano, - comentó la reportera. – Nosotros nos despedimos de nuestro héroe. Ahora él puede hacer lo que venía a hacer. Nosotros tenemos que alejarnos, ya que no tenemos derecho de filmar el cajero automático. Hasta el próximo reportaje sensacional en nuestro canal”.

Pablo continuó sonriéndose unos minutos más ante los testigos y escuchó palabras de apoyo. Cuando se quedó solo, metió en el cajero la tarjeta de crédito y quinientos rublos: en la pantalla salió la información de que en la cuenta de Pablo había ahora cinco mil rublos. Metió otro billete y, de nuevo, el anuncio de que tiene cinco mil más. Eso no fue él, eso era que funcionaba mi nuevo invento. El lector de billetes leía los billetes de quinientos, a los cuales se les había adicionado los parámetros de los de cinco mil, y los tomaba como de cinco mil.

Diez billetes de quinientos sumaban en la cuenta diez veces más. Simultáneamente, la misma operación la realizaba, en otro lugar del centro comercial el Apóstol larguirucho.

Una hora después, Zorro volvía al laboratorio con el ánimo subido. Me entregó las dos tarjetas:

- Bien! Funcionó como lo pensamos. En cada una hay cincuenta mil. –

Tomé las tarjetas, el orgullo casi se me salía por los poros.

Probablemente, una sensación similar, deben sentir los campeones olímpicos cuando le ponen las medallas. Que agradable cuando tu talento recibe un rápido reconocimiento.

El vivo de Zorro me guiñó un ojo:

- Ahora si es una victoria total? –

La respuesta se me leía en el rostro, yo no podía esconder mis emociones, pero dejé de sonreír y dije:

- Esto solo es el comienzo. –

19

Katya Grisov arregló las almohadas para que la hija estuviera más cómoda en la cama y luchó para que no se le salieran las lágrimas, mientras Yulia tomaba un consomé a través de un pitillo. No había palabras, solo tristeza en los ojos, tristeza que las hacía sentirse peor. La chica terminó su sopa y la madre tomó el bol utilizado y bajó a la planta baja. Mientras lavaba el plato, una gota grasosa le cayó en el vientre prominente.

"Hoy se me cae todo de las manos!", protestó para ella.

Katya tomó una silla y se sentó pesadamente. La nueva casa ya no la alegraba, bajar y subir la escalera con ese barrigón era increíblemente difícil. Desde la mañana su cabeza estaba ocupada con la traición de su marido.

"Yury tiene cinco días fuera de casa. Desapareció y no llama, ¡el cabrón! ¿Es posible? Claro, yo misma lo corrí. Que reconozca lo mal que actuó. ¿Para qué se tuvo que meter con prostitutas? Ahora que se cure, y después, puede ser… Y ni siquiera llama para disculparse, ¡el muérgano! ¿Pero por qué yo tengo que sufrir, mientras él anda por ahí?

Sus ojos se humedecieron, pero, resuelta, se secó las lágrimas.

"Tengo que echar p´alante y levantar mi ánimo. ¿Al centro comercial, a la peluquería, a la manicurista? Y, ahí, cayó en la apatía otra vez: - ¿Con este barrigón, adonde voy a ir…?"

Su mirada cayó en la tableta sobre la mesa. Sus ojos decaídos se iluminaron, y se alegró nuevamente por la próxima compra. Ella sabe lo que la hará feliz.

En la escogencia, por internet, de la cunita para el bebé se le fueron dos horas. ¿Con ruedas o sin ruedas? ¿Para guardar la ropita de cama no es mejor utilizar el armario? ¿Y la forma de la cuna? ¿Y el color? ¿De que material compramos el colchón? ¡Tantas cosas que ofrecen!

"Esta es una belleza! - se dijo Katya, viendo la siguiente imagen. - ¿O esta? Cuando Yulia no había tanta escogencia".

Katya se imaginó la cuna en la habitación, para que combinara

con los muebles y las cortinas. Así, la cantidad de variantes disminuiría bastante. Entonces, por fin, hizo el pedido. Un operador del almacén por internet, se comunicó con ella y le propuso la entrega para el día siguiente. Quedaba el asunto del pago. Katya recordó que la tarjeta la tenía el marido, pero ella podía hacer una transferencia bancaria.

- Yo haré una transferencia, – le dijo al operador. – Si, si, claro, ahorita. ¿Mañana me la traen? Perfecto. ¿La podrán subir al primer piso? Ah, servicio adicional. Es que estoy en estado… Gracias. Muchas gracias. Ahorita hago la transferencia. –

Katya puso su clave, enseguida el código de confirmación que le llegó por teléfono y entró en su página del banco. Copió los datos del almacén que le enviaron por internet, escribió la suma de dinero de la compra, el sistema le pidió escoger la cuenta de donde tomar el dinero. No había problema, tenían una sola cuenta en la cual había cerca de trescientos mil rublos ahorrados para el bebé. Piso la tecla virtual en la pantalla y apareció una ventanita.

Sus ojos se abrieron por el desconcierto: recursos insuficientes.

"No puede ser! Me equivoqué en algo. Seguramente una cuenta errada. ¿Dónde está? Pero si no tenemos más cuentas… y en esta hay solo siete rublos"

Katya dejó caer los brazos y, por sus mejillas, rodaron gruesas lágrimas.

"Ese muérgano me traicionó dos veces, tomó el dinero y no me dijo. ¿Para qué? Para comprar planchas de madera para el ático y unos estantes. Pero en esa cuenta había más dinero. Me dejó sin plata a propósito. ¡Que sinvergüenza! Y seguramente espera que yo lo llame. ¡Monstruo! ¿Por qué me hizo eso? ¿Que hice yo de malo?"

Tomó el teléfono. ¡Ahora le diré varias cosas! Va a rogar porque lo perdone y yo veré…

Pero su marido no respondía. A la segunda llamada se conectó la contestadora. Desesperada, Katya llamó a Natasha. Con ella me puedo descargar.

- Mi marido me engaña, - se sinceró Katya.

- ¿Que!? – se le cortó la voz a la amiga.

- Si solo fuera eso. Quise comprar una cunita muy bonita que me costó escoger y, ese, me dejó sin dinero. –

- Como sin dinero? –

- Vació la cuenta. Es un bastardo, ¿verdad? –

- Un bastardo, - asintió la amiga y dijo: - Ahorita me llego hasta allá. –

Natasha tomó un taxi. En una mano tenía una bolsa del supermercado y en la otra un "six pack" de cervezas.

- Yo agarré algo de lo vencido. Vas a ver, todavía está bueno…

-

Natasha puso las seis latas de cerveza sobre la mesa.

- Es importada, un poquito más cara. Están vencidas pero el proveedor no se las llevó. Allá, en el super, las probaron, están bien. Ah, pero tu no puedes. Bebe leche. Pero yo… -

Tomó una de las latas, le quitó el precinto de aluminio y, en el huequito, burbujeó la espuma. Natasha bebió un trago y se inclinó hacia la amiga:

- Bueno, cuéntame. El cabrón, ¿con quién te traiciona? –

- No sé, - se quejó Katya.

- Entonces, ¿no lo descubriste? ¿Conseguiste algo en el teléfono? –

- Él me lo confesó. –

- El tipo te confesó la traición? – se asombró Natasha.

- Él fue adonde las prostitutas. -

- Ah bueno, si son prostitutas, no todo está perdido. Ese es su trabajo. -

- Yury se contagió de algo malo. –

- Como así? – Natasha, con más asombro.

- No quiso decir de que. O sea, debe ser sífilis. –

- Que horrible! – Natasha tomó la lata de cerveza, le quitó la espuma y levantó el dedo, amenazadoramente: - Es correcto que lo hubieras botado de la casa, que duerma en la calle. Él no debe arriesgarte. –

- Yo quería comprar una cuna. Mira que bonita. – Katya le mostró la imagen en la tableta. – Y nos cuadra por el color. Bueno, en la cuenta no había dinero. Sacó todo y no me avisó. -

- Por la cuna no te preocupes. Te la vamos a regalar. –

- La cuna? No, ustedes me dijeron que me regalarían el cochecito. – le recordó Katya.

- Se me había olvidado. Si claro, el coche. –

- No te confundas. Yo no necesito dos cunas. La cuna debe ser cómoda, bonita, ecológica. ¿Sabías cuantos tipos de colchones hay? Me preocupé por escogerlo. Y este… Yury. –

- Tranquila amiga. ¿Tú lo llamaste? –

- Puso la contestadora. El desgraciado no quiere responder. –

Natasha terminó su lata de cerveza y abrió otra, dio un trago largo y, pensativa, dijo:

- Y si llamamos a Grisov al trabajo? –

- No me responde. –

- Déjame tratar a mí. Simulo que soy un cliente. –

Natasha apartó la cerveza, se secó los labios, se arregló el vestido, como si se preparara para un encuentro importante y llamó a la oficina principal de “Jupiterbank”. En la medida que se desarrollaba

la conversación, la mirada vengativa se le fue desvaneciendo.

- Que?… ¿Cuándo?… ¿Seguro?… – preguntó varias veces, después colgó la bocina y compasivamente miró a la amiga. – Bueno… -

- Que dijeron? Habla. – inquirió Katya.

Natasha tomó la cerveza de nuevo:

- Grisov fue despedido. Ya no trabaja en el banco. –

- Cuando? –

- Hace dos semanas. –

Ahora fue Katya quien decayó. Su rostro palideció, se petrificó con los ojos desmesurados. Después de una pausa larga, se agarró la cabeza y murmuró:

- Por dos semanas me estuvo mintiendo. Y yo que pensé que lo de las prostitutas era incidental. Hace tiempo me engaña. –

Su mano se estiró hacia las cervezas.

- Epa, amiga. Sin tonterías. – Natasha retiró las de la mesa y solo dejó la que tenía en la mano. – Te voy a preparar un té de jazmín. –

Hirvió la tetera, sonaron las tazas. Y después de una conversación lacrimosa acerca de que todos los hombres eran unos desgraciados, Natasha lanzó la lata vacía en el pote de basura y, decididamente, golpeó la mesa con la palma de la mano:

- La contestadora está conectada entonces. Lo voy a llamar y le dejo un mensaje. Le voy a decir que tú estás mal, que podrías abortar. ¡Que tienes contracciones! –

Y cumplió su amenaza.

Yo llegué al townhouse en la nochecita. Se sobreentiende que yo escuché la voz, traicionada por la cerveza, de Natasha, pero no salí corriendo a la casa. Había asuntos más importantes. Yo no entré a la casa, me habían corrido. Me estacioné en un lugar visible, me recosté del carro, cruzé los brazos y me quedé mirando hacia las ventanas iluminadas.

Me vieron. La puerta se abrió y en el umbral apareció una arrogante y agresiva Natasha.

- Mira quien está ahí. Y no sale corriendo para ayudar a la esposa. Su estado a él no le importa. Ni siquiera telefoneó. Tú vas a ver Grisov… ¡Ay! –

Ella se agarró el estómago y salió corriendo al baño.

Entré a la casa. Katya yacía en el sofá, con un paño húmedo sobre la frente y mirando, con aprehensión, mis movimientos. Me senté a sus pies y puse mis manos en sus rodillas.

- No me vas a preguntar que me pasó? – me reprochó.

- Yo me dirigí a Yulia y ella me escribió. –

- Que te escribió? –

- Que Natasha estaba tomando cerveza y convenciendo a su mamá que simulara estar enferma. –

Katya se sentó, se quitó la toalla de la cabeza y me enfrentó:

- Que hiciste con nuestro dinero? –

- Yo lo necesitaba. –

- Y tú crees que yo no. – me espetó a la cara. – Tú eres uno, y nosotros somos casi tres. Vi una cuna y quise comprarla. Y otras cosas, como comida, medicinas y, sin hablar de ropa. –

- Toma. – Coloqué una paca de billetes en el sofá entre nosotros. – Aquí hay suficiente para un primer momento. También pagaré las mensualidades de los préstamos. –

Katya agarró la paca de billetes y le pasó un dedo por el borde. Era claro que en la paca había más dinero que lo que ella creía que había en la cuenta bancaria.

- ¿De dónde sacaste esto, no y que te despidieron? –

- Me pagaron una compensación, - mentí.

-Y el dinero para la curación de Yulia? ¿Donde vas a trabajar ahora? –

- Yo… -

Casi me sale: “imprimo dinero”. En ese momento entró Natasha y comenzó a molestarme de nuevo:

- Me enteré de todo, Grisov. ¡De todo! –

- De que te enteraste? –

- Te despidieron violentamente, y ya no podrás trabajar en otro banco. O sea, ya no tendrás un buen trabajo. –

- No te preocupes, no voy a buscar cerveza vencida y a tu supermercado no voy a pedir con un carrito, - dije, con dureza. – Ahora, voy a ver a Yulia. -

Las mujeres se miraron. Katya no se opuso. Me levanté, con la intención de ir a la escalera. Pero Natasha me lanzó directamente:

- Mantén la distancia, para que no la contagies. –

Caminé hacia ella, con los brazos abiertos:

- Ven para darte un beso por ese consejo tan valioso. –

Natasha salió corriendo y se metió en el baño.

No continué a poner nerviosas a las mujeres y subí a la habitación de mi hija. Yulia yacía en la cama y miraba al techo con ojos aburridos. Se sentía que todas las lágrimas que podían haber sido lloradas fueron lloradas. Ahora ella sufría más por el dolor moral que por el físico.

En el suelo estaba una revista con la portada rota. Yo la levanté y leí el título: “Elite Style”.

- Aquí debías estar tú? –

En lugar de asentir con la cabeza, Yulia cerró y abrió los ojos. Yo uní los pedazos de la portada rota de la revista. Desde ahí me

sonreía una bella y elegante muchacha. Su rostro me pareció conocido. Leí su nombre: Oksana Broshina.

Yo la había visto en algún sitio. ¿O me equivocaba? La moda dicta rígidos standards y las chicas en las portadas se parecen todas.

20

Yo me adapté a vivir en el laboratorio. A muchos, la vida en un sótano, debe parecerles triste, opresiva, pero yo tenía una finalidad, la cual me permitía hacer abstracción de la incomodidad y la soledad. Mi meta, ya conocida por todos: hacer dinero, dinero y más dinero. Tanto dinero como sea posible, en el mínimo lapso de tiempo.

Mi motivación era trascendental, salvar a mi hija. Yo ya imprimí los bublos verificados y pensaba en nuevas variantes de engaño a los cajeros automáticos. Si en los primeros días estaba ocupado en la producción principal, a medida que se acababan los billetes quemados aparecía tiempo para la búsqueda de nuevas ideas. Los pensamientos hervían en mi cabeza y se fundían como mineral crudo en hornos poderosos. La masa hirviente producía ideas en lingotes, yo trataba de agarrarlos, como un poseso, pero muy frecuentemente “me quemaba”, ya sea porque tenía defectos o porque eran, simplemente, escoria.

¿Ustedes, probablemente, han pensado en la construcción idiomática “idea brillante”? ¿Como puede brillar un pensamiento inmaterial? Pero justamente esa bella imagen fue la que apareció en mi cabeza, cuando yo “pulía” la última idea dándole forma de lingote de oro. El cerebro hervía no en vano. Inclusive por momentos yo olvidaba el virus dañino que me comía el organismo.

Zorro captó mi ánimo mejorado cuando llegó al laboratorio buscando una nueva paca de bublos.

- Hola, Doc. Lo que pasó en televisión fue magnífico. Ya nadie molesta a los Apóstoles. El gordo hasta se cree estrella de cine. –

Zorro puso sobre la mesa mi parte de la última operación y abrió la gaveta de abajo, donde yo ponía los billetes preparados. Ahí estaban los de quinientos bublos que se aumentaban diez veces en los cajeros automáticos y también había de cinco mil bublos.

Él contó la delgada paca e, insatisfecho, dijo:

- Esto es todo? –

Yo, indiferente, encogí los hombros:

- Los billetes quemados se acabaron. –

- Y que haremos? ¿Rompemos los cajeros automáticos, otra vez? –

- Nosotros no somos ladrones. –

- Si, caballeros puros, - se rio Zorro.

- Parte de nuestros ingresos lo utilizaremos para producir nuevos bublos. –

- Picar en pedazos, - se picó el socio. – ¿Y cuanta parte, por favor? –

- De un billete, yo hago cuatro. –

- La cuarta parte. Y un tercio más lo gastamos en pagar los préstamos. En total, siete doceavos. ¡Más de la mitad! – se disgustó Zorro.

- Sabes sumar, - asentí yo y, con la cabeza, señalé hacia el dinero que él había traído: - Mi parte está en la mesa, pon la tuya. –

- Poner toda la ganancia ahí? ¡Eso es un círculo vicioso! Yo no aprobé esa repartición. –

- Mientras más ponemos, más ganamos. –

- Y de que vamos a vivir? Yo necesito una carajita ahorita. – Zorro arrugó la cara como si le doliera un diente, y dijo: - No se puede pensar en algo? –

Lo regañé:

- Esa es una pregunta incorrecta, en ella está incluida la negación. Hay que preguntar así: ¿en qué se puede pensar? –

- De que coño habla usted? Yo me preocupo por el negocio, usted prometió montones de plata. –

- Que? ¿No es suficiente? –

- Quiero alquilar un buen apartamento y estoy considerando un carrito nuevo. –

- Y clubes y mujeres. ¿No? –

- Doc, deje mi cerebro tranquilo. Yo soy un tipo joven y necesito eso, y lo otro, y un tercero. La vida está pasando al lado, mientras nosotros nos ensuciamos las manos. –

Yo quise responder con una banalidad moral, pero me contuve. Efectivamente, la vida pasa y, a veces, rápido. Pero yo no soy ni el papá ni el tío de Fedor. Alguna vez fui su profesor, pero de ciencias. Y ahora nos une, solamente, el negocio y, por cierto, ilegal. Es de esto de lo que hay que preocuparse y en primer lugar.

Yo abrí el laptop y le anuncié:

- Ya pensé en como aumentar la producción. –

El rostro contrariado de Zorro, por un momento, se suavizó. Se sentó a mi lado y exclamó:

- Lo hubiera dicho enseguida. Explíquese. –

- Pero hay un problema: se necesita una tinta especial para billetes. –

- Y donde se puede conseguir? –

- Justamente, esa tinta no la venden por ahí. –

- Si no se puede comprar, se puede robar, - Zorro no esperó para decirlo.

- En la Imprenta Nacional? – me pregunté. – Mejor es robar dinero de una vez ahí. –

El ánimo de Fedor decayó de nuevo. La víspera yo le había pedido traer el diploma falso que le habían hecho. Era un trabajo de la mejor calidad. Y no era exageración.

- Mira. – Yo golpeé algunas teclas en la computadora y en la pantalla apareció una copia ampliada de su diploma en diferentes ángulos. – Es muy difícil distinguir este modelo del original. Tiene todo lo necesario: signos de agua, marcas oficiales, marcas bajo luz ultravioleta, sello repujado. Prácticamente todos los grados de protección. –

- No costó barato, - afirmó Zorro.

- Yo hice un análisis químico de la tinta. Esta, por supuesto, no es la tinta oficial, pero sirve para nuestros fines. Tengo la impresión que la hizo un químico talentoso. ¿Dónde conseguiste el diploma? –

- El vecino me ayudó. –

- Vecino? –

- Si, yo lo conozco desde que era niño. ¿Recuerda que yo le dije que había abandonado la universidad? Pero yo no se lo dije a mi mamá. Ella estaba orgullosa de que yo estudiaba en un instituto de prestigio. Cuando llegó el momento, yo tenía que mostrarle el diploma, para no desencantarla. Entonces fui con el vecino. –

- Por qué a él? –

- Es un artista ilustrador, antes trabajaba en libros, pero en los noventa subió de escala, se convirtió en maestro calígrafo. A él le basta ver una firma durante cinco segundos para reproducirla exactamente.

- El vecino llena los espacios en blanco en los diplomas, - adiviné.

- Si. Una vez vi como trabajaba. Era un diploma de un instituto ucraniano, en los tiempos cuando a la izquierda estaba el texto en ucraniano y, a la derecha, en ruso. Y entonces, Grigory, así se llama, escribía, simultáneamente, con la mano izquierda, en ucraniano, y con la derecha, en ruso.

- Es un maestro, - estuve de acuerdo y pensé: cuanta gente talentosa es descartada por el sistema.

- Maestro no es la palabra. Él está convencido que hace arte. En el llenado de los espacios en blanco hay que tomar muchas cosas en cuenta. Cual tinta y cual color se utilizaba en tal instituto y en tal año. De que grueso era la punta de los bolígrafos. Inclusive, él reproduce los errores que hay en el texto. Las secretarias que llenaban los diplomas no eran muy cultas que digamos. Al tío Grigory junto con los modelos en blanco, le traían diplomas originales que había que copiar.

- El vecino compartía muchos secretos contigo, ¿ah? –

- Hubo un tiempo en que estuve trabajando en la entrega de diplomas ya listos. Pero pronto me cansé. –

- Como así? –

- Trabajar de mensajero no era lo que yo quería. Y era un trabajo estresante. Una vez iba a hacer una entrega. Llego al lugar y, de repente, tengo ante mis ojos una credencial policíaca. Eran dos, y me empezaron a asustar con no se cuales artículos de la ley, pero yo sabía que hacer. Les propuse entregarles el dinero que yo había recibido de algunos clientes y ellos estuvieron de acuerdo. –

- Y te dejaron ir. –

- No enseguida. Vieron que yo tenía otros diplomas para entregar y me tuvieron todavía cuatro horas repartiendo los diplomas. Por supuesto, se quedaron con el dinero. –

- Que anarquía. –

- Fue una humillación. Te sientes como un perrito atado a una correa. Y después, explicarle al jefe. Y entonces ya no trabajé más. –

En esa historia infeliz, a mí me interesaba lo más importante. Yo señalé hacia el monitor:

- Donde hacen los diplomas? Ahí debe haber la tinta que nos interesa.

Zorro pensó:

- A la cabeza de ese negocio hay varios fundadores. Ellos tienen sus reglas y precios y se dividen el mercado. Cada uno de ellos tiene un encargado y estos, sus mensajeros. Yo lo puedo llevar al encargado, pero al jefe… -

- Donde crees tú que imprimen el modelo?

- Lo más probable es que sea en su apartamento. Ellos hacen diplomas de diferentes calidades. Los más caros son los idénticos a los oficiales. Un poco más baratos, como el mío, todavía se consideran muy buenos. Los más sencillos lo imprimen en una imprenta corriente. –

- Vamos adonde el jefe y recogemos la tinta. –

- Me está diciendo que irrumpamos a la fuerza en el apartamento? –

- Él nos la entregará –

- Por qué? – dudó Zorro.

- Tengo una idea de cómo hacerlo. Necesito una dirección. Grigory nos la daría? –

- No es seguro, quizás ni la sepa. A él le traen el formato, él los rellena y ellos se llevan el diploma preparado. Y después… - Zorro dudó de nuevo:

- Grigory es un buen tipo, no quisiera que le pasara nada y, además, a través de él me pueden encontrar a mí. –

Quise presionar a Zorro para llegar al vecino, pero lo pensé

mejor. La fidelidad no es una mala virtud en nuestro negocio. Alguna vez, a lo mejor, el mismo Zorro me pone en peligro.

- Si no es a través de Grigory, ¿entonces cómo? –

Zorro arrugó la frente, pensó y propuso otra variante:

- Podemos encomendar, al encargado, un diploma de máxima calidad y seguirlo. El encargado debe llevar el dinero al jefe. -

Yo valoré su sentido común y estuve de acuerdo:

- Que sean los Apóstoles que hagan el pedido y que lo recojan ellos. Pero no vamos a perder tiempo en el seguimiento. Le caemos al encargado enseguida. –

- Lo atracamos? – se preocupó Zorro.

- Tú me diste la idea, hacemos una visita de control. –

- Pero nosotros no somos policías. –

- Él va a pensar otra cosa. –

Zorro movió la cabeza con dudas, pero yo lo tranquilicé rápidamente, recordándole que yo estoy apurado por vivir y que cada uno tiene que ocuparse de lo suyo.

21

Son pocos los que llegan a una estación de policía con buen ánimo. Y no estoy tomando en cuenta a los que vienen obligados. No puedes envidiarlos. Haga la prueba, mire al ciudadano más común abriendo la puerta de una comisaría. Si él no está sumido en la tristeza, su rostro refleja una particular concentración a la espera de esas insoslayables actitudes: la indiferencia y la incomprensión.

Yo tengo suerte, mi hermano es capitán de la policía. Cuando me sacaron la cartera del carro, mi hermano no halló al ladrón, pero me ayudó a conseguir, rápidamente, la licencia y los papeles del auto. También es cierto que sin él yo me hubiera perdido en todas esas oficinas de la estación. Así como en la discusión clásica: ¿quién compra el licor para las fiestas de la familia? Yo siempre tenía la respuesta evidente. Resolver problemas en su interés, los policías lo llevan en la sangre.

Yo le había avisado a Gromov que iba a visitarlo hoy y, cuando entré a su oficina me recibió con:

- Eres un canalla, - me saludo mi hermano, medio en burla, medio en serio. – En cuanto apretaron los problemitas, botaste a tu esposa. –

- Yo la boté? Ella me botó a mí, - me disgusté. Y apesadumbrado, añadí: - Y del trabajo también me despidieron. –

Petujov, que estaba sentado frente a mi hermano, no disimuló la curiosidad. Y dicen que solo a las mujeres les encanta el chisme. Gromov notó la particular atención que ponía el colega, movió la

mano y ordenó al teniente:

- Mira Dmitri, ve a prender el carro. Si nos llaman no vamos a tener tiempo. –

Petujov trató de aparentar que estaba ocupado con unos papeles, pero las llaves del carro cayeron en su mesa y otro gesto duro del superior le dieron al teniente la necesaria aceleración.

Callados, seguimos los movimientos de Petujov hasta que cerró la puerta tras él. Entonces Sasha, con mirada acusadora, me preguntó:

- Separado de la esposa aparte, y del trabajo, también… Por lo que entendí, estos no son tus únicos problemas, ¿ah Yury? –

Por supuesto, su esposa Natasha le habló de mi enfermedad "venérea". ¡Bueno! Mi familia sabe solo una parte de la verdad, y yo estoy, perfectamente consciente de mi situación desesperada. No necesito mostrar ninguna tristeza en mi rostro. Mis músculos faciales ya olvidaron lo que es una expresión alegre.

- Las cosas no están bien, - dije, sin entrar en detalles: - Pero, por el rabo del ojo, vi que tú también tienes problemas. –

- Ah, ¿viste el reportaje por televisión? Estos estúpidos no lo hicieron bien. Me juraron que era seguro agarrar a Noskov. Quedé mal por culpa de ellos. –

- Por qué te apuraste? Tenías que asegurarte, haciéndolo bien. –

- Estoy harto de todo esto! – Sasha movió los brazos como mostrando las malas condiciones de la estrecha oficina. – Sabes con que soñaba yo? Hubieras visto las mansiones de los generales. –

- Pero si tienes todo por delante. ¿Vas a continuar siguiendo a Noskov?

- Nojoda! Me lo prohibieron. A los de arriba no les gustan los escándalos. –

Me gustó la buena noticia, pero lo disimulé y mostré empatía por mi hermano:

- Lástima que no te resultó. Si hubieras agarrado al tipo correcto, ya ahorita tendrías las estrellas de mayor. –

- No te aflijas. Son problemas comunes y no es la primera vez. Y a ti hermano, ¿cómo te va? –

Ajá, él quiere que yo le hable de la enfermedad vergonzosa y no quiere traicionar a su esposa. Ok, escucha.

- Honestamente, agarré una enfermedad desagradable en cierto lugar. Significativamente, miré más abajo de la correa. –

- Umjú. – gruñó mi hermano. – Las satisfacciones hay que pagarlas y, a veces, se come yuca. –

Exhalé fuertemente y callé.

- Como te metiste en eso? Ya no eres un muchacho y debes saber que hay que cuidarse. –

- Fui un tonto y no tuve suerte. –

- Hay que utilizarla. – Con convicción se dio con los nudillos en la frente. – Esta. –

Me dio la impresión de que el sonido que produjo fue el de una piedra. Gromov se levantó y caminó por la oficina.

- Crees que yo soy un santo? Yo también he tenido mis saliditas. Pero como ves… - Él hinchó el pecho, como mostrando una salud de hierro, pero perdió el aire rápidamente. – Ok. Todo se resolverá y te curaras. ¿Donde te estás quedando? –

- Por ahí. Donde me agarre. –

- Me disculpas que no te invite a mi casa. Tú entiendes, a Natasha no le gustaría. Mujeres… -

Yo hice una mueca y simulé vergüenza porque le iba a decir algo desagradable:

- Sasha, hay algo, ni siquiera sé cómo decirlo. Tú también debes hacerte un examen. –

- Cual? –

- Ese mismo. –

- Por qué? – se tensó.

- Todo el tiempo confundimos los vasos. Recuerdas, besos de despedida. Y esta enfermedad es muy contagiosa, hasta por la saliva puede ser. –

- Que te pasa? –

- Es seria la enfermedad. Con consecuencias desagradables. –

- Vaya… Y últimamente siento algo. Pensaba que era el stress y los nervios. –

- Ve a hacerte el examen. No pierdes nada. –

- Es fácil decirlo. – Gromov se llevó la mano a la cabeza y agarró un mechón como si se lo quisiera arrancar. – Si me ven entrar en una clínica de la policía se van a poner a hablar. Sería lo único que me faltaría. –

Muy bueno que por lo menos lo pensara. Eso me facilitaría el trabajo:

- No te preocupes, yo tengo mis contactos y lo podrías hacer anónimamente. –

- Eso es, hermanito. –

- Y llévate a Petujov contigo. Ustedes siempre están juntos. Y no se pongan máscaras. –

- Cuales máscaras? ¿Qué le digo? –

- No le escondas nada. Háblale de la fiebre brasilera. Que yo, tu hermano, parece que la agarré y, ahora, examinan a todos. –

- Fiebre? De esa que hablan en televisión. –

- Claro. Yo les diré a los del hospital que no hablen demasiado. Cuando yo tenga la cita, yo te llamo. – Desarrollé mi plan insidioso.

- Epa. - Gromov apretó los labios y dudó. – Le digo a Natasha

que se haga el examen también? –

Meter a Natasha en mis planes no estaba contemplado.

- Hazte los exámenes tú. Si estás bien, no tienes que molestarla para nada. –

- Es correcto. –

- Tranquilízate. La probabilidad es pequeña, pero hay que hacerse los exámenes. –

Quise darle una palmada a mi hermano en su hombro, pero me detuve observando mi mano, dándole a entender que mejor me mantengo alejado. Ya el asunto estaba hecho y cambié el tema.

- Mira, yo vine no solamente a visitar a mi hermano, sino al policía también. –

- Que te pasa? –

- Tú recuerdas que prometiste mostrarme la cinta del club "Hongkong" de la noche en que a Yulia… -

- Ah, ¡claro! Si hubiera aparecido algo, ya yo hubiera resuelto. Pero no hay nada ahí, solo es la cámara en la entrada del club. –

- De todas maneras, yo soy el padre, entiéndelo. –

- Ok. Voy a prender mi computadora, pero tú…, respira para el otro lado. –

Me puse un tapabocas, coloqué una servilleta desinfectante en la mesa y dije:

- Después limpiaré la computadora y la mesa. –

A Gromov le gustó mi previsión. Él abandonó la oficina y prometió traer algo importante. Yo me concentré en la grabación.

Yo iba a buscar a alguien particular y puse mucha atención en el rostro de los que entraban al club. Vi a mi Yulia entrando con sus amigas. Bella, feliz y, lo más importante, absolutamente sana. A su lado… Yo detuve la reproducción y agrandé el rostro, no, es otra. Esa, a quien yo contaba ver, entre las amigas de mi hija, no era. Pero la perversita pudo llegar más tarde para cometer su crimen.

Yo continué la observación comparando los rostros de las que entraban con la de la portada de "Elite Style". En lugar de la foto de mi hija, ahí estaba la carita de Oksana Broshina. Es decir, ella es la sospechosa principal, ya que fue la que recibió el mayor provecho con la eliminación de Yulia. Utilizar ácido para dañar a alguien es una vaina femenina.

¿Dónde está ella? ¿Dónde está?

Inesperadamente en el monitor apareció un conocido: ¡Oleg Golikov! Resulta entonces que él también estuvo en el club esa noche. Un lugar muy popular escogió Yulia. Golikov dijo esa mañana que él había conseguido una carajita bella? ¡Cierto! Él la comparó con la novia de Radkevich y fanfarroneó que él tendría una mejor. ¿De dónde conoce él a la amante del jefe?

Él aspecto exterior de esas doncellas modelos es standard. Y el rostro de Oksana Broshina también me parece conocido. Golikov, Radkevich, Oksana…

Ahora que tenía los nombres juntos, recordé donde pude ver a los tres. ¡Pero claro, en la cena de Año Nuevo del banco! Fue una buena fiesta, con muchos tragos y baile. Yo estuve ahí tranquilamente y me fui temprano, pero la juventud se divirtió bastante. Contaron que alguien montó un show y lo pusieron en la red.

Busqué y hallé en internet las fiestas del “Jupiterbank” Y me puse a verlas.

En medio de la música se mezclaban caras conocidas. Ahí estaba Radkevich, al lado de él, la muchacha. Claro! Oksana Broshina! Radkevich no baila y Golikov invitó a bailar a Oksana. Ellos se conocen.

- Que estás viendo? Yo pensé que estabas revisando el asunto aquel. –

Mi hermano estaba a mis espaldas. Yo me estremecí y apagué el monitor. No quise compartir sospechas antes de tiempo, ya que, además, Broshina no apareció esa noche en el club “Hongkong”.

Le mostré a Gromov la portada brillante de la revista:

- Aquí debía estar Yulia. La cambiaron por Oksana Broshina. ¿Puedes averiguar algo sobre ella? –

Mi hermano me miró con dudas, pero no discutió:

- Limpia el teclado y párate de mi silla. –

Yo cumplí su petición muy cuidadosamente. Gromov entró en la base de datos y metió la información usual sobre Broshina: se obtuvo el lugar y fecha de nacimiento, dirección de habitación, automóvil.

- No hay más nada. Infracciones no tiene. –

Yo anoté los datos y le agradecí. Gromov me mostró el paquete con el envase con ácido acético.

- Este es el arma del crimen. En cualquier parte, extranjero o aquí, se vende diluido, como vinagre, en cualquier supermercado. –

Yo miré la botellita la cual le estropeó la vida a mi hija. ¿Quien sería el culpable?

- En el frasco no hay huellas digitales, - se justificó mi hermano, - pero seguimos trabajando. –

En la agitación nocturna del club alguien vertió ácido en una copa. ¿No se botó nada del líquido?

- Si cae ácido en la ropa de alguien? – pregunté.

- La tela se descolora y queda una mancha clara. –

Nos miramos. Gromov comprendió mi idea.

- Revisar la ropa de todos los asistentes es irreal, y ya pasó algún tiempo. –

“No hay que revisar la de todos, es suficiente con la de una persona. Inclusive recuerdo la ropa que él tenía ese día”, - quise decir, pero en ese momento entró Petujov a la oficina.

El curioso teniente miró, con sospecha, el tapa bocas que yo tenía puesto.

Yo me lo bajé hacia el cuello y fui hacia la puerta, señalando hacia mi hermano.

- Él lo explicará. Ustedes tienen un gran problema. –

22

Zorro maldecía. Ya tenía dos horas llamando por teléfono y no podía localizar a los hermanos Noskov.

“Seguro que están despatarrados allá en la base”, se dijo a sí mismo y se fue al garaje donde vio la furgoneta “No problem”.

Para hacer los planes conspirativos, el cuidadoso Doctor decidió dar nombres a las cosas: el garaje-taller de los Apóstoles se llamaría: la base, el laboratorio del sótano: oficina y los billetes arreglados: tarjetas.

“Hay que poner una antena para el sótano, - decidió Zorro, - y pintar a “No problem”, ya que puede haber molestias”

El garaje estaba cerrado por dentro. Zorro pulsó el videófono y mostró el dedo medio estirado.

- Esta gente si jode, - escuchó la risa y la voz embriagada al mismo tiempo del ruido de la cerradura al abrirse.

Zorro pasó la plataforma hacia el sótano. Olía a humo de cigarrillo más fuerte que lo ordinario, en la mesa se amontonaban las botellas de cerveza y en el sofá, el gordo Pablo, totalmente borracho, disfrutaba los abrazos con dos carajitas amodorradas.

Zorro arrugó la cara y adelantó la nariz.

- Que, ¿le están metiendo a la hierba? – se dirigió al larguirucho Pedro, quien lo recibió en la entrada.

- Quieres? – el Apóstol se inclinó muy alegre y le ofreció el pito de marihuana.

- Pudieron poner la ventilación. – Zorro le dio a la palanquita para abrir la escotilla.

- Que te pasa? La nota se va. –

Zorro lo pensó un par de veces, ponderando la condición de los morochos, pero entonces metió la colilla en la botella de cerveza y arrastró a Pedro, a quien consideró en mejor estado:

- Vamos a que tu cerebro agarre un poco de aire. –

Cuando ya estaban afuera, Zorro, sin ningún miramiento, empujó a Pedro contra la pared:

- Por qué coño montaron este burdel aquí? Esta es la base de operaciones. –

- Y adonde llevamos las mujeres? –

- No se pueden aguantar? –

- Y para que queremos el dinero si hay que aguantarse. –

El Apóstol habló con sinceridad y sin dobles pensamientos. Zorro lo soltó, reconociendo el justo razonamiento.

- Ok. Algo se me ocurrirá. – Amistosamente le dio una palmada en el hombro. – Y eso que tú estás solo y las dos carajitas están con Pablo? –

- Ese ahora es la estrella. Grabó el reportaje donde el coronel de la policía se disculpa y se lo muestra a las ovejitas. –

- No es tonto, pero hoy no le toca. Corre a las mujeres, tenemos que hablar de negocios. –

- Trajiste un nuevo paquete de tarjetas? Esos bublos pueden aguantar, ahora terminamos rápido con las carajitas… -

- Córrelas! –

Las muchachas salieron del taller caminando inseguras, mirando con rabia a Zorro y rumiando vulgaridades. Fedor cerró la puerta y bajó al sótano. La rejilla abierta limpió un poco el espacio de humo. A Pablo no lo molestó desprenderse de las chicas, el estaba en la nube del éxito.

- Bueno Apóstoles, ¿cuánto tiempo llevan sin agarrar un libro? – Zorro sorprendió a los morochos. – Ahora tiene que recibir educación superior. –

- Que? – Pedro torció su cara.

- Relájense chicos, no hay que estudiar. Solo tienen que comprar un diploma. –

- Para qué? – se interesó Pablo.

- Es necesario para el negocio. Por supuesto tú sabes que la gente con diploma gana más que los no educados. ¿Cierto? –

- Claro. ¿Cuál diploma se necesita? -

- La profesión que ustedes quieran. –

- Chévere, seamos médicos. – se alegró Pedro. – Recetamos buenas pastillas. Y para nosotros y para la venta. –

- Si! – Pablo estuvo de acuerdo. – Tú serás médico general y yo ginecólogo. Chicas, prepárense para el examen. –

En el sótano se oyeron las carcajadas de los Apóstoles.

- No hablen paja, muchachos. – los cortó Zorro. – Para su información, no hacen diplomas para médicos ni para pilotos. Esta es una regla máxima del negocio de diplomas. –

- Y cuál es su problema? –

- Imagínate, te montas en un avión con un piloto diploma comprado. Te salvas de vaina y en la camilla te atiende un médico

diploma comprado. ¿Qué te parece? –

- La pinga. –

- Espérate! Los vendedores de diplomas tampoco quieren que les caiga la policía. Cualquiera de las otras profesiones, por favor. Abogados, economistas… - ya Zorro hacía la lista.

- De esos hay un montón, - arrugó la cara Pedro. – Se puede ingenieros mecánicos? Es como si hubiéramos estudiado por correspondencia. –

- Excelente escogencia, - alabó Zorro.

- Se lo mostraremos a mamá, - Pablo apoyó a su hermano. – Y si vamos a un trabajo, se lo mostramos al jefe, para que nos aumente el sueldo. –

- Aquí está el número de teléfono. Le dirán que quieren el modelo de la mejor calidad. Que hoy le pueden dar un adelanto. – Zorro contó un dinero.

- Es mucho, - Pedro se extrañó.

- Recuerden que necesitan el mejor papel y trabajo. La primera vez les van a sugerir encontrarse en el metro, ustedes estarán de acuerdo. Pero cuando se vaya a cerrar la venta y la entrega, no lo harán en el metro. Ustedes pedirán encontrarse en algún lugar de la carretera. –

- Por qué? –

Antes de responder, Zorro se paseó por el sótano, después miró a los ojos de cada uno de los hermanos y les dijo con una sonrisa enigmática:

- El Doctor tiene un plan. Con el cambio de ropa. –

Los Apóstoles ya estaban convencidos de que, el dinero y éxito conseguidos por ellos, se lo debían al Doctor misterioso., por eso, respetuosamente asintieron.:

- Lo haremos. –

Y las rueditas de mi plan empezaron a rodar. Yo controlaba la situación para que todos los engranajes del complicado proceso se acoplaran bien. Era importante sincronizar las acciones de, completamente diferentes personas, sin relación unas con otras, pero que eran partes inseparables de mi plan atrevido.

Ese día, los Apóstoles se consiguieron con el mensajero en el metro. Le dieron el dinero de adelanto y la información sobre los diplomas necesitados. Un día después, en la noche, los llamaron y les informaron que los documentos estaban listos y propusieron encontrarse, en el mismo sitio, a las once de la mañana.

Los Apóstoles respondieron como había sido acordado:

- No, pana, no me gusta el metro, hay cámaras por todas partes. Otro lugar. –

- Que sugieren? –

- Vamos a encontrarnos en la carretera. Ahí hacemos el intercambio en nuestra furgoneta. –

- En la carretera? Yo no tengo carro. –

- Agarras el autobús en el metro en dirección de la circular y te bajas en la tercera parada. Ahí es tranquilo. –

El mensajero estuvo de acuerdo. Los Apóstoles informaron a Zorro y este me lo comunicó. Una parte del mecanismo giró como era necesario. Había que acoplar la otra.

Llamé a mi hermano:

- Gromov, recuerdas nuestra conversación sobre los exámenes? –

- Como olvidarlo, - murmuró Sasha.

- Yo hablé con la gente del hospital, los van a atender anónimamente. Ve con Petujov mañana a las diez de la mañana. Yo voy a estar allá también, me van a examinar. –

- A las diez? –

- No lleguen tarde y no coman nada. Los análisis hay que hacerlos en ayunas. –

- Seguro que es en forma anónima? –

- Cien por ciento. No necesitarán la cédula y pueden escribir cualquier nombre que se les ocurra. Pero es mejor ir en uniforme. –

- Y eso por qué? –

- Porque, entonces, el gasto lo anotan en el presupuesto oficial. Si no, hay que pagar, y es caro. –

Como todos los policías, Gromov no estaba acostumbrado a pagar por cosas semi oficiales.

- Ok. Iremos en uniforme, - Estuvo de acuerdo, pero no aguantó para decirme:

- ¡Me fregaste, hermanito! –

- Te compensaré, - le prometí, pero me alegré en silencio.

Resolví la segunda parte del plan, quedaba la tercera. Busqué el número de teléfono de David Guelashvili. En los últimos tiempos había hecho unas relaciones de confianza con el doctor. Me ayudaba, pero no desinteresadamente.

23

El "Ford" policial llegó al hospital a las diez en punto. Mi corazón se tranquilizó: Gromov y Petujov llegaron a tiempo y vestidos con su uniforme reglamentario, todo iba como planeado.

Yo salí a su encuentro con una gran sonrisa y les dije:

- Aquí trabajan rápido, los resultados estarán hoy mismo. – Les

entregué un paquete con cognac y whiskey. – La compensación, como te prometí. –

El teniente puso el paquete en la maleta del carro, mi hermano paseó la mirada por el edificio y arrugó la cara como si fuera ir al dentista:

- Y ahora, ¿hacia dónde? –

- Yo los guiaré. Los están esperando. Vamos. –

Yo acompañé a los policías hasta el ala más lejana del hospital, donde estaba el vestuario para el personal.

- Quítense la ropa, pónganse las batas, - ordené.

- Toda la ropa? –

- Quédense en interiores. Aquí están las batas y las pantuflas desechables. Les van a hacer un examen completo. –

- Yo pensé que solamente nos iban a sacar sangre, - dijo Petujov, preocupado.

- Un examen general no está demás. De repente tienen bronquitis, radiculitis, o aparece una apendicitis. –

- Si hay apendicitis, donde duele? – Petujov se agarró la barriga entre los dedos índice y pulgar.

- El médico te dirá. Pongan su ropa en estos armarios. –

- Me dijiste que el examen es anónimo, - mi hermano me recordó la promesa que le hice.

- Seguro. Ustedes le dan cualquier nombre y ellos lo escribirán. ¿Cuáles nombres escogieron? –

- Yo voy a escribir Mayor, - decidió Gromov.

- Puedo poner capitán? – Petujov miró a mi hermano.

Gromov negó con la cabeza. El teniente, decepcionado:

- Entonces teniente Strash. –

Yo observé sus charreteras. Mi hermano, avergonzado, aclaró:

- Es que nos podrían botar. –

- Bien hecho, - estuve de acuerdo con ellos.

Ya cambiados de ropa, llevé a los policías a lo largo del corredor hasta donde estaba el doctor Guelashvili y le susurré a este en el oído:

- David Shotaevich, retenga a los muchachos como si fuera un examen largo. –

- Como acordamos, - confirmó el médico.

Apenas se llevaron a los pacientes, regresé al vestuario, metí los uniformes de policía en un par de bolsas y abandoné el edificio. En mi "Peugeot" me esperaba Zorro.

- Y entonces? – Nos preguntamos simultáneamente.

- Ponte el uniforme de policía. – Le pasé el paquete con el uniforme del teniente y yo empecé a ponerme el de capitán. – Y tú, ¿tienes alguna información? –

- Los Apóstoles ya están en el sitio, esperando al mensajero. –

El uniforme me quedó un poco grande, a Zorro, un poco pequeño, ¿pero es que acaso ustedes han visto policías elegantes? Nos pusimos las gorras y nos miramos uno a otro transformados. Cuanto cambia a la gente un uniforme: el descuidado Zorro se convirtió en un altivo policía, y yo me sentía con una autoconfianza insolente.

A buen paso nos dirigimos al "Ford" policial. Cuando abrí el carro con las llaves de mi hermano, yo distribuí las obligaciones:

- Yo conduzco, tú atiendes la radio. –

- Déjeme manejar, - propuso Zorro.

- Aprende primero de los adultos. –

Llegando a la calle, con un movimiento decidido, yo conecté los faros intermitentes en el techo del carro. Todos los carros empezaron a apartarse. Zorro, en señal de respeto, levantó el pulgar. Considérenlo: la primera vez que yo conduje un carro policial fue después de una copa de vodka y "comiéndome" la luz roja; la segunda, robándome unos uniformes de policía y credenciales. La tercera será: ¿con un cadáver en la maleta?

De vez en cuando, Zorro recibía mensajes de los Apóstoles y yo miraba el reloj, preocupado: ¿llegaremos a tiempo? Eran diez para las once y Zorro me informó:

- El mensajero ya llegó. –

- Diles que lo retengan un poco. –

Zorro se los comunicó y yo, además de las luces intermitentes, conecté la sirena y me dirigí al lugar del encuentro. Aceleré, como un avión antes del despegue. Zorro saltó en el asiento y gritó entusiasmado al tiempo que levantaba los dos pulgares. ¡Dios me envió un ayudante! ¿O fue el diablo? Ah, que importa. Los conductores, a los lados, no se sorprendían del comportamiento del teniente.

En ese momento, los hermanos Noskov revisaban los diplomas recibidos:

- Seguro que es un buen trabajo? –

- Los diplomas son de la mejor calidad, como lo pidieron, – el mensajero explicaba, pacientemente.

- Ingeniero mecánico, - leyó Pedro, dudoso. – Ingeniero…, suena bien. Pero ¿para que escribieron mecánico? –

- Ese es el título oficial. –

- El mío también dice así. ¿Y la escritura está correcta? –

- Nosotros tenemos un modelo de la escritura y las firmas de todos los rectores de institutos superiores del país. –

- Y de las universidades? – insistió Pablo.

- Institutos superiores incluye las universidades, – el mensajero empezó a disgustarse. – Van a pagar? –

- Por qué eres tan quisquilloso? – Pedro frunció el ceño. – Tenemos derecho de examinar la mercancía antes de pagar. –

- Examínenla. –

- Tranquilo. –

Mientras uno de los Apóstoles pensaba una nueva excusa, el otro se comunicaba con Zorro por mensajes de texto.

“Dónde estás?”

“Cerca”

“Apúrate”

Al último SMS no había necesidad de responder. El carro policial, con la sirena a todo volumen, llegó al lugar donde estaban los morochos. Del auto bajaron dos funcionarios en uniforme, tomaron al mensajero por los brazos y lo obligaron a recostarse boca abajo sobre el capó. Los lentes del flaco mensajero, quien tenía una cola de caballo, volaron y uno de los cristales cayó a mis pies.

Los Apóstoles, asustados, ya iban a correr cuando escucharon una voz conocida:

- Esto es un control de venta ilegal. Está arrestado por venta documentos falsos. –

Los Apóstoles reconocieron a Zorro y sonrieron estúpidamente. Este los conminó:

-Ciudadanos, ¿ustedes confirman que esta persona propuso venderles diplomas falsos? –

- Ajá, - asintieron los hermanos. – Y quería mucho dinero. –

Yo examiné el morral del mensajero y vi que tenía otros diez diplomas listos:

- Bueno, bueno. El fraude es más o menos grande. – Hice la constatación y dije lo primero que se me vino a la cabeza: - Ocho años y la confiscación. Empaqueta al cliente. –

Zorro empujó al mensajero al puesto trasero del “Ford” y él se sentó al lado. Yo recogí los lentes del mensajero y los puse en su delgada nariz, aunque a ellos les faltaba un cristal. Después me senté en el puesto del chofer y prendí las luces policiales.

En mis manos estaba la cédula del mensajero, un muchacho de veinte años.

- Entonces Anton Prosov, ¿vas a cantar o te friegas tú solo? –

- Co… cómo? – tartamudeo el asustado muchacho.

- O me dices quien es el falsificador o vas tú solo a prisión. ¿Quién y dónde imprime los formatos? –

- Me pidieron… un favor. Yo soy solo un mensajero. –

- Vamos a resolverlo. Tienes dos opciones: hoy ves el cielo desde una celda o, nos cuentas todo y te soltamos. Tú escoge. –

- Contar qué? – el muchacho se movió hacia adelante en el asiento, y tenía una mirada de disposición positiva.

Se quebró, pensé y, para arrancar, lo alabé:

- Eso es lo correcto. Y entonces, ¿quién es el principal? –

- Se llama Andrei. Tiene treinta y cinco años y, hace tiempo, está en este negocio. –

- Su apellido? ¿Dónde vive? ¿Número de teléfono? –

- No sé su apellido. El teléfono lo cambia constantemente. –

- Dónde se encuentran? –

- Siempre en el mismo sitio de la Avenida Circular. Es él quien dice a que hora. –

- Él llega en carro allá? –

- Si. –

- Que carro es? –

- Un "Chrysler" negro todo terreno. –

- Muy bien. ¿Placa? ¿Alguna característica particular? –

El mensajero pensó:

- Si… algo visible… Recordé! ¡Cien! –

- En la placa está la cifra 100? –

- Si. –

- Letras? –

El muchacho, compungido:

- No las recuerdo. –

Yo puse mi mirada en la minicomputadora ajustada a la derecha del conductor. Recordé que, Gromov alardeaba de que, sin salir de la patrulla, podía comprobar los datos de registro de cualquier automóvil. Encendí el aparato, en el monitor apareció el menú de la base de datos de la policía y el sistema era perfectamente amigable. Escribí parte de la placa: 100, marca: "Chrysler", nombre del propietario: Andrei. Y ahí vino toda la información, con la dirección y apellido del dueño. La policía sabe mucho acerca de nosotros.

- Andrei Boriciuk, vive en la calle Morozova, - lei y me volteé hacia el mensajero. – Vamos para allá y si tú nos mentiste… -

- Yo no miento. Ese es él. –

Nos dirigimos a la calle Morozova. Cerca de la casa que buscábamos vimos el todo terreno "Chrysler" con 100 en la placa.

- Ese es el carro! – aseguró el mensajero.

- Tenemos suerte. Boriciuk está en casa. Zorro y yo tomamos al mensajero por los codos y fuimos hasta el pasillo frente al apartamento.

- Llama tú, Anton. Dile que traes el dinero. – yo empujé al muchacho hacia la pared del apartamento. – Recuéstate del lado derecho, el cristal de ese lado está bueno todavía. –

- Y no te encorves, párate derecho, - ordenó Zorro.

El muchacho presionó el botón del timbre, Zorro y yo nos separamos un poco para no caer en el campo de visión del propietario

del apartamento. Tras la puerta se oyeron pasos, alguien se acercaba y miró por la mirilla de la puerta.

- Soy yo, Anton. Traje el dinero. Y me hicieron otro encargo. Muy bueno. –

La puerta se abrió y enseguida se oyó una voz masculina descontenta:

- De dónde tú sabes mi dirección? –

- De nosotros! – empujé la puerta y entré en el apartamento.

La aparición de un capitán y un teniente de la policía le produjo, a Boriciuk, un inmediato estupor. Recalcando las palabras, dije:

- Ciudadano Boriciuk, está detenido por manufacturar documentos falsificados. ¡Manos arriba! –

Boriciuk levantó las manos y Zorro le puso en las muñecas las únicas esposas que teníamos.

- Revisa sus bolsillos y toma el celular, - ordené y me dirigí al interior del apartamento.

El olor de tinta tipográfica me indicó la dirección necesaria. Una habitación pequeña con las persianas bajas, era la tipografía con equipos del último grito en la técnica. En los estantes había muchos formatos de diplomas, documentos de identificación oficiales, licencias de conducir y hasta algunos pasaportes.

- Y aquí están las pruebas reales de la actividad delictiva. –

- Les explicaré todo. – El dueño del apartamento se recompuso y hasta sonrió.

- Darás las explicaciones en la comisaría. –

- Para que complicar las cosas, si podemos ponernos de acuerdo. –

- Vamos a confiscar los equipos. Teniente, llama a los del camión. – me dirigí a mi socio.

- Capitán, no haga eso, déjeme telefonear. –

Mientras llegaban los Apóstoles, yo determiné lo que necesitábamos: En primer lugar, todos los tipos de tinta que había, la maquinita compacta de impresión no estaría demás en nuestro negocio y hasta los formatos en blanco podrían servir.

- Llévense el printer, los tarros de tinta y los formatos. – indiqué a los Apóstoles.

- Capitán, quien es su jefe? ¿Quiere que lo saquen del servicio? – Boriciuk comenzó a hablar fuertemente.

Encontró con que asustarme, yo me divertí. Se dio cuenta de mi sonrisa y de nuevo sugirió, más calmadamente:

- Vamos a hablar en privado. Permítame una llamada telefónica. Solo una. –

- No se detengan. Caminen rápido, - apuré a los Apóstoles y yo

mismo agarré una caja con formatos en blanco que ellos no pudieron tomar al principio.

- Capitán, está cometiendo un error, - suplicaba Boriciuk, viendo como lo empujaban suavemente al ascensor.

- Que hacemos con ellos? – Zorro se preguntó, en voz alta.

- Deja libre al mensajero. A Boriciuk mételo al carro. –

Yo estaba apurado. Habían pasado dos horas desde que yo había engañado a mi hermano y su ayudante para que se desvistieran. Con el doctor Guelashvili, habíamos acordado que los retuviera por tres horas. Por ahora todo va como planificado, pero todo será perfecto si puedo regresar el "Ford" y los uniformes policíacos sin que se den cuenta.

Los Apóstoles cargaron los equipos en la furgoneta. Era bueno que ya hubieran quitado el letrero de "No problem". Hice la indicación con la mano para irnos. Con las esposas puestas, metimos a Boriciuk en el "Ford". Me senté en el puesto del conductor y arranqué para el hospital.

El detenido se dio cuenta de que los chances de liberación desaparecían a ojos vista y empezó a hablar más abiertamente:

- Capitán, permíteme llamar a una persona importante. Te van a explicar que yo no trabajo para mí mismo. El padrino que yo tengo también tiene charreteras, pero de estrellas más grandes que las tuyas. –

Yo pensaba donde iba a soltar a este tonto inútil. En esencia somos colegas, hacemos dinero imprimiendo cosas ilegales, pero hoy yo le gané, porque yo no temo por mi vida y mi nivel de riesgo es más alto.

Boriciuk cambió de táctica:

- Vamos a hablar. Yo le pago. Cuanto quiere, diga la cifra. –

Bueno. Él mismo lo propuso. Pero yo no tengo tiempo para ponerme a hablar. Detuve el carro y le dije a Zorro:

- Llévate al cliente y ponte de acuerdo con él –

Zorro salió del auto llevándose a Boriciuk con él. Entré al hospital tres horas y cuarto después de que me llevé el carro. ¡Si lo consiguiera! Espero que todavía tengan a mi hermano en las cabinas de observación.

Sin embargo, llegué tarde. Gromov me vio desde la ventana y reconoció su uniforme de capitán. Disgustado llamó por su celular:

- Que estás haciendo? –

Tuve que inventarme una idea salvadora:

- Disculpa hermano, pero yo siempre te tuve envidia. El uniforme te queda tan bien. Lo tomé para tomarme un selfie. –

- Cual selfie? –

- En uniforme de capitán, con el auto policial. ¡Tan chévere! –

- Ok. Hermano. Pero me lo hubieras dicho y hubiéramos pensado en algo. –

En el camino al vestuario yo continué a elaborar sobre mi "envidia escondida" hacia la persona en uniforme. Allá encontré a Gromov y Petujov en bata, apenas escondiendo sus rodillas peludas. Mi hermano, contento, me palmeó los hombros, y feliz porque yo lo envidiaba. Petujov era el que no comprendía que no estuviera su uniforme en el armario.

¡Y ahora fue cuando caí en cuenta de que el uniforme del teniente todavía lo tenía puesto Zorro!

Había que soltar al falsificador en cualquier lado y venirnos juntos para acá. Me imagino que Zorro, en este momento, le está sacando dinero a Boriciuk. Probablemente ya se pusieron de acuerdo en la suma compensatoria por "cierre de proceso judicial" y está pensando como recibir el dinero de una vez:

- ¿Tienes plata en la cuenta, no, impresor? –

- Para qué? –

- Me pasas dinero ahora a la tarjeta y eres libre. –

Zorro movió las llaves de las esposas ante la nariz de Boriciuk. Este pidió su teléfono, pisó algunas teclas y, obsequioso, levantó los ojos:

- Número de la tarjeta? –

Zorro se lo dictó. El teléfono de Boriciuk emitió un pitico informando sobre operación cumplida. Zorro esperó, confirmó que el dinero estuviera en su tarjeta y abrió las esposas.

Boriciuk, liberado, se frotó las muñecas.

-Y mi equipo? –

- Tranquilo, amigo, - Zorro le quitó el teléfono a Boriciuk y lo aplastó con el tacón del zapato.

Así nos ganamos un dinero extra, pero habíamos complicado la situación con el uniforme no devuelto. El único que podía salvarme era el imperturbable David Shotaevich Guelashvili, quien se apareció en el vestuario. A ese momento yo había podido quitarme el uniforme de mi hermano y me ponía mis pantalones.

Simulando que me enredaba en las costuras, tropecé y me caí hacia los brazos del médico.

- Ayúdeme, - le susurré al oído, guiñándole fuertemente los ojos.

En la mirada de Guelashvili apareció una interrogación.

- Acaba de ocurrir algo desagradable, - empecé a explicar en voz alta. – Nosotros no cerramos con llave los armarios y desapareció el uniforme del teniente. El hospital es muy grande, ¿es posible que se lo hayan robado? –

David Shotaevich acomodó sus anteojos, me miró y,

comprensivo, asintió:

- Si sucede. Los uniformes de las enfermeras se los roban frecuentemente. Para juegos sexuales. –

- Verdad? – exclamé, agarrándome de la ramita salvadora.

- De vez en cuando vienen aeromozas en pasantía. Sus uniformes hay que guardarlos bajo cinco llaves. Son tan sexys y provocan mucha imaginación.

- Vaya, - dijo Petujov, pensativo.

- Una vez robaron un uniforme de bombero. ¿Se imaginan? – exageró Guelashvili.

- Ahora está claro para que pudieron robar el uniforme de policía. – completé la versión y alabé a Petujov: - Escogieron tu uniforme porque tienes buena figura. –

- Y además, ahí están las esposas, – recordó el teniente.

- En un asunto como ese, son muy apropiadas. –

- Usted habló del uniforme del teniente, - el inteligente Guelashvili revisó los papeles y llevó la conversación en otra dirección: - Aquí tengo un "mayor" y un "teniente superior". ¿Quién es el "mayor"? –

- Por qué? – reaccionó Gromov.

- Aquí tengo los resultados. El "mayor" tiene problemas. –

Gromov palideció fuertemente, tragó grueso y no tuvo fuerzas para decir nada.

- Tiene alto el colesterol, debe cuidar la alimentación. El hígado está un poco grande, hay que poner atención a la bebida, - Guelashvili leyó.

- Y de esto? – por fin habló Gromov y, sin querer, se tapó con la mano la ingle.

- Ah, ¡eso! Reacción negativa, no hay virus. En ninguno de los dos. –

- Ahh. – hubo una exclamación simultanea de alivio.

24

Como dicen por ahí: ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón. Lo que hicimos es tan viejo como el mundo, nosotros engañamos a unos estafadores. Sus medios de producción nos cayeron como anillo al dedo. Nuestra arriesgada operación se justificó totalmente. Las tintas y técnicas de impresión confiscadas nos permitieron imprimir más bublos. Ahora yo no necesitaba verdaderos

billetes. Ahora tenía tintas infrarrojas, ultravioletas y metalizadas, las cuales ponía en papel común y corriente. Externamente, mis falsificaciones eran primitivas y parecían billetes de juguete, pero los cajeros automáticos se los tragaban como billetes perfectos.

Sin embargo, cada éxito tiene su efecto colateral. Yo continuaba viviendo en el laboratorio, dónde, a causa del olor de la tinta era insoportable estar. El tapabocas no ayudaba en nada. Traté de dormir con máscara antigases, pero los sueños que me provocaba no me dejaban tranquilo. Mi salud no me preocupaba (¡que se vaya al carajo!), pero para tener claridad de mente, yo debía salir, periódicamente, al aire fresco, aunque trataba de hacerlo lo menos posible, ya que podía hacerme familiar al vecindario.

- Doc, como hace usted para trabajar aquí? –

Yo me estremecí y volteé. A mi espalda y a dos pasos estaba Zorro, apretándose la nariz con los dedos. En absoluto me di cuenta que él había bajado al sótano y no escuché la pesada puerta al abrirse. Eso fue un error imperdonable de mi parte.

Detuve la impresora, y, con un gesto, mostré que quería salir. Zorro me ayudó a subir la escalera. Fuimos a la cafetería y nos sentamos en una mesa exterior.

- Podría ahogarse ahí, - se preocupó Zorro. – Hay que poner un extractor. –

- Un extractor, no. El olor llamará la atención. –

- Y que importa? Nosotros imprimimos tarjetas. –

- Si le ponemos un filtro. – Bebí un poco de agua fría y respiré: uno-dos, inhalo-exhalo.

- ¿Ya hicieron las paces, usted y su esposa? ¿Todavía duerme en el laboratorio? ¡Vaya! –

Yo me hundí en el silencio. El aire caliente de la ciudad contaminada me pareció un elixir de vida. Viéndome alicaído, Zorro estimó que debía hacer algo.

- Mire Doc, el trabajo de hoy terminó. Salgamos de la ciudad, yo tengo una casa muy buena. –

- Una casa? – Yo recordé que Fedor se quejaba de que no le alcanzaba para alquilar un apartamento.

- Mi tío salió de vacaciones, y me pidió que se la vigilara, - como sin querer, explicó Zorro.

Yo no entendía, Zorro nunca había hablado de un tío rico. Él le hizo un pedido a la mesonera y esta nos trajo algunos paquetes con comida para llevar.

- Estos son pasapalos, la bebida… Mi tío tiene toda una colección. El vino tinto es una necesidad de vida en el estado en que está usted. –

Yo no quería volver al laboratorio con ese fuerte olor a tinta y

me dejé conducir.

Zorro me llevó a una casa grande en las afueras, que tenía, tras una cerca alta, un lugar para estar al aire libre, bien arreglado. Aparcó el carro bajo techo y me llevó al primer piso.

- Aquí hay cinco dormitorios, yo estoy en este, en estos están los Apóstoles, - él explicaba como si fuera el ama de llaves. – Escoja uno de los libres. –

- Los Apóstoles están aquí? – fruncí el ceño.

- Temporalmente. –

Al principio del negocio yo planifiqué para que no me vieran la cara los otros cómplices. Hay un cierto Doctor, pero como es él, es un misterio. Sin embargo, la operación con los diplomas falsos, en la cual tuvimos que tomar parte, hizo caer el plan.

- Ellos son tipos confiables, no lo decepcionarán, - aseguró Zorro.

Solo me quedaba confiar, que le iba a hacer. Escogí un dormitorio limpio con una cama grande. Después, Zorro me invitó a conocer la casa. En la planta baja reinaba un gran desorden: por todos lados había botellas vacías, en las mesas y el lavaplatos se amontonaban los platos sucios con restos de comida. Pues sí, los invitados no se molestaban por la limpieza.

En la alfombra, junto a la chimenea, yo noté un bultico rojo de tela con encajes. Le di con el pie y la tela se extendió.

- Traen carajitas para acá, - constaté.

La mueca del socio me dio a entender que si lo hacían.

- Noviecitas o cualquier muchacha? – pregunté. – Tenemos un asunto serio, nadie debe verme.

Zorro empujó la tela debajo del sofá, pensando en decir alguna excusa, pero simplemente movió la mano:

- Hoy no traemos chicas para acá –

En el sótano, además de la sala de calderas y la lavandería, había una habitación con una cabina de madera de pino con un sauna infrarrojo. Cerca de ella había una sala elegante de hidromasaje, una bodega de vinos con una colección costosa de ellos y entre esas dos instalaciones había una zona de descanso con divanes profundos, nevera y todo tipo de copas.

Primero que todo, Zorro me mostró los estantes con vinos y se auto alabó:

- Tome cualquier botella. Mi tío me dio permiso. –

- Estás seguro? ¿Cualquiera? –

- El no será más pobre. – Con estas palabras, Zorro agarró una botella de "Chateau Margaux" de los años ochenta, y con un sacacorchos cómodo y elegante, la destapó y me la extendió: - Sánese. –

Encendí el sauna. Mientras se calentaba, yo, echado muy cómodo en un sofá, bebía el costoso vino directamente de la botella y reflexionaba sobre lo imperfecto del mundo. El valor de estos vinos, probablemente, bastaría para la curación de mi hija. ¿Cuantos segundos, y hasta minutos de su operación, están en mi garganta? ¿Y en una botella? Toda la diversidad del mundo se mide en cantidades de dinero, aunque no sea bueno. Una juerga de un rico manirroto vale lo mismo que una vida salvada.

Con escrupulosidad matemática, yo había determinado la suma que debía conseguir para la familia hasta mi muerte. En el cálculo yo había incluido los gastos necesarios, las proyecciones de los valores de las divisas y las correcciones por inflación. Pero con una botella como esta y no planeada y la suma crece. Y si, por mala suerte, ¿hay una nueva desgracia? O al revés, ¿si ocurre un hecho feliz, como la boda de mi hija? Esto no lo puse en los cálculos. La conclusión es evidente: yo no debo limitar la suma a conseguir. ¡Haré tanto dinero como pueda!

Puse toda la ropa en la lavadora y me dirigí al sauna. Después de un calorcito del sauna infrarrojo y unas cuantas burbujas del jacuzzi yo sentí que recuperaba mis fuerzas. ¡Qué bueno! Y volvía la claridad a mi cabeza. El buen vino limpió el cerebro y eliminó los vapores estupefacientes de la tinta.

Me puse una bata limpia, escogí una nueva botella y subí a la sala. Esta vez serví el vino añejado en un decantador ancho y agarré una copa grande. Ahora yo podía, dignamente, valorar el gusto exquisito y el aroma de la noble bebida.

Mientras tanto, Zorro servía en los platos la comida traída de la cafetería, añadiendo, sobre la mesa, botellas de forma exquisita. ¡Cuánta bebida tenía el tío!

Apenas nos sentamos a cenar, aparecieron los Apóstoles. Su primera reacción después de ver al tipo en bata: ¿quién es este pendejo? Pero Zorro les hizo señas adecuadas y los morochos me reconocieron y saludaron educadamente.

Yo subí las cejas y no respondí. Ponderé, con mirada desinteresada, el poco peso de los morrales y, altanero, moví las manos:

- Vacíen eso. –

Los hermanos pusieron en un ángulo de la mesa pacas de billetes, la producción del día.

- No es mucho, - dije entre dientes y sin alabar.

- Bueno, nosotros… - Los Apóstoles no supieron que decir, mirando a Zorro. – Mañana traemos más. –

- Dales su parte, - ordené.

Zorro separó diez por ciento.

- Para mujeres y caña, ¿es suficiente? – Pregunté, dividiendo el restante por la mitad y, señalando mi parte con un dedo: - Para mí, esto es poco. –

Los Apóstoles callaron, con la cabeza hundida entre los hombros. Yo estaba seguro que si los presionaba más, hasta me darían su parte. Parece que me convierto en un jefe duro.

- Siéntense, - les dije con amabilidad y le hice una seña a Zorro: - Sírveles. –

Cuando todos ya se habían tomado dos o tres tragos y se aflojaron, continué la conversación:

- Apóstoles, si yo aumento la producción, ¿ustedes podrán controlarlo?

- No problem, - aseguró Pedro, llevándose a la boca la copa con cognac. –

- Después de lo de la TV nos tratan con respeto. La policía no se mete con nosotros, - se auto alabó Pablo.

- Ahora nosotros mismos no andamos por los cajeros automáticos, son los rateritos. –

- Quienes? –

- Ellos convencen a los pequeños narcotraficantes y rateritos, - explicó Zorro.

- Y aquellos están de acuerdo? –

- Como no! No problem con nosotros. Nosotros les damos una opción: nuestros bublos, que son juguetes comparados con la droga, que si es una cosa seria. Para que arriesgarse con esta, si hay la misma ganancia. – Pedro levantó la copa ya que quería beber más, pero me miró para estar seguro que yo aprobaría.

- Y no preguntan de donde vienen los bublos? –

Zorro esbozó una gran sonrisa:

- Doc, ya corren leyendas sobre usted. –

- Como así? – me sobresalté.

- Solo ese nombre, nada más. Ya corre el rumor sobre el genial Doctor, que todo lo puede. –

Zorro se apuró a explicar:

- Fue para apuntalar el negocio. Cada gran compañía tiene su gran cerebro. "Apple" tiene a Steve Jobs. Nosotros tenemos a Doctor –

Los Apóstoles, contentos, asintieron:

- El Doctor es casi una leyenda, sí, sí. –

Me da vergüenza reconocerlo, pero yo sentía que en mi pecho me cosquilleaba el amor propio y que casi se me salía una lágrima. ¿Quién era yo hasta hace poco? Un triste empleado bancario. Y ahora, el legendario inventor de una forma rápida de enriquecerse.

- Por el Doctor! – brindó Zorro, quién se dio cuenta del cambio de mi estado de ánimo.

Y Pedro, por fin, se echó un trago. Yo también vacié mi copa. Ahora resulta que yo soy famoso. Pero yo no sé cómo tomar eso. En la juventud, la gloria te da vueltas en la cabeza, a los cuarenta todavía te adula, pero en mi condición tengo que ser cuidadoso.

- Yo estoy de acuerdo con ser una leyenda secreta, pero si hablan demasiado de eso, les aplasto la cabeza. – dije sin pensar.

Pero me comprendieron. Después de una frase como esa y con una mirada cortante, hablar de pendejadas sería perder la autoridad recién conquistada. Yo dejé la copa y pasé a los asuntos serios:

- A partir de la semana que viene el número de tarjetas será el doble. Su tarea será conseguir la venta. –

Yo miré a los ojos de cada uno.

- Lo haremos. No problem, - aseguraron los morochos.

- No le echen mucho alcohol al cerebro, - les recomendé, entonces tomé mi parte del dinero y me fui a dormir.

Cuando me desperté al día siguiente, al principio no comprendí donde me encontraba, pero enseguida realicé lo agradable que era dormir en una buena cama. Una cama grande en un dormitorio con aire acondicionado no es un colchón en un sótano sofocante.

Bajé. La mesa no la había recogido nadie, o sea, el desorden en la casa solo había aumentado. Encontré una tasa limpia en una vajilla

anciana y me tomé un café instantáneo.

Los Apóstoles dormitaban en un sofá del rincón y no escucharon mi llegada. Alisé y me puse mi ropa que se había lavado, encendí el televisor a todo volumen.

Los Apóstoles se removieron en su sofá. Zorro bajó restregándose los ojos.

- Será interesante ver cómo reaccionará el tío ante todo esto, - mostrando las consecuencias de la borrachera del día anterior.

- Mi tío es complaciente, - murmuró Zorro pulsando las teclas de su teléfono.

En el instante siguiente se agitó completamente y gritó:

- Coño! Vámonos! – Empujó a los Apóstoles y empezó a vestirse, dando órdenes: - Metan las cosas en el carro. ¡Muévanse! Solo tenemos cinco minutos. –

Yo miré la pantalla del celular que Zorro había puesto sobre la mesa: ¿Que hay ahí? La foto de una chica de quince años con fondo de un taxi moscovita y el mensaje: "Llegamos de Italia". No entendí nada.

En cinco minutos ya estábamos montados en los carros. La furgoneta de los Apóstoles salió primero, y tras ellos, Zorro y yo en el "Subaru".

- Me puedes explicar que sucede? – me enojé.

- Regresaron los dueños, - dijo Zorro, entre dientes, mirando el camino.

- Tu tío? –

- No tengo tíos. –

- De quien es esta casa? –

- De ellos. – Zorro señaló el taxi que venía en sentido contrario. – Tomamos la casa prestada por un rato. –

Yo reconocí el carro por la foto en el teléfono y le exigí a Zorro:

- Cuéntame. –

- Las muchachitas cuelgan imágenes en internet: donde, cuando están de vacaciones y otras cosas. Fanfarronean con sus amiguitas y yo utilizo eso.

- Como? –

- Encuentro la casa o apartamento de donde se va la familia de vacaciones. Lo demás es un asunto técnico. Pongo el blockout para cortar la comunicación, si la tienen. Los Apóstoles abren las cerraduras. –

- Y me llevaste a esa casa. ¡Es un robo! –

- Nosotros no nos llevamos nada. –

- Yo vi. –

- El alcohol no cuenta. Nosotros cuidamos de su salud. –

- Ustedes ponen sus hígados, ¿no? – lo regañé.

Zorro detuvo el carro y miró su teléfono. Nerviosamente, yo

apretaba y aflojaba mis puños, estuvimos a punto de meternos en un problema. Por menudencias podemos echar a perder un negocio grande.

- “Y nosotros estaremos diez días más en España”, - dijo Zorro.

- Que? –

- Son comentarios en las imágenes de la amiguita de la que acaba de regresar. Veamos, si, las chiquillas tienen mucho en común, la misma escuela, o sea, vive cerca. Aquí está la foto de su casa, se ve más grande, ahorita la encontramos. –

Zorro paseó lentamente por el lugar, mirando hacia los lados por encima de las cercas, de repente se detuvo y mostró la casa:

- Qué tal? –

- Quieres meterte ahí? – dije, aterrorizado.

- La tomamos prestada. –

- Ustedes son… -

- No hay ningún riesgo, Doc. Los dueños estarán en España diez días más. ¿Nos mudamos? –

Recordé el sauna, el jacuzzi, el vino, el sueño confortable, suspiré y no me opuse. Donde fueres haz lo que vieres.

- Cuando tenga más dinero, yo alquilaré una casa, - prometió Zorro y llamó a los Apóstoles: - ¿Se alejaron mucho, par de vagos? Regresen, encontramos otro resort. Je, je. -

25

A partir de este momento yo dormía en condiciones confortables y en las mañanas me dirigía al laboratorio subterráneo. Ahora mi vida se parecía a la de un funcionario común y corriente, con una diferencia substancial: yo estaba sinceramente interesado en los resultados de mi trabajo, por eso me entregaba por entero.

Durante el día imprimía bublos, por la noche, se secaban y, en la mañana siguiente, Zorro los recogía y se los daba a los Apóstoles y estos lo repartían a los muchachos encargados. Los hermanos Noskov organizaron una red de malandritos que antes trabajaban con los narcotraficantes. Aquellos abandonaron el trabajo riesgoso y se vinieron a los bublos. Nosotros utilizamos la estructura de los narcos. Los Apóstoles contactaron cinco de esos muchachos y cada uno de ellos contactó a otros cinco los cuales solo se conocían entre ellos. Los niveles de jerarquía se podían establecer por el tamaño de la producción.

Para la aceleración del proceso, ya no nos molestábamos con los créditos y nos olvidamos, de los billetes pequeños. Ahora imprimíamos los billetes más grandes, los de cinco mil. Los malandritos metían las falsificaciones frescas en los cajeros de

“Jupiterbank”, llenaban la cuenta de las tarjetas y, después iban a sacar el dinero de verdad en los cajeros automáticos de los otros bancos. Esos bancos recibían su comisión y “Jupiterbank” respondía por todo el dinero.

¿Por qué el “Jupiterbank” era, justamente, el más castigado? En primer lugar, porque Radkevich, por tacaño, utilizaba aparatos viejos. En esos viejos modelos, los scanners no revisaban todos los elementos de seguridad, lo cual me venía al pelo. En segundo lugar, porque yo sabía cómo funcionaba la programación de los aparatos, ya que era yo quien la había hecho. Y, en tercer lugar, pero lo principal, yo tenía cuentas personales con Radkevich. Yo sospechaba que él estaba involucrado en el ataque a Yulia. Había sido su amante quien sustituyó a mi hija en la portada de la revista.

Mientras la maleta de mi “Peugeot” se llenaba con pacas de billetes de banco, los activos de “Jupiterbank” se agotaban. No era difícil imaginar la rabia de Radkevich cuando recibía el balance diario.

- Por qué coño está ocurriendo esto? – regañaba a Golikov, sacudiendo las pacas de nuestros bublos. – Me prometiste bloquearlo. –

- Yo hago todo lo posible, pero hay dificultades técnicas, - murmuró Golikov.

- Mil billetes por día. ¡Cinco millones! ¡El sexto día seguido! – el banquero se agarraba de la cabeza. – Parece una transportadora, como si alguien estuviera cumpliendo un plan. -

- Boris Mikhailovich, la posibilidad de identificación de nuestros scanners está limitada. –

- Y puede ser que el asunto esté en tu cerebro. ¿Qué dirías tú si te pago con estos papeles? –

- Yo resolví la defensa de los primeros bublos que recogimos en los terminales. –

- Y entonces? – rugió Radkevich.

- Los delincuentes mejoraron la falsificación, - dijo Golikov, empequeñecido.

- Estos juguetes tú los llamas mejoramiento? – Radkevich tomó un paquete de los bublos y se los tiró a la cara al subordinado. – Cualquier viejita reconoce estas falsificaciones, y tú, con la técnica más adelantada no puedes.

- Si mis recomendaciones sobre la compra de cajeros nuevos se hubieran tenido en cuenta… -

- Me hubiera arruinado antes! – Radkevich aguantó la respiración, movió la cabeza como si tratara de quitarse algún dolor y, cansado, golpeó la mesa con la palma de la mano. – Hagamos lo siguiente. Escribe un programa que bloquee los billetes de cinco mil.

¿Siquiera puedes hacer eso? -

- Si, claro. –

- Hazlo! –

La idea era razonable, pero puede generar impotencia y por lo tanto pánico entre los clientes y pánico en los clientes es lo peor que le puede suceder al banco. Si se les es fácil ir a otros cajeros automáticos, ese banco inseguro no podrá mantener sus clientes.

Pasados unos días, Golikov se reportó a su jefe:

-Boris Mikhailovich, estamos observando una salida grande de dinero. En este cuadro se ve el movimiento. Los clientes están cerrando sus cuentas.

- Ya se eso! – gritó Radkevich. – En cuanto tú bloqueaste la entrada de los billetes de cinco mil, la prensa nos reventó. Y de pasada recordaron todas nuestras dificultades y se afincaron. Y a la competencia solo dale un pretexto, ¡malditos!

- Yo solo fui el ejecutor. Usted me ordenó que bloqueara… - trató de defenderse Golikov.

- Porque tú fuiste incapaz de proponer algo! – lo cortó Radkevich. Aprensivo, el banquero tocó una paca de bublos que había sobre la mesa. – Este es tu salario del mes. Los puedes meter en otros cajeros automáticos para ver cómo te va. –

26

En los aviones existe la primera clase, en los hoteles hay suites presidenciales y en el restaurant “Un cuento oriental” hay un salón privado para el dueño.

A Anzur Khamidov le pertenecía, no solo, el restaurant, sino todo el edificio de dos plantas en una de las avenidas moscovitas de un área residencial grande. En la planta baja estaba el almacén “Dulces orientales”. Además de los productos anunciados en el nombre, en el almacén se vendían nueces, frutas secas, vegetales, especias y otros productos comestibles. Por principios, Khamidov no vendía licor ni cerveza. El alcohol ni siquiera estaba en el menú del restaurant “Un cuento oriental”, el cual ocupaba la planta de arriba. Obviamente, la ausencia de elementos tan imprescindibles en el surtido del restaurant, ayudaba a lo escaso de la visita de comensales. Sin embargo, según la oficina de contabilidad, el almacén y el restaurant daban una muy buena ganancia.

El asunto era que, esas dos empresas legales cubrían el verdadero negocio de Khamidov.

El joven Anzur llegó a Moscú, desde Tadjikistan, a finales de los noventa, bajo la protección de su tío. Al principio, él iba con

frecuencia a su país llevando en los sacos con nueces, heroína afgana y marihuana. Anzur era un muchacho inteligente y, rápido, se dio cuenta que el tío lo utilizaba en la parte más arriesgada del proceso, pagándole centavos. El óxido de la injusticia hizo corrosión en el alma del muchacho y empezaron a generarse planes macabros. Y una vez, en el saco con avellanas había también un explosivo con bolitas de rolineras. Por una extraña casualidad el saco explotó justo en el momento en que el tío observaba la mercancía junto a unos compradores. Las bolitas de acero atravesaron sus cuerpos y aquellos que por milagro sobrevivieron tuvieron cortes muy feos en el cuerpo.

Anzur tuvo suerte, él se paró detrás de una columna de concreto. Y así, le quedó la mayor parte de la heroína más pura. Bajó el precio y los compradores al mayor se hicieron los locos con aquello.

Ya habían pasado muchos años, pero Khamidov todavía se veía muy joven. El delgado tadjiko de rasgos elegantes siempre estaba vestido de traje negro y camisa blanca con el cuello desabotonado. El nombre Anzur significa extraordinario. Él se sentía así.

Su aspecto joven, Anzur lo explicaba por la comida sana y la prohibición del alcohol, el cigarrillo y las drogas. Él no veía ningún pecado en su negocio ilegal. Khamidov despreciaba a los europeos por su exceso en el licor, por el sexo depravado y por las drogas. Pero él no tenía nada que ver, eso era un asunto de ellos. Pero era muy bueno, mientras menos europeos dañados quedaran sería mejor para el resto del mundo. Ellos serían expulsados por los musulmanes correctos.

El salón particular de Khamidov en el restaurant, él lo utilizaba como oficina. Estaba cubierto con tapices en las paredes, había divanes cómodos, mesas bajitas, utensilios dorados y luz amortiguada. No había computadores ni televisores. Khamidov le tenía miedo a las cosas electrónicas, eso eran los ojos y oídos del diablo.

Terminando de comer, Anzur hizo una seña y una señora mayor quitó de la mesa todo lo restante, incluso las frutas y los dulces. Nada debe tentar al hombre.

Al salón entró un tipo moreno, alto y robusto, de apodo Tyson. El primo lejano de Khamidov, alguna vez, había practicado el boxeo y estaba orgulloso de su sobrenombre. Él era el responsable de la venta al detal de la droga, y eso era siempre problemático, ya que entre los clientes había jóvenes sifrinos y drogómanos desagradables. Pero era muy provechoso, la mercancía salía con un sobreprecio máximo.

Antes de comenzar la conversación importante, Anzur tomó en sus manos el rosario musulman. Las cuentas oscuras del rosario eran piedras naturales obtenidas cerca de su aldea natal y ellas lo ayudaban a concentrarse. En el rosario había noventa y nueve cuentas y cada undécima no era redonda sino plana, para contar cómodamente.

Mirando a los ojos de Tyson, Khamidov recorrió, con los dedos, desde la primera piedrita alargada hasta la undécima. Solo después de eso, preguntó:

- La semana pasada trajiste un tercio del dinero acostumbrado. ¿Qué pasó? -

- Hay un problema con los vendedores. Nos esquivan, los muérganos no quieren trabajar. –

Esa noticia era inesperada, los delgados dedos de Anzur recorrieron otras once cuentas. Y planteó una hipótesis:

- La policía agarró a un par de ellos. ¿Los otros se asustaron? –

- No, ya lo confirmé. Los vendedores entregan el producto de las ventas, pero no quieren tomar nueva mercancía. –

Con ayuda del rosario Anzur aprendió a dominar sus emociones, las ideas deben preceder a las palabras. Cada frase, él la comenzaba después de recorrer once piedrecitas con los dedos.

- Será que la competencia está entrando a nuestra zona y están seduciendo a los vendedores? – preguntó el narcobarón.

- Con los vecinos estamos bien, nadie quiere guerra. –

- Entonces no veo el problema. Asusta a los vendedores, búscate otros.

- Hacemos lo uno y lo otro. Pero parece que hay una epidemia, los tipos se van. En la calle todavía hay a quien venderle, en particular a nuestros paisanos. Pero estamos perdiendo los sitios más provechosos: clubes, hoteles, restaurants, universidades. –

Khamidov, de nuevo, recorrió las piedritas con los dedos y dijo:

- Así, simplemente, no puede ser. Algo debe haber sucedido. –

- Yo hablé, personalmente, con un par de ellos. – Tyson apretó los puños y los nudillos se le pusieron rojos.

- No puede ser que no necesiten dinero ahora. Por lo que ganan, es difícil negarse. –

- Me enteré que ahora hacen dinero maquinando con los cajeros automáticos. –

- Nuestros vendedores? No tienen cerebro para eso. ¿Quién se atravesó en nuestro camino? –

- Ellos reportan a unos tales Apóstoles. –

- Quiénes son? ¿Cuántos son? –

- Por lo que oí, son dos. Quienes, exactamente, todavía no lo sé. –

- Apóstoles… - Khamidov reflexionó.

Sin apurarse, él tomó el rosario y lo recorrió hasta la primera cuenta. Después de un ciclo de noventa y nueve piedras, el inteligente jefe podía resolver cualquier problema. Y Anzur tomó una decisión:

- Yo voy a ser el diablo para ellos. Avísales a los vendedores que quien nos lleve a los Apóstoles, recibirá un premio. Prepara a

nuestros luchadores, y en cuanto recibas la señal, me traes esos Apóstoles. Quiero conocerlos.

27

A mi casa yo iba, esencialmente, para ver a mi hija. Si mi esposa estaba en casa, ella torcía el rostro cuando me veía y yo la saludaba con un gesto. Yo no perdía tiempo en hacer las paces y pasaba directamente a la habitación de Yulia, la tranquilizaba y le aseguraba que todo iba a salir bien. Nosotros esperábamos que la clínica alemana nos anunciara un donante, mientras tanto yo reunía el dinero para la operación. Las pacas de billetes yo las metía en el escondite tras la pared falsa que yo había construido en el ático de la casa. Era más seguro que guardarlo en la maleta del "Peugeot".

La siguiente vez que puse dinero en el escondite, yo atornillé los estantes a la pared. Yo hacía eso en secreto. Llegaría el momento en que yo le hablaría a los míos de todo eso. Lo aprobarían ellos o no, no era importante, pero en el fondo de mi alma yo esperaba su comprensión.

Cuando bajé a la habitación de Yulia, yo conseguí a la pobrecita en su cama, donde ella pasaba la mayor parte del tiempo. Me senté a su lado y le conté las noticias que me había dado Guelashvili: en la clínica alemana estaban satisfechos con los análisis que le habían hecho y que ya pronto llamaban para la operación. Con los ojos me preguntó, pero yo la comprendí enseguida, si habría dinero para eso y yo le aseguré que sí. La vez anterior ya habíamos hablado de eso.

Acariciándole la mano yo suspiré fuertemente y le hice la pregunta que me molestaba:

- Tú viste a este tipo en el "Hongkong" aquella noche? –

Le mostré, en la pantalla del celular, la fotografía de Oleg Golikov.

A Yulia, apenas se le oyó:

- No recuerdo. –

Ya ella podía hablar, pero los sonidos que salían de su garganta lastimada, le apretaban el corazón al que la oía. ¿Qué desgracia le cayó a mi hija bella?

- Mira las fotos con atención. – Yo le pasé el celular donde yo había puesto varias imágenes de Golikov de las redes sociales.

Yulia recorrió las fotos y negó con la cabeza:

- Es un tipo común y corriente. –

Hubiera escuchado Golikov su descripción. Un joven que trata de destacarse, pero que, a los ojos de una joven modelo, es uno más de la manada de los oficinistas.

La respuesta de Yulia me frustró, pero yo no me calmé. Al fin y al cabo, era estúpido contar con que el misterioso desgraciado dejaría señas evidentes en el lugar del crimen. Golikov dijo que había estado en un club nocturno esa noche, pero realmente no había dicho cual. ¿No dio signos o trató de encubrir que había estado en el "Hongkong"? Si él quiso mostrar astucia, yo puedo descubrirlo.

Me cambié de ropa, salí de casa con una chaqueta vaquera azul y me dirigí a la oficina principal de "Jupiterbank". Yo todavía tenía la credencial y el vigilante me dejó entrar al edificio. Pero al minuto se dio cuenta que dejó entrar al funcionario despedido y que estaba en la lista negra y se lanzó en mi persecución. La tardanza de su reacción fue suficiente para escapar y esconderme en un baño.

Desde ahí le envié un mensaje a Golikov, en nombre de Radkevich: "Ven enseguida". Eso fue fácil hacerlo. El mensaje funcionó y yo vi como Golikov iba corriendo adonde el jefe. Estaba tan apurado que dejó la chaqueta y la puerta de su oficina abierta.

Yo esperé a que pasara el vigilante buscando al de la chaqueta vaquera y me metí en mi antigua oficina. La chaqueta de Golikov, como siempre, estaba colgada del espaldar de su silla. Esos oficinistas viven por un programa standard. Era la misma chaqueta que él había usado en el club nocturno.

Me quité la chaqueta y la guindé en la silla del computador. Yo tenía puesto unos pantalones negros y una camisa blanca con una corbata, típico atuendo de Golikov. Me puse la chaqueta de él. En unos segundos yo me convertí en el empleado bancario típico. Para mayor convicción, levanté mis hombros y, con seguridad, salí al corredor. Casi choco con el vigilante, pero él no me reconoció. Pero tuvo tiempo de ver la chaqueta vaquera colgada frente al computador cuando la puerta se cerraba. El vigilante llamó por teléfono anunciando que tenía al intruso. Conseguí lo que quería y fácilmente abandoné el banco.

En la oficina de Radkevich, Golikov se dio cuenta de que le habían puesto una trampa. Esta no había sido una tonta llamada telefónica, había sido un correo electrónico como si lo hubiera enviado el jefe. Eso solo pudo hacerlo un especialista experimentado, de hecho, solo una persona: Grisov! ¿Pero para qué lo hizo salir de su oficina?

Oleg corrió a su puesto de trabajo y en la puerta consiguió al vigilante. Este, excitado, repetía:

- Está ahí. ¡Está ahí! En la computadora. –

- Quien? –

- Él que trabajaba con usted. –

Golikov puso la clave y abrió la puerta. El vigilante se preparó para la captura del intruso. Pero en mi lugar ellos solo vieron la chaqueta vaquera. Oleg se apuró a ver si yo no había hecho algún daño en el sistema y se sorprendió cuando no vio nada anormal.

Fue mayor la perplejidad cuando descubrió la desaparición de su chaqueta.

En ese momento yo le estaba mostrando esa chaqueta a David Guelashvili y lo hacía partícipe de mis sospechas:

- De lo que le sucedió a Yulia yo creo saber quién es el culpable. Esta es su chaqueta y la tenía puesta esa noche. ¿Usted podría analizar si a esta chaqueta le cayó ácido acético? –

- Quizás sería mejor ir a la policía, - recomendó el médico.

- Como yo me robé la chaqueta, podrían surgir problemas. Yo no tengo tiempo para esperar que la justicia decida la verdad. Usted conoce mi condición. –

- Ok. Vamos a revisarla, - acordó Guelashvili.

- Yo lo pagaré y muchísimas gracias. –

David Shotaevich mé pidió que aguardara un momento, sacó unos resultados de análisis y me comunicó:

- Tatiana Klimova salió negativa en el examen de VIH. Ella no pudo contagiarlo a usted. Y su esposa tampoco tiene el virus. –

La primera noticia me confundió, la segunda me alegró. Que Katya esté bien es magnífico, pero si no fue Klimova, ¿quién me premió con tan destructivo virus?

- Ahora lo importante, - la voz del cirujano me trajo a la realidad. – Por petición suya, se abrió una cuenta benéfica en euros en la clínica alemana. Se hallaron los donantes de tejido, la operación puede realizarse en los próximos días. Ahora todo depende del pago. – Él me mostró la cuenta que había llegado de la clínica. – Como piensa pagar esa suma? –

28

Ciento setenta y ocho mil trescientos veinticinco euros. Era la suma que habían establecido los médicos alemanes para la curación de mi hija. Esculapios meticulosos. A esto había que añadir el valor del pasaje de avión y gastos imprevistos, en el caso de que el paciente tenga que quedarse hospitalizado más de dos semanas.

Ok. Gracias por la exactitud, ahora tengo una meta clara. ¿Acaso yo no prometí hacer todo lo posible para que Yulia se curara? Lo haré. Y lo imposible también.

Le mostré la cuenta a mi esposa. Katya se agarró la garganta,

como si no pudiera respirar y se sentó. Nuestro problema familiar pasó a segundo plano y en los ojos femeninos se instaló el pánico:

- ¿Pero, como? ¿Dónde conseguiremos tanto dinero? –

- Hay abierta una cuenta benéfica. En el mundo hay buena genta. – afirmé.

- Pero Yulia no puede esperar largo tiempo. –

Yo también sabía eso. Guelashvili advirtió sobre las consecuencias irreversibles si se tardan las donaciones de tejido.

- Entonces no perderemos tiempo, - dije, resoluto, y abandoné la casa. Claro que yo podía continuar imprimiendo bublos, convertirlos a rublos de verdad y cambiarlos por euros. Pero se me ocurrió una idea para acelerar el proceso. En el esquema anterior existe un eslabón evidente: los rublos. ¿Y si imprimo euros directamente? Claro, no euros, sino falsificaciones como el bublo, digamos, eyros. Sabemos que hay cajeros automáticos que admiten divisas extranjeras y no importa el nivel de seguridad moderna de esos billetes, nuestra técnica bancaria solo comprueba tres o cuatro de ellos.

En el laboratorio yo estudié los códigos de los programas instalados en los cajeros de “Jupiterbank”. ¡Listo! Yo puedo esquivar la comprobación. Para eso, necesito billetes verdaderos de euros en una cantidad cinco veces menor que la suma necesitada.

Yo gasté parte de lo ya obtenido en la compra de billetes de 50 y 500 euros. Zorro me encontró en el laboratorio cuando yo cortaba, finamente, los billeticos de quinientos del banco central europeo.

Él metió los dedos en la caja que contenía las virutas de dinero, se convenció de lo que era y reaccionó:

- Doc, usted se volvió loco. ¡Eso son divisas! –

- No me molestes. –

- Que es esto? ¿Pasamos a nuevas tecnologías? –

- No. Utilizamos las carencias de las viejas. –

Bajo la presión de los rodillos tibios salieron los billetes híbridos. Los de cincuenta euros se transformaron en billetes de 500 eyros. Su uso estaba restringido a los cajeros de “Jupiterbank”. Pasaron la prueba. Cuando los descubran, Golikov puede cambiar el programa y bloquear los falsos. Él no es tan bueno, pero no hay que descartar esa posibilidad. Mientras que a mí no se me ocurran mejores formas, pasará el tiempo y yo no lo tengo.

Hay que arriesgarse. Yo voy a preparar, de una vez, cuatrocientos billetes híbridos, lo que me dará los doscientos mil euros necesarios. En el transcurso de un día, los meteré, todos, en los cajeros automáticos.

La impresión de las nuevas tarjetas duró tres días. El cuarto día se apareció Zorro en el laboratorio. Él ya comprendió mi idea y vino a

recoger un paquete de “tarjetas europeas” para darlas a los recogedores.

- Salimos al mercado internacional, - Zorro se sonrió, mirando los euros híbridos.

Yo puse mi mano sobre las pacas de billetes y anuncié:

- Yo soy. –

- Como? –

- Yo haré la recogida. –

- Pero por qué? Tenemos una red de muchachos. –

- Este dinero es para la operación de mi hija. Todo, - agregué con seguridad.

Zorro entrecerró los ojos y ponderó el grado de mi determinación.

- Yo no capto, Doctor. ¿O sea que, a nosotros no nos queda nada? ¿Ni a mí, ni a los Apóstoles? –

- Compré los euros con mi dinero. –

- Doc, somos socios o ya no? Vamos a partes iguales en el negocio, en los gastos y en las ganancias. Ahora usted usa nuestro laboratorio y nuestro equipo técnico y dice que toda la ganancia es suya. ¡Eso no va! –

- Después te doy tu parte, - prometí, para cortar la discusión.

- Después cuándo? – Zorro no aflojó. – Los recogedores están ociosos, usted quiere que ellos se nos vayan? Y los Apóstoles pueden disgustarse. Hagámoslo por las reglas, Doc. Propongo veinte mil por la recogida, y el resto 50-50. Su parte será noventa mil.

- Todo el dinero irá a la cuenta benéfica y se transferirá a Alemania. – tercamente, insistí.

- Y el acuerdo que tenemos? ¡Está tirándose el negocio! –

- La próxima vez no tomaré nada, pero ahora… -

Yo empecé a meterme las pacas en los bolsillos. Zorro se lanzó hacia mí:

- No, ¡así no va! De la recogida me encargo yo. –

Él me empujó a un lado, yo no pude conservar el equilibrio, empecé a caer y lo arrastré conmigo. Comenzamos a pelear. Una paca de billetes falsos que tenía en la mano se regó por el piso, nosotros rodamos sobre ellos y no me di cuenta de que algunos billetes arrugados estaban dañados definitivamente.

- Detente! – grité.

La pelea terminó. Nos miramos uno a otro mientras recuperábamos la respiración. Esencialmente, él tenía la razón, tuve que reconocerlo. Si yo infrinjo las reglas, eso le da el derecho moral de infringirlas él también. Y que se gana con eso. Nada bueno.

Recogimos los billetes y nos levantamos del piso, los pusimos en pacas, yo saqué los que tenía en los bolsillos y los puse todos

juntos.

-Tienes razón, disculpa. Mi parte, noventa mil. Tengo que ponerla como contribución benéfica, eso lo firmé como un requisito. –

- Lo hubiera dicho enseguida, - se alegró Zorro y empezó a meter las pacas en el morral.

Lo detuve.

- Primero traes treinta mil euros en billetes de cinco mil y diez mil en billetes de quinientos. Lo compras con tu dinero, como hice yo. Esta será la regla. Después yo me dedicaré a la producción y tú, a la venta.

Zorro me miró con aprobación y, al final, no se aguantó, sonrió y me extendió la mano:

- Chóquela, Doc. Somos compañeros. –

Al final de la semana telefoneé a Guelashvili. La preocupación paternal y el cansancio extremo no tuve que fingirlos, realmente estaba nervioso.

- Como está nuestra cuenta benéfica? – le pregunté al médico. – le pedí a todos mis conocidos, les supliqué. Y me prometieron ayudar. –

- Es sorprendente lo rápido que reunió el dinero. ¡Estoy asombrado! –

- En el mundo hay buena gente. –

- Perfecto. Ahora usted no tiene de que preocuparse. Ya transferimos el dinero y su hija puede irse ya a Alemania. Anúncieles cual es el vuelo y ellos la esperarán. –

29

De ninguna manera, Andrei Boriciuk se sentía un estafador, sino más bien, un hombre de negocios. ¿Como podía ser de otra manera? Desde cero él creó la producción y venta de los diplomas falsificados, surtió de trabajo estable a un montón de profesionales, sin contar a todos los mensajeros que tenía. O sea, ocupó su lugar en el mercado competitivo. Similar a los respetados productores de vino, él saca producción de diferente calidad asequible a cada bolsillo. En efecto, su negocio no es totalmente legal, pero cual empresario puede lanzar la primera piedra. Por lo menos, él no impone su mercancía, como si lo hacen los vendedores de los dudosos cosméticos. A él viene la gente, motu propio, en situaciones desesperadas, y él los ayuda.

El empresario estudió bien su clientela. Uno de cada dos es un especialista respetable, que trabaja, hace tiempo, en una compañía. A los jefes de esa compañía se les metió en la cabeza que ese cargo debe ser ocupado, solamente, por una persona con educación superior y

ahora, a los trabajadores, se les exige un diploma. El pobre llama, pide ayuda y Boriciuk, ayuda.

Uno de cada tres clientes es un estudiante que no terminó la carrera. Dejó los estudios, frecuentemente, por una razón válida, pero después de varios años se da cuenta de que ese documento de educación superior, en ningún caso, está demás. Y él compra un diploma de ese mismo instituto, el cual, él no terminó. La experiencia dice que sus conocimientos en la especialidad no son peores que los de esos habilidosos que pasaban con la nota mínima, pero que si se graduaron. Como no ayudarlo.

Están también esos perezosos que botaron porque no estudiaban. Lo que hacían era pasear en el instituto. Varios años estuvieron tomando el pelo a los padres y les sacaban dinero, pero llegó el día en que había que mostrar resultados y, entonces, corren por un diploma. Que vas a hacer, la tranquilidad de los ancianos es un asunto noble.

Y existen aquellos por los cuales tienes que tener compasión, realmente. Esos estudiaron completo, recibieron su diploma hace tiempo, pero lo extraviaron. Ellos fueron al instituto donde se graduaron, duplicados de diplomas no dan, solo un certificado o, hasta a lo mejor, no hallan constancia de sus estudios ahí. Esta gente, de verdad, necesita ayuda.

Ese asunto desagradable con la policía, donde le quitaron parte del equipo, Boriciuk lo tomó filosóficamente: gastos de la producción. Mientras más tienes, es más difícil conservar lo adquirido. Los grandes hombres de negocios, a veces, escogen la libertad junto con lo ganado y les es fácil retirarse. La máquina nueva de impresión offset ya está pagada y pronto la traen. La tinta especial ya se le pidió al químico. Por ahora él imprime pequeñas falsificaciones en la impresora sencilla. Para esas siempre hay demanda.

De repente, una llamada inesperada agarró desprevenido al hombre de negocios clandestino. Era Angelina Markovna, secretaria de una de las universidades, con la cual Boriciuk tenía una relación comercial de muchos años.

- Andrei, necesito tu ayuda, pronto tendremos una graduación, entrega de diplomas, - se atropelló la mujer, con voz de burócrata.

- Te felicito, - burlón, dijo el hombre de negocios.

- Te estás burlando? – le gritó la secretaria. – Tengo un problema serio, tú me comprendes. –

Boriciuk sabía de qué se trataba. Suspiró e hizo la pregunta:

- Cuantos? –

- Cincuenta y tres. –

- Tantos? – se escandalizó Boriciuk.

- Sacaron mal la cuenta. –

¡Y como! Claro que calcularon mal. Quisieron ganarse un dinero fácil y le vendieron ochenta formatos oficiales y no pensaron en el futuro.

La situación era bien conocida. Al principio de cada año escolar, los institutos de educación superior recibían los formatos oficiales en la cantidad de potenciales graduandos, con un extra, por si acaso. Los sobrantes los negociaban anotándolos como dañados. Frecuentemente se distraían y en junio, cuando venía la graduación, no había diplomas para todos. ¿Qué hacer? A la tipografía no podías ir, se descubriría la corruptela. Entonces quedaba el negocio clandestino.

Y no te podías negar. Los diplomas oficiales eran de la mejor calidad, por tanto, tenían el máximo precio. Este era un trabajo especial del cual te enorgullecías. Para ellos se preparaba una impresión original tomando en cuenta el año de graduación y llevaban la firma del propio rector, no una copia. Ese diploma no se diferenciaba, en nada, del verdadero.

- Qué fallo, - se le salió a Boriciuk, pensando en el momento inapropiado.

Él sabía que estaba obligado a cumplir la solicitud, no era conveniente romper las relaciones mutuamente provechosas. Tenía que preparar los formatos de máxima calidad y entregarlos a la universidad. Y además tenía que hacerlo de gratis porque en el próximo otoño él le compraría a Angelina Markovna unos verdaderos formatos oficiales, a los cuales les sacaría provecho. Y así, todos los años, en muchos institutos. Boriciuk calculaba que un diez por ciento de todos los graduandos del país, recibían sus diplomas en formatos ilegales y no sospechaban de eso.

- Andrei, los necesito en una semana. ¿Los tendrás? – preguntó Angelina Markovna.

- Cuenta con ellos, - le aseguró Boriciuk.

Apenas colgó la bocina, él recorrió el apartamento y verificó lo que le quedaba. La tinta especial no la tenía, el equipo tampoco y formatos, de esa universidad, solo le quedaban seis. Y se necesitaban nueve veces más. Si en los próximos días no recibía el equipo, él estaría obligado a ir donde la competencia.

¡Estaba metido en un lío! Y todo, por unos desgraciados policías. ¡Ahora que se jodan! Un pendejo capitán le quitó lo más valioso. Y puede ser que haya sido mandado por la competencia. ¡Claro! Los policías no se interesaron por la computadora y tomaron, justamente, lo que se necesita para trabajar. Tenía que llamar a su protector, el coronel de la policía Korneev. Al coronel se le moja la mano con regularidad, a condición de que lo proteja. Bueno, que trabaje ahora.

Boriciuk llamó a Korneev y le contó cómo, un capitán y un teniente de la policía, lo extorsionaron.

- Quienes fueron? ¿De cuál sección? – preguntó, autoritario, el coronel.

- Los nombres no lo sé, no se presentaron. Pero recuerdo el número de la placa del "Ford" de servicio, que utilizaron.

- Díctamelo. –

30

Entré en la última casa de las afueras que había conseguido Zorro como residencia temporal, por ausencia de sus propietarios legales. Las vallas altas alrededor de esas casas de ricos ayudaban a cubrirnos de ojos no invitados. En la sala de estar sonaba la música. Por la cantidad de botellas y vasos regados por todos lados, Zorro y los Apóstoles habían logrado degustar toda la colección de alcohol que había en la casa.

Mi embriagado socio salió a recibirme con los brazos abiertos:

- Míralo, ya llegó. ¿Por qué tan triste, Doc? Estábamos muy tensos, ¡pero lo hicimos! Usted recibió su dinero, nosotros también, todo como planeado. Ahora podemos relajarnos y tener una juerga de tres días, ya que los dueños vienen en cuatro. - Zorro sirvió whiskey de veinte años en un gran vaso y me lo extendió. - Únase a nosotros, ahorita vienen unas carajitas. –

Bebí. El aroma del buen whiskey ya no parecía repulsivo, hay algo en él. A lo bueno te acostumbras rápido. Tres pares de ojos juguetones esperaban mi respuesta a la pregunta: ¿las mujeres? Si yo fuera un joven imprudente hubiera aceptado la proposición. Pero ya estoy viejo, tengo mujer y una hija, espero un niño y tengo un virus el cual puede destruirme en el transcurso de un mes. Algunos VIH-infectados están tan resentidos con el mundo que quieren contagiar a todos. Bueno, a mí se me presenta esa posibilidad. Bueno, eso es problema de cada quien y ojalá que encuentren rápido la curación para que nuestros hijos no teman en el futuro…

¡Los niños! – la imagen me dio como un corrientazo. No quiera dios que mi hijo, que está por nacer, pague por mis errores.

- No cuenten conmigo, - repliqué y, tomando la botella, subí a mi dormitorio.

Yo tenía razones para celebrar. Mi hija Yulia se fue hoy para Alemania. Yo conseguí el dinero para su operación y espero que la curen. Esa parte del plan se cumplió, pero no puedo olvidar el castigo que merecen los que planificaron y ejecutaron el vil crimen.

David Guelashvili cumplió mi solicitud. En el laboratorio de la

clínica hallaron muestras de ácido acético en la chaqueta de Oleg Golikov. Para mí es una evidencia concluyente, aunque un tribunal cualquiera descartaría una prueba como esa, obtenida ilegalmente. Golikov puede argumentar que estaba marinando una carne para asar y listo. O que yo mismo le eché el ácido a su chaqueta. De todas maneras, a esa débil evidencia se le debería añadir declaraciones de testigos o colaboradores. ¿Como conseguirlo?

La puerta se abrió. En la habitación entró Zorro, vio la botella de whiskey semi vacía y sugirió:

- Le traigo más? –

Negué con la cabeza. Zorro no salió. A pesar de lo bebido, su rostro estaba serio y me miraba comprensivo.

- ¿Que lo molesta, Doc? Nuestro negocio va bien y usted… -

Zorro hizo una mueca como para imitar mis preocupaciones. Fue cómico y yo me sonreí. Este vago es, realmente, mi único amigo. Él sabe más de mí que mi hermano y mi esposa juntos. Tengo que confiar en él, dependemos el uno del otro.

- En verdad te interesan los problemas de otros? – le pregunté.

- No de otros, los de usted… De repente lo puedo ayudar. –

Vaya, sus palabras francas me tocaron. Inclusive bajé la vista temiendo unas lágrimas. Mi hermano se la pasa prometiéndome hallar a los culpables, mi esposa me botó de la casa y este frívolo muchacho dejó a las carajitas y sus amigos para venir a ayudarme.

Yo no aguanté y le conté lo que me estaba molestando. Zorro me escuchó con atención, hizo preguntas inteligentes y cuando ya la botella de whiskey se vació completamente, ya habíamos trabajado un plan que nos pareció fácil y hasta divertido.

En la mañana siguiente, con la cabeza pesada, el plan ya no me parecía tan magnífico. Yo dudaba, pensaba que todo se podía echar a perder, pero las dudas de la juventud estaban muy lejos.

Zorro me llevó al patio, él entró al garaje y en un minuto salió de allí en un “Porsche Panamera“ azul claro.

- Este carro sirve? Las llaves estaban en la casa, - Zorro bajó el vidrio, orgulloso.

- Es el carro apropiado, - dije yo. – Cuando vuelven los dueños? –

- Mañana. –

- Solo tenemos un día, - dije, preocupado.

- Medio día. Ella no sale de la casa antes de la una. –

- Podrás hacerlo? –

- Claro que podemos, - Zorro respondió, con convicción.

Del porche salieron los Apóstoles, poniéndose franelas.

- ¡Vaya, vaya! Vamos a pasear. ¿A que velocidad llega el “Porsche” en la carretera? Zorro, déjame manejarlo. – los hermanos se

atropellaron frente al costoso auto.

- Después se los doy. Ahora, ustedes tienen que buscar la grúa. Ya. Y pónganse unas bragas buenas y limpias. – Zorro tuvo que pelear con los morochos para sacarles la cabeza del carro.

- Tú también necesitas ropa elegante, - le hice notar yo.

- Por el camino me la compro, - aseguró Zorro y, saliendo a la calle, recordó a todos. – La comunicación, por el chat común.

Alrededor de la una ya yo estaba vigilando, en mi “Peugeot”, el gran edificio de apartamentos, donde vivía Oksana Broshina. La información que necesitábamos sobre la muchacha, que sustituyó a mi hija en la portada de “Elite Style”, la conseguimos en internet. A ese tipo de personajes les encanta poner cosas ahí para presumir. El vestido nuevo, la última fiesta, pasatiempos, viajes, comida impactante en el restaurant; todo sirve. Las firmas en las fotos pueden ser diferentes, pero la esencia es: yo soy bella y vivo bellamente. En las últimas fotos, Oksana posaba al lado de un “Lexus” nuevo y blanco, el cual hallé, sin dificultad, en el estacionamiento.

A las dos vi la muchacha de la portada. Una belleza standard, con maquillaje bien trabajado y caminar estudiado que atraen, fuertemente, las miradas masculinas. Broshina se sentó en el “Lexus” y salió a la calle. La seguí. Yo no quería esperar demasiado tiempo y llamé a Zorro para comenzar la operación. En el siguiente semáforo mi “Peugeot” le llegó, con algo de fuerza, a la parte trasera del “Lexus”.

“Discúlpame viejo amigo, pero era necesario”, - mentalmente, le dije a mi carrito, vigilando la reacción de la muchacha.

Del “Lexus” salió un pie en un zapato con tacón, enseguida salió un rostro alargado con ojos desmesurados. Era posible que Oksana palideciera, pero el maquillaje le permitió mantener las mejillas rosadas.

- ¿Que hiciste, cabroncito? – se indignó, viendo el resultado del choque.

- Tú eres la culpable, - gruñí, sin salir del carro. – Compraste la licencia porque no sabes manejar. –

- Yo frené correctamente. Es tu culpa. –

- Oh, que inteligente. ¡En esos tacones está prohibido manejar! –

- Estás loco! Voy a llamar a la policía. –

- Si, me asustaste. Llama, llama, ¡yo también voy a llamar! A mi hermano él de la policía, ahorita viene, te leerá tus derechos y cuando vea el auto, se preguntará de dónde saca dinero una muchachita. –

- De mi trabajo. –

- Cual cargo? ¡Muéstrame! – Conscientemente, la ofendí.

- Pero que es esto! – Oksana vio a todos lados, buscando ayuda.

Al lado de nuestros carros se detuvo un bello “Porsche” azul.

Casi no reconocí a Zorro. No solo se compró un traje de última moda, sino que se hizo un corte de pelo de estilo. Bajó del auto, se le sentía un perfume caro, sus ojos irradiaban éxito y su voz sonaba suave y exigente:

- ¿Le sucede algo, señorita? –

- Pues… - A pesar del desconcierto, Oksana ponderó al extraño. Te los encuentras con ropa de calidad, pero no siempre con esos carros… - Pues, me detuve con la luz roja, y él por detrás… Ahora ese grosero me dice que tiene un hermano en la policía. –

- Coronel, - insistí. – Y tú, buenmozo, mejor te vas, aquí resolveremos.

- Con los cabrones mejor no enredarse, - dijo, entre dientes, Zorro. – Si él tiene contactos en la policía, usted será la culpable. –

- No lo dudes, - presioné.

- Que hago? – molesta, dijo ella.

- Los daños no son graves. – Zorro se inclinó hacia el carro y vio las revistas por el vidrio trasero del “Lexus”. – Oh, la de la portada, ¿es usted? –

Oksana tomó una de las poses que mostraban sus ventajas, sonrió ligeramente, sin decir nada. Las modelos no son actrices. Zorro se movió alrededor de la chica.

- A mí enseguida me pareció que la había visto en alguna parte. Por eso me detuve. ¡Usted es una supermodelo! ¿Quiere que lo arreglemos hoy? –

- El carro? –

- No a usted, por supuesto, usted es perfecta. Yo tengo taller mecánico. Usted no se preocupe, para usted será un regalo. – Zorro ya había llamado a los Apóstoles y les había dado la dirección.

- Su taller mecánico? – se interesó la muchacha.

- Una red de talleres y concesionarios. – Zorro lo dijo, como sin querer, entrando de lleno en su papel.

- Y pueden arreglarlo en un día? –

- Quedará como nuevo. –

Llegó la grúa. Los hermanos Noskov vestían uniforme azul marino nuevo y, enseguida, se pusieron a levantar al “Lexus”.

- Mi cartera, - se apuró la chica cuando vio el carro montado en la grúa.

El Apóstol gordo se subió al “Lexus” y sacó, junto con la cartera, le brillante revista y le pidió un autógrafo. La muchacha tomó el pedido como un deber y enseguida firmó. De nuevo, ya era ella misma, el mundo giraba a su alrededor, no podía ser de otra manera.

Cuando la grúa se puso en camino, Oksana le rozó la mano a Zorro, simulando desconcierto.

- Y ahora, ¿qué hago? –

- Por favor, - Zorro, muy amablemente, abrió la puerta del “Porsche”. – Disculpe. Olvidé presentarme: Leonid Gutenberg. Y usted es Oksana, lo leí en la revista. –

- Gutenberg? Yo he escuchado ese apellido. Y, ¿a que más se dedica usted, Leonid? –

- Es un secreto. – Zorro se inclinó hacia ella y en voz baja: - Imprimo dinero. –

Oksana apretó el puño y, juguetonamente, golpeó a su nuevo amigo y, con una mirada prometedora, entró al auto. A su memoria volvió una frase de Radkevich: “Tengo un banco, pero eso no significa que yo imprimo dinero”. ¡Pichirre! Para comprar el “Lexus”, él le había dado solo la mitad, y ella tuvo que poner sus honorarios por la sesión de fotos para “Elite Style”.

- Y adónde vamos? – ligeramente tensa, preguntó ella.

- Oksana, tienes que relajarte. Vamos al centro, allá hay bares excelentes. –

Zorro escogió un bar en un hotel de cinco estrellas. Tras unas copitas ya entraron en intimidades. La muchacha ya sentía las posibilidades financieras de Gutenberg y Zorro insinuó que sus posibilidades eran ilimitadas y que tendría una recompensa si, por supuesto, ella… En lugar de más explicaciones le puso una mano en la rodilla y se la apretó suavemente.

No es de extrañar que la pareja, a las dos horas, ya estuviera en una lujosa habitación del último piso del hotel. Cerca del ascensor, la ligeramente ebria Oksana por poco golpea una cajita roja con un botón como la de las alarmas de incendio, pero Zorro, tomándola del talle, la sostuvo.

Ya en la habitación, con una tarjeta de crédito de las más notorias, en una mesita de vidrio, hizo dos líneas de polvo blanco y le ofreció a la muchacha un tubito hecho de un billete de quinientos euros.

- Será tuyo después que lo uses. –

- Coca? – la chica afinó la vista.

- Después de la coca, el sexo es extraordinario. –

- Ay, como eres! – Oksana lo apuntó con un dedo y se inclinó a la mesita.

La cocaína desapareció en su nariz y el billete en su cartera. Lentamente Zorro, disfrutando de la atención de la chica, hizo un tubito similar para sí mismo. Oksana se sentó en sus rodillas, lo abrazó y besó, tratando de arrebatarle el billete. Él le alejó el tubito.

- El souvenir es para él que lo haya utilizado en su nariz. –

- Si lo hago yo? – sus ojos estaban mirando el caminito de coca que quedaba.

- La regla es la regla. –

- Tienes reglas para todo? –

- Contigo soy capaz da alterarlas. –

Zorro le hizo cosquillas en el cuello con la punta del billete y se lo puso a ella en el escote. Oksana le mordió, suavemente, el lóbulo de la oreja, lo empujó, se dobló, imitando a una gata juguetona. Zorro le dio unas nalgadas de bebé. La gata Oksana le mostró los dientes y las garras. La pareja continuó su pelea en juego en el sofá.

- Y esa gatica no tiene un… protector millonario? – preguntó Zorro.

- Si, pero él… - Oksana movió la mano en señal de duda.

- Viejo? –

- No tanto. –

- Avaro? –

- Calculador, como todos los banqueros. Para el "Lexus" me dio la mitad, él sabía que yo había recibido buenos honorarios por las fotos. Es verdad que me paga el apartamento, pero lejos del centro. –

- Ahh, que agarrado. –

- Lo de la portada él me lo consiguió. Yo tuve un problema, se lo conté y él lo resolvió. –

- Cual problema? ¿Que ponerte? – Incisivo, dijo Zorro.

- Con una chica. Me dijeron que no fuera al "Hongkong", que fuera a otro lugar. Cosas de coartadas. –

- La que iba a salir en la portada en lugar de ti? – Zorro llevó la conversación hacia donde le interesaba.

- Bien hecho! ¡Por salida! –

- Le dañaron el rostro? –

- A mí me es igual. Ella está en el hospital y yo, en la portada. –

- Y quien lo hizo? –

- Se encontró a alguien, un voluntario. Ahora se la pasa llamándome… -

- Ponlo en comunicación conmigo. Yo te lo alejo. –

Oksana puso un dedo en los labios de Zorro.

- No hablemos de él. Mejor cuéntame sobre ti, Leonid Gutenberg. –

Zorro decidió cambiar de conversación, ya se había enterado de bastante. Él separó a la muchacha, caminó hacia el mini bar y abrió una botella de champaña.

- Sobre mí hablaremos en el jacuzzi con una copa de champaña. ¿Qué te parece? –

- Perfecto! –

- Abre el agua en el jacuzzi, haz espuma y ya te alcanzo. Voy a llamar para que, después de la reparación, traigan tu carro para acá. –

- Que atento eres. – Oksana besó al muchacho y se dirigió al baño con un andar estudiado. Por el camino se iba quitando la ropa: -

Te espero. –

Cuando dentro del baño se oyó correr el agua, Zorro tomó el teléfono de Oksana, hizo las manipulaciones necesarias y copió toda la información a su celular. Él abandonó la habitación y cerró la puerta tras de él, silenciosamente. Cerca del ascensor desprendió la caja del blockout que estaba en la pared simulando la alarma de incendio. Ahora la cámara del corredor podía funcionar de nuevo.

En el estacionamiento del hotel, cerca del vistoso "Porsche", lo esperaban los hermanos Noskov.

- Que tal la tipa? – preguntó, sonriendo, Pedro.

- Que están haciendo aquí? – los regañó Zorro.

- Que hacemos con el "Lexus"? Tenemos que devolver la grúa. -

- Tírenlo aquí y no sean muy delicados. –

- Ajá, quiere decir que la tipa no es una gran vaina. –

Zorro se fue y en el sitio libre los Apóstoles dejaron caer de la grúa el "Lexus" blanco. A los hermanos les gustó su trabajo: ahora, el carro nuevo estaba golpeado no solamente por detrás, sino por delante también.

Alejándose, ellos no se dieron cuenta de que un muchacho ágil, con gorra amarilla, que deambulaba por ahí, tomó un taxi y le dijo al chofer que los siguiera.

31

El joven en el taxi, se quitó la gorra de beisbol y tomó su teléfono. El taxista, inicialmente, pensó que un agente secreto se había montado en su carro. Todo lo demostraba: los movimientos seguros, el tono con convicción y la conversación llena de elementos operativos.

- Tyson, soy yo, Amarillo. Encontré a los Apóstoles. El alto y el gordo, ¡son ellos! Van en una grúa. Por lo que veo, están disfrazados. –

El chofer estaba equivocado, su pasajero era un hábil vendedor de drogas que trabajaba para Khamidov en el hotel prestigioso. Lo llamaban Amarillo por el color de la gorra de beisbol llena de medallas deportivas. Siempre la tenía puesta cuando trabajaba, haciéndose pasar por un coleccionista de insignias. Él mismo había pensado en usar esa gorra para que los clientes lo reconocieran fácilmente y estos, lo referenciaran a sus conocidos. Claro que los órganos de seguridad estaban al tanto de sus movimientos. Pero, para los policías, era más cómodo lidiar con un narcotraficante que siempre descubrir nuevos. Además, Amarillo trabajaba inteligentemente, él no

se acercaba a nadie, los mismos adictos lo encontraban, le compraban las insignias deportivas por una buena cantidad y recibían las coordenadas del punto con las dosis.

Amarillo convenció a Tyson de que encontró a los tipos que se atravesaron en el camino del jefe y ahora le explicaba adonde iba:

- No estoy en el punto, tomé un taxi y los estoy siguiendo. Muévanse, yo los dirigiré. Y a ver si me pagan, las “gracias” no son suficientes. –

De vez en cuando, el inquieto pasajero le hacía observaciones al taxista:

- No te les pegues mucho, se van a dar cuenta. – Pero si el taxista se quedaba un poco rezagado, enseguida: - Adelántate un poco, se pueden escapar en el semáforo. –

Seguir la grúa no era difícil, siempre estaba visible y no iba corriendo. Pero al taxista ya no le gustaba el cliente, ya no parecía un agente serio, decía cosas peligrosas y traía unos malandros atrás. “No te metas en vainas raras”.

La grúa entró al patio de un taller mecánico. El taxista frenó y se volteó hacia el pasajero:

- Entramos ahí? –

- No, quédate aquí. – decidió Amarillo y gritó al celular: - Donde están?

En lugar de respuesta, al lado del taxi, se detuvo una camioneta grande y negra. De ella salió Tyson junto con tres tipos robustos, de aspecto asiático, y de mirada fría. Amarillo salió a encontrarlos, algo explicó y el taxista se fue rápido sin esperar la paga.

- Los Apóstoles están ahí. Están vestidos con bragas azules y llegaron en una grúa, - Amarillo señaló hacia el portón del taller y le recordó a Tyson su fidelidad: - Ellos trataron de captarme, pero yo me negué. –

- Ve a ver, - Tyson le dijo a uno de sus acompañantes.

Ese entró al taller y regresó rápido.

- Si. Están ahí y ya vienen saliendo, - confirmó.

- Vamos a agarrarlos sin ruido. Tú y tú, el alto. Nosotros nos encargamos del gordo, - Tyson repartió la gente.

Tan pronto los desprevenidos hermanos aparecieron en el portón, les cayeron encima, los golpearon hasta con los pies, los amarraron y los metieron en la camioneta. La captura fue rápida y relativamente silenciosa. Pedro intentó resistirse y fue noqueado por Tyson de un golpe en la barbilla.

- ¡Bueno! – Amarillo alabó el golpe e, inocentemente, añadió: - Me deberían pagar. –

- Te vamos a dar mercancía, - despreciativamente, dijo Tyson, entrando a la camioneta.

Esta se alejó. Viéndolos alejarse, el muchacho se sobó la barbilla como comprobando que estuviera intacta. El insulto se fue disolviendo poco a poco. La mercancía es la mercancía.

Para los parroquianos, Anzur Khamidov tenía su casi piadoso almacén, a sus socios los recibía en el restaurant que no vendía alcohol y para los enemigos, tenía un sótano oscuro con paredes gruesas. Allá llevaron a los asustados Apóstoles. El narco comerciante se demoró en explicarles a los confundidos hermanos la pérdida que él había sufrido por la deserción de los muchachos traficantes. Para la persuasión futura, los puños de los malandros de Tyson dejaban huellas en la memoria y el cuerpo de los cautivos. Continuaron golpeándolos, inclusive, cuando se habían caído, hasta que Khamidov hizo la seña de parar. A los casi inconscientes Apóstoles les echaron sendos baldes de agua, los pusieron de pie y Khamidov les preguntó mirándole los ojos hinchados:

- Quien es su jefe? ¿A quién le rinden cuentas? –

Como respuesta él oyó algo incomprensible, como un ronquido. Ese sonido se tomó como una burla y sobre los pobres hermanos llovieron nuevos golpes.

- Quién es él? ¡Nombre! – exigió Khamidov después de la pausa.

- Zoooorro, - pudo decir Pablo. Ese fue el único sonido que podía pronunciar su boca ensangrentada.

Esta vez Khamidov tomó los teléfonos de los hermanos y vio las llamadas entrantes de un tal Zorro. Entonces fotografió los rostros destrozados de los Apóstoles y le envió la imagen a Zorro, agregando una cantidad de dinero a entregar por la vida de los hermanos.

Para apoyar la comunicación, ordenó poner a los Apóstoles en la cava congeladora. Él les mostró el medidor de temperatura que marcaba 18 grados bajo cero. Y les advirtió:

- Golpear desde adentro no les servirá de nada. La puerta se abrirá cuando yo reciba la compensación. Si su Zorro no se apura, me encargaré de él. Será más obediente cuando vea sus cuerpos congelados.

Khamidov entregó los teléfonos a Tyson, dio vuelta y se fue, moviendo las cuentas del rosario.

32

- En nuestro país hay justicia o es solo una ficción? – agarré a mi hermano por los hombros y lo saqué de su asiento.

La conversación se desarrollaba en la oficina de Gromov. Ya yo llevaba una hora demostrándole al capitán que darle el ácido a Yulia fue por orden de Radkevich y que Golikov fue quien lo llevó a cabo.

- Si hay. Cuando el asunto llegue al tribunal, allá… - Sasha apartó mis manos y se alejó un par de pasos.

- Bueno. ¡Llévalo a juicio! – presioné.

- En tu caso, no… - Él trató de arreglarse el cuello de la camisa sin

mirarme de frente.

- No qué? Lisiaron a mi hija, yo conozco a los autores, intelectual y material, ¿qué más necesitas? –

- Esas son solo tus palabras. –

- Las palabras de tu hermano no son suficientes para ti. ¿Y la chaqueta? En la chaqueta de Golikov se encontraron rastros de ácido acético. –

- ¿Quién los descubrió, tu amigo médico? –

- En un laboratorio de hospital. –

- De donde tomaron la chaqueta? Tú la robaste y tú pudiste poner el ácido. Esas pruebas no sirven. –

- Y la confesión de Broshina? ¡Dijo todo! Tú escuchaste la grabación. –

- Que escuché yo ahí? Algún protector ayudó a la chica a resolver un problema. Ningún apellido, nada concreto. – A Gromov le volvió la seguridad en sí mismo de un jefe policial. -

- Ella habla del club “Hongkong” y de la foto para la revista. –

- Broshina no estuvo en el club y, sobre la foto de la portada, ella se jacta en todos lados. ¿Quien grabó esa conversación? ¿Y en cual contexto? –

- No es importante. –

- Ah, no es importante. Entonces no es importante nada de lo que está grabado. –

- Tengo la lista de sus llamadas por el celular, - avancé mis nuevos argumentos. – Oksana Broshina se comunica con Radkevich y Golikov continuamente. –

- Y con una decena de sus amigas. –

- Hay que arrestar e interrogar a Oleg Golikov. –

Condescendientemente, Gromov negó con la cabeza.

- Entiende, hermano, no podemos involucrarlo en esto. Todas las pruebas que tienes fueron obtenidas de manera ilegal. Tómalas como si ellas no existieran. –

- Entonces arresta a Golikov por cualquier cosa. Interrógalo. ¡Presiónalo! –

- Le siembro drogas? – sarcástico, preguntó Gromov.

- Puedes hacerlo? – me agarré de la idea loca.

- Ok. Ya llegamos. – Comprensivo, Gromov movió la cabeza y comenzó a hablar afectuosamente: - Yury, yo sé que tu sufres, yo entiendo, pero esos no son nuestros métodos. Nosotros peleamos

contra las drogas. A propósito, la cantidad de drogas en nuestra región ha disminuido. –

- Te felicito, - me sonreí, burlón. – Un éxito personal? ¿Como lo conseguiste? –

Mi hermano calló, dudoso. Si supiera a quién debería agradecer por ese resultado positivo. Los Apóstoles nos trajeron tres decenas de los muchachos narcotraficantes. Ahora ellos negocian nuestros bublos y no las drogas.

- Al diablo las drogas, - dije. – Interroga a Oksana Broshina, por lo menos. De repente se pone habladora, otra vez. –

- Ya envié a Petujov al hotel. Tómate un tecito por ahora. –

Petujov, literalmente, voló. El agua en la tetera no había tenido tiempo de hervir cuando ya el teniente entró a la oficina. Yo salté a su encuentro con la esperanza de ver a Broshina tras él.

- Y entonces?, ¿dónde está ella? –

La puerta se cerró. Petujov llegó solo. Sus ojos brillaban.

- La tipa está buena. Es verdad que en la portada su cara se ve mejor, pero bajo la cintura también tiene lo suyo. –

- Bueno, a lo que fuiste, - lo conmino su superior Gromov.

Petujoiv tosió hacia su mano cerrada y se puso serio.

- Se determinó que Oksana Broshina estuvo en una habitación del hotel. No trató de esconder nada, ella misma llamó a la policía.

- Decidió confesar? – mi corazón dio un salto.

- Broshina llamó por su “Lexus” chocado, pero ella no está bien, está claramente drogada. Dice que un idiota la chocó por detrás, pero por delante también está golpeado el auto. Habla de un tipo joven, Rutenberg o Gutenberg, quien le habría dado la cocaína. Yo revisé las video cintas del corredor. Ni señas de un muchacho que estuviera con ella. De la habitación, Broshina salió sola, mojada, literalmente del baño. En la mesita de la habitación hay restos de cocaína. La chica se metió dos caminitos del polvo y se fue al nirvana.

- Exacto. ¿Cuál declaración tomar bajo la influencia de la coca? ¿Ninguna? – constató Gromov.

Mi hermano me miró, con empatía.

- Yury, yo estaría feliz de ayudarte, pero te diste cuenta de que las declaraciones de Broshina no sirven para nada. –

Yo callé, me sentía insultado. Miré los ojos sinceros de mi hermano y el rostro ingenuo de Petujov y salí de la oficina. Me dirigí a la salida de la estación de policía, llena de funcionarios armados, ocupados en lo que ellos creían asuntos importantes y me convencí de que yo podía contar solo conmigo mismo. Y también, aunque suene extraño, con Zorro y los apóstoles, los cuales, habían hecho por mí, más que mi hermanastro.

Yo no traté de esconder mi frustración con una sonrisa amable;

en mi mirada de despedida estaba todo lo que yo pienso del trabajo policial. Gromov se sintió mal por lo sucedido y corrió tras de mí, me alcanzó en la puerta y trato de justificarse. Su argumentación pareció, más bien, una acusación: no era asunto tuyo, echaste todo a perder, no tenías que entrometerte.

Vaya pues. Resulta que exponer al criminal era malo. Las investigaciones debían hacerlas los tipos con charreteras y no el padre de la víctima. Yo tenía que sentarme y esperar a ver al malhechor tras las rejas. Esas son las reglas, pero a mí me parecían amorales.

Por primera vez en mi vida quise darle un carajazo a mi hermano en la cara. Y dios es testigo que eso hubiera sucedido, cuando mi puño listo fue detenido por una voz lateral:

- Capitán Gromov? –

33

Los dos nos volteamos. Un severo coronel estaba mirando a mi hermano. Severo es decir lo menos. Si en ese momento yo estaba disgustado, el coronel se veía realmente arrecho.

Yo me aparté, pero escuché la conversación perfectamente.

- Si, Gromov, - respondió mi hermano y se irguió inconscientemente. – A sus órdenes, camarada coronel. –

- Korneev, de la administración, - se presentó el coronel y señaló hacia el "Ford" policial. – Este es tu carro? –

- El de servicio. –

- Si, ya veo que no es particular. ¿Pero lo usas solo tú? –

- Con mi compañero. El teniente Petujov. –

- Un teniente, - Korneev movió la cabeza significativamente. – O sea, el capitán y el teniente son tan descarados que se meten en asuntos que no son de ellos. –

- No comprendo, camarada coronel. –

- Te lo explicaré. ¿Qué coño fueron a hacer a otro cuadrante? –

- Cual cuadrante? –

- Hicieron fracasar una operación. –

- Nosotros? ¿Una operación? – Gromov estaba perplejo.

- No te hagas el tonto, capitán. La semana pasada le caíste a un negociante de diplomas falsos. – Korneev dijo la hora y la fecha. – Recuerdas? –

En el rostro de Gromov se reflejó el esfuerzo enorme de recordar y el terror del resultado. Él recordó que ese día estaba con Petujov en el hospital para los exámenes de enfermedades venéreas.

- Que te pasa? ¿No sabes cómo trabajar en tales situaciones? – presionó Korneev. – Agarras al mensajero y lo llevas a la instancia

correspondiente. Es mi grupo quién trabaja con eso. Asustaste a los organizadores y echaste todo a perder. –

Yo me tensé. El tema de la conversación era muy peligroso para mí. Un poco más y mi hermano se da cuenta de que alguien utilizó el carro y los uniformes mientras él estaba en el hospital. Y quien más pudo hacerlo aparte de mí.

- Tomaste el botín y te fuiste. ¿Para que te llevaste la tinta? – no se calmaba el coronel.

Cuando escuchó sobre la tinta, Gromov se confundió totalmente. Si él empieza a preguntar, seré yo quien quedará expuesto. Tenía que entrometerme.

- Sasha! – grité alegremente y me acerqué, rozando al coronel mientras revisaba mi carpeta. – Te traje la constancia. Recuerdas cuando fuiste con Petujov… Todo está bien contigo. Se la puedes mostrar a tus superiores. –

- Quien es este? – dijo Korneev, descontento.

- Un familiar. Enfermo, - respondió Gromov y me empujó. – Vete, después hablamos. –

- Después no habrá tiempo. Tengo que irme. Si quieres te la llevo a la casa y tranquilizo a tu esposa. Si ella cree que tú estuviste por ahí y agarraste una infección. Aquí está la constancia. –

Conseguí lo que quería, saqué a Gromov de sus casillas. Ahora su ira se dirigirá no solo contra mí sino contra cualquiera que lo esté molestando. Asi fue.

- Vete de aquí! – gritó.

Me empujó y se dirigió al coronel, con rabia:

- Yo tengo mi jefe y me subordino solamente a él. Si yo infringí algo, diríjase a él. Además, tengo mucho trabajo. –

Gromov se retiraba, pero Korneev lo detuvo y, en voz baja, le dijo:

- Te la paso por esta vez, capitán. Pero si, otra vez, te metes en lo que no debes, o quieres competir conmigo, te aplasto. –

El coronel se dirigió a su carro. Gromov, irritado, solo apretó los dientes, sin comprender nada. En ese estado encontró a Petujov. Este vio alejándose a Korneev y bromeó con su compañero:

- Que, ¿estás buscando un diploma? –

- Que diploma del coño? –

- De que estabas hablando con el coronel? –

- Quien es ese? –

- El jefe de una sección de la dirección. ¿Te acuerdas cuando nos dieron las nuevas credenciales? Todos los muchachos de la sección de armas recibieron diplomas. -

- Y? –

- Los consiguieron a través de la gente de Korneev. Eso no lo

compras en el metro, - se rio Petujov. – Si asuntos internos tiene alguna duda van donde él. ¿Y a que vino? –

- Estaba confundido con algo, - dejó escapar Gromov.

Largo rato después todavía le hervía la sangre, recordando las idiotas acusaciones del coronel. Quería poner esas acusaciones en algún contexto que era opaco y, por lo tanto, preocupante.

34

"Todo bien", - me tranquilicé cuando volví a nuestra casa temporal que había invadido Zorro.

Apenas abrí la puerta, Zorro me vio y corrió a mi encuentro. Estaba muy nervioso, temblaba y en sus ojos se leía el pánico.

- Los dueños llegan y hay que irse, ¿no? – pregunté, ya dispuesto a regresarme.

Zorro me haló hacia adentro, casi lloraba:

- Los agarraron y los golpearon. Los están torturando. –

- A quién? – me sorprendió ya que yo todavía estaba pensando en los propietarios de la casa.

- Mire. – Zorro me alcanzó el teléfono y señalaba algo en él.

Tomé el teléfono de sus manos temblorosas para que no se le cayera y vi la imagen en él. Pronto se aclaró de lo que se trataba. Pedro y Pablo Noskov estaban en el suelo, golpeados y con los rostros ensangrentados.

- Que pasó? – me preocupé.

- Me están pidiendo un dinero de rescate. –

- Quien? –

- Doc, usted todavía pregunta. Nosotros cortocircuitamos a los narcobarones y ellos se enteraron. –

- Habla de manera decente. ¿Dónde están los Apóstoles? –

- Me exigen que vaya al cuento. –

- Cual cuento? –

- El oriental! – gritó Zorro, abriendo el mensaje en el teléfono. – Ya basta de preguntas idiotas. Mejor dígame, ¿que hacemos? –

Mis ideas empezaron a correr cuando vi las exigencias de los extorsionadores. Los delincuentes eran inmisericordes, enviaron fotos sangrientas, exigían que fuera al restaurant y daban un plazo corto ya que los rehenes morirían congelados. Todo un crimen. Pero si íbamos a la policía, tendríamos que explicar porque los narcotraficantes nos estaban extorsionando y porque nos pedían una cantidad tan alta y de donde teníamos ese dinero. Saldrían a la luz nuestras maquinaciones con los billetes falsos y sería el final de mis planes. Y yo no había logrado ni una cuarta parte de ellos.

- A la policía no podemos ir, - dije, entre dientes.

- Yo estoy de acuerdo. Y a ellos no los podemos abandonar, son los únicos amigos que tengo. A Pedro y a Pablo los conozco desde niños. Sin esperar mi respuesta, agregó:

- No tenemos alternativa, tenemos que entregar ese dinero. –

Él tenía razón, pero a mí me daba lástima el tiempo perdido. Nosotros nos arriesgamos a obtener esa gran suma, y ¿entregar todo así de golpe? ¿Y si mañana la enfermedad me tumba y no puedo trabajar? Mi familia se queda sin nada. ¿Y entonces? Para Zorro, los Apóstoles son amigos de la infancia, pero yo solo los conozco como ágiles sinvergüenzas. Al fin y al cabo yo trabajé ese dinero por mi familia, no por ellos.

- Y si de repente los Apóstoles están en la colusión? – pregunté.

Zorro se puso nervioso:

- Yo lo ayudé con Broshina, ellos también lo ayudaron. Hicimos todo lo que nos pidió: la grúa, el hotel, la droga. – Zorro puso en la mesa varias hileras de cocaína de la que utilizó en la operación y, desesperado, gritó: - Yo soy capaz de aspirar esta cochinada por usted! –

- Yo creí que solamente le metías a la hierba. –

- La agrego, - respondió entre dientes.

Se sentó en el sofá, puso sus codos en las rodillas y metió la cabeza entre sus manos.

- Yo tengo un hermano menor, Igor. Cuando entré en la universidad yo empecé a fumar hierba, después vino la coca. Era chévere, alegre, yo presumía. Igor veía todo eso y comenzó a probar, él siempre me imitaba. Debí haberlo corregido, pero en lugar de eso yo le daba droga y que de buena gente. Después se dio cuenta de que la cocaína no le servía, probó la heroína y se convirtió en un verdadero drogadicto. Cuando mi mamá lo supo me culpó a mí. Y tenía razón, si yo no hubiera sido un idiota…-

Fedor se mordió los labios. Yo no esperaba que estuviera tan apegado a su hermano menor.

- No trataron de curarlo? –

- Con relativo éxito. Al principio Igor aguantó, pero después… Yo hablé con los traficantes y les pedí que no le dieran droga, e inclusive les pagué.

Ellos tomaron el dinero, pero… Él vino y se arregló con ellos. – Zorro hablaba entrecortado, hacía pausas, pero yo no lo apuré. – A los traficantes los presionan, los obligan a vender la droga, ampliar las redes y nosotros les estábamos estropeando eso. –

Zorro levantó la cabeza, vio en mi mano el teléfono con las imágenes enviadas.

- Ellos no asustan, golpean de verdad. Pueden hasta matar, de

verdad.

- Resulta que no tenemos opción, hay que pagar el rescate. – di mi aprobación y dije: - Pero prácticamente no tengo dinero. Ya todo lo mandé para la operación de mi hija. –

- Yo ya reuní el mío. – Zorro señaló un maletín pesado en el piso. – Que dice? –

- Hay que pensar. Vas a ir simplemente así… -

- ¡Los Apóstoles están en una cava, Doc! – Zorro me cortó, saltando de la silla. – Mientras pensamos, ellos se están congelando. –

Agarró el maletín, decidido, y me miró:

- Usted está conmigo? –

Mi mirada cayó en el paquetico con narcóticos. En mi cabeza aparecieron comparaciones desagradables: nosotros tememos caer con los billetes falsos, los narcotraficantes, con drogas. Nos parecemos: nuestra mercancía es nuestro tendón de Aquiles.

Mientras yo trataba de captar esa idea extraña, Zorro dijo:

-Váyase al diablo. Yo no puedo esperar, - y salió.

Yo me quedé un instante, después puse los paqueticos con cocaína en mis bolsillos y salí tras él. Zorro ya estaba sentado al volante. Él me vio, pero decidió no seguir moviendo el aire con conversaciones vacías. Mi indecisión, a sus ojos, se parecía a una traición.

Su “Subaru” voló desde el patio. Yo subí a mi “Peugeot” que tenía rotos el parachoques y un faro y, mentalmente, le volví a pedir disculpas a mi caballo de hierro. Perdona amigo, tu sacrificio no será en vano. Ahora sé que Radkevich está implicado en el intento de asesinato de mi hija, aunque no pude convencer a la policía.

Aunque el “Subaru” no era precisamente bello, su motor lo hacía mucho más potente que el viejo “Peugeot”. Rápidamente, el “Subaru” se perdió de vista, pero yo sabía dónde iba. Zorro se dirigía al “Cuento oriental”.

Cerca del restaurant vi el carro de Zorro. La cabina estaba vacía. Valiente e irracionalmente, Zorro se dirigía al peligroso encuentro. Puede ser que él esté en lo correcto al tratar de salvar a sus amigos y que mi turbio plan, que pensé en el camino, solo eche a perder todo.

Respira, me dije: uno-dos, inhala-exhala. Debajo del restaurant “Un cuento oriental” estaba el almacén “Dulces orientales”. La deliberada similitud de los nombres y letreros no dejaba duda de que ambos negocios tenían un solo dueño. Quizás era peligroso, imprudente y arriesgado asociar su negocio legal con la mercancía, la cual, realmente, lo enriquecía. Entonces, es necesario darle un golpe en su lugar débil.

Con una servilleta húmeda limpié los paqueticos de cocaína y

entré al almacén “Dulces orientales”. Me paseé por la sala comercial buscando el lugar apropiado. Uno de los estantes estaba ocupado con cajas de frutos secos y nueces que se vendían al detal. Puse albaricoques y almendras en dos paquetes, fui a la caja, pagué por ellos y salí. Los paqueticos con polvo blanco que tenía en mis bolsillos ocuparon el sitio donde estaban los productos comprados.

Desde el auto yo marqué el número telefónico de Gromov. Como todo policía, él necesitaba que le anunciaran un beneficio:

- Sasha, quieres que te anoten un mérito en la lucha contra el narcotráfico? –

- Dime, - adelantó, tenso, Gromov.

- Yo sé de dónde salió la cocaína que tenía Broshina. La traen desde Asia central en cajas con nueces y frutos secos. La venden a través del almacén “Dulces orientales”. –

- De donde sabes eso? –

- La información es veraz. Escribe la dirección y apúrate, si no, se te pueden adelantar. Dicen que el grueso de la mercancía está en la cava del sótano. –

Le dicté la dirección del almacén y tranqué la comunicación. Se lanzó la carnada. Ahora, el capitán de la policía que sueña con ser mayor, sin falta la morderá. Él revisará el sótano y liberará a los rehenes. Con tal de que, entretanto, a Zorro no le pase nada.

En ese momento, Zorro estaba reuniéndose con Tyson y tres malandros fornidos. Khamidov estaba en su salón siguiendo la conversación por monitor. Tyson tenía un audífono colocado en su oído, a través del cual el recibía las órdenes de su jefe.

Los fornidos registraron a Zorro en busca de armas, lo obligaron a sentarse en una silla y se quedaron de pie detrás de él. Tyson se sentó enfrente.

- Entonces, tú eres Zorro. – pronunció Tyson, lanzándole una mirada como las que utilizaba en sus combates de boxeo.

- Donde están los Apóstoles? –

- Donde está el dinero? –

- Primero quiero verlos, - Zorro se envalentonó.

- Tú recibiste las fotos. ¿No les decoramos las caras suficientemente? –

- Quiero ver a mis amigos. –

- Y yo quiero ver mi dinero. –

- Ustedes recibirán la plata, pero antes traigan a los Apóstoles. – insistió Zorro.

- Tú no estás solo? ¿Quién vino contigo? – estas preguntas se las pasó Khamidov a Tyson.

- Vine solo. Pero me voy solamente con ellos. –

- Que valiente. – En lo sucesivo Tyson repitió las condiciones

que le dictaba Khamidov: - Tus Apóstoles no los necesitamos. Solo queremos que nos regresen los muchachos que engañaron y se llevaron. Las condiciones son las siguientes. Tú sueltas a los malandritos y les recomiendas que vuelvan a nosotros. El dinero que nos entregas no es un rescate, es una compensación por la ganancia no hecha. Y el castigo para tus amiguitos es una lección para el futuro. No se te ocurra atravesarte otra vez en nuestro camino. La próxima vez no seremos tan amables. –

- ¡Mientras hablamos, ellos se están congelando! – se exasperó Zorro.

- Aceptas nuestras condiciones? –

- Las acepto, - dijo Zorro.

- Danos el dinero y tus amigos dejarán de congelarse. –

- ¿Están aquí, en el sótano? –

- No nos tomes por tontos, primero el dinero. –

Zorro debió asentir. Se levantó y se acercó a la ventana.

- El maletín con el dinero está en el carro. – Él pulsó el control remoto y la maleta del "Subaru" se abrió.

Tyson le hizo una seña a uno de los suyos, éste bajó rápidamente y regresó con un maletín deportivo. Le abrieron el cierre. El maletín estaba lleno de pacas de billetes. Tyson tomó el teléfono y le dijo a su interlocutor:

- Sácalos y muéstralos en la cámara. –

Él mostró la pantalla de su celular y Zorro pudo ver como sacaban los Apóstoles de la cava.

- Estoy aquí! Vine por ustedes, - Zorro gritó y se dispuso a correr para ir a ayudarlos.

Los callados fornidos le trancaron el paso. Tyson, sombrío, le advirtió:

- No te apures. Nosotros sabemos que es lo que hacen ustedes. Por eso… -

Al lugar entraron dos tipos, parecidos a comerciantes. En la mesa aparecieron detectores de billetes y los que acababan de entrar se dispusieron a contar y examinar los billetes del maletín.

- Si se te ocurrió engañarnos, te esperan unos abrazos cálidos de mis amigos, - le advirtió Tyson, escuchando las palabras del jefe.

La comprobación de los billetes duró bastante. Cuando terminó, Tyson escuchó la orden de Khamidov y se permitió sonreír:

- Ahora vete. Si te nos atraviesas otra vez, no lo resolverás con dinero.

Los matones empezaron a empujar a Zorro. Este se resistió y exigió:

- Donde están ellos? Tú prometiste. –

- Camina derecho. Allá los encontrarás. –

Yo vi como a Zorro lo sacaron del restaurant. Él se alejaba cuando frente al edificio frenaban abruptamente tres patrullas de la policía. Del "Ford" salía Gromov dando órdenes.

Al almacén "Dulces orientales" entró un grupo de ellos con un perro olfateador. Diablos, ¿por qué no acordonaron todo el edificio y se concentraron solo en el almacén? Está el restaurant con ese dinero no contabilizado y el sótano con los rehenes. Gromov se acordó del sótano. Su gente había revisado todas las entradas y salidas y rápidamente me enteré. "En el sótano no hay nada, pero hallamos drogas. De todas maneras, se fue el dinero".

Me sentí perdedor, y mi hermano fue el ganador. Para Gromov fue una pequeña captura. Habiendo encontrado en el almacén los paqueticos con cocaína él se creyó el personaje principal en la lucha contra el narcotráfico en la zona.

Por suerte no engañaron a Zorro, él encontró a los Apóstoles en la siguiente esquina. Los hermanos congelados lloraban de alegría y soñaban con un sauna, una bañera con agua caliente y una bebida fuerte. Zorro les prometió todo eso y hasta una semana de vacaciones. Abrazando a sus amigos a él también se le salió una lágrima.

Yo conseguí a los tres amigos ya en la casa. Los Apóstoles, alegremente, me invitaron a beber y Zorro, literalmente, no me puso atención. Él no podía perdonar mi momentánea indecisión en desprenderme del dinero por la liberación de los muchachos. Y eso que ese no era dinero mío. Él entregó todo lo que había ganado. De nuevo nos quedamos en cero.

35

Tatiana Klimova me telefoneó. Yo estaba avergonzado por la injusta acusación que le había hecho y esperaba una respuesta indignada. En efecto, no era ella quien me había contagiado, le dije que era peligrosa y además la acusé de libertina. Sin embargo, en vez de gritarme, Tatiana me propuso encontrarnos en un café. Quiere decirme todo a la cara. Bueno, lo merezco, me tranquilicé y me puse en su lugar.

Cuando te encuentras con un viejo conocido, siempre sientes su mirada ponderándote y esa mirada dice todo: estás viejo, cambiaste, pero hacia algo mejor. Como respuesta, una sonrisa indulgente: ya tú no eres el mismo, los años…, que vas a hacer.

Hacía diez días que no la veía. Pero inclusive, en ese corto lapso de tiempo, ella me buscaba, preocupada, cambios relacionados con el virus destructivo. Qué triste es encontrarse con alguien que sabe de tu enfermedad.

Yo bajé la vista y tartamudeé:

- Perdona, la otra vez me dejé llevar, estaba en un estado… -

Ella me tomó la mano y yo callé. Enseguida me sentí mejor. En vez de truenos y regaños, escuché palabras consoladoras:

- Tranquilo Yury, yo te entiendo. A nadie le deseas algo así. ¿Como te sientes? –

- Estoy medicándome. –

- Yo averigüé, leí, pregunté. Con eso se puede vivir años, sin sentir molestias particulares. –

- Pero yo siento. –

- Que? –

- Me siento mal, en general. Del trabajo me botaron, no por la enfermedad, pero esencialmente por ella. – confesé.

- Radkevich te botó? –

- Lo recuerdas? –

- Gracias a él nos conocimos tú y yo. ¿Recuerdas nuestra cena de despedida en el hotel? –

- Disculpa, no debí… -

- No tienes porqué disculparte. Sinceramente, nuestros encuentros… - Tatiana me miró a los ojos y continuó en voz baja: - Para mí fue un mes extraordinario. –

Mientras yo buscaba palabras para responderle se acercó la mesonera. Aliviado, abrí el menú y ordené bebidas. El frágil contacto espiritual, fue roto. Tatiana agarró una servilleta y, doblando las puntas, hizo un juguete parecido a un auto. Se sonrió y empujó hacia mí, el carro de papel.

- Hace poco, por orden de Radkevich, hicimos una auditoría a una venta de autos: “Auto Rallye”, - dijo ella.

- Autos lujosos. – puntualicé.

- Ahora, eso pertenece a Radkevich, le estaban debiendo. –

- Se está enriqueciendo de nuevo. –

- El negocio de autos ahora no es rentable. Nosotros le recomendamos vender el resto para recuperar el préstamo atrasado. –

- Por favor, no hablemos de él. –

- Pero tú eres un especialista en computación, hallarás trabajo. –

- Ya encontré, - dije entre dientas. No quise parecer un perdedor.

- Que bueno! ¿Cual? – se alegró Tatiana. – En un banco? –

- En la esfera de las finanzas, - involuntariamente, respondí.

Tatiana decidió que ese trabajo no debía ser una gran cosa, y se apuró a decir:

- La familia es cien veces más importante que cualquier trabajo. –

- Con mi familia también tengo problemas, - se me salió.

- Tu esposa también supo de tu enfermedad? –

- Lo supo, - le respondí, sin darle detalles. – Y me botó también. – agregué. – Bueno, no fue que me botó, me pidió que viviera aparte. –

- Y dónde estás viviendo? –

- … - Solo moví mi mano en el aire. No le iba a contar sobre las casas invadidas ni sobre el sótano.

Nos trajeron dos copas de vino. Brindamos y bebimos. Por un momento, me pareció que vi, reflejada en la copa de Tatiana, una silueta femenina conocida. Yo volteé y no vi a nadie. Tatiana de nuevo tomó mi mano, mis dos manos y mi mirada volvió hacia ella.

- Te diré algo, - se acercó a mí, viéndome por debajo de sus pestañas, - tú puedes volver conmigo.

Yo perdí el don del habla. Inconscientemente me había incluido en el grupo de los forajidos. Y me había hecho a la idea de que más nunca tendría una mujer. Me desagradaba el hecho de arriesgar la salud de otros por la satisfacción propia, de lo cual podía prescindir. Yo ya había probado el dulce fruto de los placeres corporales. Ahora mi destino es hacer dinero para mi familia y desaparecer. Cuando alcance mi meta, mi camino vital se acabará. El virus tomará lo suyo y yo no estaré más.

El dinero es mi faro, al cual yo me dirijo. Yo no pensaba en más nada. Ahora una hermosa mujer me invitaba a vivir con ella.

- Pero… como… tú sabes, - las palabras casi no me salían.

- No te voy a llevar a la cama. Te propongo vivir juntos. Y ahí, lo que resulte. –

- Te arriesgas. –

- Es una tontería! Imagínate que estás resfriado. Una higiene elemental y puedes hacer de todo. Absolutamente de todo. –

Ella se estiró a través de la mesa y me besó en los labios. El beso fue seco, corto, pero para mí, me había golpeado un rayo. Dios, soy una persona normal, puedo vivir, como todo el mundo. Inclusive soy más libre que los demás, ya que puedo arriesgarme. Por qué limitar mis planes, yo soy capaz de más, que simplemente proveer a mi familia por largos años. Tatiana cree en mí.

Yo no le respondí enseguida. Salimos del café juntos y le dije:

- Tengo unos asuntos que hacer. – Aunque era de noche, eso era verdad, ya que tenía que imprimir, urgentemente, unos bublos nuevos.

Ella estiró su mano para entregarme las llaves de su apartamento.

- Te voy a esperar. La dirección la conoces. –

Y me besó de nuevo. Esa escena común, frente a una cafetería, llamó la atención, no solamente a mi persona, sino a una mujer semi

escondida en un automóvil. Fue su reflejo que yo noté en la copa, pero no la reconocí. Lástima.

En menos de un minuto, Natasha Gromov había llamado a mi esposa.

- Katya, no te imaginas a quien acabo de ver! Tu esposo. Estaba en una cafetería con una perra. Se estaban besando. ¡En público! –

Mi esposa se quedó sin habla.

- No me crees? Te voy a enviar una foto. – Y envió nuestro abrazo, con un "Lexus" de fondo.

- Que contagie a esa chica fácil. –

En la voz se le escuchó a Katya cierta desesperación y Natasha encendió el carro.

- Voy para allá, amiga. No hagas nada, espérame. –

Pronto estuvieron las mujeres sentadas en nuestra cocina destrozando al vil representante del género masculino.

- Ese es un muérgano, ese Grisov tuyo. ¿Será que mintió sobre la enfermedad? – sugirió Natasha.

- Yulia lo escuchó en el hospital, - confirmó Katya.

- Y tú lo vas a aguantar? –

- Yo ya lo corrí. ¿Qué más puedo hacer? –

- Esos tipos son unos desgraciados. Los corren de una cama y enseguida saltan a otra. –

- Y como los viste tú? ¿Los seguiste? – se interesó Katya.

- Acuérdate de que mi marido es policía. –

- O sea, ¿tú también? –

- Por ti, - Natasha levantó la voz. – Hay que saber la verdad. –

- No sé. –

Katya sacudió la cabeza, echándose a perder el ya feo peinado y lloró. Natasha se lanzó a consolarla:

- No, tranquila, amiga. Tú no debes enfadarte, tu ánimo puede afectar al bebé. –

Recordando al bebé, Natasha corrió al carro por el paquete que trajo.

- Casi lo olvido. Te traje algo. Sabroso y sano. Si, eso existe, - se enredó ella, sacando pequeños tarros. – Es comida para niños, caro, se venden poco. Se vencieron, pero los saqué enseguida. Voy a seguir trayéndote. –

- Vencidos? – Katya arrugó la cara.

- Uno, dos días. No es para el bebé, es para ti. –

- Y tú no crees que va a llegar hasta él? –

- Para la comida infantil establecen plazos más cortos. Se aseguran. Mira, ¿oíste? Un golpecito seco en la tapa al abrirse, significa que está bueno todavía. – Natasha abrió el tarro del puré de vegetales y metió una cucharilla. – Absolutamente normal. Un poco

insípido y sin azúcar. O sea, ¡sano! –

Por su cara de medio tonto, pero aplicado, no se podía saber si Petujov había conseguido lo que se quería. En cuanto apareció en la oficina, Gromov le exigió informar:

- Te dieron la cinta de video? –

- La orden que usted me dio, ayudó. Es una investigación policial. Me pusieron esas cintas en el pen drive. –

- Dame para acá. –

Gromov puso el pen drive en el laptop. Petujov volvía del hospital donde se habían hecho los análisis de sangre. En el pen drive estaban las video cintas tomadas con las cámaras exteriores del hospital, ese mismo día. Se veía el estacionamiento.

Gromov se concentró en el monitor. Ahí están, él y Petujov, saliendo del "Ford" y dirigiéndose al hospital. Después se ven a dos uniformados de policías acercándose al carro. La imagen es pequeña, se ve la espalda de los tipos y no los rostros, pero lo importante es que, ¡los sustituyeron! Algunos de sus colegas utilizaron su auto para meter la mano en el plato de comida del coronel Korneev.

Eso es una vileza, ¡una flagrante vileza! ¿Quiénes son ellos?

36

- Estás llegando tarde, - le reclamé a Zorro, cuando apareció en el laboratorio.

- Por una razón válida, - respondió el socio, parándose al lado de la mesa donde estaban unos nuevos bublos.

Él levantó una paca de billetes, preparados para cambiarlos, lo pensó un momento, tomándole el peso y los volvió a la mesa. En su mirada no había ni la alegría anterior ni una particular emoción.

- Pasó algo? – me preocupé.

- Pero usted está tranquilo. ¿Volvió con su esposa? –

La noche anterior la había pasado donde Tatiana Klimova. Simplemente llegué y abrí con la llave que ella me había dado. Para ella era como un deber. Nos sentamos ante una botella de vino y recordamos lo bueno y lo indecente que hubo entre nosotros. Ella se pegó de mí y, valientemente, me besó. Yo la dejé hacer lo que quiso con las manos. Y en ese momento llegó una llamada de Katya.

- Eres un desgraciado. – No dijo más nada. Colgó.

La conocida voz fue como hielo para el alma. ¿Como se enteró? ¿Será que lo presintió?

No tuvimos relaciones sexuales. Ella durmió en un cuarto y yo

en otro, pero en la mañana desayunamos juntos. Y de nuevo conversamos, no del pasado sino de otra cosa. Y yo me di cuenta que fácil es relacionarse cuando no es necesario esconder la enfermedad.

No le respondí a Zorro, para no mentir y escuché el reclamo del socio:

- Si usted hubiera estado con nosotros, sabría lo que sucedió. -

Yo aparté las cosas con las que estaba trabajando y miré a Zorro, con interés:

- Cuéntame. –

- Me quemaron el “Subaru”, - dijo. – Un regalo de despedida de Tyson. Lo hicieron con toda la intención. –

- Tú cumpliste sus condiciones, ¿no? –

- Yo corrí a los malandritos que nosotros atrajimos, pero no todos volvieron donde ellos. – Con rabia tiró al piso los paquetes de bublos. – Doc, ya no vale la pena esforzarse, la red se desmoronó, ya no hay negocio. –

Yo no quería rendirme.

- Empecemos de nuevo. Los Apóstoles resolverán. –

- Todavía están en trance, los moretones ya sanaron, pero… En ese estado de ánimo no pueden trabajar, necesitan descansar. –

Por el abatimiento de mi compañero yo comprendí que la situación era seria. Demasiadas emociones negativas le cayeron a los muchachos los últimos días. Todos trabajamos mucho, pero llegamos a un hueco en el camino. Necesitamos cambiar la situación y levantarles el ánimo. A las mujeres, en tales casos, los psicólogos les aconsejan irse de tiendas. A los hombres no les es suficiente unos pantalones nuevos, sino un carro nuevo.

- Vamos a resolver los problemas paso a paso, - dije con seguridad y enseguida concreté: - Tú ya no tienes ruedas, mi “Peugeot” también está golpeado, aunque lo medio arregles, no va a ser un “Mercedes”, y los Apóstoles nunca tuvieron un auto decente. –

- ¿Cuál es el punto, Doc? – Zorro no comprendió

- Ya es hora de tener carros nuevos. –

- Ajá! – se rio Zorro. – Y con que plata? No nos queda nada. –

- Pero nos queda esto. – Toque, con los nudillos, su cabeza y la mía.

Zorro arrugó la frente, esperando aclaratorias. Yo continué:

- Tu blockout es algo genial, pero hay que mejorarlo. La cajita bloquea la comunicación con el banco, pero eso es solo la mitad del asunto. ¿Es posible hacer que el blockout envíe una respuesta? –

- Es fácil decirlo. Hay que analizar la señal, tomar una decisión y formular la respuesta. Ya eso sería una minicomputadora. –

- No hay que analizar nada. Llegó la señal, se envió la respuesta. –

- Cual respuesta? –

- Una corta, y siempre la misma. –

Le expliqué mi plan. A medida que le desarrollaba los detalles, en el rostro sombrío de Fedor Volkov iba creciendo la sonrisa. De nuevo se transformaba en el muchacho inquieto y despreocupado.

Y nos metimos de lleno en el asunto.

Al día siguiente, los hermanos Noskov entraban al “Auto Rallye”. Ahí vendían los automóviles “Porsche”. Los Apóstoles se comportaban como provinciales ricos que querían comprar un auto para impresionar a los amigos.

- Esto es una venta aquí? – desde el umbral preguntaron al que venía a atenderlos. – Nosotros vinimos especialmente desde Rostov.

Resulta que yo recordé la conversación con Tatiana Klimova, donde ella me dijo que “Jupiterbank” había tomado ese auto salón por deudas. Radkevich aceptó el consejo de los auditores y aprobó la venta de los carros.

El gerente del lugar le anunció las condiciones a los Apóstoles:

- Hasta final de mes tenemos una rebaja del quince por ciento en todos los modelos y servicio técnico gratuito por un año. –

- Servicio, ¿para qué? ¿Los carros no son nuevos? – se alertó Pablo.

- Absolutamente nuevos. Miren. ¿Qué es lo que buscan? -

- Este. – Pedro se acercó a un “Porsche Cayenne” con todos los accesorios, como lo pidió Zorro, y se sentó tras el volante.

Pablo se sentó a su lado. El gerente ocupó el puesto de atrás y, con voz convincente, empezó a describir las cualidades del automóvil.

- Lo tomamos, - lo interrumpió Pedro, tocando todos los botones e interruptores.

- Este es el más costoso de los modelos en exhibición, - advirtió el gerente y mostró la lista de especificaciones y precios.

- Y la rebaja? – recordó Pablo.

- El precio escrito tiene la rebaja incluida. -

Los hermanos asintieron respetuosamente, mirando el panel de instrumentos y confirmaron:

- Ok. Lo tomamos. –

- Vamos a hacer el registro del auto y formalizar lo del seguro, - se apuró el gerente. – Se lo podrán llevar mañana, ya con las placas. –

- O sea, ¿el dinero ahorita y el carro mañana? ¿Estás oyendo hermanito? Él cree que somos pendejos, - le dijo Pedro a Pablo.

- Mira pana, sin trucos moscovitas. Nosotros pagamos y nos vamos en ruedas nuevas. Lo registraremos en Rostov, allá tenemos todo resuelto. – Pablo apoyó a su hermano.

- Como quieran. ¿A nombre de quien lo pongo? Necesito cédula y licencia de conducir. –

- A nombre mío. – Pedro le entregó una licencia a nombre de Oleg Golikov, la cual yo imprimí en el sótano utilizando los materiales que le confiscamos al falsificador de diplomas.

- Mientras preparo los documentos les van a traer café o té. – el gerente se deshacía en amabilidades.

Habiéndose puesto de acuerdo en todos los aspectos de la negociación, el gerente los invitó a la taquilla de pago:

- Como lo van a pagar? – preguntó el gerente mirando un paquete no muy grande en las manos de los Apóstoles.

- Es el siglo veintiuno, viejo. Nadie anda con efectivo. – Pedro sacó, muy ceremoniosamente, una tarjeta plástica.

- El banco va a debitar su comisión, - les advirtió el gerente.

- Otra vez nos clavan, aquí rebajan, allá aumentan. Está bien, cóbrate. Y prepara las llaves. –

Los hermanos se acercaron a la taquilla. Tras un vidrio grueso una chica tomó la tarjeta con el logo de “Jupiterbak” y sonrió:

- A los clientes de nuestro banco no le cobramos comisión. –

- No me regalan el carro? –

La cajera sonrió más ampliamente, marcó la multimillonaria suma necesaria y pidió:

- Ponga su clave, por favor. –

Mientras Pedro marcaba el código, Pablo pisaba el botón del blockout que tenía en su paquete. El aparato bloqueó la señal que se dirigía al banco. Así trabajaba antes, pero a partir de ahora, tenía una nueva función. Zorro modernizó el aparato según la idea que le di, aunque no lo habíamos probado en la realidad.

El tiempo pasaba y la respuesta no llegaba. Pedro se animó y bromeó:

- Mientras mayor es la suma, más se tardea el banco en comprobar. -

La muchacha se incomodó y pidió otra tarjeta, pero ahí llegó la respuesta: “Operación aprobada. Retire la tarjeta”. Esa era la única respuesta que habíamos programado.

La cajera les entregó el recibo y los Apóstoles, contentos, abandonaron el auto salón en un carro nuevo.

- Que nota! - se alegró Zorro, cuando sus amigos le entregaron el auto de su sueño.

Ese mismo día nosotros hicimos un negocio similar en los otros dos salones de “Auto Rallye”. Para ellos, los Apóstoles “compraron” un poderoso “BMW X6” y yo recibí un modesto, comparativamente, “Mercedes” clase C. Mis colegas escogieron el color negro, pero yo preferí el blanco. Yo no pensé en mí. Cuando yo muera mi hija se quedará con el carro y yo conozco sus gustos en colores.

En nuestra acción nosotros tratamos de no dejar huellas. Con

destreza, los Apóstoles les borraron los números de serie y yo les puse unos “legales”. Afortunadamente, nosotros tomamos prestados, del falsificador de diplomas, muchos formatos apropiados. Con estos documentos, Zorro, en el uniforme del teniente Petujov, fue a la formalidad de inspección de autos. El registro pasó sin problemas. Quien le iba a negar algo al “colega” si, además, llevaba unos buenos regalos. Y así, tuvimos documentos verdaderos de esos carros lujosos.

Por supuesto hicimos una pequeña fiesta. Mis socios parecían niños divirtiéndose y yo me alegraba de verlos. Ahora teníamos una suficiente provisión de ánimo bueno, que hasta podíamos subir montañas.

En “Jupiterbank” se enteraron de nuestra “compra” apenas en la mañana siguiente. Sobre el escritorio de Radkevich estaba la relación de venta de tres carros costosos, pero que dinero de esa venta no había entrado. El banquero decidió que había que resolver. Estaba claro que el comprador utilizó una tarjeta a nombre de Oleg Golikov.

En posición de firmes, frente a Radkevich, estaba Golikov, completamente atolondrado.

- Quien es Oleg Golikov de Rostov? – preguntó el banquero, encolerizado.

- No tengo idea. –

- Me robó toda la ganancia de la venta planeada. ¿O lo hiciste tú? –

- Yo creo que Grisov se está vengando de mí. –

- De ti? Es mi dinero, ¿se está vengando de ti? Deja de echarle la culpa a Grisov, ya hace tiempo él no trabaja con nosotros. Y puede ser que sea una jugada pícara de tu parte. Enviaste a un ladrón en tu nombre para que yo pensara en tus enemigos. –

- No. –

- Como que no? La seguridad de las transacciones es tu responsabilidad. ¿No es así? –

- Así es. – dijo Golikov.

- Significa que tú eres culpable en cualquier caso! –

37

“Le haces un favor a alguien y no hay ningún agradecimiento. Al contrario, te evitan para olvidar aquello. O sea, ellos son los buenos, y tú, que te vayas p´al carajo”. Así estaba pensando Oleg Golikov antes de encontrarse con Oksana Broshina. Mientras reparaban el automóvil de ella él se ofreció para transportarla. No tanto ofrecerse para el transporte sino para encontrarse con ella. Ya era tiempo de recibir lo prometido de la chica. Ahí está ella. Ese

peinado, esos anteojos elegantes, la blusa que le deja ver los hombros, esa falda pegada, las bellas piernas y ese caminar al que no le puedes perder la vista. Buena, la perrita.

Oleg abrió la ancha puerta de su “Jaguar coupé”, del cual estaba muy orgulloso. Oksana se sentó en el asiento del acompañante y puso su mejilla para que la besara. A Oleg no le bastó el besito amistoso, sino que la tomó por la cintura y le buscó los labios. Oksana, delicadamente, lo contuvo.

- Lo prometiste. La revista ya salió hace tiempo, - le recordó él, moviendo las manos.

- Espera. ¿Quieres aquí? -

- Inclinamos el espaldar. Los vidrios son ahumados. –

- No chico. Primero vamos al restaurant. –

- Allá nos van a ver y van a ir con el chisme a Radkevich. Ya sin eso me está viendo mal el tipo. –

El recuerdo del amante hizo reaccionar a la muchacha y se vio obligada a aceptar:

- Está bien vamos a tu casa. –

- No es una variante. Vivo en las afueras, con mis padres, - sin querer, Oleg tuvo que reconocer.

- Que? Un tipo tan grande y todavía vive con papá y mamá. –

- Vamos a tu casa. Está cerca. –

- El alquiler de ese apartamento lo paga Radkevich. Yo sospecho que él tiene una cámara escondida ahí. –

- Si hay una cámara ahí, yo la puedo encontrar. –

- Y mientras tú la encuentras ya nos grabó. Es muy celoso. –

- Entonces no tenemos opción, - Oleg no aguantaba la impaciencia.

Él inclinó el espaldar del asiento, acostó a la muchacha y empezó a quitarle la ropa. Oksana lo dejó hacer, todo sea por la carrera en el negocio del modelaje. Oleg estaba sumamente excitado, pero en el momento más picante, alguien tocó la carrocería como si fuera una puerta. Golikov se irguió y vio, pegados al vidrio, los rostros de dos adolescentes.

- Los voy a joder! – les gritó.

Los muchachos desaparecieron. Oksana, asustada, empezó a vestirse. Oleg se inclinó hacia ella otra vez, tratando de convencerla:

- Un par de mocosos, ya los corrí. –

- Así no puedo. –

- Espera un poco. Relájate. – Oleg la forzaba.

Y en ese momento se oyó un horrible crujido, como si le pasaran, con fuerza, un clavo a la carrocería del auto. Oksana le gustaba a Golikov, pero éste, amaba mucho más a su adorado “Jaguar”. Así, sin pantalones, salió del carro. Arrastró consigo su

portafolio, el cual, cayendo en la acera, se abrió y de él salió una manzana verde.

Los muchachos salieron corriendo. Golikov les lanzó la manzana, pero cuando vio sus piernas desnudas se escondió de nuevo en el auto. Continuar con el proceso del placer ya no era posible.

- Pudiste grabarlo? – preguntó Pedro.

- Claro! – corroboró Pablo.

Los hermanos Noskov hacían el seguimiento de Golikov desde su nuevo “BMW”. Pablo filmaba lo que sucedía con una cámara con teleobjetivo. Hacia ellos corrieron los muchachos que molestaron a Golikov en su “Jaguar”.

- Si los fotografiamos, - se reportaron, entregando una camarita pequeña a Pedro.

Este comprobó la cinta de video y quedó satisfecho:

- Lo que se necesitaba. – Él entregó a los muchachos el dinero prometido y los alabó: - Buen trabajo, chicos. Si guardan el secreto, los contrataré de nuevo. –

A la hora siguiente ya yo estaba examinando ambas cintas: la de cerca y la de lejos. La ancha puerta del “Jaguar” desnudaba la escena amorosa en ambos sentidos, el propio y el figurado.

A su lado estaba Zorro, saboreando lo que veía y comentaba:

- Esas piernas. Que tonto fui que no aproveche ese cuerpecito en el hotel. –

- El tonto es el que pierda la cabeza por ella. –

- Se refiere a Golikov? –

- Y a Radkevich. –

- Le enviarás la cinta al banquero? Es mejor hacer una sola cinta, se obtiene un video picante. –

- Puedes hacerlo? – pregunté.

- No es difícil. Hasta se le puede poner música. –

Yo detuve el cuadro donde Golikov sale del carro. Viendo el portafolio abierto a sus pies, me vino a la cabeza una idea inesperada.

- ¿Y se podría, en el cuadro de la manzana, cambiar la escena? –

- Depende de con qué. –

Le expliqué. Zorro aprobó lo que le dije con una sonrisa y desarrolló la idea:

- Si conseguimos el mismo portafolio saldrá mejor. -

¡Tiene razón! Yo comprendí enseguida todas las posibilidades que se abrían. Estos son los casos donde uno dice: dos cabezas piensan mejor que una. Si tenemos, exactamente, el mismo portafolio, no estaremos limitados a un montaje primitivo.

Qué bueno que Golikov fuera un fanático de las marcas. Yo recordaba la etiqueta en su portafolio y encontré el mimo portafolio

“Vacheron” en internet y lo pedí por entrega expresa.

Cuando el video montaje ya estuvo hecho, yo levanté el costoso portafolio y se lo entregué a Zorro.

- Mañana te voy a necesitar. No te olvides de él. –

Zorro me miró con los ojos entrecerrados. No dijo nada, pero yo adiviné el reproche oculto. Fedor me ayuda en todo, pero yo mostré dudas y debilidad cuando se trató de salvar a los Apóstoles.

38

La mañana siguiente yo esperé a Golikov en el supermercado donde acostumbraba a comprar las manzanas verdes. Él se preparaba bien para su trabajo en la oficina, no solo compraba la jugosa fruta sino también cigarrillos. Así fue hoy. Oleg salió del mercado sosteniendo, con una mano, su amado portafolio, y con la otra, el paquete de manzanas. Entrar al banco con el paquete en la mano no era glamoroso, por eso, al llegar al carro, procedió a poner las manzanas en el portafolio.

Ahí lo alcancé y le toqué, ligeramente, el codo.

- Vitaminas en lugar de nicotina? – le pregunté burlón, casi grosero.

Oleg se sorprendió momentáneamente. Le tumbé el paquete de manzanas de la mano, ellas rodaron por el pavimento y se metieron bajo el automóvil.

- Que coño?! – él se disgustó, pero todavía no comprendía las razones de mi abuso.

Lo ayudé a comprender:

- Oksana no olvidó las pantaletas en el carro? –

Él lanzó una mirada a su auto rayado, y cuando se volteó, estaba realmente arrecho.

- Entonces fuiste tú. –

-Recuerdo que tú dijiste que ibas a provocar cuernos a Radkevich. ¡El tipo lo dijo, el tipo lo hizo! ¿Y ella? –

De nuevo lo empujé. Oleg se dispuso a pelear, pero el portafolio lo molestaba. Lo puso sobre el techo del carro y se fue contra mí. Empezó la pelea.

- Tu enviaste los malandros a rayarme el carro, ¿no? – Golikov dijo entre dientes.

- Y les di una cámara, - le dije a propósito, apartándolo del carro.

Él se preparó para golpearme, pero reaccionó a la palabra cámara, se detuvo y preguntó:

- Cual cámara? – lloviendo saliva de su boca, me sacudió por los hombros.

- Y grabamos un video excelente. –

- Cual video? – mi contrincante entró en pánico.

- Tu culo desnudo entre las piernas de Oksana. Además… -

- Te voy a…! –

Trató de golpearme, pero me cubrí con mi brazo y sonriéndome dije:

- Me imagino como le gustará a Radkevich esa escena. –

Finalmente, Oleg se puso fuera de sí y violentamente movió los puños. Pero oficinista al fin, él no sabía pelear. Yo lo esquivaba y entonces no pudo darme ningún golpe. Causarle daños en el rostro no estaba en mis planes. Y si Golikov hubiera puesto más atención se hubiera dado cuenta de que me interesaba más lo que sucedía a sus espaldas.

- ¡Maldito, hijo de perra! – empezó a insultarme.

Y yo vi que nuestro plan funcionó. Zorro, ágilmente, cambió el portafolio de Golikov por él que nosotros llevamos, que era idéntico. Entré en clinch con mi adversario y le dije al oído:

- Quieres ese video? –

- Escoria! – continuó los insultos.

- Me botaron del trabajo y tengo que matar tigritos por ahí. Te propongo un cambio. –

- Que quieres? –

- Medios de subsistencia. –

- Cuanto? –

- No de ti, pendejo. Tú humillaste a Radkevich, yo también quiero hacerlo. –

Golikov retrocedió y se quedó mirándome como extrañado. Yo le expliqué:

- Radkevich me despidió, ahora él tiene que pagar. Tú me das los códigos nuevos de acceso a los cajeros automáticos, por un par de días, después los cambias. –

- Pero nos vas a dejar limpios. –

- No a ti, a Radkevich, - lo corregí y agregué: - No voy a sacar demasiado. A cambio tú recibirás el video, del cual solo existe un original. –

Golikov dudó. Tuve que recordarle la alternativa desagradable:

- En caso contrario Radkevich hoy verá la grabación y le dirás adiós a tu carrera. Él es vengativo y se encargará de que no puedas trabaja en ningún otro banco. –

- Ok. ¿Dónde y cuándo? – Oleg se decidió.

- Sales en la hora del almuerzo, yo estaré esperándote. –

- No te acerques al banco. –

- Tengo un carro nuevo, nadie lo conoce todavía. – Le mostré el “Mercedes” blanco.

Cuando vio el costoso carro, se convenció de que lo que me interesaba es solo el dinero.

- Eres un hijo de… - comentó Golikov.

Moví mi mano como para quitarle el polvo a su traje y me disculpé:

- Perdona por las manzanas. –

- Vete al carajo! –

Metió el portafolio en el carro y se sentó al volante. Dio una vuelta abruptamente, casi me golpea y se dirigió a su trabajo. Al volante de su prestigioso auto, se sintió de nuevo, dueño de la situación. Probablemente estaba urdiendo un plan para engañarme: por ejemplo, recibir el video y enseguida cambiar los códigos. O esperar a la primera falta de dinero, cerrar el sistema y reportar al jefe su diligencia. Ingenuo. ¿Por qué los bastardos están convencidos de que los únicos que tienen derecho de engañar son ellos? Golikov no tomó en cuenta de que yo soy otro. El correcto funcionario bancario Yury Andreevich Grisov se murió, ahora, en su cuerpo vive el cínico y calculador Doctor.

Yo procedí a la parte definitiva del plan. Yo estacioné el nuevo “Mercedes” cerca de la oficina principal del “Jupiterbank”. Esperé que Radkevich llegara al trabajo y le envié una comunicación a su correo electrónico. Lo primero que verá el banquero cuando prenda el computador será el mensaje: “Él te jodió en todos los sentidos”, y una serie de cuadritos pequeños en calidad de ilustración.

Radkevich, interesado, los agrandará y verá no solo a Oksana desnuda bajo su empleado. Esta humillante vista lo preparará para el siguiente cuadro, preparado brillantemente por Zorro. En ella, Golikov sale del auto sin pantalones y el portafolio en el suelo, de donde se riegan unos billetes falsos. El banquero nota que son los mismos bublos con los cuales le roban en sus cajeros automáticos.

Para vengarse de la traición, a Radkevich le sobra fuerza física y poder administrativo y por el robo de capital en años anteriores te privaban de la vida. Ahora, los tiempos son más tranquilos y en vez de la vida te privan de tu libertad. Radkevich había tenido la visita del capitán Gromov, con quien había hablado de los bublos. Será interesante lo que va a decir cuando vea la grabación de video.

Mi cálculo fue exacto. Pronto llegaron al banco Gromov y su compañero en el “Ford”. Pero también trajeron una patrulla llena de policías armados. E inmediatamente entraron al banco.

Lo que sucedió allá adentro me lo contó mi hermano después. Habiendo oído la declaración del banquero, él detuvo a Oleg Golikov. Una búsqueda en la oficina de Oleg les dio la demostración convincente de la culpabilidad del sospechoso. En su portafolio se encontraron dos pacas de billetes de cinco mil bublos (para el enemigo

ni agua), en el bolsillo le consiguieron un pen drive con los códigos de acceso a los cajeros automáticos (muy bueno que haya hecho la tarea rápido).

Pero hallaron otra cosa. En uno de los compartimientos del portafolio había una foto profesional de una muchacha modelo. Gromov, por supuesto, reconoció a su sobrina.

- Por qué tienes una foto de Yulia Grisov? – le preguntó.

- Grisov? – Oleg Golikov abrió los ojos desmesuradamente. – Su apellido es Grisov? –

- Hija de Yury Grisov. Lo conoces, ¿no? Estás listo, bastardo. –

Bueno, tiene alguna utilidad tener un hermano policía. Pero había que hacerle todo. Y debí ponerle la chaqueta por ahí, con los indicios de ácido acético, para que la agregara a las evidencias.

Cuando sacaron a Oleg Golikov esposado del banco, movió la cabeza buscando el “Mercedes” blanco. Yo bajé el vidrio y él me vio. En sus ojos brillaba la maldad y en los míos había tristeza. Yo no sentía la alegría del vencedor. En ese momento yo pensé en Yulia y solo deseaba que los médicos consiguieran sanarla y hacerla feliz como antes.

Alejándome yo miré hacia la ventana de la oficina de Radkevich. Ahorita el banquero se siente victorioso y no sospecha qué, con el arresto del ejecutor del crimen vil, mi plan de venganza no se termina.

39

Esa noche fui a mi casa donde estaba mi esposa. Yo quería contarle que habían arrestado al que envenenó a Yulia. Probablemente no lo condenarían por eso, sino por otro delito, pero sería condenado de todas maneras. Sin embargo, Katya no quiso conversar conmigo, torció los ojos significativamente y no pronunció ni una palabra. Hubiera sido mejor que me gritara y me regañara. Yo me hubiera disculpado, le hubiera pedido perdón y, a lo mejor, nos hubiéramos reconciliado. Pero ella no quería escuchar nada, se metió en su habitación y encendió el televisor.

Le dejé dinero en la mesa de la cocina y la mayor parte la metí en el nicho secreto en el ático. Cuando yo sienta que se acerca el final, le contaré sobre ese nicho.

Acercándome de nuevo a su puerta, quise explicarle que la mujer con la que me vio Natasha es una compañera de trabajo. Pero Katya le subió el volumen al televisor. En las noticias hablaban del robo de un carro que llevaba el sueldo de los trabajadores de una construcción. Yo me rendí y me fui. Si no me quieren ver aquí me voy al laboratorio. O quizás adonde Tatiana.

La suma de dinero robada que dijo el locutor fue lo último que oí cuando salía de la casa.

Ya al volante yo me asombraba por la cantidad de dinero en efectivo que llevaban a esa construcción. ¡Y dos veces al mes! Seguramente el banco cobra una comisión por entregar esa cantidad en efectivo y además hay que pagar a cajeros, choferes y vigilantes. Eso es problemático y peligroso.

Llegando al laboratorio busqué esa noticia en internet. Se trataba del complejo habitacional “Urbanización del Sur”, el cual se construía en las afueras de Moscú. Era una construcción enorme con muchos trabajadores, a los cuales le pagaban en efectivo. Eso atraía a los ladrones y eso me estaba dando una idea.

Al día siguiente me dirigí a las oficinas de la compañía constructora.

Yo llegué sin invitación y no me dejaban ver al dueño de la compañía, Artemio Larin. Larin era de esos expansivos empresarios que no pueden vivir sin acompañamiento de escándalos. Si no suelta algo cínico como: “yo construyo para millonarios, no para pensionarios”, expulsa a un periodista o le echa agua a un oponente en televisión o alguien escribe sobre sus fiestas con mujeres semi desnudas. Inclusive decían que el robo del día anterior fue inventado como publicidad.

Sin embargo, por el rostro ajado del jefe de vigilancia, Víctor Melnik, comprendí que el dueño le echó un regaño y pasó una mala noche. Me llevaron donde Melnik cuando dije que yo quería hablar sobre el robo. Deduje que Víctor era un cuarentón como yo. Por algunos detalles me di cuenta de que había sido un investigador del gobierno que había pasado a la empresa privada por un buen sueldo. Corte de pelo casi al rape, mirada penetrante y los pies bien puestos sobre la tierra, para aguantar todo.

- Usted sabe algo de los ladrones? – me preguntó Melnik, con una mirada agresiva.

- Si se. Están disfrutando del dinero y van a venir por más. –

- Quienes son ellos? –

- No tengo idea. –

- No trate de tomarme por tonto. Quiere vender información, dígalo. No tiene nada que decir, ¡váyase al carajo! – estalló el jefe de seguridad.

- Yo sé, como evitar que sucedan incidentes similares en el futuro. –

- Y cómo? –

- No utilizar efectivo y pasar los salarios a tarjetas. –

Melnik giró su cuello un par de veces, cerró y abrió su puño grande y dijo:

- Vete p´al carajo, geniecito. –

- Yo propongo un esquema de negocios que dará ganancia a todos. -

Él se levantó para sacarme de la oficina, pero yo insistí:

- Yo puedo explicarlo. –

Él me dio un empujón en el pecho.

- Te caíste de un árbol. Tenemos cientos de trabajadores ilegales, si hay que pagar multa por cada uno, entonces… -

- ¡De todas maneras ganan! – dije. – Solo escúchenme. –

Había algo en mi voz y en mi actitud, la convicción y concentración internas, y lo más importante: yo no parecía un idiota. Melnik se relajó y me dio un chancecito:

- Tienes un minuto. –

Yo expliqué todos los puntos positivos de mi proposición para la compañía constructora, callando sobre mi ganancia. Esto último no escapó a su atención, pero solo me miró de una manera particular: como que no eres tan simple y no me preguntó más. Los subordinados de Larin estaban acostumbrados a que, para llegar a la cima del éxito no había una autopista recta sino en zigzags complicados. Pero los descarados y afortunados llegan allá en helicóptero.

- Le desarrollas los detalles al jefe, - decidió Melnik y me llevó donde Larin.

Artemio Larin, como joven playboy, se veía, estudiadamente negligente en su aspecto: barba corta no afeitada, cabello revuelto, jeans descoloridos, camisa deportiva con el cuello suelto, tatuaje en un bíceps y, en la muñeca, en vez de un reloj costoso, una muñequera de cuero. Él hacía una excepción en los zapatos: estos eran costosos y bien cuidados.

Melnik se acercó a su jefe y le habló en voz baja. Sobre mí cayó una mirada escéptica: ¿qué le puede enseñar un tipo con cara de perdedor a un millonario? Tuve que hablar rápido, corto y sustancialmente.

- Mi plan es absolutamente provechoso para usted. A cada trabajador usted le abre una tarjeta en “Jupiterbank”. De mi dinero yo pondré el salario en las tarjetas. Y usted me dará la mitad de lo que yo haya depositado en las tarjetas, en efectivo. Primero el depósito, después su pago. –

- Me ahorro el cincuenta por ciento, grosso modo. – Larin comprendió enseguida. – Eso es un robo. –

- La pérdida la asumo yo. –

- Claro. ¿Dónde está el truco? –

- Para usted es pura ganancia. Se olvida de las multas por los trabajadores ilegales, economiza en sueldos y ya no hay peligro de robos ya que todos sabrán que el dinero está en las tarjetas. Rentable y

seguro. –

- Yo me anoto. Solo que la parte tuya no la comprendo. Figurativamente hablando, ¿tú quieres ser más santo que el papa? –

- Créame, yo no voy a perder, pero ese es mi secreto. –

- Turbio. –

- Yo voy a depositar el dinero primero. Para usted no hay riesgo. –

- Puede ser, - Larin continuó dudando.

Saqué una calculadora, se la alcancé al empresario dudoso y traté de hablarle con su lenguaje:

- A la plata le gustan las cuentas. Multiplique la cantidad de trabajadores por su sueldo por doce meses y córtele la mitad. Esa será su ganancia, la cual, por decirlo así, caerá del cielo. -

Artemio Larin pulsó las teclas de la calculadora, miró las cifras resultantes y después me miró a mí. El conocía las leyes del ciclo del dinero en los negocios por experiencia, por eso preguntó:

- Si para mi es más y para ti, es más, ¿para quién es menos? –

- Las tarjetas deben ser del "Jupiterbank", - le recordé, - y las sumas de las transferencias deben ser múltiplos de cinco mil. Esa es una condición técnica. –

- Curioso, - pensativamente pronunció el hombre de negocios y de repente reaccionó: - Pero nosotros no nos hemos presentado. –

- Llámeme Doctor, - me presenté.

- Simplemente doctor? –

- Doctor, con mayúscula. Usted es una personalidad conocida, Artemio Larin. –

Mis palabras le gustaron. Larin dio una vuelta a la oficina, se dirigió a mí y me dio la mano:

- Ok. Doctor. Haremos la prueba. Tengo cincuenta trabajadores legales, empezaremos con ellos. La lista de tarjetas la vienes a buscar dentro de tres días. Se la pides a Melnik. –

- Entonces nos vemos en una semana. –

Meter los bublos en las cincuenta tarjetas no fue un problema para nosotros. Las cantidades no eran grandes, cuatro billetes por tarjeta, la tecnología funcionó y los Apóstoles resolvieron la tarea en un par de días. Eso era un millón de bublos.

A la semana siguiente visité de nuevo a Larin. Él puso sobre la mesa, frente a mí, quinientos mil rublos. A los ricos no les gusta separase del dinero incluso en un negocio con buena ganancia. Yo metí la paca de billetes en mi portafolio e, interrogativamente, lo miré.

- Al dinero le gustan las cuentas, Doctor, - observó él.

- Yo trabajo en base a la confianza. –

- Un acuerdo de caballeros, figurativamente hablando, - se

sonrió el hombre de negocios. – Me salió la ficha ganadora. -

No me gustó su ironía y le advertí secamente:

- A mí se me puede engañar. Pero solamente una vez. –

Larin se enserió, se acercó a la ventana, desde donde se veían las cajas de concreto de los futuros edificios de la urbanización.

- Doctor, adivina cual mi número preferido, - sugirió y, sin voltearse, el mismo respondió: - El dos. No el siete, ni el ocho, ni el seis tres veces, sino el dos común, el cual no quieren obtener los estudiantes. Yo lo adoro y ¿quieres saber por qué? -

Larin se volteó y sus ojos mostraban excitación. Ahorita viene con sus imágenes preferidas, supuse yo. Y así fue.

- El camino al éxito pasa por la duplicación, figurativamente hablando. Donde se pueden construir tres casas yo meto seis, en lugar de quince pisos construyo treinta y cuando pago un préstamo tomo otro por el doble de la cantidad. Hasta ahora el dos no me ha fallado. –

- Usted quiere duplicar la cantidad de tarjetas? – le pregunté.

- Todas las semanas. –

Pensé en la sucesión creciente: 50, 100, 200, 400, 800…

- Y usted tiene tantos trabajadores? –

- Y tú tienes tanta plata? –

- La imprimo, - se me salió sin querer, pero me reí, simulando que había dicho un chiste.

- Significa que estamos de acuerdo. – Larin hizo un movimiento de cabeza al jefe de vigilancia, quien estaba en la reunión, y Melnik me pasó la lista de las tarjetas adicionales.

A Zorro no le gustó la cantidad de dinero que traje del encuentro con el magnate de la construcción. Me miro como sospechando de mí y preguntó:

- Trabajamos por cincuenta por ciento? –

- Estás pensando que escondo algo? –

- Yo no estuve en la negociación. –

- Disculpa, pero nosotros no firmamos ningún acuerdo, - respondí fríamente y enseguida pregunté: - Tú no confías en mí? –

- Confío. Pero había que negociar. –

- Mejor no negociemos sino trabajemos. Nosotros tenemos una ganancia garantizada con el aumento del volumen. Eso alegra, pero genera dificultades. Yo imprimo los bublos, pero es necesario colocarlos. Los Apóstoles no bastan. –

- Yo ayudaré. –

- Esta semana son cien tarjetas, después serán doscientas, después cuatrocientas. Se necesita gente, consíguete unos muchachos confiables. –

- Si, ya tengo algunos de confianza, - aseguró Zorro.

E hicimos el segundo movimiento. A las dos semanas fui de nuevo donde Larin, pero no llevé el pequeño portafolio sino un maletín deportivo. Y a las tres semanas, cuando había que sacar dinero para cuatrocientas tarjetas, el Zorro y yo, de nuevo, nos rompíamos la cabeza con el problema del crecimiento.

- No podemos hacerlo, - se quejaba mi compañero, - tenemos pocos muchachos. –

- Consigue más muchachos. –

- Pero a quién? Si agarramos a cualquiera nos pueden entregar a la policía u otra vez podemos molestar a un malandro grande. El primer encuentro con Tyson fue suficiente para mí. Sin hablar de los Apóstoles. –

- Y ahora que recuerdo! Larin advirtió sobre posibles sanciones. –

- Cuales sanciones? –

- Si él no entrega el dinero a tiempo, debe pagar diez por ciento por cada día de retraso, y si yo no hago las transferencias debidas, una multa análoga para mí. –

- Y usted firmó eso? – se asustó Zorro.

- Yo no firmé nada! Ni lo aprobé con palabras, pero Larin me dijo que es una práctica corriente entre hombres de negocios. –

- Claro, el duplica la apuesta, como en el póker, para agarrar todo el pote. –

- Pensaremos algo. –

- Que? Los muchachos ya están familiarizados con los cajeros automáticos que solo gastan unos minutos en cada operación. A mí me sorprende que los programadores de “Jupiterbank” hasta ahora no se han dado cuenta. –

- Salieron de los trabajadores competentes, primero yo, después Golikov, - le recordé. – Cuando ellos aprendan lo que deben hacer, ya nosotros habremos arruinado el banco de Radkevich. –

- Es tan importante para usted? –

- Para mí lo importante es esto! – Yo pateé el maletín con dinero que había traído de donde Larin. – Y ya basta de quejarse, vamos a pensar en cómo aumentar la productividad del trabajo. –

- Del trabajo? Y dígalo. – Zorro se rio. – Nosotros estafamos, Doc. –

- Yo personalmente paso días completos aquí en el laboratorio, como un esclavo en las galeras. –

- Es un buen sueldo para un esclavo, - Zorro continuó, ácidamente. –

- No sigas con eso. Cuál es el momento más complicado en nuestro proceso. ¿Dónde perdemos más tiempo? –

- La recepción de billetes. Tardas metiéndolos. –

- Receptor de billetes, - medité un poco. – Mira, si existe un receptor de billetes, debería haber un dispensador de billetes. –

- No hay tal. –

- O sea, hay que inventarlo. Tú me contaste que una vez sacaron todo el cajero automático. –

- Si, lo hicieron los Apóstoles con ayuda de la grúa. –

- Y dónde está? –

- Agarramos las cajas con el dinero, lo demás lo picamos en pedazos y lo escondimos. –

- El receptor de billetes estaba ahí, ¿no? –

- Por qué la pregunta? – se interesó Zorro.

- El receptor de billetes, en esencia, es una copia especular de un dispensador de billetes. –

- Claro! Si le agregas un alimentador y lo transformas un poco… -

- Vamos a trabajarlo. –

Rápidamente nos dedicamos a desarrollar nuestra idea. Con el talento ingenieril de Volkov y las manos ágiles de los hermanos Noskov llevamos nuestra idea hasta un prototipo. Ahora teníamos un dispensador de billetes compacto el cual, con un susurro agradable al oído, introducía la cantidad de bublos apropiada al cajero automático. La técnica del futuro. Nosotros pudimos, con los medios que teníamos, aumentar la producción.

Las sanciones de Larin ya no me asustaban. Por eso, cuando la cantidad de tarjetas subió a ochocientos y el me preguntó: “No te vas a quebrar?”, insolente le respondí, cuando tomé el dinero: “La cantidad es pesada, pero usted mismo me enseñó acerca de cómo tratar el continuo aumento del peso”.

Quizás yo exageré y fui irrespetuoso en relación a la estrella de los negocios. Aunque él era grosero con los demás Larin no soportaba altanerías para con su persona. Aunque seguramente, lo que a él lo movía era la codicia.

Yo no sabía que justo después de este encuentro, él ordenó a Víctor Melnik:

- Sigue al Doctor y averigua todo lo que puedas. Quiero saber con quién está asociado y de dónde saca el dinero. –

Y yo, lleno de orgullo, por lo que, figurativamente hablando, como le gustaba expresarse a Larin, lo abofeteé, no noté nada. Ese día me encontré con Zorro en el laboratorio, compartí con él la ganancia y mi parte la llevé a mi escondite en la casa.

Melnik siguió todos mis movimientos y pudo fotografiar, no

solo a Zorro, sino a mi esposa embarazada. Él no había perdido las habilidades de antiguo investigador. Pero esto no fue lo peor. Él pudo seguir a Zorro. Este se fue al garaje de los Apóstoles adonde se llevó los nuevos bublos para negociarlos. Melnik precisó a unos muchachos que trabajaban con nosotros, uno de los cuales había sido robado. Pero el ladrón, disgustado, tiró el botín cuando se dio cuenta que eran billetes de juguete.

Se perdió solo un billete, y nosotros, divertidos: comentamos lo tonto que era robar a nuestros muchachos.

40

Frente al médico Guelashvili, en su escritorio, yacía la historia de mi enfermedad, con nuevos datos.

- Bieeen, - David Guelashvili observó los resultados y después levantó su mirada hacia mí. – No hay una dinámica negativa, eso ya es bueno. –

- Y es posible una positiva? – con esperanza, pregunté.

- Nosotros tenemos el VIH bajo control. El virus debilitó, un poco, su sistema inmunológico, pero las funciones de defensa de su organismo por ahora están en la norma. –

- Por ahora en la norma, - repetí. – Cuanto tiempo tengo? –

- No piense en eso, - el médico me cortó con voz severa. – Pensamientos fatales debilitan el sistema inmunológico. Los optimistas viven más tiempo. –

- Inclusive si tienen SIDA¨? –

- Usted no tiene SIDA, tiene el VIH. El virus entró en las células de su organismo, pero él está latente, en fase no activa. Así podría estar por años. –

- Me tranquiliza, - sonreí, pero preocupado. – Y en que consiste la fase activa? –

Guelashvili se recostó e inclinó su sillón. Limpió sus anteojos. Su discurso ahora, fue académicamente neutro:

- Periódicamente, el virus entra en la corriente sanguínea, ahí encuentra los linfocitos, los destruye y se multiplica. Pero los linfocitos son una parte importante del sistema inmunológico, el cual nos defiende de las bacterias, los virus y los hongos. Como resultado se desarrolla una inmunodeficiencia y el organismo es incapaz de luchar contra las infecciones.

- Entiendo, - murmuré, pero realmente comprendía lo dicho con dificultad. – Yo quisiera que me dijera algo más concreto: - Que tan rápido puede suceder eso? –

- Yo soy totalmente franco con usted. A veces el SIDA se mueve rápido. Pero la probabilidad de un escenario negativo se puede reducir

sustancialmente, si se toman los medicamentos apropiados. Esas medicinas son caras. –

- Eso no es problema, - le aseguré.

- Excelente. Los análisis muestran que nosotros preparamos para usted la mezcla óptima de drogas, la cual mantiene al virus en estado latente. ¿Usted ha sentido algo? –

- Me canso rápido, y a veces tengo nauseas. –

- Esos son efectos colaterales. Es necesario un buen sueño y aire fresco. ¿Cuántas horas duerme usted? –

La pregunta fue como el dedo en la llaga. La última semana estuve imprimiendo bublos hasta altas horas de la madrugada y el aire en el laboratorio con olor a tinta tipográfica no se podía decir que fuera precisamente “fresco”.

- Bastantes, - me fui por la tangente.

- Ok. Entonces siga mis mismas recomendaciones y nos vemos dentro de dos semanas para los análisis.

- Me estaba despidiendo, pero Guelashvili me detuvo.

- Queda un asunto pendiente. ¿Usted no ha pensado en quien fue la persona que lo contagió? –

¡Claro! Todo el tiempo estoy pensando en eso. Si un contacto casual es posible, entonces quedan las cosas habituales. Yo recordé los traumas propios, las cortaduras, las visitas al médico, la peluquería, el sauna, las piscinas. Como resultado de todos mis recuerdos me concentré en las reparaciones del automóvil.

- Sucedió algo una vez, - comencé mi relato. – El “Peugeot” se me accidentó cuando yo atravesaba una zona de construcción del metro en una vía provisional. Había bloques de concreto en la vía estrecha. Hubo un choque con tractor, se rompieron algunos vidrios de mi carro y una muchacha salió herida en otro carro. Yo pude salir por una ventana, pero me corté la mano. Ayudé a la muchacha a salir de su carro. Vino la ambulancia y se la llevó, a mí me atendieron en el lugar. –

Guelashvili se alisó la punta de su bigote e hizo una pregunta para aclarar el relato:

- Con la mano ensangrentada, ¿usted tocó el cuerpo herido de ella? –

- Yo la halé con todas mis fuerzas y temía que la vía provisional se trancara completamente. Era verano, hacía calor, todos estaban de manga corta. Yo tenía las manos llenas de sangre y me toqué en todos lados pensando en mis heridas, pero resultó que, esencialmente, la sangre era de ella. –

- Ok. ¿Usted sabe quién es ella? –

- No. Ella estaba golpeada seriamente, la ambulancia se la llevó y yo me negué a ir al hospital. –

- Hay que hallar a esta chica. ¿Su hermano policía no nos puede ayudar en esta búsqueda? –

Yo dudé:

- Mi hermano cree que lo mío es una enfermedad venérea. Yo se lo traje a usted para los análisis. –

- Si, si lo recuerdo. Y a su esposa, ¿usted no le ha dicho nada? –

- Todavía no, - lo reconocí.

- Está claro. – Guelashvili meditó un poco. – Entonces voy a tratar de averiguar por los canales médicos. A la muchacha la llevaron en la ambulancia. ¿Cuándo y dónde sucedió? ¿Como era ella? Aproximadamente, ¿que edad tiene? –

Le respondí. Guelashvili escribió. Antes de salir, me dijo:

- Usted no ha pensado qué si su esposa sabe del VIH por otra persona, ¿eso será para ella mucho más duro que si usted mismo se lo dice? –

Yo callé.

- Usted no quiere que yo hable con ella? – sugirió el médico.

- Pero no ahora. – Negué con la cabeza y salí.

Katya y yo, hasta ese momento, estábamos disgustados. Yo suponía que la reconciliación sería en un contexto de emociones positivas. Curan a Yulia, yo reúno suficiente dinero para un futuro cómodo, dejo la actividad ilegal y le confieso todo a mi esposa. Y lo mejor será esperar a que nazca el bebé sano y toda la información negativa se diluirá en lo positivo.

Yo me tranquilizaba con la idea de que todo lo malo en mi vida ya está en el pasado, y de ahora en adelante todo será bueno. Que estoy enfermo, ya me conformé. Un mes más de trabajo con Larin y yo cumpliré mi plan y me saldré de todo eso.

Yo no tenía idea de que el codicioso Larin pensaba de diferente manera.

41

A finales de los noventa, Artemio Larin se estrenaba como hombre de negocios creando una compañía de remodelación de casas y edificios. Pero no aceptaba cualquier encargo, él se especializó en bienes inmuebles de clase. Una vez le encargaron la remodelación de un gran casino. El cliente, al cual respetuosamente llamaban Wagner, pidió que hicieran un trabajo tan bueno como en Las Vegas. Artemio no economizó en materiales de primera calidad y adornos vistosos. Cuando el trabajo se terminó y él presentó el balance de gastos, Wagner entrecerró los ojos sobre la cifra total y sonrió fríamente:

- Yo no te voy a dar esa suma. – Viendo la cara de

estupefacción de Artemio, él dueño del casino agregó hielo a la voz y le aclaró: - Te voy a pagar el doble o nada. –

- No comprendo, - dijo, confundido, el constructor.

- Estamos en un casino mi estimado, aquí dios es el ¡juego! –

La conversación se desarrollaba en la sala de juegos del nuevo casino. Wagner empujó la rueda de la ruleta y esta empezó a girar, luego tomó la bolita blanca de marfil y la puso a rodar por el borde. Ella rodó, cayó en la zona de números, saltó algunas veces y se detuvo en el número ”22”.

- Prueba tu suerte. Pon una ficha en el tapete, - le ordenó Wagner e, indulgente, agregó: - Si tienes suerte, obtienes el doble de la cantidad. –

El dueño del casino le hizo una seña a su guarda espalda. Era Victor Melnik. Este se paró detrás del joven empresario. Artemio Larin comprendió que no podía escapar, que no le daban opción.

- Y si pierdo? – preguntó.

- Tendrás la posibilidad de recuperarte. –

Larin no tenía idea de la estrategia de juego en la ruleta, pero en alguna parte escuchó: “perdiste, dobla la apuesta, hasta que ganes”. Él puso la ficha en la casilla “22”. Eso fue una escogencia inconsciente, la bolita ya había caído en esa celda, pero todas las cifras lo encandilaban. La ruleta empezó a girar, el juego comenzó. Larin perdió, rápidamente, sus honorarios y sus ahorros, pero no se quedó tranquilo. Él dobló la apuesta, sin cambiar la casilla escogida.

- Ahora que apuestas? – a su vez preguntó Wagner.

- El contrato futuro, - Artemio sabía que Wagner construía un edificio de oficinas de siete pisos y propuso: - La decoración del primer piso. –

Wagner asintió y dio vueltas a la ruleta. La bolita ignoró la celda “22”, sin embargo, Larin continuó en su línea.

- Los siguientes dos pisos, - apenas se le escuchó.

De nuevo, la suerte pasó de lado.

- Los cuatro que quedan, – se movieron los labios resecos.

La bolita traicionera saltó entre las celdas y, por un momento, parecía que se iba a quedar en la celda deseada, pero cayó al lado.

- Se terminó el juego, - decidió Wagner.

- No, - Artemio estaba lleno de ira. – Apuesto mi apartamento, mi carro y este reloj de oro. ¿Cuánto hay en el tapete? –

- Quítale la planilla recibo, - el dueño del casino le ordenó a Melnik.

Cuando Artemio firmó la factura Melnik le susurró al oído: “No exijas dinero. Él no devuelve nada”. Y Larin pidió por la apuesta el edificio no construido. Y, por fin, la suerte le sonrió al terco jugador. La bolita cayó en la maldita celda, la cual se convirtió,

inmediatamente, en bendita. ¡Él ganó!

El juego transcurrió entre testigos y Wagner tuvo que entregar el edificio.

- Por qué me recomendaste no pedir dinero? – le preguntó Larin a Melnik cuando este lo acompañaba a la salida.

- No quería ensuciarme las manos. Si hubieras ganado una gran suma de dinero, él hubiera ordenado eliminarte. Todos hubieran pensado que te mataron para robarte. –

- Y ya hiciste algo semejante? –

Significativamente, Melnik se quedó callado y Larin pensó que, justamente, él necesitaba una persona como esa, decidido y de pocas palabras.

- Ven a trabajar conmigo y yo te doblo tu salario, - atrevido, le propuso, convencido de su nuevo principio.

- Veré como se termina lo de la construcción, - vagamente le respondió Melnik.

Artemio Larin aprovechó la oportunidad obtenida. Rápidamente, construyó el edificio de oficinas, duplicando la superficie. Desde ese momento la duplicación fue su divisa. Por el contrario, a Wagner la suerte le cambió. Él debió salir del país escondiéndose de la policía y sus antiguos socios. Víctor Melnik se quedó y Larin no olvidó su proposición, Melnik comenzó a trabajar para él.

El día previsto, en la oficina de Larin, yo recibí la bolsa con la suma de dinero correspondiente. Yo no lo conté, ponderé su peso en mis manos, era el doble de pesada que la anterior. Sería interesante saber si Larin conoce el cuento del grano de trigo en el tablero de ajedrez. Si en la primera casilla pones un grano de trigo y en cada siguiente casilla pones el doble de la anterior, para llenar todo el tablero no alcanza todo el trigo del mundo.

- Si seguimos así, tendré que venir en un camión de carga, - bromeé.

En el rostro de Melnik, entregándome la bolsa, no se movió ni un músculo, pero la cara de Larin si se torció un poco.

- No te quiebres, Doctor, - dijo.

Cuando salí de la oficina, el magnate de la construcción lanzó una mirada de disgusto al jefe de seguridad.

- Melnik, no voy a pagarle más, ya me fastidió. ¿Qué averiguaste?

- Se lo cuento en orden o empiezo por lo más importante?

- Por lo más importante, - rugió Larin.

- Entonces vea.

En la mesa, ante el hombre de negocios, apareció un billete de quinientos. Larin volteó en sus manos el extraño papel y arrugó la

cara:

- Que es esta mierda?

- Una falsificación que imprime el Doctor. Él los imprime por miles. Yo pude quitarle un billete a uno de los malandritos que los cambian.

- Pero esto es un juguete.

- Aparentemente, sí. Sin embargo, el Doctor convierte esos papeles en dinero de verdad.

- Como? – Larin incrédulo.

- En los cajeros automáticos. Esas máquinas se los tragan y ponen dinero en las tarjetas de nuestros trabajadores.

- Vaya, vaya. Lo que se les ocurre, - Larin saltó de su silla, dio una vuelta a su oficina, digiriendo, nerviosamente la información recibida. – Quien está detrás de él?

- Parece que nadie, no comparte eso con otros malandros.

- Un caballero solitario, metido en el mundo de las grandes finanzas, figurativamente hablando. ¿Viste a sus socios?

- El verdadero nombre del Doctor es Yury Grisov. Su hermanastro es el capitán Gromov, de la policía.

- El Doctor tiene protección policial?

- No estoy seguro. Por ahora, Gromov está dedicado a los roba cajeros.

- Y si están trabajando en conjunto? – sugirió Larin. – Imagínate, que cómodo. Uno imprime la plata, el otro simula estarlo buscando.

- Voy a confirmar, - prometió Melnik.

Larin volvió al escritorio y, con respeto, miró el billete falso.

- Cual es el secreto?

- El Doctor trabajó en un banco en el departamento de seguridad informática. Alguna cosa debió haber inventado.

- Para quitarse el sombrero. Ok. ¿Qué otra cosa tú averiguaste?

- El Doctor tiene un socio con el cual el reparte las ganancias.

- Quien es?

- Fedor Volkov, veinticinco años, estudió algo tecnológico, pero no terminó la carrera. Es un aventurero y medio vago.

- Y para que necesita el Doctor un vago?

- Siempre se necesita un ayudante.

- Ayudante, - Larin se puso pensativo, mirando la falsificación. – Si nosotros tenemos la producción de esos papelitos, entonces no necesitamos al Doctor. Todo el dinero será mío. Tengo un par de conocidos a quienes le puedo ofrecer el mismo servicio. Si se desarrolla, es un negocio billonario!

El hombre de negocios pasó la vista a su guardaespaldas. Su rostro se endureció.

- Tenemos que presionar al Doctor y averiguar su secreto.

Melnik movió la cabeza de un lado a otro:

- Por lo que yo entendí, viendo al Doctor, él es un tipo bien centrado. En su interior hay un resorte duro. Hay el riesgo de, aunque lo quebremos, nada averiguaremos. Y no hay que olvidar al hermano, Es policía.

- Si, tienes razón. El Doctor es intransigente, inclusive, a mí, impuso su esquema. – Larin arrugó el ceño, tamborileó la mesa con los dedos y levantó una ceja. – Y si le caemos a su ayudante? Que crees tú?

- A Volkov lo llaman Zorro. Ahora tiene un desván alquilado en lo que fue una fábrica. Los fines de semana organiza fiestas con amigos y carajitas. No tiene vecinos, y la música no molesta.

- Hoy es miércoles. Estará solo?

- Lo más probable.

- Si la música no molesta, tampoco escucharán gritos. Averigua sus debilidades: familia, parientes, la chica preferida, y le caemos a Zorro esta noche.

Para que necesita dinero un joven? Para adquirir un carro de marca, para alquilar una bella vivienda, para llevar allí a muchachas salidoras, ir a nigth clubs caros, comprarse ropa de estilo, beber licor importado con precios cinco estrellas, llenar a esas carajitas de regalos para que se porten bien, para ir a acostarse bajo palmas en océanos tibios. Pero para viajes, además de dinero hace falta tiempo, y Zorro explicaba a las insinuantes bellezas: hay que aguantarse, el negocio no te suelta.

Él alquiló ese espacioso desván, donde podía reunirse un grupo grande de personas, contrató una mujer de limpieza, la cual ordenaba el lugar después de las parrandas. Le dio a esa mujer la llave del desván y por eso no se extrañó cuando, medio dormido, oyó pasos adentro. Normalmente, ella llegaba temprano, cuando él todavía estaba acostado, y trataba de trabajar en silencio, para no molestar al señor.

Esta vez fue diferente. La puerta se abrió violentamente, el cuarto se llenó de luz, y Zorro solo se despertó cuando sus muñecas y tobillos estuvieron amarrados con cinta adhesiva. Trató de gritar, pero recibió un terrible golpe en el estómago que le cortó la respiración. Finalmente volvió en sí cuando estaba colgado del techo con los brazos estirados.

Ante él estaba un tipo joven como de cuarenta años, parecido a los tipos que tiene mucha plata y aparecen en los clubes para cuadrarse una carajita para la noche. Y detrás, en la sombra, estaba el musculoso guarda espalda listo para hundirle los riñones a golpes.

- Tú me conoces? – preguntó Larin.

Zorro asintió. Él conocía al hombre de negocios del cual el Doctor recibía el dinero.

- Y yo sé a que se dedican tú y el Doctor. – Larin sacó el bublo y lo mostró. – Yo podría denunciarlos y tú irías preso. Adiós vida bella.

Larin pasó una mirada comprensiva por el moderno desván y continuó:

- Pero podemos negociar. Tú imprimirás para mí estos billeticos originales y yo te libero del Doctor.

- Me libera? Como así?

- Tú recibirás un sueldo, un buen sueldo. Y puedes seguir disfrutando de las cosas bellas de la vida, a lo cual estás acostumbrado. Entonces, escoge: la cárcel o las fiestas con las carajitas?

- Pero yo… Yo no sé nada.

Larin hizo una seña a Melnik y Zorro recibió un golpe, el cual le nubló la vista.

- Tú sabes, debes saber.

- Yo soy solo un ayudante. Hago las compras, organizo sacar el dinero. Todos los secretos están en la cabeza del Doc.

- Averígualos!

Zorro recibió varios golpes en las costillas y su cuerpo se movió como un saco.

- Yo sé dónde está el laboratorio, - pudo pronunciar.

- Nosotros también sabemos. Ya lo dije, solo un telefonazo y estarán en una celda, literalmente, mañana.

- Doc ha desarrollado una tecnología particular.

- Te damos unas micro cámaras, las colocas en el laboratorio, le haces las preguntas apropiadas al Doctor y te enterarás de todo.

- Pero yo… no puedo.

- Mira esto. – Larin le mostró una fotografía. – Este es tu hermano Igor. Ahorita él está hospitalizado en una buena clínica, pagada por ti. El muchacho se está curando, tú has hecho un buen esfuerzo. Y mira que dilema se está formando, figurativamente hablando. Efectivamente, Igor puede volver a una vida normal. Pero puede morir de una sobredosis! Literalmente hoy, ahora!

Zorro miro aterrorizado a su torturador.

- No lo crees? – continuó Larin y sacó de su bolsillo una jeringa sellada. – Esta es una inyección letal. Una, exactamente igual a esta se la dimos a un enfermero en la clínica y ya le pagamos. Una señal de parte nuestra y tu amado hermano estará muerto. Él morirá por tu culpa, porque tú pensaste mucho. Su muerte será en vano, ya que tú, de todos modos, harás lo que te decimos. Y sabes por qué? Porque esta jeringa está predestinada para ti, cretino.

Fedor se petrificó, sus ojos se brotaron de terror. Larin tomó el teléfono.

- Ahorita morirá tu hermano. Y después hablaremos de tu suerte. Te niegas a colaborar, también morirás de sobredosis. Y hablaremos con el Doctor. Y verdad, a ti no te necesitamos. Tú solo eres un pendejo ayudante.

Larin marcó el número en el teléfono y preparó el dedo índice para el envío de la llamada. Él actuó con absoluta indiferencia y, hasta con empatía, exhaló:

- Epa, Igor. Tu hermano es malo.

- Está bien! Voy a hacerlo! – gritó Fedor.

Larin ponderó, con la vista, al muchacho colgado y convenciéndose de que no mentía, apagó el celular.

- Desde este momento tú trabajas para mí, Zorro.

Yo no sabía nada de esta conversación. La mañana siguiente yo encontré a Zorro en el laboratorio. Llegó antes que yo, lo que no era usual. Y, por supuesto, yo no adiviné que su llegada tempranera fue para poder colocar la cámara escondida. Yo pensé que Zorro quería involucrarse más y, ahora, quiere participar activamente en nuestro asunto. Me ayudó en la producción, me hizo preguntas técnicas y yo estaba contento ya que ahora si éramos verdaderos socios.

A final del día yo vi, que Zorro había escrito algo en un cuaderno.

- Quiero grabarme las instrucciones detalladas, - confesó. – Puede ser que hallemos a alguien para este trabajo sucio.

Yo leí las notas y rompí el cuaderno.

- No es una buena idea. Oficialmente nosotros imprimimos tarjetas.

Zorro no discutió eso, solo me miró con una tristeza oculta.

42

El riesgo no siempre está justificado, además, a menudo, se confunde con la estupidez. Yo conseguí convencer a Zorro de eso y él cortó las invasiones infantiles a casas ajenas. El dinero ganado le permitió alquilar un buen lugar. Yo no me entrometí en lo suyo, a la juventud le gustan las diversiones ruidosas con finales impredecibles y yo valoro la estabilidad.

Pasar la noche en el laboratorio era insoportable. Algunas veces me quedaba donde Tatiana Klimova, su relación conmigo me parecía increíble. Una vez estuvimos muy cercanos, aunque ella sabe sobre mi dolencia. Sin embargo, yo no quiero inyectar esperanza en una

perspectiva a largo plazo. Y sus amables consejos de cómo cuidarme y alargar mi vida ya empezaron a fastidiarme. Mi meta es el dinero, en la mayor cantidad y lo más rápido posible. Y yo lo hacía por mi familia. Mis seres queridos no deben preocuparse por lo que necesiten cuando yo no esté.

Poco a poco empecé a quedarme en mi casa por las noches. Justo para dormir, llego tarde, me acuesto en el ático y en la mañana me voy al laboratorio, sin desayunar. Katya no me habla, pero tampoco se opone a mi presencia. Y yo me alegro por eso.

Necesitaba hablar seriamente con mi hermano, pero no podía invitarlo a mi casa, por eso le dije para encontrarnos en la cafetería, donde ceno regularmente. Cuando él llegó, abrió el menú, paseó la mirada por los precios y comentó:

- Epa, deberíamos ir a casa.

- Mira solo la columna de la izquierda, yo te invito, – lo tranquilicé.

- Y se puede un vodkita?

- Es mejor un coñaquito.

Sasha se alegró y pedimos varios platos. Trajeron el cognac y unos aperitivos fríos enseguida. Le entramos al primer plato.

- Te estás reconciliando con Katya? – se interesó mi hermano.

- Yo llego, le dejo dinero y ella sigue de mal humor.

- O sea, el proceso se desarrolla normalmente. – Gromov hinchó la barriga y sonrió ampliamente.

No hice caso de su chiste, yo preparé el encuentro para obtener una información importante:

- Ustedes agarraron a Oleg Golikov, él confesó?

- Estás hablando de lo de Yulia?

Lo miré de tal manera que no preguntó más. Mi hermano se forzó para justificarse:

- Golikov niega todo: yo nunca había visto a esa muchacha, no se nada de ácidos. Y evidencias, no tenemos. Oscuridad total!

- Pero fue él! – levanté la voz.

- De lo único que podemos acusar a Golikov es de los billetes falsos en su portafolio.

- Por lo menos por eso él debe ser castigado.

Gromov bebió un sorbo, mordisqueó un pasapalo y explicó:

- Registramos su carro y su apartamento… nada. En los billetes falsos no están sus huellas digitales. Formalmente, solo se le puede acusar de tenencia, pero no de cambio de dinero ni de la fabricación. Debe recibir una condena, pero…

- Pero como así! – me disgusté.

- Él insiste en que Radkevich le sembró esos billetes, para vengarse porque Golikov se acostó con su novia. Si el jurado toma esa

versión…

Nosotros callamos por unos momentos mientras el mesonero ponía un bello adorno floral en la mesa. Más caro el restaurant, más cosas inútiles. Me hervía la sangre de indignación. Yo estaba seguro de que Golikov era el culpable de la tragedia de mi hija y yo actuaba correctamente. Por qué, para obtener justicia, o sea el castigo de un delincuente, uno tiene que recurrir a acciones turbias?

- A él se le encontró una gran cantidad de billetes falsos, - insistí.

- De esos billetes metieron un montón en los cajeros automáticos de Radkevich. Él pudo habérselos hecho sembrar a Golikov. Cierto? Al banquero le pusieron cuernos y él se vengó como pudo.

Yo recordé el interés particular de mi hermano.

- Espera un momento Sasha, el nuevo cargo y el ascenso? Perseguiste aquel malandro del cajero automático. Golikov trabaja en el banco y se conoce los cajeros de punta a punta.

- Golikov puede estar involucrado, pero no es el más importante.

- Y eso por qué? – me llamó la atención.

- Una simple razón. Golikov está preso y, sin embargo, han aparecido muchos más billeticos.

Eso no lo había pensado yo. Yo contaba con que a Golikov lo condenarían por el intento de asesinato a mi hija. Y ya que el asunto cogió para otro lado, había que pensar alguna explicación.

- Esas cosas no las hace un tipo solo. Ese tiene cómplices, los cuales se forzaron más para hacerlo inocente.

- Por supuesto que hay cómplices, - asintió Gromov. – Hace poco agarramos a uno de los muchachos operadores. Ese delató a otros dos operadores. Los agarramos, pero no resolvimos nada. Imagínate que pensaron en un sistema independiente.

- Como así? – no comprendí.

- Los dividen en tríos y reciben las instrucciones a través de unos mensajeros y no saben de parte de quien. Malditos tecnócratas!

Mentalmente alabé a Zorro por esa organización tan buena. Los Apóstoles envuelven los bublos en paquetes específicos, le agregan los números de las tarjetas y los ponen en los conteiner de basura. Cada día escogen un nuevo lugar, que puede ser un parque, una estación de metro o una calle concurrida. El coordinador del trío recibe la información con las coordenadas apropiadas y ahí, recoge la mercancía. Con eso se corta el contacto, los operadores ponen los bublos en las diferentes tarjetas.

Los operadores son el eslabón más débil de nuestro negocio riesgoso. Tarde o temprano ellos caen, pero ninguno de ellos tiene

idea de cómo llegar a los organizadores, yo o Zorro. Es posible que alguno haya escuchado nuestros apodos, pero más nada.

Llenamos las copas.

- Por el éxito, - propuso Sasha el brindis.

Yo no me opuse, cada uno brindaba por su éxito, y esos éxitos se contradecían uno a otro.

- Yo voy a continuar buscando, no lo dudes, - dijo Gromov después de un pasapalo grande. – Hay muchas falsificaciones, no importa. Mientras más grande el asunto, más valioso es el premio. Si hallo al principal, tendré las nuevas charreteras.

Sueña hermano, pensé yo. Mientras tú no me encuentres, yo haré tanto dinero que a mi familia no le hará falta nada por el resto de su existencia.

- Al menos pude enterarme de algo, - se alabó mi hermano, moviendo teatralmente, el tenedor. – El nombre del jefe de ellos.

- El nombre? – me tensé.

- Al que dirige lo llaman Doctor.

Casi me ahogo con el pedacito de pasapalo. Que bueno que yo había previsto un pseudónimo abstracto.

- Es un médico?

- Estamos trabajando en esa dirección. Estamos considerando los posibles sospechosos.

- Y, de repente, es un doctor en ciencias. – sugerí.

Mi hermano arqueó las cejas:

- En eso yo no había pensado.

- También puede ser familia de un doctor. O estudió en un instituto médico y no terminó.

- La oscuridad total! – dijo Sasha decepcionado.

- Con tiempo llegarás al tipo, - lo tranquilicé. – Pero es correcto empezar por los médicos.

- Esos médicos son un montón. A quien castigan más es al “Jupiterbank”. Ya le pregunté a Radkevich cual médico puede querer vengarse de ellos. Por ahora estamos investigando una clínica de prestigio donde lo han atendido a él.

- Es muy inteligente como estrechaste el círculo de búsqueda, - lo alabé.

- No estoy comenzando en el servicio, - dijo mi hermano con orgullo.

- Por ti, - levanté mi copa para brindar.

- Por nosotros. – Gromov bebió y levantó, amenazador, su dedo. – A Radkevich le hablé indirectamente de ti.

- En cual sentido?

- Le dije: por qué usted despide a buenos especialistas y a dudosos Golikovs los asciende?

- Defendiendo al hermano, gracias.

- El banquero no sabe que somos hermanos, recuerda los diferentes apellidos.

- Y Radkevich que dijo?

- Empezó a decir que la policía trabaja mal. Me ofendió. Entonces le dije una verdad generalizada. Usted debería darse con una piedra en los dientes, ya que roban los bancos que no se preocupan de su propia seguridad. Si en el supermercado dejan la puerta abierta en la noche, que pasaría? Se llevan todo. Y en su banco una pared completa no basta si tiene huecos virtuales!

Se botó! Mi hermano se aprende las palabritas investigando las maquinaciones con los cajeros automáticos. Yo no podía suponer que un tercero iba a valorar nuestra conversación.

43

El capitán Gromov sabe ser persuasivo con los que sufren. A Radkevich se le clavaron en la memoria las palabras del policía sobre la pared con huecos en la defensa del banco. Esos reproches cayeron como granos de trigo en suelo fértil. A Radkevich lo atormentaba una cosa: por qué el banco más atacado era el suyo y esas nuevas falsificaciones casi que no tocaban las otras instituciones financieras. Y fue mi hermano él que le dio la respuesta.

Para levantar una pared de concreto te traes albañiles de la calle, hay millones de ellos. Pero para construir una defensa virtual necesitas un especialista de primera clase. Y estos son pocos. Para quitárselos a la competencia gastas mucho tiempo y dinero. Pero hay un buen profesional el cual, todavía, no tenemos en cuenta. Claro, tengo que tragarme mis palabras, ya que yo mismo le puse una nota negra en los bancos y también tendría que pedirle disculpas. Pero si se trata de un buen dinero, la gente inteligente aparta su orgullo. Y Radkevich se consideraba a si mismo un hombre de negocios inteligente.

Él me llamó y, amablemente, me invitó a reunirme con él en el banco. Yo pensé que era mejor tener al enemigo cerca y acepté. Nuestro encuentro no sucedió en la amplia oficina de la presidencia, con café expresso en tazas pequeñas y con las fotos de los caballos en las paredes, sino en mi antigua oficina con media docena de computadores ociosos. Si Radkevich contaba con despertar en mi alma unas notas nostálgicas, lo consiguió.

Me senté en el sillón rotatorio, cuyo acostumbrado crujido me pareció agradable y casi familiar.

- Como estás, Yury? Conseguiste trabajo? – preguntó Boris Mikhailovich.

- Negué con la cabeza. Llegué al banco en el viejo “Peugeot” con el parachoques roto. Seguro que le echaron el cuento a Radkevich.

- Entiendo, la crisis general se refleja, en primer lugar, en los bancos, - se lamentó Radkevich, como si él no hubiera enviado una nota miserable sobre mí a los otros bancos moscovitas. – Yo también tuve que recortar una parte del personal.

- Y también los despidió como a mí, sin compensación? – No pude aguantarme de puyarlo.

Radkevich mantuvo el tono amable:

- Disculpa, eso fue una explosión emocional. En cuanto me tranquilicé, enseguida te transferí ese dinero, pero… tú mismo lo tomaste. Ilegalmente, con la tarjeta de servicio. Formalmente es un delito, yo hubiera podido escribir una nota adonde se debe, pero ves, estamos hablando tranquilamente.

- Retirar el sueldo, es un delito? – pregunté.

- Te propongo olvidar los desacuerdos.

Decidí ir a lo concreto:

- Que quiere usted, Boris Mikhailovich?

- Quiero que tú vuelvas a trabajar para mí, en tu anterior cargo.

- Eso ya no me interesa.

- Te aumento el sueldo si resuelves mi problema.

- Cual problema?

- Los bublos, que ya no se puedan utilizar. – Radkevich me mostró los billetes que yo había imprimido. – Estos malditos papeles caen por montones en nuestros cajeros automáticos y han abierto un enorme hueco en el presupuesto del banco.

Yo hice como si estuviera asombrado. Miré el billete y me reí:

- Vaya! Alguien utilizó la vulnerabilidad en el sistema de comprobación de la autenticidad de los billetes. Y ustedes, hasta ahora, no han cubierto esos huequitos?

- Si cerramos los cajeros automáticos, será peor, los clientes ya no confiaran en el banco y eso será el final.

- Para eliminar la caspa no es necesario cortarse la cabeza.

Muy interesado, Radkevich se inclinó hacia mí.

- Sabes cómo hacerlo?

- La falsificación imita cuatro elementos de defensa, que los lee el cajero automático. Sería bueno ponerlo a comprobar uno o dos más.

- Cambiar todo el sistema? Es caro y tarda mucho tiempo.

- Quien le dijo eso? Golikov? Aparentemente estaba de acuerdo con los malandros.

- Ya está arrestado y pagará por eso.

- Espero.

- Que sugieres tú?

Yo arrugué la frente y me froté las sienes. Parece que así

representan un trabajo intensivo de la mente.

- Se puede intentar cambiar el programa de control de los cajeros. Entonces, incluso, los aparatos viejos ya no leerán los truquitos.

- Para eso te llamé. – Radkevich me tocó el hombro amistosamente. – Vuelve. Este es tu puesto. Considera que ya trabajas en tu antiguo cargo.

Negué con la cabeza:

- Yo no necesito un trabajo fijo. Mi esposa pronto va a parir, yo ya probé el aire libre y no quiero volver a estar sometido.

- Yury, ganarás bien, - Radkevich no se rindió. – Nos pondremos de acuerdo en tu salario, ya trabajaste tantos años aquí, los programas los hiciste tú. Entiende, los malandros no solamente me golpean a mí, humillaron a los analistas de computación y te están lanzando un desafío, a ti! No me digas que no te ofende.

- Si yo trabajara aquí, probablemente, me ofendería. Pero así… - Yo separé mis manos.

- Entonces, no estamos de acuerdo? – con rostro adusto, dijo el banquero.

En mi luchaban sentimientos encontrados. Durante muchos años yo trabajé honestamente y yo consideraba que era la correcta manera de ser. Yo me enorgullecía de mis logros. Y ahora, en dos meses, yo cambié completamente. Me instalé en un camino peligroso, en el cual puedes ganar mucho dinero, y en secreto, me enorgullecía de mí mismo. Pero había algo negativo, yo tenía que esconder esos éxitos. No podía compartir esos logros ni con mi esposa ni con mi hermano. Si antes, yo recibía un premio, hacíamos una fiesta familiar, ahora yo contaba el dinero por pacas y lo escondía.

- No dije eso. Podemos ponernos de acuerdo, - dije, indiferente.

Los ojos ambiciosos del banquero brillaron de nuevo:

- Que quieres?

- Yo puedo hacer el trabajo, pero será ese trabajo particular con un pago particular. Yo seré dueño de mi tiempo e informaré solo los resultados.

- De acuerdo. Cuanto ponemos en el contrato?

Asombrosamente, el tacaño banquero dijo “de acuerdo” sin haber escuchado el monto de honorarios. Así estaría de desesperado. Yo prometí hacer el trabajo en dos semanas y dije una cifra igual al doble del salario de dos meses que yo tenía en el banco.

Radkevich asintió y preguntó:

- Y podrás hacerlo en una semana?

- Entonces mis honoraros crecen una vez y media, - dije, con descaro.

- De acuerdo, - de nuevo afirmó el banquero. – No te

arrepentirás.

Para guardar las apariencias, me quedé en el banco trabajando hasta la noche. Yo hubiera podido resolver eso en un día, pero para que apurarse. Primero había que salir de los bublos impresos, después, de alguna manera explicar la situación a mi socio y pensar que hacer en el cambio de las condiciones.

No sé cómo Zorro verá mis loqueras si, con un pie aprieto el acelerador y, con el otro, el freno, pero mi esposa cuando yo le mostré el contrato, sonrió contente:

- Que bueno, te contrataron otra vez, - se alegró ella, cuando vio el nombre del banco, pero sin leer las condiciones.

Se sintió cálido en el alma. Yo no había visto la sonrisa de Katya hacía más de un mes. Cada vez que llegaba a casa, yo trancaba mis emociones con grilletes de hierro. Ella hacía lo mismo. Como caballeros irreconciliables, en armaduras de latón, pasábamos uno al lado del otro, listos para enfrentarse. Y cada uno quería, en lo interno, que su contrincante se quitara el casco y mostrara su rostro anterior.

Y ella sonrió. Tan alto valoran las mujeres el trabajo estable de sus esposos y un alto sueldo. La confianza en el día de mañana es el principal valor de la felicidad familiar. Y yo pensé que a Katya le gustó la suma modesta que mostraba el contrato, pero que seguramente la asustaría las bolsas con los millones escondidos en el ático.

Que sucederá cuando el dinero ya no esté en el escondite. Yo ya resolví mi situación interior, pero ella es de aquellos acostumbrados a los sueldos quince y último y se alegran por los créditos obtenidos.

44

La calidez en las relaciones familiares me dio nuevas fuerzas. Pero que sucedería si Katya conociera la verdad sobre mi enfermedad y el negocio ilegal? Me es difícil predecir su reacción. Podría correrme definitivamente de mi casa.

Aunque eso sucederá en algún momento en el futuro, por su mirada cálida, cuando nos separamos, me dio calorcito en el alma. Pero ahora, que me alejo de mi casa y me acerco a la oficina de la compañía constructora, mi estado de ánimo cambia. La cantidad de dinero que me esperaba esta vez, era muy grande y se me instaló una preocupación creciente. Están agarrando a nuestros muchachos cambiadores, la policía ya oyó sobre el Doctor, Zorro está extraño y se comporta sospechosamente, el bolso que llevo es cada vez más grande y eso significa que debo pensar en protección.

Me dejaron entrar al edificio sin preguntarme quien era yo y adonde iba. Ya están familiarizados conmigo. Otro signo perturbador.

Roban hasta a los cobradores, y al lado de ellos soy una presa fácil. Bueno, esta será la última vez que vengo por el dinero. Hay que pensar en otro esquema.

Yo no podía imaginarme que tan cierto estaba. Además, si yo hubiera sabido sobre la conversación que se desarrollaba en la oficina de Larin antes de mi llegada, yo me hubiera regresado desde la puerta.

Melnik informaba a Larin sobre el seguimiento que me hizo:

- Yo presencié el encuentro entre el Doctor y el capitán Gromov de la policía.

- Lo que yo dije. Gromov cubre al Doctor.

- La reunión fue en un restaurant, - Melnik continuó tranquilamente. – Yo pude grabar su conversación.

- Como?

- Le pagué al mesonero para que pusiera el micrófono y él lo puso junto con un florero. Después me lo regresó.

Con escepticismo, Larin miró los aparaticos en su mesa.

- Yo también tengo esos jugueticos?

- Ahora los tendrá. – Melnik puso una grabadora en la mesa. – Quiere escuchar?

- No tengo tiempo para escuchar una conversación de borrachos, dime lo sustancial.

- Yury Grisov no habló con Gromov de las manipulaciones de dinero, al contrario, no las mencionó. Pero no le gustó que la policía se enterara del nombre de un tal Doctor.

- Lo están buscando?

- Hay un jefe de apodo Doctor. Es todo lo que ellos saben. Grisov recomendó buscar al Doctor entre los médicos, sus familiares y los científicos.

- Vivo e inteligente. Mis padres son dentistas, o sea, más rápido yo soy el Doctor que él. – Larin asintió varias veces con la cabeza y levantó el dedo índice, lo que significaba, ahora digo la idea principal: - Pero miope!

- En cual sentido?

- Él está solo, por lo consiguiente, indefenso. Esos no están activos largo tiempo. O él forma parte de un grupo grande o desaparece.

Yo entré a la oficina de Larin enseguida después de esta conversación. Además del jefe de la oficina estaba, como siempre, Melnik. Él de seguridad estaba parado al lado de la mesa con los periódicos. En ella yacía la pila de pacas de dinero. Esta vez la cantidad de billetes se veía mucho más grande que la vez anterior, o sea que Larin respetaba el acuerdo.

- Como siempre, nosotros estamos listos, - después de un corto saludo, Larin señaló hacia el dinero.

Yo abrí el bolso y me dirigí hacia la mesita. Yo quería tomar el dinero y alejarme rápido.

- No te apures, - me detuvo Larin. Melnik se atravesó en el camino hacia la mesita. – Este dinero será tuyo si… Si nos podemos de acuerdo.

- Ya nosotros acordamos todo, - recordé yo.

- Yo tuve un amigo en la escuela, un tipo maravilloso. Él era más fuerte e inteligente que yo y éramos compañeros. Él tenía una particularidad. Era muy seguro de sí mismo y creía que todos debíamos someternos a él. En cosas pequeñas eso funcionaba, él podía controlar. Pero si quieres hacer cosas más grandes la resistencia es más fuerte. Él pensaba que eso era una ley de la física y no de la vida. Yo pensaba diferente y pude adaptarme a las circunstancias nuevas. Ahora él no está, y yo, fíjate, estoy a la cabeza de la compañía.

Significativamente, Larin me miró. Yo consideré necesario puntualizar.

- Usted estima, que las circunstancias han cambiado?

- Y cómo. Entre cien y mil rublos la diferencia no es mucha, una comida modesta en un restaurant barato. Entre cien mil y un millón, ya es substancial, y entre un millón y diez millones, es simplemente enorme. Y todas esas cantidades se diferencian exactamente en diez veces.

- Yo se contar.

- Entonces vamos a lo concreto. Yo propongo una simple elección: o tú trabajas para mí, o a ti te esperan cosas desagradables. En primer lugar, tú continúas haciendo lo que sabes hacer: imprimir bublos. Sin embargo, la escala sube. Compro los nuevos aparatos y lo que se necesite para ampliar el negocio. Lo que se cambie es para mí. Yo tengo muchos colegas que tienen decenas de miles de indocumentados. Tu parte, por supuesto, disminuye, pero no necesitarás nada.

- Así como estoy no necesito nada.

- No me interrumpas, - Larin endureció el tono, - todavía no te he mostrado la alternativa. Si te niegas… Ven, acércate a la ventana.

Yo di varios pasos hacia allá. Larin subió una persiana.

- Mira, mi construcción trabaja día y noche. Con cientos de metros cúbicos de concreto llenamos las bases. Si, figurativamente hablando, un perro deambula por ahí y se cae en la fosa con la mezcla, nosotros no detenemos el proceso. Cinco segundos de agonía y nadie ya encontrará al pobre animal.

- Lástima. Yo, mejor, tomo el dinero y me despido.

- Todavía no hiciste la elección, Doctor.

- Cual?

- Trabajar para mí o… - Larin suspiró y miró hacia la

construcción.

- Usted está incumpliendo su palabra.

- Las circunstancias cambiaron. Piensa en las perspectivas que se avecinan. Controlando los rublos, ampliamos nuestra esfera de actividad, salimos al mercado europeo. Ya tú experimentaste con el euro con éxito.

- De donde saben eso?

- Tu socio tomó la decisión correcta y ahora está trabajando para mí.

Ahora muchas cosas estaban claras en el comportamiento de Zorro.

- Que le vamos a hacer, usted tiene el control. Yo quería conseguir dinero para la operación de mi hija y ya lo conseguí. Yo me salgo del juego.

Dejé el dinero y me dirigí a la salida

- Detenlo!

Melnik me torció el brazo en la espalda y me llevó adonde Larin para que yo escuchara sus amenazas:

- No me molestes, Doctor. Desaparece o te ayudamos a desaparecer.

Yo callé. Él consideró que yo me quebré.

- Revísale los bolsillos. – le ordenó a Melnik. – Estas son las llaves del laboratorio? Perfecto. No te aparezcas más por allá. Y no llames a tu socio. Desaparece, como te dije.

- Melnik me sacó de la oficina y me llevó hasta el carro. En sus ojos yo vi empatía.

- Es mejor que se resigne, - me aconsejó.

- Y usted, que no se rebaje, - cerré la puerta con fuerza.

Durante los primeros minutos, la rabia me quemaba por dentro. Me humillaron, me aplastaron y hasta me violaron. Y como resultado de mi talento un corrupto hombre de negocios se va a llenar. Y Fedor Volkov, el avispado Zorro, resultó ser un vendido, me traicionó. Por un momento quise telefonear a Zorro, encontrarme con él, exigirle explicaciones y partirle la cara. Me vino el deseo de destruir el laboratorio, que no le quedara a nadie!

Pero, poco a poco, la ira se calmó. Hasta ahora yo había conseguido éxitos con la creación, no con la destrucción, con la cabeza, no con los puños. Por qué cambiar? Me prohibieron encontrarme con Zorro, me prohibieron acercarme al laboratorio, pero nadie me puede prohibir pensar. Hallaré una salida, me dije.

Por ahora es mejor concentrarse en los aspectos positivos de la situación nueva. No voy a entrar en maquinaciones, no necesito engañar a mi esposa. Tengo un trabajo normal en el banco. Ya hice el trabajo de penetrar esos cajeros automáticos, ahora estoy listo para

hacer esos cajeros seguros. Eso será un éxito también

En mi lugar llegó Larin al laboratorio. Abrió con mis llaves y entró. Zorro, asombrado, vio la aparición del nuevo dueño.

- Tengo nuevas noticias, - informó el hombre de negocios. – Ahora tú eres el principal en la producción. El Doctor salió del negocio.

- En cual sentido, “salió”? – se inquietó Zorro.

- Con sus propios pies, pero por mi voluntad, - se sonrió Larin. – Pero hay más buenas noticias. Yo compré el supermercado de aquí arriba. Ampliaremos el negocio.

Levantó una paca de bublos impresos que había en la mesa y los dejó caer sobre la mesa. Los billetes se regaron sobre la mesa. Larin ponderó la montañita que se formó y dijo:

- Imprime más. Necesito más, muchos más.

45

El fulgurante ascensor descendía tranquilo y sin ruido. Los números de los pisos aparecían en el panel de dirección como una cuenta en reversa antes de la salida. Unos relojes así cuentan el tiempo para el comienzo de los grandes eventos: festivales, olimpíadas. Esas cifras que se van diluyendo encarnan la aproximación de la magia o milagro, y el pasajero del ascensor sentía justamente esa elevación espiritual.

Artemio Larin se miró en el espejo interior del ascensor y le picó el ojo a su imagen. Él acababa de cerrar el trato más favorable que había hecho en su vida. En el último piso del rascacielos se había puesto de acuerdo con tres influyentes hombres de negocios. A miles de trabajadores de estos negociantes se le iba a pagar con bublos y él, a cambio, recibiría el 70% del verdadero dinero, y además, la mitad adelante. El trato fue cerrado de palabra y sellado con apretones de manos.

El más importante de los tres hombres de negocios, conocido por su fuerte carácter, sostuvo la mano de Larin más tiempo, lo miró con ojos penetrantes y le advirtió:

- Aceptamos tratar contigo, pero si fallas, ya sabes lo que pasará.

Los otros dos asintieron con seguridad, confirmando las palabras del amigo.

- Yo respondo por mi palabra, - aseguró Larin.

Los tres empresarios no conocen los detalles, por eso se preocupan, pero él está seguro del funcionamiento del esquema, ya utilizado con sus trabajadores. Después conseguirá otros tres

empresarios que se inscribirán en el negocio y él doblará su ganancia.

En el estacionamiento subterráneo, además del chofer de Larin, esperaba Melnik que había llegado. El jefe de seguridad no se caracterizaba por su sonrisa, pero esta vez estaba particularmente sombrío.

- Pasó algo? – Larin sospechó problemas.

En lugar de responder, Melnik abrió la maleta de su carro. Adentro había dos grandes sacos llenos hasta arriba de bublos.

- Zorro imprimió un nuevo juego y tú lo recogiste por el camino, - se tranquilizó Larin.

- Estas tarjetas fueron regresadas por los operadores. Los cajeros automáticos ya no las reciben.

- Por qué? La tecnología se dañó? – Larin observó los billetes como los había observado antes.

- Los muchachos probaron con las tarjetas viejas, las que había hecho el Doctor. Los cajeros automáticos tampoco las recibieron.

- Que pasa? – Larin recordó la promesa que les acababa de hacer a los hombres de negocios. – Vamos al laboratorio.

En ese momento yo recibía las felicitaciones de Radkevich.

- Dos días sin falsificaciones. Ni siquiera una! Tú eres un genio, Grisov. Un genio! – Estaba alegre el banquero.

Yo miré al bastardo, el cual ordenó, por su amante, dañar a mi hija, y pensé partirle el cuello ahí mismo. Pero me había llamado genio, tenía que justificar ese gran adjetivo.

- Los genios también tienen que comer, - le dije y le recordé: - Yo cumplí mi parte del contrato.

- Si, sí. Comprendo. – Hoy te transfieren el dinero, - afirmó el banquero y agregó adulación a la voz: - Pero yo no quisiera que nuestra colaboración se quedara en un trato. No necesitas venir a trabajar, pero yo quisiera tener la posibilidad de llamarte en caso de necesidad. Te propongo cerrar un acuerdo por servicios al banco con un pago fijo al mes. Si surgen problemas, vienes y los resuelves. Si no, simplemente cobras el dinero. Que dices?

- Yo cambié una línea en el programa principal para la comprobación de los billetes, eso es como poner un parche en una chaqueta vieja.

- Dilo más claramente, - el banquero frunció el ceño.

- En sus cajeros automáticos viejos, los problemas van a volver a salir, seguro. Los falsificadores no son más tontos que yo y alguna cosa pensaran. Para la solución definitiva del problema se necesitan nuevos aparatos.

- Después los compro. Cuando tape el hueco en el presupuesto. El banco tiene obligaciones de deuda, las cuales hay que pagar. Ahorita no puedo comprar nuevos sistemas.

- Como diga.
- Pero tú me ayudarás si hace falta?
- Con un contrato particular, como ahora.
En eso quedamos. Radkevich me acompañó con una sonrisa dolorosa. Yo hubiera estado feliz de echarle ácido en esa cara cínica. Dios verá que alguna vez lo haré, pero ahora tengo que ser inteligente.

Larin llegó al laboratorio. Él cumplió mi idea original, comprar la tienda de la parte de arriba y transformarla en oficina, donde se tomarían los encargos para imprimir tarjetas y souvenirs. Pero los precios eran tan altos que los posibles clientes se asustaban.
Larin fue a la nueva oficina de arriba y llamó a Fedor.
- Que pasa? – preguntó enseguida que apareció Zorro.
Aclarar la pregunta no hacía falta, Zorro ya tenía días rompiéndose la cabeza por el problema.
- Yo creo que la gente de "Jupiterbank" actualizó los programas de las máquinas. Estuvimos ordeñando ese banco durante mucho tiempo. Posiblemente añadieron la comprobación de un signo de defensa adicional el cual no está en nuestros bublos.
- Pero y los otros bancos? Ellos también tienen cajeros automáticos.
- Yo nunca fui operador, sino que me encargaba de la organización y de la asistencia tecnológica al Doctor.
Larin se dirigió a Melnik quien estaba presente en la conversación:
- Envía alguien a otro cajero, que prueben.
- Ya lo hice.
- Y?
Melnik telefoneó a alguien, habló y reportó:
- Funcionó. La mayoría de los cajeros reciben nuestras tarjetas.
- Excelente, - Larin se secó las manos y calculó: - En otros bancos perdemos un porcentaje, que se vayan al carajo! Si la extracción es muy grande, con el tiempo se darán cuenta y también cerrarán los huecos. Hay que abrir tarjetas a los indocumentados en bancos diferentes.
Tomó el teléfono para avisar a sus socios y vio a Zorro.
- Que haces aquí? Ve a trabajar!
- Se me acabó la tinta.
- Ve a comprar!
- Es una tinta particular, no la venden por ahí. – explicó Fedor.
- De donde la sacaron antes?
- Es un cuento largo. – Zorro se avergonzó. – Simplemente la robamos. Pero una segunda vez eso no se podrá hacer.
- Recuerda, - Larin se levantó de su asiento, y moviendo la

mano derecha con el dedo índice extendido, dijo: - Lo que se puede robar, se puede comprar. O quitar! Tú decide.

- Yo conozco la dirección. Allá falsifican diplomas de muy alta calidad.

- Ah, tenemos que tratar con delincuentes de poca monta. – Larin le hizo una seña a Melnik: - Resuelve eso.

- Quitarles la tinta? – puntualizó el guarda espalda.

- Necesitamos un canal continuo. Acuerda con ellos, pero duro, como tú sabes hacerlo.

En la nochecita aparecieron, en el desván de Zorro, los Apóstoles con unas carajitas y comida y licor. Los muchachos querían divertirse, pero se encontraron con un dueño de casa triste. Zorro yacía en el diván, fumaba hierba y bebía vodka común y corriente.

- Que pasó, Zorro? – preguntó Pedro.

- Váyanse.

- Donde está el Doctor? Fue él quien nos cortó el porcentaje hasta cinco? Tenemos que hablar con él, así no va.

- Ja! – Zorro se rio con acidez.

- A ti también te fregó? Es inaceptable, debemos castigarlo.

- Doc nos abandonó.

- Y ahora? – la voz del Apóstol sonó preocupada, pero después se alegró: - Ahora tú eres el jefe?

- Ahora tienen cinco por ciento y pronto, hasta eso le quitarán.

46

Esa cantidad de automóviles representativos cerca del edificio principal de “Jupiterbank”, yo no había tenido la oportunidad de ver. Tres lujosas limosinas con sus camionetas de acompañamiento.

- Que pasó? Hay un matrimonio? – le pregunté al vigilante de la puerta de entrada.

El vigilante era el mismo que demostró su poder sobre mí el día de mi despido. Pero ahora se comportó como un portero educado ante un huésped importante.

- Boris Mikhailovich lo espera. Enseguida que se vayan los visitantes, usted pasa.

En el piso de la presidencia yo encontré algunos hombres de negocios, en trajes costosos. Estaban preocupados. Ellos salían de la oficina de Radkevich. A diferencia de sus rostros decaídos, el de Radkevich estaba radiante. Él me esperó en el centro de la oficina y no escondía una cierta alegría infantil, como si le hubiera dado un golpe en la nariz al muchachito malo de la escuela.

- Tú los viste? Los viste? – Radkevich estaba jubiloso. –

Shliajman, Vinogradov y Dzhalaev. Ellos están en el top 100 de los bancos! Antes yo casi les limpiaba la alfombra por donde iban a pasar. Hoy vinieron a jalarme mecate. Me voy a acordar de todo!

Me hizo sentar en un sofá y él dio una vuelta rápida por la oficina. Se acercó a uno de los posters que mostraba a un bello trotón y de repente dio un golpe con sus manos y se las frotó muy contento.

- Ya, ya sé cómo hacerlo.

- Que pasa, Boris Mikhailovich? – le pregunté.

- Todavía no comprendiste? Ahora los billetes falsos los están metiendo en sus cajeros automáticos. Se están volviendo locos y no saben que hacer. Escucharon que yo resolví el problema y me vinieron a pedir ayuda.

Demasiado fácil, pensé. Si Larin continúa duplicando sus ambiciones, es fácil imaginarse el tamaño del desastre.

De repente Radkevich se puso serio y me miró con ojos malévolos:

- Calcula Grisov, el programa de seguridad que tú creaste legalmente pertenece a mi banco, tenemos un contrato. Tú no tienes derecho a comercializarlo sin mi permiso.

- Lo que yo hice es una parte de un sistema informático. Es particular para cada banco.

- O sea, no se puede pasar automáticamente a ningún lado.

- No.

- Mucho mejor. Pero, en principio, tú puedes meter ese método de defensa en el sistema de ellos, verdad?

- No hay nada imposible.

- Perfecto. Entonces pensemos en el orden para hacer las cosas. Vinogradov es el único que me refinanció el mes pasado. Empecemos con él. Le voy a subir el precio diez veces, pero tú no perderás nada. Vas a recibir lo mismo que te pagué yo. Estás de acuerdo?

- Trataré.

- Pero no te apures en resolverlo, tárdate una semanita.

- Como usted diga.

- Shliajman que se espere, como yo esperé cada vez que me dirigí a él.
Él es el que tiene la red de cajeros automáticos más grande. Cuando calcule las pérdidas, él aceptará cualquier suma que le cobre. Con eso me recupero.

De nuevo, Radkevich se frotó las manos por las futuras ganancias.

- En cuanto a Dzhalaev, haremos otra cosa. – El rostro del banquero tomó un aspecto soñador. - Ah, que trotón tan precioso tiene él, Capricho. No es un trotón, es una maravilla. En todas las competencias agarra los primeros premios. Ya le ofrecí mucho dinero

por Capricho. Pero Dzhalaev no lo vende por ninguna cantidad. Ahora me tendrá que jalar…

- Y entonces? Que hacemos con Dzhalaev?

- Tú trabajas un rato en su banco y le dices que los cambios en el programa no sirvieron y que él tiene que cambiar los cajeros automáticos, inmediatamente. Le das argumentos convincentes para que no dude. Él tendrá que pedir los nuevos cajeros, yo le habré prestado una cierta cantidad para eso y cuando esté arruinado, y de eso me encargo yo, los nuevos cajeros serán míos. Y Capricho también. Oh, que trotón, una belleza.

Gracias por la lección de sinceridad, pensé. Yo me consideraba un delincuente y lo era, desde un punto vista legal, pero los planes del banquero respetable no se diferenciaban en nada de los míos. En los dos había engaño para el beneficio.

Yo negocié un pequeño aumento y él estuvo de acuerdo. Hicimos un nuevo contrato que le gustó mucho a mi esposa ya que creía que era un trabajo honrado. Y así me metí en otra aventura para sorpresa de Larin.

Pasadas dos semanas, el imperturbable Melnik reportaba al magnate de la construcción:

- De nuevo hay problemas con los bublos, menos y menos cajeros aceptan nuestras tarjetas.

- Busquen otros, amplíen el territorio, - Larin sacudió los brazos.

- El problema es que, al principio, las máquinas regresaban los bublos, ahora ya no. La semana pasada perdimos casi toda la última impresión.

- Como toda? Muéstrame las cifras. Donde está el resultado? – Larin se puso nervioso.

Melnik mostró la hoja de cálculo y agregó:

- Desafortunadamente, no cumplimos los compromisos que hicimos con los socios.

“No cumplimos los compromisos”. Es así como habla la gente educada. Antes las palabras eran más prosaicas: nos jodieron, nos estafaron. Y después de las palabras soeces, seguían acciones mucho más groseras.

Larin tiró el papel y ordenó:

- Tráeme a Zorro, que me entregue cuentas.

Cuando el hombre de negocios se quedó solo tuvo tiempo de imaginarse las duras consecuencias del rompimiento del trato. Y al aparecer Zorro se enfureció:

- Sabes de nuestros problemas? Si, ya veo que sabes. Estás imprimiendo mierda, esos papeles tuyos no funcionan en ninguna

parte. Los cajeros se los tragan.

- Estoy haciendo lo de siempre, - se justificó Fedor. – La distribución no es mi problema.

- Ah, no es tu problema. Bueno, va a ser problema de tu hermano. Si no piensas algo, tu hermanito se va a fregar. Él ya está casi bien, pero mi acuerdo con el enfermero está vigente, en cualquier momento lo puedo llamar. Ahora mismo, inclusive.

Larin, amenazador, tomó el teléfono.

- Espere! Yo creo que al bublo hay que agregarle más elementos de defensa, como a los billetes verdaderos, - apresurado por el miedo, dijo Zorro. – Pero eso solo lo puede hacer el Doctor. El bublo es creación de él, él puede mejorarlo.

- Maldito!

- Yo digo lo que es.

La insatisfacción cubrió a Larin, pero enseguida reaccionó y se dirigió a Melnik:

- Hay que presionar al Doctor. Tú me dijiste que su esposa está embarazada. Asústala. Asústala duro, para que él entienda.

47

El ”Ford” de la policía se dirigía, por la carretera de Novorizhsk, hacia los townhouses.

- Tú eres policía, por eso tienes que ayudarla, - le machacaba Natasha Gromov a su esposo, quien estaba manejando. – A Katya la están amenazando y en su estado! Es horrible!

El capitán Gromov escuchaba a su esposa a medio oído. Él ya tenía suficientes problemas en el servicio para tener que ayudar a los parientes. Ya estaba frustrado de buscar, sin éxito, al escurridizo Doctor, quien destripaba los cajeros automáticos. Si hicieran el robo a la antigua: abrieran un hueco, rompieran el panel de comandos, reventaran a punta de gas: estallido, ruido, evidencias, testigos. No, aquí no, aquí trabajan en silencio: en un lugar lleno de gente se acerca el tipo como un cliente común y corriente, mete sus billetes falsificados y desaparece. Del robo, el banco se entera varios días después, cuando hacen el registro del cajero. Ya en ese momento las huellas del ladrón desaparecieron. A quien agarrar?

No queda sino escuchar los rumores acerca de que el que hace esas maquinaciones es el misteriosos Doctor. Quien es él? Vaya usted a saber.

Ya van cientos de médicos y decenas de científicos con nivel de doctor, que han sido investigados. La suerte está en encontrar a una persona que se haya enriquecido en los últimos tiempos y se le haga un seguimiento. Gromov ya obtuvo, de los jefes, gente, técnica y

medios especiales. Ya tiene diez agentes bien conscientes a su mando, y resultado? Cero. Aunque eso de “conscientes” fue los primeros días, porque después corrió el rumor de que Gromov los obliga a hacer pendejadas. La superioridad oye esas cosas, no muy contenta y aguanta. Un poco más, se acaba la paciencia y tumban la operación. Entonces la perspectiva de ascenso en el servicio puede olvidarse por largos años.

- Katya va a parir la semana que viene. Necesita protección. No puedes hacer algo? – Insistía su esposa.

Gromov se imaginaba la reacción de su jefe si él pedía a algunos agentes para acompañar a una mujer embarazada al supermercado. Solo eso le faltaba.

- Ya llegamos, bájate, - el masculló, tratando de aguantarse.

Entrando a la casa, Natasha besó a Katya en la mejilla, le juró que Sasha la ayudaría y se dirigió a la cocina para colocar, en el refrigerador, los víveres que traía. Katya se sentó en el sofá y observaba a Gromov esperanzada. Este prefirió caminar por la sala, así era más fácil esconder la incomodidad, escuchando la psicosis de la embarazada.

- Entonces, que sucedió? – mirando al piso, preguntó.

- Fui a la consulta con el médico, me hicieron el ecosonograma y me confirmaron la fecha, es para la semana que viene. Ya él está grande y bello y me da pataditas. – Katya se agarró el vientre con cuidado y gimoteó.

Gromov se retorció: con los problemas serios que tiene y aquí tiene que ver lágrimas de mujer. Esperó un minuto y preguntó:

- Y que pasó después?

- Entré al centro comercial, y cuando me dirigía al carro, voló!

Gromov se confundió todo y pensó que todavía hablaban del bebé.

- Y como puede volar?

- Quien? – se sorprendió Katya

Gromov suspiró y señaló con el dedo hacia el vientre.

- Él no vuela, él se revuelca, - dijo Katya, maternal. – Mira el piececito.

- Te está contando del tipo con el carrito, - Natasha se entrometió en la conversación, volviendo de la cocina.

Gromov movió los ojos y Natasha empezó a regañar a su amiga:

- Katya, para que vas al mercado con ese barrigón. Yo te traigo los víveres, como hoy, por ejemplo, - y empezó a listar lo que había traído, lo cual era algo.

- Fui a comprar una chaqueta de verano a Yury, - se justificó Katya. – Él empezó a trabajar en el banco de nuevo.

Natasha notó la novedad en el espaldar del sillón y la tomó

para observarla:
- Esta? No está mal, y cuanto?
- Yo no le he quitado el precio, de repente no le queda bien.
- No está cara. Si le va a quedar bien, es a mi marido que nada le sirve.
- Señoras, puede ser que yo me vaya? – propuso Gromov.
- Adonde? – Natasha levantó la voz, apartó la chaqueta y, cariñosamente, se dirigió a la embarazada: - Katya, cariño, repítele lo que me dijiste por teléfono.
- Sigo contando. Como dije, él voló, apretó el carrito del super en mi barriga, yo tenía el auto a mi espalda. Y hasta me dolió.
- Quien? – Gromov levantó el tono.
- El tipo en el estacionamiento.
- Es posible que tú le hayas golpeado su carro y él se disgustó.
- No sé.
- Él, que dijo?
- Dijo que él sabe dónde encontrarme y algo sobre un médico.
- Cual médico.
- Él me apretó con el carrito y dijo que al doctor le irá mal sin mí. Que se lo dijera.
- Al doctor le irá mal sin ti, - suspiró Gromov. – Eso dijo?
- Si.
- Y quien es tu doctor?
- Una mujer como de mi edad, muy buena y experimentada ginecóloga.
- Y después?
- Se fue, yo lloré, me temblaban las manos, no sé cómo llegué a casa. Me encerré y llamé a Natasha.

Natasha se lanzó a tranquilizar a la amiga y ellas se abrazaron. Gromov se fue a recorrer la habitación, murmurando: “Doctor, Doctor, en todas partes, doctor”. El maldito Doctor como que lo sigue, piensa en él día y noche. El capitán se detuvo al lado del armario de los libros. De repente, bajo su mirada cayó el título: “Doctor Zhivago”. Mira, otra vez, Gromov se rio con acidez.

Sacó el libro, el cual era un ejemplar viejo y se puso a hojearlo. En la primera página había una dedicatoria: “Al Doctor Yury Andreevich Grisov. De Katya”.

Que es esto? Gromov parpadeó, sospechando que la fastidiosa palabra se le apareció otra vez. No, si está escrita ahí. Hace tiempo Katya le regaló a Yury el libro, pero por qué lo llamó Doctor? En su mente estalló una idea confusa y preocupante.

Él leyó la fecha de la edición y se dirigió a Katya:
- Mira, tú le regalaste este libro a Yury cuando eran estudiantes?

Katya reconoció su firma y asintió:

- Si.

- Él todavía era estudiante y lo llamaste doctor. Y hasta le escribiste el patronímico [4] .

- De eso se trataba.

- No entiendo.

Katya sonrió y se dispuso a explicar:

- En primer año, Grisov leía la novela “Doctor Zhivago”. La novela la publicó la revista “Nuevo Mundo” y se vendió como pan caliente. Grisov llevaba la revista para todos lados y leía en clase y en el metro. Hubo un tiempo en que, inclusive, lo llamaban Doctor. Él es tocayo del protagonista. Yury Andreevich, como Zhivago.

- A Yury lo llamaban Doctor?

- Era por bromear. Al año siguiente yo vi el libro en una librería y se lo regalé. En aquel tiempo ya estábamos saliendo juntos.

El ánimo se le mejoró a Katya. Natasha creyó que su marido le recordó momentos chéveres de su juventud a Katya para alegrarla y ella misma comenzó a recordar. Las mujeres empezaron a recordar momentos lejanos, cuando se ponían jeans una talla menor y podían comer lo que quisieran, mientras Gromov analizaba los últimos meses.

A Grisov lo sacaron de un trabajo muy bien pagado, pero él siguió teniendo dinero. Y tuvieron dinero para la curación de Yulia, y se compró un nuevo “Mercedes” y están pagando los préstamos. Él es especialista en seguridad informática y conoce a fondo el trabajo de los cajeros automáticos. Gromov le hizo consultas, pero sin mucho éxito, Y Yury, aprovechando la situación, estaba al tanto de la investigación. Incluso aconsejó una operación en presencia de la televisión, la cual terminó en un rotundo fracaso. Y el primer banco que fue atacado fue, justamente, el “Jupiterbank”, donde trabajaba Grisov.

Gromov despertó, se dirigió a las mujeres y preguntó:

- Katya, el tipo te dijo exactamente: “Al doctor le va a ir mal sin ti, díselo a ÉL”.

- Si. Así fue.

- Por qué estás perdiendo el tiempo con tonterías. – se disgustó Natasha. – Pregúntale mejor que aspecto tenía el agresor. A lo mejor está en una lista de delincuentes.

- Ya averiguaremos, - aseguró Gromov y se apartó.

Entonces no amenazaron a la ginecóloga, quien es mujer, sino a un doctor hombre! Y si era a su marido?

Vaya, vaya. Los recuerdos fortalecieron esta loca idea. Grisov había cambiado, ahora era taciturno y poco hablador. Por la enfermedad venérea? Gromov recordó como el hermano lo convenció de ir a hacerse un despistaje médico y, en aquel momento, alguien

utilizó la patrulla policial para cometer un delito. Él vio a Grisov en su uniforme ese día. Dijo que era para tomarse una fotografía. Y el uniforme de Petujov desapareció!

El coronel Korneev contó que, ese día, habían robado una tinta especial. En la cabeza de Gromov se formó una secuencia lógica: tinta-falsificaciones- cajeros automáticos…

Eso es! Que idiota había sido. El escurridizo Doctor era su hermanastro, Grisov!

La primera idea del capitán de policía fue, agarrar y partir al delincuente. Como es su hermano, el nivel de éxito será más significativo a los ojos de la superioridad. Pero, reflexionando un poco, Gromov recordó que su hermano mayor siempre fue más inteligente que él. Mucho más inteligente.

No lo vas a partir fácilmente, con solo las sospechas no demuestras la culpabilidad. Hay que seguir al delincuente y agarrarlo con las manos en la masa. Entonces no hay inteligencia que valga.

Gromov simuló que lo llamaban del servicio y salió hacia el automóvil. En la maleta del carro él tenía guardados algunos aparaticos electrónicos para seguimiento obtenidos últimamente para casos importantes.

Él escogió el aparatico más pequeño, un localizador GPS, y telefoneó a Petujov:

- Tú recuerdas a mi hermanastro? Si, Grisov, ese mismo. Entonces escucha bien lo que vas a hacer. – Gromov le explicó con detalles su plan y le recomendó:

- Vigila la entrada del "Jupiterbank", ahí lo vas a ver.

Después él volvió a la casa y simuló estar interesado en la nueva chaqueta. Inclusive trató de probársela, pero su barriga era muy grande.

- Que no se ensucie, cuélgala ahí en la entrada. – se preocupó Katya

Era lo que él necesitaba. En la entrada nadie lo iba a ver. Rompió, un poco, la etiqueta de fábrica y metió, en ese huequito formado, el localizador del tamaño de un botón.

Colgó la chaqueta y se miró en el espejo de la puerta, pero no vio la panza grande que tenía. Miró sus charreteras de capitán y se imaginó las de mayor que darían absolutamente otra imagen.

48

El muchacho de quince años mostró impaciencia:

- Tengo que esperar mucho todavía?

Al altivo adolescente le habían perdonado un robo en el supermercado y salió de la comisaría bajo la vigilancia del teniente

Petujov.

- Que? En una celda estarías mejor? Te llevo enseguida, - se rio el policía. – Haces le que te dije y te puedes ir adónde quieras.

Finalmente, del “Jupiterbank” salió Yury Grisov. Petujov lo reconoció y le dijo al muchacho:

- Es él. – El teniente le dio al adolescente la botella de vino que se había robado y lo conminó: - Hazlo.

El muchacho, contento, se dio un buen trago y se dirigió hacia Grisov muy alegre. Cuando ya estaba muy cerca el muchacho simuló un tropezón y se le fue encima a Grisov. Los dos se cayeron, el chico pidió disculpas y, levantándose, casi le vació la botella de vino encima a Grisov.

El adolescente se fue corriendo, mientras le picaba el ojo a Petujov. El policía quedo satisfecho. La tarea del capitán fue cumplida. El traje de la víctima se ensució completamente.

El capitán Gromov recordaba perfectamente el encuentro desagradable con el coronel Korneev y su deseo de entonces: no ver al coronel más nunca. Sin embargo, él mismo fue a buscar a Korneev. El coronel trabajaba en asuntos internos y el capitán lo esperó a la salida.

El capitán se presentó y el coronel lo reconoció. Gromov, sin preámbulos, pasó al asunto a lo cual iba:

- Yo creo que se quien utilizó mi patrulla aquel día y robó a sus conocidos.

- Le estás echando la culpa a alguien? – dijo Korneev, dudoso.

- Tengo sospechas con buena base.

- Capitán, si sabes quién fue el maleante, dámelo y yo me encargo.

- No es suficiente con las sospechas. Necesito comprobarlo. Usted dudó de mí, aunque yo no tuve nada que ver. Además, si se hace oficialmente, hay que escribir un reporte acerca de las víctimas. – Gromov hizo un silencio significativo.

- Nada de indirectas. – El coronel movió la mirada hacia todos lados y bajó la voz. – Ya que viniste a mí, significa que pensaste en algo.

El capitán también pasó al tono confidencial:

- Por lo que entendí, robaron una tinta. Una tinta especial para imprimir documentos oficiales.

- No solo tinta, sino aparatos también.

- La tinta es material consumible. Estoy seguro de que él que la tomó, va a necesitarla de nuevo, pronto. Y volverán.

Las cejas del coronel se movieron y en las comisuras de los labios aparecieron arrugas verticales.

- Volverán? Bueno, los esperaremos.

- Agarrarlos con las manos en la masa? Y después que? Surgirán preguntas: de donde es esa tinta y para que la utilizan? Y por que fue, precisamente usted, quien planificó ese arresto? Usted necesita eso? – El capitán hizo la pregunta retórica.

- Se puede hacer no oficialmente.

Y para esto, ya Gromov tenía una respuesta preparada:

- Son los peones que buscarán la tinta, pero la reina querrá vengarse.

- Korneev caminó, dudoso, algunos pasos. Gromov lo siguió de cerca. Al fin, el coronel se detuvo:

- Que propones tú, capitán?

- Yo estoy investigando al grupo de los falsificadores de dinero. Ellos necesitan esa tinta especial. Si ponemos un aparatico en uno de los potes de tinta, - Gromov sacó el localizador GPS y se lo mostró al coronel, - yo les hago el seguimiento y los agarro en el sitio donde imprimen los billetes falsificados.

- No te va a interesar de donde viene la tinta? – puntualizó el coronel.

- Es una tontería, no me interesa.

- La mirada del superior se clavó en el capitán.

- Yo creo que no vale la pena mencionar la tinta en los reportes. Mejor se devuelve, discretamente.

Gromov aguanto la presión de la mirada y expresó dudas:

- Eso no va a ser fácil.

- Capitán, tú no necesitas un protector en la comisaría?

Gromov no respondió enseguida y pensó en su provecho:

- Trataré de hacerlo.

- Entonces estamos de acuerdo, dame el localizador.

49

Yo me levanté, maldiciendo al adolescente borracho. Un mocoso! No pueden beber licor y le venden vino. Por lo menos no se le rompió la botella encima de mí. De todas maneras hay que botar esta ropa, esas manchas de vino no salen con la lavada.

Yo me alejé del banco en mi viejo “Peugeot”. Mientras trabajara para Radkevich era conveniente no mostrar mi bienestar económico. Cuando me iba a cambiar al “Mercedes” en una calle cercana, decidí quitarme la camisa sucia. No quise desabotonar la camisa pegajosa y traté de sacármela por la cabeza. En ese momento me sentí apretado, como si de repente estuviera entre una muchedumbre. Dos tipos fuertes me agarraron por los lados, chirriaron unos frenos, se abrió una puerta corrediza y yo me vi en el piso de una furgoneta que se alejaba.

Terminaron de sacarme la camisa y vi el rostro satisfecho de Larin. Yo traté de levantarme, pero Melnik y su amigo no me dejaron.

- Tú no ves las películas gringas? – Me preguntó Larin. – Yo las veo. Una escena típica: una persona va bajando por una escalera y pum!, se cae. Quizás alguien lo empujó, quizás se cayó solo, no lo sabes. Y las consecuencias son penosas. Es bueno que nuestra gente viva en apartamentos comunes, no hay escaleras que te molesten. Aunque algunos descuidados, que tiene mujeres a punto de parir, se mudan a townhouses.

Larin hizo una pausa, se sonríe victorioso y simula una falsa preocupación:

- Yo no entiendo para que las embarazadas bajan escaleras. A causa de su barriga, figurativamente hablando, no ven los escalones que están pisando. Es tan fácil caerse.

La indirecta no podía ser más clara. Yo, nerviosamente, dije:

- Que quiere usted? Yo cumplí las condiciones y me salí de la impresión de bublos.

- Sabes que es lo malo, Doctor? Enseguida que regresaste a "Jupiterbank", sus cajeros automáticos dejaron de aceptar nuestras tarjeticas. Y después, en los otros bancos, también sucede esa desgracia. Es una casualidad?

- Los banqueros no quieren perder más dinero y mejoran sus sistemas de defensa.

- Eso no lo hacen los banqueros, sino los empleados, como tú, - Larin me hundió el dedo en el pecho.

- Cierto, pero si no fuera yo, cualquier otro lo haría.

- Mira, lo reconoció, el bastardo. – Larin me golpeó en un costado. – Cual es la moral?

Yo callé.

- Prefieres que la embarazada se caiga por la escalera? O que la atropelle un carro? Tú escoge.

Apreté los dientes y entendí, perfectamente, que en esa situación yo no podía poner condiciones. Seguir callado también era un riesgo. Tuve que confesarlo:

- El programa comprueba un elemento más de seguridad en los billetes.

- Cual? Tú puedes agregarlo para imprimir las falsificaciones?

- No son falsificaciones, son bublos! – se me salió.

- Oh, disculpa. Orgulloso de su invento. Ya es hora de patentar el nombre. Vamos a lo concreto, necesitamos instrucciones tuyas para actualizar los bublos y que los cajeros automáticos los acepten como antes.

- Yo ya no estoy en el negocio.

- Eso lo decido yo! – Larin me pateó varis veces. Cuando se

tranquilizó, dio la orden: - Haremos lo siguiente, mañana tú nos das las instrucciones detalladas para cambiar los bublos.

- No es sencillo, hay que pensar. – Como un tipo que está a punto de ahogarse, me agarraba a cualquier ramita, para ganar tiempo.

- Tienes hasta mañana, para pensar, - Larin enfatizó la amenaza: - De lo contrario, escalera o carro.

Me sacaron de la furgoneta cerca de mi “Mercedes”. Llegué a casa con la camisa sucia y, además, rota. Cuando me vio en ese estado, Katya perdió el habla. Tuve que inventar que un grupo de muchachos medio borrachos me cayó encima cuando los regañé por beber licor.

- No te metas con borrachos. Tú debes cuidarte, te necesitamos. – suplicó Katya, poniendo sus manos sobre el vientre. Y de repente dijo: - Que día.

Yo capté la preocupación en la voz de ella y pregunté:

- Que sucedió?

Katya contó acerca del tipo en el estacionamiento, que la apretó con el carrito del supermercado. Que el tipo le dijo que advirtiera al doctor. Me di cuenta de que las amenazas de Larin no eran vacías y me apresuré a tranquilizarla:

- Eso fue un loco casual, olvídalo.

- Tú crees?

- Ese se escapó del manicomio y de su doctor, y de repente lo recordó.

Katya sonrió y me abrazó.

- No voy a salir de casa. Voy a releer un libro. – Ella mostró con los ojos la mesita, donde estaba un libro abierto. – Recuerdas que yo te lo regalé?

Yo tomé el libro. Era la novela de Pasternak, “Doctor Zhivago” con la dedicatoria de Katya.

- Te llamaban Doctor. Gromov se sorprendió cuando lo escuchó. Y yo lo había olvidado.

- Sasha estuvo aquí? – me sobresalté.

- Lo trajo Natasha. Yo le conté del tipo en el estacionamiento, para que la policía me protegiera y todo, - Katya reconoció con vergüenza.

- Gromov te preguntó detalles? – simulé estar distraído, sin preguntar directamente si había estado interesado en mi antiguo apodo.

- Claro. Es un policía y nuestro pariente, - me regañó como si yo hubiera olvidado donde trabajaba mi hermano.

Me di cuenta enseguida que él sigue investigando el asunto de los billetes falsos y que ya sabe que hay un cierto Doctor detrás de

todo eso.

- Gromov preguntó cómo me llamaban en la universidad?

- Él vio el libro, lo abrió y comenzó a preguntarme. Recordar la juventud es agradable.

Ciertos recuerdos pueden ser peligrosos.

Cuidadosamente senté a Katya en el sofá, dije que tenía unos asuntos urgentes y subí al ático. Además de los problemas con Larin, Gromov comenzó a sospechar. Ahora sabe que a mi me llamaron Doctor. Que hará? Preguntará directamente o hará una investigación secreta? Hay que prepararse para cualquiera de las dos variantes.

Pasé la noche pensando, revisé el valioso escondite con dinero y me tranquilicé. A quien se le ocurrirá desatornillar las tablas de la pared si además la pared está cubierta con unos estantes.

Después del desayuno me puse la nueva chaqueta para alegrar a Katya y me dirigí a resolver cosas.

50

El capitán Gromov se paseaba, impaciente, como león enjaulado, en la odiada oficina, preguntándose si la acción tendría éxito o no. Por primera vez en sus años de servicio, él prefería el resultado operativo que el cálculo administrativo sobre su ascenso. El timbre telefónico cortó las dudas dolorosas.

Gromov levantó la bocina y reconoció la voz del coronel Korneev:

- Tenías razón, capitán. Ellos volvieron y compraron la tinta. El localizador está dentro de uno de los potes. Hazle el seguimiento y recuerda nuestro convenio.

- Mi plan funcionó, - Gromov no aguantó alabarse a sí mismo y encendió el computador en su mesa.

La inseguridad desapareció y el capitán sintió un premio espiritual. Viva el progreso técnico! Con estos aparatos se pueden agarrar delincuentes. Te sientas en tu oficina, miras el monitor y das órdenes a los subordinados. El primer localizador se mueve rápidamente por la carretera de Novorizhsk. Ese es Grisov que se puso la nueva chaqueta y va hacia la ciudad. Discúlpame hermano, no hay nada personal, es simplemente el servicio. El segundo localizador también está moviéndose por las calles. Probablemente, los compradores de la tinta piensan que alguien los puede estar siguiendo. Idiotas ingenuos. En cuanto los dos aparaticos coincidan en el mismo punto, él los agarrará con las manos en la masa.

Entrando al banco, puse mi teléfono y llaves a un lado y pasé bajo el arco de observación, como en un aeropuerto. Esta cosa nueva

se colocó por orden de Radkevich, después de que Golikov tratara de sacar el pen drive con los códigos de las máquinas. Él quería evitar cualquier fuga de esas.

Mis bolsillos estaban vacíos pero el arco seguía alertando. Yo no sabía que hacer, pero el vigilante me tranquilizó:

- Es una chaqueta nueva, verdad?

- Ayer la compró mi esposa, - le dije.

- Quítele el elemento de protección en la etiqueta. Estos aparatos son muy sensibles, reaccionan a todo.

Yo me dirigí a mi puesto de trabajo y enseguida llamó Radkevich con la exigencia de resultados sobre los trabajos en los otros bancos. Me di cuenta de que iba en su carro y muy disgustado.

- Los cajeros de Shliajman y Vinogradov ya están protegidos, - reporté.

- Y Dzhalaev? El muérgano testarudo se negó, otra vez, a venderme a Capricho.

- Como usted ordenó, yo continúo poniéndole dificultades al banco de Dzhalaev.

- Así es. Enrédale el cerebro, agárralo por la nariz, échale fideos en los oídos! Lo voy a castigar por su tozudez. Una semana más y Dzhalaev se arruina. Entonces le quitaré, no solamente, su mejor potro, sino los nuevos cajeros automáticos que se compró, el muy idiota.

Cuando colgué la bocina me di cuenta de que, automáticamente, se había grabado la conversación. Y no era la primera grabación donde Radkevich se expresaba de sus socios. Para la policía no eran interesantes esas tiradas, pero para Dzhalaev… Y si hiciera unas copias, pensé. Pero un pen drive no podrías sacarlo por los piticos del arco en la salida y el correo electrónico también tiene sus filtros.

Recordando el scanner en el arco, me quité la chaqueta y busqué el elemento antirrobo en la etiqueta. Eso podría estar pegado en cualquier lado. Los dedos tocaron una especie de botoncito, pero todo el tiempo mis
Pensamientos volvían a Radkevich. No he trabajado demasiado tiempo para la persona por la cual sufrió mi hija? Ya es hora de vengarme y preocuparme por mis intereses.

Encontré un aparatico extraño. Gromov, claro. Pero enseguida se formó en mi mente el plan definitivo. Hora de actuar! Empezaré por lo pequeño.

Cuando preparé la carpeta yo telefoneé a Larin y lo alegré:

- Ya pensé como mejorar la impresión de las tarjetas. Estoy listo para entregarle la carpeta con instrucciones.

Como yo imaginaba, Larin estaba impaciente. En media hora él,

personalmente, me esperaba cerca del banco.

51

Me subí al lujoso carro de Larin. La bella carpeta gruesa y forrada pasó de mis manos a las manos del insaciable hombre de negocios quien estaba acostumbrado a doblar las apuestas. Él no se había dado cuenta, pero lo "tumbé" cuando aposté todo mi resto.

- Escribí el algoritmo, para mejorar los bublos. Aquí está el esquema con las instrucciones detalladas. Déselos a Zorro, él resolverá, - dije, desaprensivo.

- Y si no? – preguntó Larin.

- Entonces despídalo y búsquese otro más inteligente.

- Yo sé a quién correr y con quien trabajar.

- Y a quien no tocar, a mi familia y a mí, - le dije, con rudeza.

Larin sonrió:

- La vida dirá, - y agregó: - Sería mejor si tú vienes conmigo a la tipografía y haces el primer tiraje.

Cuando llegamos a la tipografía, salí del carro y, callado, me fui. Tipografía. Suena bien el nombre para mi laboratorio clandestino. El ambicioso hombre de negocios subió su status. Él compró el almacén que está arriba del laboratorio y adquirió unos modernos aparatos tipográficos. Una pequeña ganancia nutre la avaricia que crece como un tumor canceroso. Con persuasión no se puede curar, se necesita el bisturí bien afilado de un "cirujano".

Fuera de la tipografía, Melnik esperaba a Larin.

- Tengo la tinta en el carro, - reportó el jefe de seguridad, mostrando los potes de plástico blanco con etiquetas pequeñas pegadas. – Yo traje toda la tinta.

- Hubo problemas?

- Les hice una proposición, la cual no podían rechazar.

- Una "Colt" y palabras amables?

- Una "Makarov" [5] y una paca de billetes.

- Hiciste lo correcto, - lo alabó Larin. – Baja los potes al sótano.

El capitán Gromov esperaba ese punto cumbre, los dos localizadores coincidiendo en el monitor de su computadora. Él tenía razón! El Doctor y las evidencias importantes se unieron. Tiene la victoria en el bolsillo, puede proceder a la detención de los involucrados. Pero una operación tan importante debe dirigirla él personalmente.

El capitán agrandó el mapa interactivo y ponderó el lugar para llevar a cabo la operación: un edificio de viviendas con un almacén al lado y corredores peatonales. Hay que cortar las vías de escape. Llamó

al grupo operativo y les dijo la dirección.

- Acordonen el edificio y espérenme, - ordenó Gromov.

El teniente Petujov saltó de su silla y siguiendo el ejemplo de su jefe comprobó el arma de reglamento. Él también estaba listo para ir al combate. Sin embargo, el jefe tranquilizó al teniente:

- Petujov, ve con algunos oficiales a la casa de Grisov. Vas a hacer un registro allá.

- Donde su hermano? – se asombró el teniente.

- No es mi hermano, es mi hermanastro, pero mejor olvídate de eso. Yo soy policía, y él … - el capitán se cortó, solo un tribunal puede declarar delincuente a una persona y su trabajo es detener a los sospechosos bajo evidencias incontrovertibles. – Cuando llegues al lugar, me llamas. El registro y la detención, los vamos a hacer simultáneamente, para que nadie pueda avisar al otro. Toma la orden de registro.

- Que se va a buscar?

- Dinero y falsificaciones.

- Si, mi capitán! – se cuadró el teniente, convencido de que llegaba un importante hito en su carrera.

Artemio Larin bajó al sótano, siguiendo a Melnik. Zorro los recibió con mirada tensa. El hombre de negocios se apuró a tranquilizar a su valioso socio:

- Tu hermano Igor prácticamente está recuperado. Le darán de alta en la clínica si tú imprimes un nuevo juego de bublos.

- Que significa nuevo? Yo hago todo lo que puedo.

- Completamente nuevo. En los potes está la tinta y estas son las instrucciones detalladas. – Larin le extendió la gruesa carpeta a Zorro.

- Del Doctor? – se sorprendió Zorro. – Él aceptó?

- Para cada quien yo tengo una llavecita. Léelo y comprueba que está todo lo que se necesita.

Zorro miró el esquema y recorrió las instrucciones con los ojos. Todo estaba claro y estaba escrito lo esencial. Su mirada se quedó fija en el último punto, el cual estipulaba: “La instrucción principal siempre la tienes ante tus ojos”. Ese era el único punto donde el redactor se dirigía personalmente al lector, y el Doctor sabía que el lector sería Zorro. Si eso era una conclusión, era muy abstracta para el Doctor, que respetaba mucho la exactitud. Y si era una alusión, una alusión a qué?

Zorro volvió a la primera página. El título del texto era una sola palabra: Instrucción. No había ninguna aclaratoria de si era la instrucción principal o había otra. Cerró la carpeta. Ante sus ojos solo estaba la cubierta. Cuál era la Instrucción Principal que siempre estaba

ante…?

- Algo no está bien? – se inquietó Larin, viendo la duda en el rostro de Zorro. – El Doctor enredó el asunto?

- No, solo hay que seguir las instrucciones y probar.

- Bueno, hazlo y yo voy a mirar. – Larin decidió convencerse que el doctor no lo había engañado y advirtió: - Si las instrucciones son correctas y tú lo echas a perder, entonces Igor recidivirá en la narcodependencia y tu hermano se convertirá en un vegetal.

52

Al lugar de la operación, el grupo de Gromov llegó en dos micro autobuses negros. Experimentando una excitación vigorizante, él escuchaba los reportes por la radio policial y estaba satisfecho con su papel. Era la primera vez que él comandaba dieciséis funcionarios. Agregando el grupo de Petujov, la cuenta llegaba a veinte. Qué bueno era ser jefe.

En su bolsillo sonó el celular. Gromov agarró la bocina y oyó el reporte de Petujov:

- Llegamos a la casa de Grisov. El grupo operacional está listo.

Gromov tomó una postura marcial y ordenó con una frase clásica:

- Iniciar el cumplimiento de la tarea.

El capitán repitió la orden por el radio y de los dos micro autobuses salieron los policías de la brigada especial, armados y en uniforme negro. Una parte se dirigió a las oficinas de la superficie, la otra, bajó hacia la puerta metálica del sótano. Esta estaba cerrada.

- Abran. La policía! – Fuertes puños la hicieron vibrar.

No hubo reacción a los amenazantes golpes.

- Tírenla. – ordenó Gromov.

Los de la brigada trajeron los aparatos especiales para tumbar puertas.

El escándalo en la puerta agarró desprevenido a Larin.

- Quien será?

- Dicen que la policía, - respondió Melnik, conservando su sangre fría.

- Verga! Aguántalos, mientras me comunico con mi abogado.

El experimentado Melnik comprendió que él no podía resistir a las fuerzas especiales. Y era una estupidez hacerse el héroe por unos minutos más para el jefe, ahora tenía que pensar en sí mismo. La señal para el celular en el sótano era mala. Mientras Larin corría por el lugar tratando de agarrar la señal, Melnik tiró la pistola en un pote con tinta. No trató de esconderse, al contrario, se colocó en un lugar

visible y con las manos hacia adelante, mostrando que estaba desarmado. Y en un lugar limpio, por si lo obligaban tirarse al suelo.

Al grito de “Policía!”, la primera reacción de Zorro, producida por los años de su vida disipada, fue correr. Pero hacia adónde? Él sabía, mejor que nadie, que el sótano tenía una sola salida. Ya el Doctor le había reprochado la incorrecta escogencia del lugar. Tenía razón!

Los ojos temerosos se movían en todas direcciones, buscando un rincón donde esconderse. Su mirada cayó en el armario, con el aviso cómico en la puerta “Lo que el doctor prescribió”. Hacía tiempo lo había colocado el Doctor. Y en su mente se iluminó el aviso: La instrucción principal siempre la tienes ante tus ojos.

Zorro abrió la puerta del armario y se metió en él. En la parte inferior del fondo estaba escrito “El nido del zorro”. Esto también era un chiste tonto o… Zorro arrancó el papel con ese título y apareció un hueco en la pared. De aquí venían los sacos con ladrillos rotos, recordó Zorro uno de los primeros días en el laboratorio. “Cambié la planificación”, dijo entonces el Doctor. Simplemente preparó una vía de escape. El Doctor es un genio!

Zorro se metió por ahí y se encontró en un espacio que rodeaba el hueco del ascensor. Subió por una escalera que había ahí y se encontró frente a una puerta. El Doctor dio una instrucción salvadora, pero no es posible que no se haya dado cuenta de que esa puerta estaba siempre cerrada. Desesperado, Zorro golpeó con su hombro y la puerta aguanto. Le dio con toda su fuerza y se abrió completa por el lado de las bisagras. Los tornillos estaban atornillados a medio camino.

Zorro cayó al pasillo de entrada del edificio, salió como un vecino común y corriente, pero se dio cuenta que ya no estaba en la trampa, pero si en el medio de la emboscada. En las esquinas de la calle había hombres de negro con armas. Que mala suerte!

Y en ese momento Zorro vio la ambulancia. Al principio no le puso atención, pero enseguida, en el parabrisas, vio la foto de una zorra y el letrero ”No problem”. El corazón le saltó de alegría. El tercer aviso no podía ser casual. Se metió en la ambulancia y esta, prendiendo sus luces intermitentes atravesó la barrera.

Conservando su aspecto severo, Gromov paseó su mirada por el sótano y su alma se llenó de orgullo. Un auténtico éxito! Descubrió el laboratorio de los falsificadores de dinero. Aquí estaban los aparatos, el material necesario y una producción lista. En el momento de la irrupción, la impresora estaba dispensando toda una tirada de bublos frescos. Estas son evidencias asesinas!

Los detenidos son dos. Uno de ellos es, evidentemente, el organizador de las acciones ilegales. Enseguida empezó a exigir un

abogado y puede llamar a diez, si quiere. Ahora no te escapas, te agarré con las manos en la masa.

Los efectivos descubrieron el hueco en el fondo, recorrieron ese camino e informaron que alguien había salido por ahí. Pero, infelizmente, no lo consiguieron. Probablemente era su hermanito Yury. Es inteligente y ágil, quizás dejó pistas, pero no consiguen nada. Por eso, simultáneamente, registran su casa.

Gromov subió a la calle y telefoneó a Petujov:

- Y entonces, hallaron algo? Dinero, billetes falsos?

- Por ahora nada, - alicaído, reporta el teniente.

- Sigan buscando. Si aparece Grisov, deténganlo.

- Él está aquí.

El capitán enmudeció y después de una pausa preguntó perplejo:

- Hace tiempo?

- Cuando llegamos ya estaba aquí.

- Gromov no sabía que pensar: que pasó? Él estaba seguro que conseguiría a Grisov en el laboratorio clandestino. Ahí coincidieron los dos localizadores. Que sucedió? Donde se equivocó? Será que Grisov no era el Doctor?

Ok. Eso es un asunto para los expertos, él debe ocuparse de la parte operativa.

- Espérenme, - gritó a la bocina. – Ya llego.

A lo largo de todo el camino, Gromov se iba rompiendo la cabeza: donde escondería su hermano el dinero, teniendo esa casa? Aunque Grisov sea inocente de las falsificaciones, él tiene dinero escondido. Ya Petujov registró todos los muebles y objetos, se sabe dónde acostumbran a guardar el dinero. Pero en la casa debe haber un escondite secreto.

Gromov recordaba el diseño del townhouse. No hay sótano, la planta baja y el primer piso se entregaron ya listos y él no vio remodelaciones en los interiores. Pero el ático lo estaba modelando el hermano. Katya dijo que su esposo se la pasaba allá arriba y él le prohibía subir a causa de su barriga.

No sería eso una clave para resolver el enigma?

53

Katya y yo estábamos sentados en la sala y yo la estaba tranquilizando. Estaba muy nerviosa por el abrupto registro de nuestra casa y me preguntaba:

- Tú no me estarás escondiendo algo?

Yo estaba avergonzado, bajé los ojos y ella, con lágrimas en las mejillas, decía en voz baja:

- Por qué tengo que enterarme de última, somos una familia.

Yo no tenía ninguna justificación.

Llegó Gromov. Mi hermano me miró fríamente y subió al ático. Escuché los muebles moviéndose arriba y por la espalda me recorrió una preocupación helada. No puede ser que él ya lo haya adivinado.

Nos llamaron de allá arriba. A Katya le costó subir.

Los peores miedos se confirmaron. La estantería, con la cual yo tapé el escondite, estaba en el centro de la habitación. Gromov llamó la atención sobre un tornillo sin atornillar en la pared. El corazón se me arrugó. Que fallo, con el apuro no atornillé la plancha completamente!

Ácidamente, Gromov separó un poco la plancha con el destornillador y preguntó:

- No veo el aislamiento bajo la plancha. Que hay ahí?

- El aislamiento no es necesario todavía. Lo pongo cuando se aproxime el invierno, - mentí, y al parecer, sin éxito.

- Desatorníllalo, - le dijo Gromov al teniente, dándole el destornillador.

Petujov quitó la plancha de arriba. Ahora había una hendidura oscura. Gromov le acercó una linterna.

- Es un escondite, ahí hay algo, - se oyó su voz victoriosa. Ardía de impaciencia. – Quita el resto.

- Katya necesita sentarse, - me preocupé y le acerqué una silla a mi esposa.

Bueno, con todo el cuidado que tuve, me desenmascararon. Encontraron el nicho especial, en el cual, cuidadosamente, yo guardé el dinero. Ahora, mi esposa conocerá mi horrible secreto. Eso es un fuerte impacto para cualquier mujer, sobre todo en su estado. Me aumentaron los latidos del corazón, se me secó la boca y me dolieron las sienes. Estaba listo para morirme de la vergüenza. Puede ser que mi deseo no estuviera muy lejano y los virus hubieran comenzado su destrucción mortal.

Bajo la amenaza de los fusiles automáticos, les pusieron las esposas a Larin y a Melnik, después los sacaron del laboratorio.

- Están arrestados, – le comunicó el investigador.

- Lo vas a lamentar, - Larin amenazó cuando lo metieron al auto policial.

Ya asegurado en la patrulla, el hombre de negocios descargó su rabia en su subalterno:

- Te lo dije, cretino! La policía protege al Doctor! Nosotros nos metimos con una mafia policial.

- No nosotros, usted lo hizo, - dijo Melnik, indiferente.

- Que? – Larin miró extrañado a su guarda espalda, él cual

nunca lo había contradicho.

- Mi tarea era defenderlo a usted de malandros, no infringir la ley. Su negocio no me interesa. Yo bajé al sótano porque usted me lo ordenó, sin imaginarme que hacían allá abajo.

- Estás despedido! – rugió Larin, sacudiendo las esposas.

- Es un buen momento, - asintió Melnik.

Él estaba tranquilo. De que lo podrían acusar? De agredir a Volkov? Ese se fue corriendo y es poco probable que quiera contar algo a la policía. Él no tuvo nada que ver con el dinero y los billetes falsos. Él era el guarda espalda de Larin y obedecía órdenes, solo eso.

La ambulancia llevó a Zorro hasta el hospital. El callado chofer lo condujo hasta la oficina del doctor Guelashvili. Fedor Volkov pasó la puerta, sin comprender nada. David Shotaevich estaba sentado detrás de su escritorio y miró al muchacho por encima de los lentes. Sus bigotes se extendieron por la sonrisa que mostraba.

- Que tal el viaje? Sin ningún percance?

Fedor encogió los hombros. La aventura que le sucedió hoy si le cosquilleó los nervios. Milagrosamente escapó de una trampa.

- Probablemente debo explicar algo, - dijo el médico.

- Me gustaría, - Fedor estuvo de acuerdo.

- Voy a intentarlo. Aunque yo mismo no sé qué pasó exactamente. Comencemos por el hecho de que nos cayó un diluvio de donaciones. Todo fue tan inesperado que yo decidí responder con generosidad al primero que lo pidiera. Honestamente hablando yo tenía el pálpito de quien sería.

Fedor se llevó su dedo a su pecho y negó con la cabeza.

- Ese no fui yo.

- El primero que me llamó fue Yury Andreevich Grisov. – Guelashvili hizo una pausa para ver la reacción del huésped: - Veo que usted sabe de quien estoy hablando.

- Es mi maestro, - reconoció Fedor.

- Grisov me pidió enviar una ambulancia para salvar a su amigo y me dio la dirección. También envió un dibujo para pegar en el parabrisas de la ambulancia.

Volkov se sonrió ampliamente:

- Lo que el doctor prescribió.

- Ahora dígame: hice una buena acción? – se interesó Guelashvili.

- Usted no se imagina, - afirmó Zorro.

54

Petujov desatornilló la última plancha que tapaba el escondite.

Los presentes vieron que algo estaba guardado en el nicho secreto.

- Que es eso? – preguntó Gromov, mirando unos frasquitos.

- Mis medicinas, - reconocí sinceramente.

- Por qué los escondes? Son narcóticos?

- En cierto sentido, sí. No puedo dejar de tomarlas.

- Y esto que es? – Gromov sacó un paquete de papeles diversos.

- Recetas e información médica.

Revisando esos papeles, Gromov encontró un folleto que me había dado Guelashvili.

- "Con el VIH se puede vivir", - leyó lentamente y levantó su mirada asombrada hacia mí: - Yury, tienes el VIH?

Katya palideció. Yo tuve que reconocer todo:

- Si, tengo el virus de inmunodeficiencia humana, pero eso no es SIDA. Todavía no es SIDA. Me tomo las medicinas y cruzo los dedos. Mucha gente tiene VIH, con eso se puede vivir largo tiempo. Ya vieron el folleto, se puede vivir.

Se escuchó la voz temblorosa de Katya:

- Y me escondiste eso? Mentiste sobre la enfermedad venérea.

Se agarró la parte baja del vientre y retrocedió. Si no se hubiera sentado, quizás habría caído. Yo aguanté el espaldar de la silla y, confusamente, comencé a justificarme:

- Yo no quería ponerte nerviosa. Esperaba el nacimiento.

- Nuestro hijo. – Los ojos asustados de Katya me miraron y sus manos quisieron cubrir su barriga.

- Él está bien, tú también. Ya ustedes fueron chequeados, no te preocupes, ustedes están sanos. – Yo dije otras frases tranquilizadoras sin olvidar mi propia defensa: - Este escondite fue por ti y nuestros hijos. En el momento justo ustedes sabrían la verdad. Me imaginaba que vieras mis medicinas. O Gromov, que mete su nariz en todos lados. Y de todos modos sospecha algo de mí, porque aparece con un registro y casi te hace desmayar. Y no le da pena actuar así con su familia!

Mi hermano se sintió tocado. Se cortó y me apretó el hombro, como excusándose:

- Disculpa, hermano. Es que tú te estabas comportando muy extraño y yo no sabía que pensar y ahora… - Él señaló hacia la pared desecha. – Me hubieras dicho en secreto y esto no hubiera sucedido.

- No hubiera sido ningún secreto, por Natasha. – dije.

Gromov, avergonzado, miró hacia el techo. Pero yo lo tranquilicé:

- Está bien, lo que pasó, ya pasó. Tu obligación es sospechar. Yo tengo la culpa, me comporté como un tonto cuando me creí un detective.

- Detective? – Gromov mordió el anzuelo.

- Me puse a seguir a Radkevich.

- Por qué a él?

- Estrictamente, no lo seguí. Yo analicé el asunto con los billetes falsos y llegué a la conclusión de que fue él quien tuvo la idea de manipular los cajeros automáticos. Al principio, sus propios cajeros, para no levantar sospechas. Después, pasó a los otros bancos. Me despidió para que yo no interfiriera en sus planes. Después me contrató de nuevo para que yo trabajara en la protección y ese trabajo cobrarlo duro a los otros bancos. No a todos, a algunos él quiere arruinarlos.

- Tú estás seguro de que Radkevich es el principal organizador?

- Hoy tuvo un encuentro sospechoso con Artemio Larin.

- Ese Larin? – Gromov se mostró más interesado.

- Es un hombre de negocios particular, ha estado metido en escándalos y hasta ha salido en televisión. Pero quien de los dos es el jefe, no sé. Inclusive hoy me metí en el carro de Larin, en la cabina no hallé nada y la maleta no tuve tiempo de abrirla, él regresó rápido.

- Estuviste dentro del carro de Larin?

Le describí el interior del lujoso automóvil.

- Tenías esa chaqueta puesta? – Gromov no se rendía.

- No, estaba desnudo, - le dije, sarcástico.

- Ven, acércate. – Gromov dobló el cuello de mi chaqueta, vio la etiqueta rasgada y sonrió: - Ahora está claro.

- Que está claro?

- Hoy agarramos a Larin con las manos en la masa. Imprimiendo bublos!

- No puede ser! – casi grité y le di palmadas a Gromov en los hombros: - Yo siempre he creído que tú eres el mejor detective.

- Hermano, perdóname. – Sasha me abrazó, me apretó y gruñó, conmovido: - Soy un tonto, pensé que tú… pero tú no, tú… Juro que te ayudaré en todo.

Yo apreté la mandíbula, tratando de mantener la expresión adusta y digna por el abrazo masculino. La escena fraternal fue rota por la exclamación de mi esposa:

- Ay! Parece que ya viene.

Yo me abalancé hacia Katya. La expresión de su rostro, entre trágica y preocupada no dejaba dudas. La mujer estaba a punto de parir. Yo me inquieté, como cualquier padre en una situación así.

- Hay que ir al hospital, yo te llevo.

Katya puso cara de culpable cuando vio entre sus pies.

- Estoy haciendo aguas.

Ahí me asusté de verdad y le dije a Sasha:

- En la patrulla será más rápido. Llévala.

Claro, - asintió Gromov. – Tú vienes?

- Yo no puedo entrar al hospital, mejor no voy, el VIH…

- Entiendo. Quédate en casa y no te preocupes. Yo me encargo.

- Ayúdame a bajar, - Katya se apoyó en mí y dio instrucciones: - No se olviden de mi maletín que está en mi cuarto. Es verde y está sobre la cama, ya recogí todo.

Después de algunos minutos, todo se calmó, la puerta de la casa se cerró y todos se fueron. Yo me quedé solo en la casa en el medio de las consecuencias destructoras del registro general. No me quedaban fuerzas para arreglar todo aquel desorden, me tiré en el sofá y me ordené: respira! Inhala-exhala, uno-dos, inhala-exhala. Seguramente me salieron más canas hoy, pero yo gané.

55

Ustedes se preguntarán como salí seco del agua? Para explicarlo hay que volver el tiempo unos días atrás.

Yo conozco bien a mi hermano, él es muy recto, apasionado y no puede esconder pensamientos secretos. Cuando Gromov se enteró de que antes me habían llamado Doctor le hizo un montón de preguntas capciosas a Katya. A mi esposa le pareció divertida esa curiosidad ociosa, pero yo, en cuanto oí su relato, me congelé. Sasha empieza a pensar que yo estoy relacionado con el Doctor misterioso que, él, está buscando. Él sospecha que yo estoy metido en las manipulaciones de los cajeros automáticos y si no actúa inmediatamente, seguro que va a establecer un seguimiento a mi persona. Él quiere aclarar la situación, conseguir pruebas, y eso significa que en el fondo de su alma él tiene dudas. Como aprovechar esa oportunidad imaginaria?

Si él no revela nada, eso le dará tiempo para analizar mis acciones, comprobar mis coartadas, mirar los sucesos anteriores bajo otro ángulo. Donde está la garantía de que se van a dispar las dudas? Al contrario, dándole vueltas a la misma versión solo lo convencerá de que él tiene razón.

Tengo que pensar en algo, poner todo patas arriba, enredar a Sasha. Lo primero que tengo que hacer es deshacerme del dinero que está escondido en la casa. Ese dinero me incrimina totalmente. Que hacer?

Pasé la noche sin dormir. En la mañana temprano salí de casa con unos sacos grandes llenos de dinero. Ahí estaba todo lo que yo produje con las manipulaciones con los bublos. Era arriesgado, pero yo confiaba en que no me iban a agarrar enseguida. Nadie me molestó para montarme en el carro y arrancar. Enseguida, usé toda la potencia del nuevo “Mercedes” y el conocimiento que tenía de todos los caminos cercanos. Si hay alguien que me sigue, me va a perder rápido.

El carro no me hizo quedar mal, la aceleración era instantánea y, fácilmente, agarraba cualquier curva a velocidad límite.

Constantemente iba controlando los carros detrás de mí y cuando llegué al garaje de los Apóstoles, estaba seguro de que no me seguían. El encuentro lo habíamos concertado la noche anterior. Callados, bajamos al sótano y los hermanos me miraban con desconfianza. Ellos sabían que a mí me habían sacado del negocio y a su viejo amigo Fedor casi no lo veían. A Zorro lo traía al laboratorio y lo llevaba a casa la gente de Larin, para evitar contactos innecesarios.

- Miren. – Enseguida pasé a explicarles el asunto, mostrándoles los sacos con el dinero. – Estos son billetes de verdad, hay que meterlos en los cajeros a cuentas que les voy a indicar. Su parte es diez por ciento. Y no hay nada ilegal.

Los Apóstoles miraron los billetes atentamente, vieron que eran buenos y preguntaron:

- Diez por ciento?

Su duda era comprensible. Al principio Larin les pagaba cinco por ciento, después los sacó del negocio. Para el manejo de los bublos, el magnate constructor utilizó sus trabajadores ilegales, pagándoles centavos.

- Yo no les voy a cambiar las reglas, - les aclaré. – Y por la operación les añado un cuatro por ciento. Y todo el trabajo hay que hacerlo hoy.

- Entonces, catorce por ciento?

Yo asentí. Los Apóstoles se sonrieron y fueron de nuevo como eran antes, buenos y despreocupados.

En ese momento yo estaba seguro de que no me rastreaban. Inclusive, cuando los aparatos en el banco mostraban alguna señal inquietante, yo no le daba importancia a eso. Ya en la oficina y por la sugerencia del vigilante yo decidí quitarle la etiqueta de protección a la nueva chaqueta. Pero yo no la encontré. La previsora Katya, probablemente, cortó el paquetico con los botones de repuesto y lo apartó.

Pero yo toqué otra cosa, pequeña y sospechosa. Yo despegué la etiqueta y saqué el aparatico, un localizador GPS en forma de una tabletica. Ese aparatico fue él que hizo reaccionar el scanner de la puerta del banco. Primero fue un schock. Me tienen marcado! Me controlan por medio de aparatos electrónicos, mi adversario conoce mis movimientos. Esto es un fallo! Me dieron ganas de tirarlo en una poceta.

Después recordé el adagio antiguo: avisado, significa armado.

Yo observé el aparatico. Es muy bueno que sea bien delgadito. Yo tenía una bella carpeta con tapas gruesas. Dentro estaban las nuevas instrucciones para la producción de bublos, que yo había

preparado por exigencia de Larin. Documentos que llevan ganancias fabulosas deben ir en un paquete serio y elegante.

Le rompí una rendija pequeñita en la tapa interior, coloqué ahí el localizador y la pegué de nuevo. Eso es. La delgada tabletica, prácticamente, no se siente. Esta es la carpeta que le voy a entregar a Larin dentro de algunas horas.

Por ahora yo seguía, con la computadora, el trabajo de los Apóstoles. El dinero caía en las cuentas indicadas a buen ritmo. Así es el trabajo de profesionales motivados. Yo tampoco soy un nuevo en la tecnología de las transferencias bancarias. El fraccionamiento y la distribución, es un principio probado para el barrido de las operaciones bancarias complicadas. Después tomas sumas pequeñas para cada cuenta y disfrútalo.

Primero preparé cuentas a nombre de mi esposa y mi hija. Cuando todo el dinero fue dispersado, solo me quedaba pasarlo a las cuentas de mis seres queridos. Al momento de la decisión yo dudé. El dedo se detuvo sobre la tecla “Ejecutar”. Que hacer? Grandes sumas en las cuentas de familiares van a levantar sospechas. Me están siguiendo, significa que me pueden agarrar por ahí.

Al último momento cambié mi decisión y transferí todo el dinero, como pequeñas donaciones, a la cuenta benéfica de la clínica de Guelashvili.

Después agregué en las instrucciones para la producción de los bublos el último punto, puse todas las hojas en la carpeta con el localizador y llamé a Larin. Ya es hora de dirigir al inquieto Gromov por la pista apropiada.

En el carro de Larin, efectivamente estuve, por eso pude describírselo a Gromov fácilmente.

Por la impaciencia del hombre de negocios, yo sabía que, después de nuestro encuentro el iría directamente al laboratorio. Esperé un momento y telefoneé a Guelashvili, me alegré por la generosidad de los donantes y le pedí la ambulancia para la dirección que yo conocía bien y con el dibujo que le iba a pegar en el parabrisas. El buen doctor cumplió.

Los temores quedaron atrás. Estaba tranquilo en mi casa y experimentaba una sensación extraordinaria. Acababa de recibir una llamada de Katya. Ella estaba bien, así como el hijo recién nacido. Hurra, soy papá de nuevo!

Una llamada de Gromov me agarró con el ánimo levantado:

- Yury, imagínate, el padre de Larin es estomatólogo, - me dijo, excitado.

- Y? – le respondí, indiferente, aunque yo sabía por dónde venía.

- Como que y? Larin es el Doctor! Él es la cabeza de los

falsificadores. Lo agarramos en la tipografía secreta y en su oficina encontramos bublos y efectivo no contabilizado. Lo que yo estaba buscando.

- Te felicito.

- Ahora, Larin no puede negar nada. Además, su guarda espalda Melnik nos dijo muchas cosas. A este lo soltamos bajo régimen de presentación.

Yo no sentí lástima de Larin. La codicia no te lleva a la bondad. Él se metió en lo ajeno, quiso ser el mandamás y logró ser el principal sospechoso. Ahora yo quería saber que le iba a pasar al banquero, cómplice en la agresión a mi hija.

- Y Radkevich? – le recordé.

- Por ahora no hemos detenido a Radkevich, - lo dijo sin excusarse y eso me molestó.

- No lo interrogaron?

- No se puede hablar con él. Radkevich está en terapia intensiva. Se cayó de un caballo y se rompió la columna.

- De cual caballo?

- Uno que le compró al banquero Dzhalaev. Quiso pasearse en él y al caballo no le gustó y lo tiró. No en balde llaman al semental, Capricho.

- Salió castigado, - se me salió, aunque yo estaba seguro que Dzhalaev escuchó la grabación que le mandé y Capricho no lo tiró por capricho.

Hasta me atrevo a suponer que Radkevich quedó vivo para que la columna vertebral lo llevara a la condición de miserable vengativo. Pero no lo culpo. Su venganza en que se diferencia de la mía? Yo esperé el momento apropiado, él , lo creó.

Cambié la conversación:

- No hay que hablar de cosas tristes, hermano. Ya nació mi hijo. Mi hijo! Y Yulia regresa mañana, ya ella está bien.

- Y a mí, el general me felicitó, y me prometió un ascenso, - alardeó Gromov.

Contentos, decidimos que hay algo que celebrar.

56

Cuando oscureció yo salí al jardincito frente a la entrada del townhouse. Tenía una botella de whiskey en la mano, en la cabeza había una niebla agradable y en el alma había orgullo. Soy dos veces papá, tengo hija e hijo! Me senté en un banco y llevé el pico de la botella a mi boca. Beber en un lugar abierto no es aceptado, pero ya era tarde en la noche, no hay vecinos y yo estaba aburrido de escuchar la televisión en la casa vacía. Pero la noche estaba bella, levantas la

cabeza y ves las estrellas.

Se escuchó el movimiento de ramas y detrás de los arbustos apareció una silueta oscura. Yo me tensé y me pregunté sobre la posibilidad de utilizar la botella como arma.

- Doc, soy yo, - se escuchó una voz temerosa y yo reconocí a Zorro. Fedor se acercó lentamente al banco donde yo estaba sentado.

– Tengo una hora aquí y no me decidía a salir. Gracias por las indicaciones y la ambulancia. Si usted no hubiera…

Fue tan tímido y sincero que se me salió una lágrima. Pero seguramente más por el whiskey y mi buen estado de ánimo.

- Cuales arbustos fueron mejores? – se me salió de repente.

- Que arbustos?

- No recuerdas como nos encontramos detrás de aquellos arbustos cerca del cajero explotado?

Zorro sonrió y preguntó:

- Yo no comprendí…, fondo benéfico, donaciones?

- De que hablas?

- Cuanto costó mi salida en la ambulancia?

- Siéntate, - yo golpeé el banco con la palma de mi mano. – Yo voy a recordar este día toda mi vida. Nació mi hijo.

- Que bueno! Lo felicito.

- Mi hija Yulia regresa mañana. Ella está bien y a quien la dañó, el destino lo castigó. Como está tu hermano Igor?

- Yo lo saqué de la clínica hoy, está recuperado y más inteligente. Se mudo con mi mamá, ella lo va a cuidar.

Yo volví a su pregunta:

- La ambulancia es gratis, y las donaciones… Te imaginas cuantas Yulias e Igores se pueden curar con eso?

Fedor extendió su mano hacia la botella:

- Brindemos por su hijo.

No le di la botella. Mejor no arriesgar la salud de otros y no solo por el virus.

- Viniste en el “Porsche”? Te irás sobrio, otra vez.

- Como diga. – Zorro dudó, antes de continuar. – Me quedé sin dinero. Estoy pensando a que dedicarme. Hacemos algo entre los dos, Doc?

- Entonces, viniste a eso, a proponerme algo?

- No, quería agradecerle, en serio. Pero mientras estaba entre los arbustos se me vino una idea sobre los cajeros automáticos.

- No quiero escucharla, - sacudí mi mano, y ahí recordé el agradable peso de los sacos con el dinero. – De verdad, y eso que ahora, otra vez, estoy sin trabajo y sin dinero.

- Tratemos de arreglar eso entre los dos. – Zorro comenzó a tentarme.

Yo suspiré. Él que se descuida con el dinero, o es un tonto, o es un santo. Yo soy un padre de familia, común y corriente, con un montón de problemas. Ya se pagó completamente por la curación de Yulia, pero ahora se necesita para el pequeño y para mi esposa, quien no puede trabajar durante algún tiempo. Tenemos que pagar la hipoteca y mis medicinas no son baratas.

En la mañana me telefoneó Guelashvili. Él me informó el nombre de la chica que yo ayudé en el accidente. En el hospital le encontraron el VIH, pero en cuanto se curó, desapareció. El misterio de mi contagio se resolvió. Eso fue una infeliz casualidad. Pero muchos piensan que nuestra vida está programada desde arriba, y cada golpe del destino es una puerta a nuevas posibilidades. Ya la abrí una vez, vale la pena volver atrás?

- Hay que pensarlo, - dije con sinceridad.

- Es bueno pensar, - se oyó una voz detrás de nosotros.

Nos volteamos y, a un paso del banco, estaba Melnik. Como hace para acercarse sin ser notado? Nos vimos a los ojos y yo me di cuenta de que él había comprendido mi plan exitoso.

- Usted lo hizo inteligentemente, pero no sin peligro, - afirmó Melnik. – Una pequeña discrepancia y usted hubiera tenido que vérselas con una persona como yo. Como lo hubiera resuelto?

Yo no respondí, pensando en su súbita aparición. Melnik conoce nuetras posibilidades y nuestra debilidad, y la debilidad es tal que solo con la inteligencia no te puedes defender, se necesita además la fuerza bruta. Aunque sea la demostración de la fuerza y la resolución.

- Y como está Larin? – pregunté.

- Yo le serví hasta que él empezó a amenazar a una mujer embarazada.

Todos callamos. Melnik se sentó en el banco y preguntó:

- Bueno, yo estoy en deuda, o tengo que buscarme otro Larin?

Yo miré las estrellas. Ellas estaban más brillantes y más cercanas. Yo había leído que eso les parece a los que tienen un sueño.

[1] - UEM: Universidad Estatal de Moscú.

[2] - Sasha: Es el apodo familiar y cariñoso, en Rusia, para aquellos que se llaman Alexander.

[3] - El apellido Volkov viene de la palabra Volk, que significa lobo, en ruso.

[4] - Patronímico: Es una especie de segundo nombre de los rusos que indica el nombre del padre.

[5] - Makarov: Una pistola 9 mm. fabricada en la URSS desde 1951 bajo el nombre de su constructor.